

MASSILLA  
SERMONES



BX1756  
.M32  
E5  
1800  
v.7  
c.1

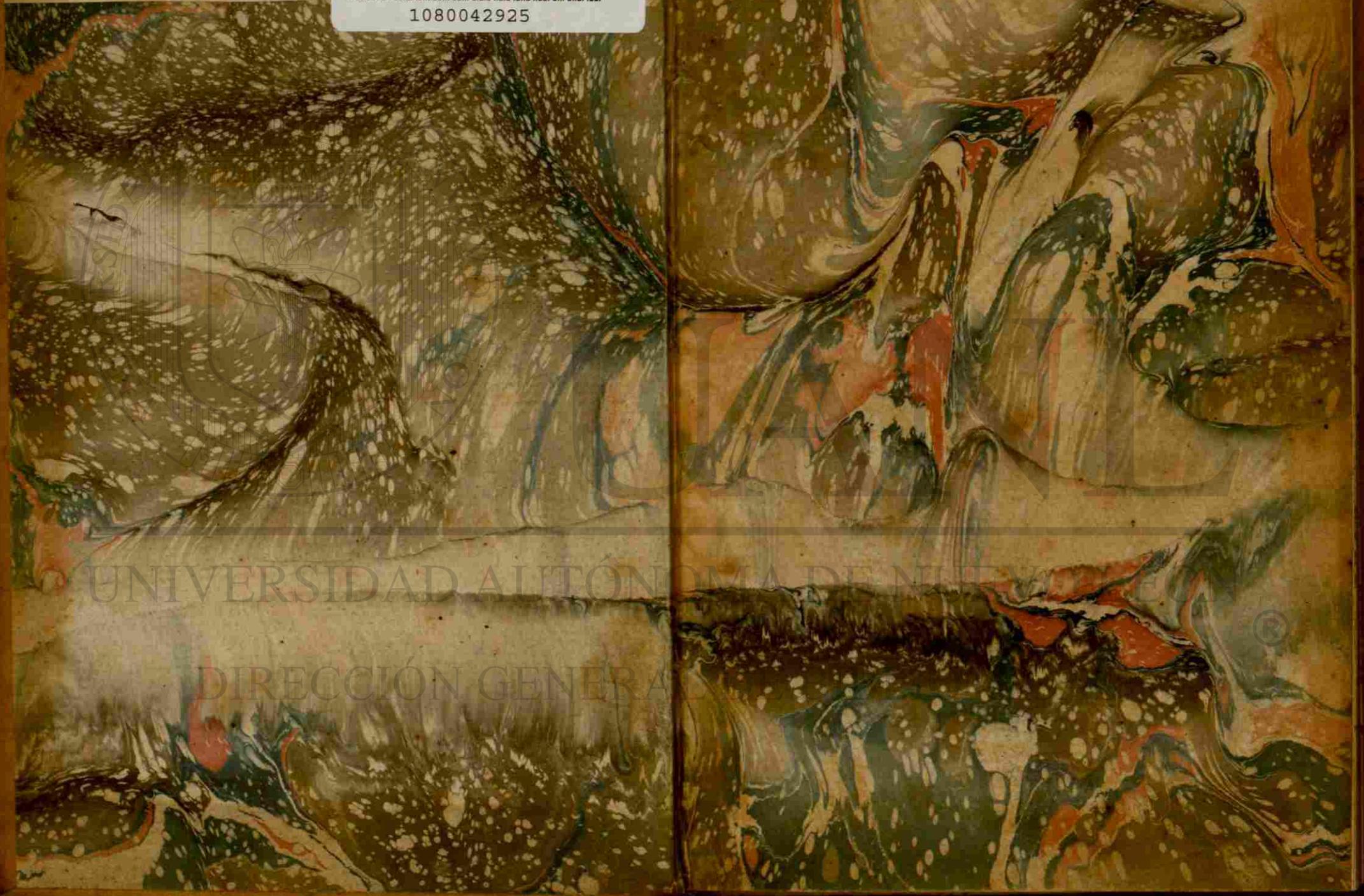
135904



*José Angel Benavides.*



1080042925



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

CA 2 - CA 40



SERMONES  
DEL ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR  
D. JUAN BAUTISTA  
MASSILLON.  
TOMO VII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CARRERA ADMINISTRACIÓN DE BIBLIOTECAS UNIVERSITARIAS  
3-11-83 MICROFILMADO R=45

S E R M O N E S

DEL ILL.<sup>MO</sup> SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,  
PRESBITERO, DE LA CONGREGACION  
DEL ORATORIO, UNO DE LOS QUARENTA DE  
LA ACADEMIA FRANCESA,

Y

OBISPO DE CLERMONT,

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion  
de Clérigos Reglares de San Cayetano.

T O M O V I I .

P A N E G Y R I C O S .

T E R C E R A E D I C I O N .



CON LICENCIA Y PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJO DE MARIN.  
AÑO DE MDCCC.

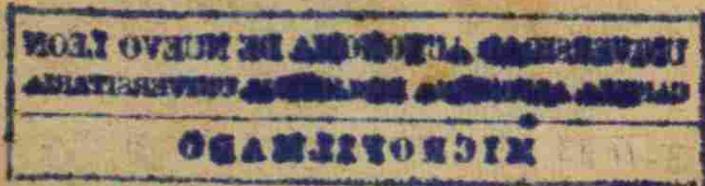
Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela  
del Angel, junto á la Nevería.

38070



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



8x1756

S E R M O N E S

DEL III. MO SEÑOR

D. JUAN BARRON

PREBTERO DE LA CATEDRAL

DE SAN JUAN BAPTISTA

DE LA CATEDRAL



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL MUNICIPIO DE NUEVO LEON

135904

# T A B L A

## D E L O S S E R M O N E S contenidos en este Tomo septimo.

Sermon para el dia de Santa Inés,	P. 1.
Sermon para el dia de San Francisco de Paula,	20.
Sermon para el dia de San Benito,	45.
Sermon para el dia de San Juan Bau- tista,	74.
Sermon para el dia de Santa Maria Magdalena,	101.
Sermon para el dia de San Bernar- do,	131.
Sermon para el dia de San Luis Rey de Francia,	160.
Sermon para el dia de San Esteban,	190.
Sermon para el dia de Santo Tomás de Aquino,	211.
Sermon para la festividad de un San- to Martir , Patron de alguna Igle- sia,	235.
Or-	

Ordenes ó Decretos del Ilustrisimo  
Señor Don Juan Bautista Massi-  
llón,

248.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-



# SERMON PARA EL DIA DE SANTA INES.

*Magnificabitur Christus in corpore meo, si-  
ve per vitam, sive per mortem.*

Jesu-Christo será glorificado en mi cuerpo,  
asi con mi vida, como con mi muerte.

*Philip. 1. v. 20.*

**S**empre se ha manifestado Jesu-Christo grande en  
sus Santos: y aquellos felices siglos en que la  
Iglesia, teñida con la sangre de los Martyres, ge-  
mia en la opresion, fueron los siglos de su magnifi-  
cencia y de su gloria.

Por eso esta amorosa madre nos está continuamen-  
te acordando las primeras edades del Evangelio, y re-  
presentandonos aquellos Héroes de la fé que tanto hor-  
nor

Ordenes ó Decretos del Ilustrisimo  
Señor Don Juan Bautista Massi-  
llón,

248.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-



# SERMON PARA EL DIA DE SANTA INES.

*Magnificabitur Christus in corpore meo, si-  
ve per vitam, sive per mortem.*

Jesu-Christo será glorificado en mi cuerpo,  
asi con mi vida, como con mi muerte.

*Philip. 1. v. 20.*

**S**empre se ha manifestado Jesu-Christo grande en  
sus Santos: y aquellos felices siglos en que la  
Iglesia, teñida con la sangre de los Martyres, ge-  
mia en la opresion, fueron los siglos de su magnifi-  
cencia y de su gloria.

Por eso esta amorosa madre nos está continuamen-  
te acordando las primeras edades del Evangelio, y re-  
presentandonos aquellos Héroes de la fé que tanto hor-  
nor

nor dieron á la religion, y aquellos grandes modelos que fueron gloria de su siglo, y confusion del nuestro.

Pero entre aquellas ilustres almas que dieron testimonio á Jesu-Christo, y le glorificaron en sus cuerpos, siempre ha dado la Iglesia un lugar muy distinguido á la Santa Martyr cuya memoria hoy celebramos. Apenas sale Inés de su infancia, quando ya se manifiesta victoriosa del mundo y de los Tyranos; de los placeres y de los suplicios. Y este es el grande espectáculo que presenta la Iglesia á nuestra fé, y la instruccion que al mismo tiempo dá á los fieles.

Nosotros alegamos por excusa de nuestra flaqueza la edad, el temperamento, y las ocasiones; pero la admirable castidad de nuestra Virgen ha de confundir estas vanas excusas. Nosotros justificamos nuestra sensualidad y nuestra impenitencia con la flaqueza del hombre, y con la incompatibilidad del Evangelio con nuestros usos y costumbres; pero el valor de nuestra Santa Martyr ha de destruir estos frívolos pretextos. La preocupacion de la flaqueza y fragilidad quedará destruida con el triunfo de su castidad; y la preocupacion de la impenitencia confundida con el valor de su Martyrio. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

### PRIMERA PARTE.

Quando se manifestó en Roma la Ilustre Virgen, á quien hoy veneramos, todavia era la sangre de los Martyres semilla que producía fieles; y los Christianos perseguidos cumplian aun en sus cuerpos lo que faltaba á la passion de su Divino Maestro, como dice San Pablo.

Aquella Capital del Universo que, como dice San Agustin, habia hallado el secreto de reunir toda la sabiduría de la Filosofia y de la política humana con todas las extravagancias del culto; que habia adaptado todos los Dioses mas ridiculos, y las supersticiones de las

naciones, á quienes habia vencido; y que de todas las locuras del Universo, por decirlo así, habia formado la Magestad de su religion y ceremonias, solamente se manifestaba inexorable á la santa locura de la Cruz. El demonio que estaba en posesion de esta Capital del mundo, se le disputó mucho tiempo á Jesu-Christo. Costó á la Iglesia sus mas ilustres víctimas; y para que esta célebre ciudad se hiciese una ciudad santa y nueva, fue preciso que se fundase sobre la sangre de los Apostoles, del mismo modo que se fundó antiguamente sobre la sangre de sus primeros fundadores.

En medio de tantos generosos defensores de la fé, cuyo triunfo hacia á Roma aun mas ilustre que las victorias de sus antiguos Conquistadores, se dexó ver Inés con tanto esplendor, que solo su nombre llegó á ser gloria de la Iglesia, verguenza del Paganismo, y admiracion de todos los siglos.

La gracia y la naturaleza habian derramado sobre ella á porfia todos sus tesoros; su lozana juventud, y aquella hermosura cuyo resplendor parecia que aumentaba Dios, como en otro tiempo á Judith, atraxeron desde luego sobre ella las públicas atenciones.

La principal nobleza de Roma en unos esposos terrestres se la presentó inmediatamente; y no dudando que sus riquezas y nacimiento fuesen un invencible atractivo para la mediana fortuna de nuestra Santa, ya contaban por su esposa á la que solamente lo habia de ser de Jesu-Christo. Y á la verdad que éste era un grande escollo para la virtud. ¿Quién desprecia en esta edad una brillante fortuna si se presenta, y particularmente si no se opone á ello el honor y la religion? Es verdad que la idolatría de aquellos que la pretendian por esposa podia asustar la fé de nuestra joven virgen, ¿pero no podia la muger fiel santificar al marido infiel? Además de que ¿quién piensa tan escrupulosamente quando se trata de un establecimiento que nos asegura un gran puesto, y

una inmensa fortuna? ¿Deciden acaso de nuestra eleccion en el santo sacramento del matrimonio las costumbres, la religion, ni la piedad? ¿No es el interés ò la passion quien forma siempre los nudos de este sagrado lazo? Quando se señalan los titulos y riquezas en la fátal escritura que os une para siempre, ¿se cuentan acaso las virtudes? Ninguna diligencia se omite para asegurar la fortuna, y ninguna se hace para unir los corazones; no se cuida de que sean proporcionados los genios, como todo lo demás parezca conveniente; una sociedad santa é indisoluble no suele tener otro lazo que la una, mas que una secreta oposicion de genios, que muy en breve la ha de turbar, y aun acaso romper; la misma afición que nos une, nos desune muy presto; la obra de las pasiones no puede ser permanente; muchas veces unimos, pero en vano, lo que Dios habia separado; los escandalosos divorcios que todos los días estamos viendo son lecciones bien claras de esta verdad, sin que por eso se hagan los matrimonios con mas prudencia; y todos los días vemos perecer y acabarse las casas mas ilustres, por el mismo Sacramento que está destinado á sostenerlas y perpetuarlas.

Pero no es esta sola la instruccion que hoy nos dá Santa Inés, prefiriendo el tesoro de la virginidad á todas las pompas del siglo. Nosotros miramos el desorden como destino propio de la juventud, y alegamos por excusa del vicio nuestras primeras costumbres: parece que hay una edad determinada para las pasiones, y que el pudor y la regularidad de vida solamente son virtud, quando una edad mas abanzada nos los hace necesarios, ó quando los respetos humanos nos obligan á abrazarlos. Pero Inés en la flor de sus años no conoce tesoro mas precioso que su inocencia; adornada de todos aquellos talentos que suelen servir para perderla, atiende con mas cuidado á conservarla; todas las edades la parece que pertenecen igualmente á aquel Señor que es dueño de los tiempos y de la eternidad; y el único privilegio que observa en su ju-

ven-

ventud, es el mas atento cuidado en apartar de sí las pasiones, las que con mas facilidad se precaven que se apagan.

Con todo eso, continuamente nos estais diciendo que es preciso perdonar alguna cosa á la edad; pero yo os digo que precisamente á la primera edad es á la que nada debe perdonarse, y que regularmente las primeras costumbres deciden de toda nuestra vida, ¿cómo puede ser que en la edad de los peligros debamos temerlos menos? El hallarse mas vivas las pasiones, ¿ha de ser motivo para que huyamos menos de lo que las mantiene y fomenta? ¿Debe el mundo corromper nuestro corazon antes que le entreguemos á Dios? ¿Ha de disponer el vicio los caminos á la virtud, y hemos de gozar de todos los placeres antes de determinarnos á gustar lo suave que es el Señor?

Por otra parte; ¿se acaban acaso nuestras pasiones con la juventud? ¡Ah Católicos! ¿No sabeis vosotros mismos que los primeros desordenes dexan en nosotros un principio de flaqueza, que parece se fortifica con los años? La fragilidad que se experimenta en una vejez llena de culpas; no es casi siempre el fruto y el castigo de la libertad de las primeras costumbres?

¿Una muger mundana no desea agradar al mundo, aun quando no puede servirle mas que de burla ó de molestia? ¿No busca todavia unas miradas que huyen de ella? ¿No aviva su rostro, marchito y arrugado, con unos artificios que mas sirven de manifestar sus años que sus atractivos? ¿No se adorna con una fingida juventud, con la que no puede engañar á otra vista mas que á la suya? ¿Qué mas diré? ¿No suele comprar tambien unos pecaminosos afectos que no puede merecer? ¿No se abate á las mas vergonzosas elecciones por satisfacer su indigna passion? La edad que ha mudado sus gracias, nada ha mudado en sus infames inclinaciones. ¡Oh Dios mio! Vos quereis enseñarnos que el que una vez os llegó á abandonar hasta cierto grado, no se convierte á vos tan facil-

B 2

men-

mente; y que un corazon que ha vivido mucho tiempo entregado al mundo, y á los deleytes, casi no tiene disposicion alguna para la gracia.

Pero acaso direis: Quando la edad no merezca el perdon, el temperamento á lo menos debe escusar nuestras flaquezas por la desgracia de haber nacido con malas inclinaciones. ¿Quién puede formarse un corazon á su modo, y ser mas fuerte que el bronce, habiendo nacido con una alma flaca é inclinada á los deleytes? ¿No hallamos dentro de nosotros mismos unas inclinaciones, á las que aunque podemos resistir por algun tiempo, casi es imposible el no rendirse por ultimo? Es decir, Católicos, que quando Dios nos dió un corazon tierno y de buenas disposiciones, no nos le dió para sí; ¿pues se habia de haber reservado solamente las almas bárbaras y crueles? ¿No ha de tener dominio sino sobre los corazones de bronce, y solamente estos han de haber nacido para amarle? El mismo beneficio que nos hace en habernos dado un buen corazon, ¿nos podrá servir de titulo legítimo que nos escuse de servirle, y ha de ser una excusa que nos autorice para olvidarle y despreciarle? ¿Qué blasfemia! ¿Qué modo este de ultrajar al Soberano Gobernador de la naturaleza y de la gracia, y al autor de todo don excelente! Quanto hemos recibido de su mano lo hemos recibido para él. La docilidad de un corazon tierno ¿qué otra cosa es mas que una disposicion y una facilidad para amarle, que en algun modo ha puesto en nosotros la misma naturaleza, y de la que abusamos con una infame ingratitude, prostituyendo nuestros afectos á la vil criatura.

¿Qué corazon mas tierno que el de Inés? Yo amo á Jesu-Christo, decia, y quanto mas le amo soy mas casta; uniendome á él me hallo mas pura; recibiendo dentro de mi pecho pongo un sello á mi virginidad; el creer que otro sino él pueda moverme, sería ultrajar á este celestial espose; perezca mi cuerpo, pues ha podido agrada-

dar á otros ojos mas que á los suyos. *Pereat corpus quod placere potest oculis quibus nolo.* Solamente emplea en Dios aquel afecto que no debe conducirnos sino á Dios. Además de que ¿dónde estaria el merito de la virtud, si no halláramos en nosotros mismos inclinaciones opuestas á ella? ¿Qué lugar tendria la violencia que arrebató el reyno de los cielos, si para alcanzarle no fuera necesario mas que renunciar aquellos placeres en que no halláramos gusto alguno? Alegais el temperamento: ¿Pero á qué pecador no podria esto servir de excusa? ¿Las mas horrosas culpas no suponen en los que las cometen unas inclinaciones que los arrastran á ellas? ¿Dexa el vicio de ser vicio quando tiene de su parte al corazon? ¿Sería necesario que se nos prohibiese, si un abominable gusto no nos le hiciera amable? ¿El adulterio de David fue menos odioso y menos castigado del cielo por haber nacido aquel Principe con un corazon tierno y flaco? ¿No hallan los justos dentro de sí, del mismo modo que vosotros, muchas pasiones que reprimir? ¿Vencen acaso sin pelear? ¿No tienen que resistir á la carne y á la sangre? ¿Están formados de otro barro distinto del vuestro? ¿Si no se entregan tanto como vosotros á las pasiones, es porque son menos tentados, ó porque perseveran mas fieles? ¿Qué temperamento es ese que nos alegais, que tanto minorá el horror de vuestras culpas á vuestra vista? No es mas que el continuo uso que habeis hecho del desorden, el que es causa de que ya os sea como necesario; es un corazon esclavizado por las pasiones, á quien la ocasion sirve siempre de ruina; es una infame fragilidad, por la que estais seguros de perecer siempre que hay necesidad de resistir; es una voluntad entregada á la culpa, y que á fuerza de sacudir el yugo de las obligaciones ya no conoce ni aun los respetos del honor.

¿Y en qué siglo se han visto mas tristes exemplos de esta verdad que en el nuestro? En otro tiempo la culpa procuraba á lo menos ocultarse, pero hoy hace gala de

manifestarse en público: en otro tiempo la culpa era obra de confusion y de tinieblas, pero hoy apetece la luz, y parece que busca sin verguenza la mayor claridad, y esto aun en un sexo, cuyo mayor merito consiste en el pudor y la verguenza. Vemos muchas desgraciadas mugeres que hacen ostentacion de la infamia y de la ignominia; que se precian infamemente de que sepa el público la eficacia de sus funestos encantos: que cuentan como otras tantas victorias y titulos honrosos las ruinas de aquellas almas flacas, á quienes han hecho caer en sus lazos; ellas mismas rompen sin verguenza el velo que hasta entonces habia puesto el respeto humano á sus desordenes; y parece que hoy cuidan tanto de publicar su infamia, como se cuidaba de ocultarla en los pasados siglos; la desverguenza pasa por donayre, la indecencia ha llegado á tal punto que ya enfada, aun á aquellos mismos á quienes intenta agradar; y el nombre del pudor, consagrado al de la ilustre Virgen que hoy veneramos, se ha hecho nombre de burla y de desprecio; despues de esto nos podeis alegar el temperamento, como si para hacer mas escusable el vicio bastára no ponerle límites: Pero este es siempre el lenguaje de la impiedad; segun ésta, solo el temperamento es el que forma las virtudes y los vicios; quita al hombre todo el uso de su razon y libertad; y para hacerle igualmente poco merecedor de ser reprehendido ó alabado, le hace obrar por puro instinto como á las bestias.

Finalmente; acaso añadiréis que no es el gusto ni el temperamento quien os induce al desorden; que nacisteis con unas inclinaciones felices; y que vuestras desgracias han procedido siempre, y aun proceden hoy, solamente de las ocasiones.

Pero quanto mas felices fueron las disposiciones con que nacisteis, mas culpables sois por haber roto el dique que parece habia puesto la misma naturaleza á vuestra flaqueza; mayor será la cuenta que tengais que dar á Dios, por haber entregado á Satanás vuestro corazon, no obs-

tan-

tante estar defendido con tan felices socorros como os habia proporcionado su mano misericordiosa: es decir, que quantas mas inclinaciones veais en vosotros que os mueven á la virtud, menos escusa hallareis delante de Dios para vuestros vicios; y las mismas ocasiones, que para otros son desgracias, serán para vosotros ingratitudes y culpas.

Además de esto; qué ocasiones son esas que os han engañado? ¿Son acaso los desgraciados talentos de las gracias y hermosura de que os dotó la naturaleza? Mirad el uso que de ellos hizo nuestra Santa Virgen, y conoceréis que esos mismos dones debieran serviros para vivir con mas cautela; ¿pueden servir de escusa los beneficios del Criador quando los volveis contra él? ¿No ha de ser á propósito para servir á Dios sino lo que desprecia el mundo? Además de qué; no añadís vosotros á las gracias de la naturaleza un ayre peligroso que las hace funestas para los demás y para vosotros mismos? ¿No habeis asegurado el buen éxito de vuestros deplorables atractivos con unos cuidados, que ya eran pecado en vosotros antes de que fuesen motivos de ruina para vuestros proximos? ¿No habeis tambien suplido algunas veces las gracias que os negó la naturaleza, con unas libertades que introducen siempre en los corazones un veneno mas activo que todos los dotes de una hermosa casta y honesta? ¿No habeis ocasionado con vuestras infames provocaciones unos culpables deseos en unos sugetos, que á no ser esto apenas os mirarian? Vosotros mismos os formais el lazo y la ocasion en que pereceis, y despues echais á ella la culpa de vuestra perdicion.

Finalmente; ¿son acaso los engaños de los que os cuesta trabajo defenderos? Pues ved como las instancias, las promesas, y las amenazas confirman mas la virtud de nuestra Santa. Las instancias; opone un santo valor á las profanas expresiones; no hay artificio de que no se valgan para mover su corazon, pero los esfuerzos de los hom-

hombres la unen mas vivamente con Jesu-Christo, y las impuras llamas que hacen arder al rededor de ella, se apagan con el amor que en sí tiene à su celestial esposo; pero vosotros vais à buscar la culpa; la libertad de vuestras costumbres es como una señal de desorden; solicitais la atencion de aquellos que huyen de vosotros; no estais contentos sino en aquellos lugares en donde corre peligro la inocencia; y los dias en que habeis vivido lejos de las ocasiones, han sido para vosotros dias de desconsuelo y de tristeza, sin que hayais podido hallar gusto en donde no se hallaba peligro. ¿Qué podreis responder à Jesu-Christo? ¿No serán vuestras excusas unos nuevos delitos? ¿Alegareis los engaños de la esperanza y de la fortuna que os han hecho caer? Pues ved como los mas ilustres Romanos ofrecen à Inés el fausto de su grandeza y opulencia con su corazon: El mundo pone à sus pies toda su gloria y magnificencia, y ella la pisa como si fuera barro, prefiriendo la corona de la santa virginidad al Imperio del Universo. ¡Ah! ¿Cómo podré decirlo aqui? Acaso esta funesta pasion es la que os ha privado de vuestros puestos, y la que ha servido de infame obstáculo à vuestra fortuna; y puede ser que hayais sacrificado vuestras esperanzas à vuestros deleytes, y que hayais comprado à costa de vuestra fama la infamia de la sensualidad. Habeis tenido por incompatible la ambicion con vuestros placeres, y no habeis conocido mas gloria ni mas fortuna que la triste libertad de satisfaceros. Finalmente, acaso nos alegareis los temores y amenazas de que se han valido para engañaros; à nuestra Santa Virgen la ponen presente el horror de los tormentos, asustan su pudor encerrandola en un lugar de prostitucion y de infamia, mudan en castigo un vicio que no han podido conseguir que la sirviese de atractivo; y la vergonzosa imagen del desorden solo sirve de aumentar su amor à la castidad y à la inocencia: ¡Ah! y vosotros en vez de haber tenido que sufrir terrores y amenazas por no faltar

à la obligacion, os habeis expuesto, quando la abandonasteis, à los furios de un esposo deshonorado, à la murmuracion del público, à la indiscrecion de los cómplices de vuestros deleytes, y à que publicada vuestra infamia dexase para siempre sobre vuestra frente la eterna mancha del vicio; y no obstante todos estos temores, tan propios para conteneros dentro de los límites de la obligacion y de la virtud, habeis caminado sin temor y sin verguenza por los caminos de las pasiones; vuestros miedos se reducen solamente à pareceros que erais demasiado cobardes; las dificultades os han servido de estímulo, y en los mismos peligros que debieran disgustaros del vicio habeis hallado nuevos atractivos para él. ¡Oh Dios mio! en vuestro terrible tribunal todo se convertirá contra el alma pecadora; los exemplos de vuestros santos confundirán aquel vano estilo de excusas y preocupaciones que continuamente opone el mundo à los preceptos de vuestra santa ley; allí estará el pecador cubierto solamente de su confusion y de sus delitos; la castidad de Inés probada con tan peligrosas tentaciones, y siempre triunfante de los engaños y amenazas, pronunciará una terrible sentencia contra los desordenes de nuestro siglo; el resplandor de su juventud y hermosura, junto al de su virtud, enseñará à las personas de su sexo que la edad y los dotes de la naturaleza dán nuevo lustre à la virtud; pero nunca pueden servir de excusa al vicio: en una palabra, si el triunfo de su castidad confunde todas las preocupaciones del desorden, el valor de su martirio confunde tambien todos los pretextos con que procura escusarse la impenitencia.

## SEGUNDA PARTE.

EN medio de que las pasiones son molestas, y están rodeadas de espinas, siempre han opuesto à la virtud sus dificultades y trabajos. Siempre ha sido un es-

tilo muy comun en el mundo decir que el Evangelio practicado á la letra es una idea de perfeccion á que no puede aspirar el hombre. Parece que Jesu-Christo vino solamente, como en otro tiempo aquellos Filósofos vanos y ridiculos, á proponer una moral sublime para formarse admiradores, y no discipulos; y que su ley santa, que es la ley del corazon y de las acciones, no es mas que un juego del entendimiento, y una obra de las cavilaciones de la ociosidad. No se cree compatible la austeridad del Evangelio con la flaqueza del hombre, y con las acciones autorizadas por la costumbre; y fiados en estas dos preocupaciones, descuidamos; como si la ley pudiera dexar de ser ley, porque nosotros la miramos como si no lo fuera.

Pero, Católicos, aun quando no fuera por sí sola suficiente la palabra de Jesu-Christo para confundir nuestras vanas excusas, Inés saltando de alegría en medio de los tormentos, y apresurando ella misma con una santa impaciencia la lentitud de los verdugos, cubrirá de verguenza nuestra falta de mortificacion, y nuestra pereza, y justificará mas la severidad de nuestra condenacion, que el mismo Evangelio que la ha pronunciado.

Nosotros nos disculpamos con la edad, con el sexo, con la flaqueza de la complexion, incapáz de sufrir todo el rigor y severidad de una vida conforme al Evangelio: con la edad: decimos que para la rigurosa observancia de las obligaciones de Christiano se necesita de una madurez de entendimiento, de una firmeza incontrastable, de una perseverancia y sufrimiento de los trabajos y mortificaciones, de un imperio sobre todas las pasiones y sobre nosotros mismos, que no parece puede convenir á una juventud tierna, delicada, facil de dexarse engañar, y en la que no estando aun moderadas las pasiones con la reflexion y la experiencia, parece que salen en tropel del corazon con tal ímpetu, que sería inutil oponerle fuerza alguna; que es preciso dexar apagar estos pri-

primeros ardores, y esperar á que la razon, estando mas sosegada, sea capaz de mas seriedad y solidéz. Pero Santa Inés, casi al salir de su infancia, desafia al furor de los Tyranos; el horror de su suplicio, que asusta aun á la barbaridad de sus mismos verdugos, derrama una santa alegría, y como una nueva hermosura sobre su rostro; aun no estaba acostumbrada á padecer, y ya se manifiesta llena de gozo en medio de los mas crueles tormentos; y la delicadeza de su cuerpo, apenas capaz de recibir las heridas, ya tiene valor para despreciarlas, y para conseguir la victoria, como dice San Ambrosio. *Nondum idonea poena, & jam matura victoria.*

Y á la verdad, Católicos, ¿qué se halla en la primera edad que sea incompatible con la vida christiana? ¿La seriedad? Pues sabed que la virtud trae consigo la alegría del Espiritu Santo; solamente la inocencia es la que siempre está acompañada de serenidad y alegría; y solamente á la culpa y á las pasiones corresponde la tristeza, la inquietud y el disgusto. ¿La violencia? En la primera edad, como están mas tiernas las pasiones, ceden con mas facilidad á la obligacion; como no está todavia manchado el corazon, recibe con menos repugnancia las impresiones de la virtud; y como el hábito del vicio no arrastra todavia las inclinaciones, le cuesta menos trabajo el privarse de lo que puede conducir á él. ¿Qué mas? ¿Las reflexiones de que no somos capaces en la juventud? Antes bien es necesario hacerse niño para ser discipulo de Jesu-Christo; porque la gracia solo gusta de la sencillez y de la inocencia. Nuestras incertidumbres se aumentan con nuestras reflexiones; quanto mas discurrimos mas estorvos hallamos, y mas nos sepultamos en nuestras propias tinieblas: el que es fiel cumple con todo, y para hallarse mas ilustrado basta ser mas docil. ¿Acaso tambien la fortaleza y la perseverancia? Toda nuestra inconstancia consiste únicamente en nuestras pasiones, la desigualdad de la vida del hombre nace

unicamente de la diversidad de objetos que sucesivamente le dominan, y un corazon puro é inocente siempre se halla igual y tranquilo.

¡Ah Católicos! ¿No nos estamos nosotros mismos echando la culpa todos los dias del mal uso que hemos hecho de la primera estacion de nuestra vida? ¿No nos estamos continuamente diciendo que entonces nos hubiera sido facil el contenernos; que nacimos con un corazon inclinado á la virtud, al que asustaba la culpa, y que parecia estender las manos á la gracia; que todo nos allanaba los caminos de la virtud; que hubieran sido mucho menos penosos los sacrificios quando aun no nos habia atado el mundo y las pasiones con mil cadenas indisolubles, que ahora apenas nos permiten desear nuestra libertad; que no estando entonces todavia corrompido nuestro corazon con el continuo uso de los placeres, no le parecia la virtud tan fastidiosa ni funesta; que á proporcion que la edad nos ha ido acercando al sepulcro, nos hemos ido apartando del camino de la verdad y de la vida; y finalmente, que aumentandose la edad, no hemos hecho mas que crecer en la malicia, en el desorden, y en el excesivo amor á las criaturas? El Evangelio, pues, es la ley de todas las edades, como lo es tambien de todos los sexos.

Digo de todos los sexos, porque ¿qué pretexto podrá alegar el sexo fragil en su favor contra la austeridad y dificultad de las obligaciones del Evangelio? Las Ineses, las Lucías, las Cecilias, y otras muchas Heroínas de la fé ¿no hallaron en sí un valor y una grandeza de alma á la que nunca llegaron los Héroes profanos? ¡Ah Católicos! ¿Qué no es capáz de hacer una muger mundana por el pecaminoso objeto que la posee y la cautiva? ¿Qué valor y qué constancia no manifiesta? ¿Qué sacrificios no hace? Las dificultades la dán nuevo aliento; el sosiego, la reputacion, la libertad, la salud, la fortuna, todo lo atropella la pasion; todos los dias estamos vien-

viendo á estas infelices Heroínas, que tienen valor para intentar las mas arduas empresas, que todo lo sacrifican á su infame gusto, que hallan en su sexo un valor muy superior al del hombre, y que al mismo tiempo que abandonaron el pudor, parece que se olvidaron tambien del miedo y de la flaqueza: ¿Pues por qué no han de ser capaces de hacer alguna cosa por Dios? ¿No han de poder hacer por su salvacion lo que pueden hacer por el mundo? ¿Es posible que la pasion ha de poder darnos fuerzas, y hacernos superiores á nuestra flaqueza, y no ha de tener el mismo privilegio la gracia? La salvacion, Católicos, no pide ni sacrificios tan grandes, ni abatimientos tan penosos como el mundo; y con todo eso no nos atrevemos á hacer la prueba: Jesu-Christo es un Señor á quien se sirve mas facilmente que al mundo: Es un Señor mas amoroso, mas indulgente, mas compasivo, y mas fiel; y nosotros le miramos como á un Tyrano, que hace desgraciados á los que le sirven. ¡Oh Dios mio! ¿Qué digno es de lástima el hombre que tan mal os conoce, y que tan mal se conoce á sí mismo!

¿Pues qué podreis alegar? ¿La delicadeza de la complexion? ¿Halla acaso Inés en esta delicadeza razones para temer las cadenas que la atan, y la espada con que va á ser sacrificada? ¿Se os pide acaso á vosotros, como se le pidió á ella, que resistais hasta derramar sangre? ¿Se trata acaso de que ofrezcais vuestros cuerpos á los rigores del fuego, y á los tormentos y suplicios? Dios no os pide las fuerzas del cuerpo, lo que sí os pide es la pureza y la inocencia del alma, y entonces aun el que está enfermo puede decir que es fuerte y poderoso. Las obligaciones esenciales de la fé se cumplen en nuestro interior; el amor, el temor de Dios, el agradecimiento, el sacrificio interior, son unas virtudes tan proporcionadas á los flacos como á los fuertes: quanto mas resiste este cuerpo de barro la mortificacion y el trabajo, y quanto  
mas

mas incapaces nos hace de sufrirlos, mas obligado está el corazon á suplir con el fervor de su amor y de sus deseos la flaqueza del cuerpo terrestre. ¡Ah Católicos! se necesita de un cuerpo de bronce para resistir las inquietudes, los placeres, las vigiliass, y los abatimientos á que os obliga el mundo y las pasiones; la flaqueza de vuestra complexion alcanza para todo esto; la falta de salud no es razon poderosa para impedirnos vuestros gustos; y no obstante el desfallecimiento de vuestro cuerpo, que se niega á todos vuestros desordenes, os hallais en todos los placeres, supliendo la viveza de vuestras pasiones la debilidad de vuestras fuerzas, pero para cumplir con las obligaciones del Evangelio no se necesita mas que un buen corazon, como ya he dicho otra vez; una voluntad pura y sincera equivale á todo; y Dios nos cuenta aquellas obras que quisieramos hacer, del mismo modo que las que hacemos en realidad; y con todo eso alegais por excusa de vuestra ociosidad é impenitencia la debilidad de vuestras fuerzas; quereis justificar una vida sensual y entregada á los placeres, con la delicadeza de una complexion que os hace impracticables las mortificaciones y violencias, como si Dios nos pidiera lo que no depende de nosotros, como si con una carne enferma no pudiéramos tener un espíritu pronto y fervoroso, como si la religion consistiera en las fuerza del cuerpo, y no en las disposiciones del corazon; finalmente, como si nos sucediera á nosotros lo que á las víctimas figurativas de la ley, que no podian ser ofrecidas á Dios sino quando gozaban de una salud perfecta, y quando en su cuerpo robusto y entero no se descubria mancha, defecto, ni flaqueza alguna. Entregad al Señor vuestro corazon sinceramente, que en eso consiste, como dice Jesu-Christo, toda la ley y los Profetas. (a)

Finalmente, os escusais con la incompatibilidad de la

vi-

(a) *Matth. 7. v. 12.*

vida christiana, y el actual modo de vida que hoy es preciso practicar en el mundo.

¿Pero consulta acaso nuestra Santa si su modo de vida parecerá extraordinario á los Romanos? ¿Examina acaso si estos tendrán su heroyco valor por extravagancia, y su martirio por supersticion y locura? ¿Qué cosa mas extraordinaria, segun el mundo, que renunciar en su edad una fortuna opulenta, y preferir el oprobrio público al rigor de los tormentos, y á las ilustres alianzas, quando podia esperar que las conciliaria con su fé y con su inocencia? Pero sabia muy bien que el camino de los justos es un camino solitario y poco frequentado; que el mundo tiene siempre á su favor la mayor parte, y que para seguir á Dios es preciso apartarse del camino que llevan casi todos los hombres.

Además de que ¿dónde está aquella incompatibilidad del Evangelio con la sociedad? ¿Es este incompatible con las obligaciones de la amistad? No, porque solamente la religion puede asegurarnos amigos sinceros y fieles: ¿Con las expresiones del agradecimiento? No, porque la verdadera virtud es quien forma los buenos corazones: ¿Con la alegría de las conversaciones y concurrencias? No, porque nuestras culpas son la causa de nuestra tristeza, y de las extravagancias de nuestro genio, y una conciencia pura es la única raiz de la alegría y de los verdaderos placeres: ¿Con el vínculo del matrimonio? No, porque solamente la fé es quien haciendo santa á esta union, la hace segura é inviolable: ¿Con las correspondencias y obligaciones de la vida civil? No, porque el Evangelio es quien nos hace benignos, humildes y afables, y nos persuade á que siempre debemos mas á nuestros proximos de lo que hemos recibido de ellos: ¿Con las funciones de Republica? No, porque si los Reynos é Imperios se gobernáran por las máximas del Evangelio, no se verian ni los abusos, ni la opresion de los flacos, ni la mala fé en los negocios, ni unas fortunas

nas



que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

que me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos  
 y me convierta á vos

# SERMON

PARA EL DIA DE S. FRANCISCO

DE PAULA.

*Cum infirmor tunc potens sum.*

Nunca soy mas fuerte, que quando parezco

mas flaco. 2. Cor. 12. v. 10.

Q

Uanto mas se registran los fines de la Providencia

en el establecimiento de la Iglesia, mas se des-

cubren no se que divinas señales, que desde lue-

go distinguen la religion de Jesu-Christo de las

opiniones y sectas, y quitan á sus primeros progresos

toda la apariencia de empresa humana: Y á la verdad, el

elegir unos medios proporcionados para conseguir los fi-

nes que se pretenden, valerse de la fuerza para triunfar,

de la eloqüencia para persuadir, de la grandeza para

confundir, y de los deleytes para corromper, es el pri-

mer plan de la prudencia de los hombres, y no hallo en

esto la menor señal de prodigio: pero que la flaqueza en

manos de Dios haya sido mas poderosa que la mayor

fuerza de los hombres, mas que toda la política del siglo

de Augusto, el luxo del Asia, la fuerza de los Romanos,

la sabiduría de los Griegos, la ferocidad de los Bárbaros,

la vanidad de los Filósofos, las preocupaciones y supers-

tion de los pueblos; y finalmente, que toda la altivez

haya venido á deshacerse contra la rusticidad, flaqueza,

ignorancia y trabajos de doce pobres pescadores: que

Daniél fuese árbitro entre los ancianos, Goliath jue-  
 te de un niño, Helofernes, aquel impio conquistador,  
 presa y despojo de una muger, que Gedeon, que Bar-  
 rac, que Devora, personas flacas y despreciables, lle-  
 gasen á ser el espanto de los enemigos de Israel, que  
 el mismo Moyses, no obstante su cobardía y el inven-  
 cible estorvo de su lengua, confundiese á los Sabios de  
 Egipto, libertase contra el poder de un gran Rey, á  
 toda una nacion entera, é hiciese á un pueblo inquie-  
 to é intratable, docil á unos preceptos infinitos y pen-  
 nosos; estos son, ¡oh Dios mio! los caminos ordina-  
 rios de vuestra sabiduría, la que siempre se manifiesta  
 independiente de los medios, árbitra de los sucesos, y  
 señala siempre sus caminos con unas señales manifies-  
 tas que los distinguen de los del hombre.

Bien sé que en estos siglos posteriores no tiene la fé  
 necesidad de sucesos singulares para establecerse en el es-  
 piritu de los pueblos, y que al presente la Sabiduría de  
 Dios se oculta, por decirlo así, baxo las exterioridades de  
 su ordinaria providencia. Con todo eso, como nunca fal-  
 tan Judios carnales que pidan milagros, cada siglo prom-  
 vee á la religion alguno de estos grandes espectáculos,  
 para que la fé, que ya casi no es mas que una lámpara  
 que aun humea, no se apague del todo, y para que  
 quando vuelva el hijo del hombre la pueda hallar en la  
 tierra.

Tal fue en el tiempo de nuestros Padres San Fran-  
 cisco de Paula, aquel hombre tan flaco segun la carne,  
 y tan poderoso segun el espiritu; aquel instrumento tan  
 vil y despreciable á la vista de los sentidos, aquella pie-  
 dra mal labrada de que habla Daniél, y desprendida de  
 la montaña sin artificio, pero que gobernada por una ma-  
 no invisible supo abatir los soberbios colosos, romper la  
 dureza de los corazones, y llegar á ser uno de aquellos  
 santos montes sobre los que está fundada la Sion ce-  
 lestial; y finalmente aquella vara mysteriosa, seca y fla-

gil

gil en la apariencia, pero que en las manos del Dios de Egipto mandó á los vientos y al mar, tuvo las llaves de la muerte y del abismo; mudó el semblante del cielo y de la tierra, se mereció el respeto, aun de los mismos Reyes á quienes habia herido; y colocada despues en el Santuario produjo unas santas ramas, que cubrieron toda el arca con sus hojas. Pero, Católicos, hoy vengo á contaros sus prodigios para curar vuestros errores, para desvanecer las falsas ideas que nos dá el mundo de la gloria y grandeza, y para convenceros de que los mas brillantes distintivos, un nacimiento illustre, una superioridad de talento, un trabajoso conjunto de las mas altas ciencias, una alhagueña fortuna, las dignidades á que solamente puede aspirar el merito, los talentos extraordinarios, el arte de los ardides y negociaciones, los empleos de la paz y de la guerra, todo esto si no lo ordena la gracia como medios para la salvacion, no es á la vista de la fé mas que como una funesta espada puesta en manos de un loco, que despues de haber servido por algun tiempo de diversion á su locura, llega á ser instrumento de su muerte. Os manifestaré, pues, en este elogio, la prudencia del siglo reprobada, y la fuerza confundida con la flaqueza; vereis como la ciencia que hincha cede á la sencillez que edifica; y confesareis que nunca hubo Santo que pareciese mas flaco á los ojos de la carne, ni mas poderoso á los de la fé: Estas dos reflexiones serán el asunto de este discurso. Imploramos, *Sancti Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

Quáles son, Católicos, las cosas que acá en la tierra nos parecen envidiables? Y entre esta multitud de encantos que nos hacen perder de vista los bienes eternos, ¿quáles son los principales objetos que engañan al entendimiento, y se usurpan todos los res-

petos del corazon humano? Estos son el resplandor del nacimiento, la estimacion que nos adquieren las ciencias y talentos, el regalo que sigue á los deleytes y felicidad de los sentidos; y finalmente la opulencia que acompaña á las grandezas y dignidades. Estas son las ocultas causas que hacen mover á los hijos de Adán. A esto aspiran nuestros proyectos, nuestros movimientos, nuestros deseos, y nuestras esperanzas; este es el tesoro al rededor del qual vela continuamente nuestro corazon, como que es el mas hermoso objeto que encanta en toda la figura de este mundo.

La nobleza de la sangre y la vanidad de las genealogías es el error mas universalmente establecido entre los hombres: no pensamos quando nos gloriamos del lustre de nuestros antepasados, y de la antigüedad de nuestras familias, que quanto mayor sea esta mas nos acerca á nuestro barro; que lo que distingue los vasos de ignominia de los vasos de honor, no es la masa de que han sido formados, sino la voluntad del artifice que los dá el destino; que la nobleza del Christiano no consiste en la sangre que recibe de sus mayores, sino en la gracia que hereda de Jesu-Christo; que la carne de que nacemos de nada sirve, y que solamente el espiritu, segun el qual renacemos, es util para todo; y finalmente, que debiendo ser del cielo la conversacion del Christiano, el origen que tiene de la tierra es una baxeza por la que debe llorar, y no titulo de que pueda gloriarse.

Para mejor dar á conocer á los hombres estas verdades de eterna salud dispuso la Providencia á San Francisco de Paula un nacimiento obscuro segun el mundo. Nació en el seno de la virtud, pero no en el de la humana grandeza; no heredó de sus padres mas que la inocencia, el candor, y la fé de las promesas como los antiguos Patriarcas; nada poseyó en la tierra, donde siempre habia de vivir como extranjero; como otro Saúl fue destinado por su nacimiento á unos ejercicios despre-

ciables, y á ser el ultimo de la tribu mas inferior, para verse despues á la frente de los Príncipes de Israel, y ser Gefe y Legislador de un gran pueblo.

Acaso, ¡oh Dios mio! un nacimiento mas illustre le hubiera hecho inutil para el cumplimiento de vuestros designios, y para el aumento de vuestra heredad. Porque, Catolicos, ¿qué cosa es un nacimiento illustre? Es nacer un hombre destinado á seguir las costumbres, y errores del siglo; es un anticipado destino á la culpa, y la impenitencia; es un derecho para vivir tranquilo en orden á las transgresiones de la ley; es un nuevo pecado original, si es lícito decirlo así, que se añade á aquel con que nacemos, y que nos dificulta mucho mas la salvacion; en una palabra, muchas veces es un pronóstico de reprobacion, y efecto de los impenetrables juicios de Dios para con una alma.

La educacion de nuestro Santo correspondió á su nacimiento; no fue instruido como Moysés en las ciencias y sabiduria de los Egypcios, pero recibió del mismo Dios, como él, el libro de la ley, y explicó sus preceptos al pueblo; no se le vió como á Pablo á los pies de Gamaliel para instruirse radicalmente en la verdad de las opiniones y doctrinas, pero su fé le elevó como á aquel Apóstol á lo mas alto de los cielos, y alli se le manifestaron unos secretos, que no es digno de oírlos el hombre profano; debió su saber á la gracia, y no al trabajo de la naturaleza; persuadido á que habian de cesar las lenguas, acabarse las profecías, destruirse la ciencia, y que solamente el amor era el que nunca habia de perecer, abandonó la vanidad de la doctrina que hincha, por dedicarse á la caridad que edifica; fue un *Scriba instruido en el Reyno de los Cielos*; pero sacó unicamente del tesoro de la gracia, aquellas antiguas y nuevas doctrinas, que nunca conseguimos nosotros con perfección, y cuya imperfecta noticia alcanzamos á costa de estudio y de vigiliass; no se le vió en las mas famosas Uniyersidades ex-

cédet en inteligencia á los ancianos, hacer admirar una juventud llena de esperanzas, y abrir con su fama mil caminos de ambicion á su familia; el espíritu de Dios le llevó al desierto; aun casi antes de que hubiese tratado con los hombres; la resolucion de un perpetuo retiro, que en nosotros suele ser tardío fruto de la edad y de las mas maduras reflexiones, fue en él un ensayo de la infancia; y siguiendo las huellas del Precursor, bebió en la penitencia y en la soledad aquella fama de virtud, que es la que unicamente dá autoridad para reprehender con valor los excesos de los pueblos y aun de los Príncipes; en el silencio aprendió á ser la voz del que clama en el desierto; y a fuerza de tenerse por el menor de todos, y por indigno de besar los pies de los que evangelizan la paz, llegó á ser mas que Profeta, y el mayor de los hijos de los hombres.

De este modo, ¡oh Dios mio! de las mismas piedras levantais hijos de Abrahám; de este modo formais de una materia vil y despreciable una serpiente de metal, la que ensalzais en el desierto para que sirva á la salud de vuestro pueblo; de este modo, de un vaso de tierra quebrado, de un Anacoreta flaco y enfermo, haceis salir una luz que ahuyenta los enemigos de Israel, y restituye la paz y la tranquilidad á la Iglesia; de este modo el lodo en vuestras manos se convierte en remedio para curar á los ciegos. En una palabra; de este modo, en un pez cogido por casualidad al parecer, en medio de un mar tempestuoso, quiero decir, en un hombre mudo, é ignorante, sacado de entre la multitud, escondeis un tesoro capaz de satisfacer á los Césares, y dar la libertad á vuestros discipulos.

Despues de esto, ¿siendo tan flacos como somos, nos podremos ensalzar por unas cortas noticias que nos distinguen poquissimo de la multitud ignorante? ¿Nos hemos de regocijar al ver estos pequeños relampagos que nos hieren por un instante, y no hacen mas que mani-

festarnos muy de lejos los secretos de la gracia y de la naturaleza; solamente para que conozcamos con mas claridad lo corto y limitado del humano entendimiento? ¿Hemos de entrar á registrar soberbiamente aquellos sagrados abismos, y buscar en ellos unas verdades, que semejantes al sagrado fuego que escondieron los Judios en las entrañas de la tierra, no pueden saberse hasta despues de haber salido de la cautividad? Qué afliccion de espíritu, y qué confusion de nuestra ignorancia, Católicos; un solo momento de gracia descubre muchas veces mas verdades que muchos años de estudio; suele suceder que una alma santa, que ignora hasta los nombres de las ciencias y de las doctrinas, ve con mas claridad en los caminos de Dios que los Doctores mas consumados; y en todos los siglos se hallan discípulos rústicos que comprehenden la palabra de la Cruz, y el eterno nacimiento del Verbo, al mismo tiempo que los Maestros de Israel ignoran los comunes mysterios de la regeneracion del hombre.

No os parezca, Católicos, que es mi intento destruir la vanidad del espíritu, autorizando al mismo tiempo, una culpable ignorancia. Bien sé que los labios del Sacerdote son depositarios de la ciencia; que nosotros tenemos el honor de ser unas santas nubes colocadas sobre las cabezas de los fieles para derramar sobre ellos las influencias del cielo; que la Escritura Santa nos compara á las Aguilas, porque debemos mirar, como ellas, de hito en hito al Sol de justicia, é inmediatamente abatirnos á la tierra: Bien sé que las dos antorchas que colocó Dios desde el principio en el firmamento son símbolos de los Pastores de la Iglesia, y que el espíritu de nuestro ministerio baxa sobre nosotros en figura de lenguas mysteriosas: pero quisiera que la oracion y la inocencia fuesen las sagradas fuentes de nuestras luces, que el corazón del Sacerdote fuese depositario de la virtud, que estas nubes nunca estuvieran sin agua, que estas aguila-  
las

las supiesen juntarse algunas veces al rededor del cuerpo para adquirir allí nuevas fuerzas, que estas grandes antorchas jamás presidiesen á la noche, y que estas lenguas celestiales fuesen siempre lenguas de fuego.

La antigua soledad del monte Casino, tan famosa por los Santos que la habian habitado; aquel Carmelo del Occidente, aquella mansion de Profetas consagrada con las austeridades y cánticos de tan ilustres penitentes, fue el primer teatro de las penitencias y rigores de San Francisco de Paula. Atended, Católicos, y en un siglo en que está tan resfriada la caridad, tan apagado el espíritu de penitencia, y en que el continuado uso de la relajacion os hace mirar las austeridades del Evangelio como leyes sin vigor, sabed que el Evangelio es para todos los siglos; y que si, como continuamente estais diciendo, la naturaleza cede y se pone cada dia mas enferma, la gracia nunca cede, y aun manifiesta mas gloriosamente su fuerza en nuestras enfermedades.

Aquellas santas víctimas, que en otro tiempo habian consumado su sacrificio sobre el monte adonde se retira Francisco, parece que habian dexado en él un espíritu de mortificacion y rigor, que todo entero pasó en un instante al corazón de nuestro Santo, y le armó de una inocente indignacion contra sí mismo. Las langostas, la miel silvestre, el pan y el agua fueron siempre sus mas exquisitos manjares. Persuadido á que el uso de las criaturas es precio de la sangre de Jesu-Christo, no se concedió sino con gran parsimonia aun las mas insípidas viandas; y semejante á David, aun en sus extremas necesidades nunca se atrevió á saciar su sed con una agua que habia sido precio de la sangre, y peligro de las almas. Siempre caminaba descalzo, dormia sobre la dura tierra, mezclaba siempre su pan con sus lágrimas, pasaba las noches como su divino Maestro en la oracion, animando en las horas destinadas al descanso, como los Antonios, y Hilariones, la torpeza y pesadéz del cuerpo terrestre con

sagrados cánticos, despedazando su carne, y castigándose á la mañana como el Profeta; cargado con aquella armadura de Dios, de que habla San Pablo, llevaba sobre todo su cuerpo los instrumentos de justicia; y en una edad tan tierna como la de David ya estaba acostumbrado á las pesadas armas, destinadas á vencer á Goliath, y á rechazar los dardos del enemigo.

No sucedió á su penitencia lo que á la de muchos Christianos, que en los principios de su conversion se sujetan con gusto al yugo de Jesu-Christo; casi no sienten el peso de la Cruz, nunca se cansan de castigar su cuerpo, abrazan con fervor todas las mortificaciones que se les presentan, y necesitan de freno para reprimir el ímpetu del espíritu que los impele; pero poco á poco conocen que se va debilitando su zelo, y apagando su fervor, y así de quando en quando vuelven á ser los mismos; hoy se permiten un placer, y mañana una culpa; y no conservando de sus antiguos ejercicios mas que cierto regimen de penitencia, solo tributan al amor de la Cruz unas ansias de puro cumplimiento, por decirlo así.

El amor que nuestro Santo tuvo á la Cruz fue violento, pero permanente; las fatigas de los caminos, los cuidados y estorvos de su cargo, y aun la misma flaqueza y desfallecimiento de la edad nunca pudieron hacerle aflojar de su primer fervor. En una extrema vejez, y en una edad en que cansada la naturaleza apenas necesita para caer mas que su propio peso, cargado con mil frutos de penitencia; en vez de recoger las preciosas reliquias de su vida para consuelo de sus amados hijos, aumenta sus austeridades; y como Sansón, despues de mil trabajos, y en una ancianidad decrepita, en la que nada parece se halla que pueda ser temible al enemigo, siente mas fuerza que nunca para destruir aquella casa terrena que tenia cautiva á su alma, y para aniquilar á los enemigos domésticos que tantas veces habia vencido.

Peró, ¡oh Santo mio! ¿me atreveré á preguntaros si  
ese

ese cuerpo que castigais con tanto rigor fue en algun tiempo cuerpo de pecado? ¿Haceis ahora que sirvan á la justicia unos miembros que han servido á la iniquidad? ¿Armais vuestro brazo contra una carne que se ha revelado contra el espíritu? ¿Queréis hacer eterna la memoria de vuestras flaquezas, como David, inmortalizando vuestra penitencia?

¡Ah! Católicos, el Señor le defiende con sus bendiciones desde el seno de su madre. Aquel templo del Espíritu Santo nunca estuvo profanado; y conservó hasta el fin aquel vestido de justicia y santidad que recibió del cielo en el Sacramento que nos reengendra.

¿Con qué ojos mirais Vos, oh Dios mio, á tantos pecadores que llegan á los santos mysterios sin haber hecho sacrificio alguno de expiación, y sin poder presentaros mas que unas abominaciones, que acaso volverán á empezar el día siguiente? ¿Cómo nos mirais disponer mil nuevas felicidades á nuestros sentidos, forzar la naturaleza para obligarla á que sirva á nuestra sensualidad, suplir con la variedad de los deleytes lo que falta á su solidéz, sazonar el disgusto que los acompaña con mil antojos sensuales, y confiar despues de esto, quando estamos para morir, en el socorro de los Sacramentos, en los tesoros de vuestras misericordias, y en algunos movimientos de dolor, que mas son efecto del presente peligro, que de los pasados desordenes? Esto es ilusion, Católicos; pero está escrito que el mundo ha de permanecer hasta el fin en su error, y es preciso que se cumplan las Escrituras.

La penitencia de nuestro Santo siempre estuvo acompañada de aquella humildad profunda que tanto resplandece en todas sus acciones, y que es mejor que el sacrificio. Quantas almas penitentes hay que al mismo tiempo que debilitan su carne, fortifican su soberbia; que del aparato de penitencia que las rodea forman una especie de trofeo secreto á su vanidad; que en las sagradas

señales que dexan impresas en su cuerpo los rigores de la cruz, están siempre leyendo su propio merito; y que despues de haber sufrido, como Jonás, todo el peso del día y del calor se duermen poco á poco sobre mil culpables complacencias, y dexan por ultimo que un invisible gusano pique la raíz de aquel arbol cargado de tantos frutos de penitencia, que se seca en un instante, y los dexa expuestos á todo el ardor de las pasiones.

Pero nada de esto debeis temer en nuestro Santo; al mismo que acabais de ver elevado hasta los cielos, le vereis baxar hasta las entrañas de la tierra, hecho un espectáculo digno de los Angeles y de los hombres, y mirarse como el desprecio de todos y anathema del mundo; no hay ministerio por vil que sea á que no se abata; no hay accion por humilde que sea que no practique; no hay nombre por despreciable que sea que no se apropie. Los Pontifices del Señor, y los Reyes de la tierra se dán priesa á ofrecerle unos puestos dignos de su merito; le presentan los honores de la purpura, y del Opispado; pero teme, como el Proferá, la altura del día, y le parece que solamente se halla segura su amada virtud estando oculta baxo las exterioridades de una vida privada. O tu Congregacion piadosa y austera con que enriqueció la Iglesia, nuevo escudo con que adornó la torre de David, ilustre asilo que añadió á las ciudades de refugio que estaban ya establecidas en Israel, solamente tu nombre anuncia desde luego la humildad de tu Santo Patriarca; no hallaba, Católicos, nuestro Santo, nombre que le pareciese de bastante desprecio para apropiarsele; y nosotros siempre estamos usurpando unos titulos que nos niega el público, y que nunca poseyeron nuestros antepasados; y hoy vemos entre nosotros á muchos, que adornan su vil nacimiento, todavía reciente, con un apellido ilustre, y que recogen con afectacion las ruinas de aquellas familias antiguas que ya perecieron, para colocarlas sobre un nombre desconocido,

y

y que acaba de salir de lo ínfimo de la plebe! ¿en qué siglo se ha visto mas corrupcion en este punto que en el nuestro? ¡Ah! nuestros padres no querian ser mas de lo que habian sido quando nacieron; contentos cada uno de ellos con lo que les habia concedido la naturaleza, no se avergonzaban de la sangre de sus mayores; y al mismo tiempo que heredaban sus bienes, no negaban sus nombres. No se veía á aquellos que eran de un distinguido nacimiento estar continuamente gloriandose de él, observar una extremada delicadeza acerca de los tratamientos odiosos al Evangelio, y aun al mundo, estudiar con cuidado todo lo que se les debe, hacer continuamente comparaciones entre los titulos, examinar escrupulosamente la clase de las personas que tratan, para arreglar sobre este punto su modo de hablar con ellas, y no presentarse en parte alguna sin hacer saber antes su nombre y su calidad.

Pudiera añadir aqui que nuestro Santo siempre se apartó del ministerio del Altar, y del Sacerdocio christiano: Renovando en estos ultimos siglos aquellos grandes exemplos que dexaron á la religion las primeras edades de la fé, nunca se atrevió á entrar en el Santuario, y contentandose con ser víctima, siempre se tuvo por indigno de ser Sacerdote. ¿Es posible, Católicos, que un corazon tan dispuesto con una larga penitencia, y consagrado con todos los dones del Espíritu Santo, no se creyese bastante puro para ser sellado con el sello del Señor? ¿Que una boca tantas veces purificada con el fuego del cielo, ocupada siempre en publicar las alabanzas del Padre celestial, que sirvió de sagrado instrumento á la conversion de tantos pecadores, y que tantas veces habia hecho que baxase Jesu-Christo á las almas, temiese el proferir las tremendas palabras que mudan las santas ofrendas, y que le hacen baxar á los altares? ¿Que unas manos puras, que levantadas ácia el cielo habian podido sacar los muertos del imperio de los sepulcros, no se atreviesen á bendecir ja-

más

más el pan del Cielo? ¿Y unos corazones mil veces profanados y manchados aun con las señales recientes de la culpa, se han de atrever á hacerse señalar con el carácter de la santidad? ¿Y unas bocas semejantes á los sepulcros abiertos, se han de presentar todos los días para ser empleadas en el ministerio de vida? ¿Y unas manos pecadoras, manchadas mil veces con las abominaciones de Babilonia, han de vencer todos los obstáculos que las cierran las puertas del Santuario, y no han de estremecerse al verse consagradas con la santa Uncion, bañadas con la sangre del Cordero, y ocupadas en ofrecer unos dones puros, y unos sacrificios sin mancha? ¡Oh santa disciplina de los primeros tiempos, piadosos excesos de nuestros Padres en orden á la eleccion de los Ministros del Altar, antigua hermosura del templo, qué se puede tributar á vuestras tristes ruinas sino el llanto!

Es verdad, Católicos, que de mucho tiempo á esta parte algunos Zorobabeles trabajan en reparar los males de la cautividad. Es verdad, que el nuevo Esdras (\*) que poco há nos suscitó el cielo, va á hacer la gloria de esta última casa semejante á la de la primera; nosotros le veremos con el libro de la ley en las manos, restablecer las costumbres de Israel, y explicar sus preceptos y sus ordenes á los Sacerdotes y á los pueblos. Nosotros le veremos recorrer las ciudades de Judá, derramar en todos los lugares de su jurisdiccion el espíritu de fé y de religion, y como el arca de Israel, llenar de mil bendiciones á todos los pueblos de su tránsito. Finalmente, le veremos como un Pontífice inocente, separado de los pecadores, aplicado á ofrecer dones y sacrificios, derramando su alma en la presencia del Altísimo, sirviendo de reconciliacion á los hombres en el tiempo de la ira, tomando sobre sí los pecados de su pueblo, y expiandolos con sus austeridades, humillandose hasta los mas comunes ejercicios del ministerio; y en una palabra, le veremos como un Pontífice

(\*) El Cardenal de Noailles, Arzobispo de París.

fice que no se ha ensalzado á sí mismo, sino que ha sabido esperar á que aquel Señor, que llamó Aaron, le hiciese sentar en el lugar del honor, y le estableciese Pontífice de los bienes verdaderos, y del eterno tabernáculo. ¿Qué os daremos, Señor, por este beneficio que nos habeis hecho? ¿Qué nos queda que pedirnos para vuestra Iglesia sino unos Pontífices que le sean semejantes? Pasemos á la ultima parte del discurso, y despues de haber manifestado que nunca hubo Santo mas flaco segun la carne, haré ver ahora que tampoco le hubo mas poderoso segun el espíritu.

## SEGUNDA PARTE.

**D**IOS es admirable en sus Santos, y la variedad de sus caminos para con sus escogidos es uno de aquellos tesoros ocultos, sobre los cuales, segun la expresion del Profeta, pone su sabiduría profundos abismos: *Ponens in thesauris abyssos (a)*.

Y á la verdad, en la historia de la religion hallamos unas veces hombres grandes, que descendiendo de una sangre ilustre, criados en el estudio de las artes y ciencias, nacidos para mandar á los otros hombres, y destinados al lucimiento y á la grandeza, se han sepultado vivos en los retiros mas oscuros; y esperando allí el dia del Señor, casi desconocidos de la tierra, no queriendo saber mas que á Jesu-Christo, cercados de miserias y enfermedades, han sido el objeto del desprecio y de las burlas de los insensatos.

Por otra parte, algunas veces nos presenta la gracia unos espectáculos muy diferentes; unos hombres flacos, de obscuro nacimiento, criados en la ignorancia, sujetos por su destino á todas las criaturas, y haciendose inferiores por motivos de fé á su propia baxeza, y que con todo eso repentinamente llegan á ser la admiracion de

SU

(a) Psalm. 32. v. 7.

su siglo, deciden en los puntos de la ley, exercen un imperio divino sobre todas las criaturas, se ven elevados al mas alto grado de gloria y de reputacion; y finalmente, son admirados por aquellos mismos caminos que habian de servir de hacerlos despreciables á la vista de los hombres.

Esto sucedió en su siglo á San Francisco de Paula. La virtud de Dios resplandeció en su flaqueza, aquella piedra despreciable fue puesta por cabeza del ángulo, y en el lugar mas magestuoso del edificio; aquella nube obscura, que salió del centro de la tierra, se levantó poco á poco, cubrió el tabernáculo, se hizo una columna de fuego, y sirvió de antorcha á los que estaban sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Apenas se estableció en su amada soledad, y empezó á gustar lo suave que es olvidarse de los hombres, y vivir solamente á la vista de Dios, quando empezó á esparcirse contra su voluntad aquel buen olor de vida por toda la comarca: La fama de su santidad y penitencia conmueve las ciudades cercanas, y se introduce hasta en las Cortes de los Príncipes; de todas partes va á Silo el pueblo de Dios para consultar al Vidente; y los mismos Soberanos, disfrazados, como en otro tiempo una Reyna de Israel, acuden á su retiro, y quieren saber de la boca de aquel Profeta los designios del cielo para con ellos. Francia, Italia, España y toda la Europa oyen hablar de él: desde lo mas retirado de su soledad llena el mundo con la fama de su nombre, y como su divino Maestro, es llevado desde la obscuridad del desierto al pináculo del Templo, y allí sirve á todo el Universo de espectáculo.

Los Santos, Católicos, siempre han resplandecido de este modo. Son aquellos hijos de la luz, que no obstante no ser tan prudentes como los del siglo en la eleccion de sus caminos, no por eso han dexado de llegar á sus fines con mas seguridad que ellos. No conocian aun el piado-

so arte de introducirse en el espíritu y estimacion de los pueblos. Esta virtud vana, que nada tiene de virtud sino la exterior modestia y la apariencial, no era vicio que reynase aun en sus tiempos: no se les veía que anduviesen en ellos proporcionando ocasiones públicas de fatiga y de misericordia para su zelo: no hacian patente su santidad con mil extraordinarias señales; no se parecían á aquellos falsos Profetas de Israel, que para engañar con mas seguridad la credulidad de los pueblos, y precaver el que dudasen de su don de Profecía, afectaban unas figuras ridiculas, unas inspiraciones repentinas, y unas demostraciones muy diferentes de las de los Profetas del Señor.

Confundid, ¡oh Dios mio! la esperanza de los hipócritas: no permitais que vuestro santo nombre sirva á la iniquidad; maldecid á los que trabajan con engaños en vuestra santa obra, á los que miran la virtud como comercio, y la sencillez de vuestros caminos como medios para conseguir la estimacion y el honor. Distinguid vos mismo las sendas del justo de las del pecador; haced que el desprecio debido á la falsa virtud no recaiga sobre la verdadera; y que vuestros siervos, que no tienen parte con los hipócritas, no participen en el espíritu de vuestros enemigos de sus burlas y su infamia.

Sino obstante la obscuridad de su retiro y de su nombre se vió nuestro Santo expuesto desde luego á la admiracion de los pueblos, tambien puede decirse que el que llama á las cosas que no existen como á las que ya son, sacó en él la luz de las tinieblas, y la ciencia de sus mas sublimes caminos, de la simplicidad y la ignorancia.

¡Qué gloria esta para la fé, Católicos! veo que un solitario simple y sin letras llega de repente á ser guia de los ciegos, luz de los que habitan en las tinieblas, Doctor de los ignorantes, Maestro de los simples y de los niños, y que tiene la regla de la ciencia y de la verdad en la ley. Habla el lenguaje de los hombres y de los Angeles; se ve ensalzado á la dignidad de Profeta; pe-

netra todos los mysterios, posee toda la ciencia, y aquella fé capaz de mudar los montes; es el Samuel de su tiempo, el interprete de las voluntades del Señor para con su pueblo; el restaurador de la doctrina y de la verdad, y el árbitro de la religion y del culto de los Principes.

La misma Roma, mansion del tabernáculo de Israel, desde donde el Señor pronuncia sus oráculos, y adonde va el pueblo á consultar á Dios, halló nuevos recursos en sus doctrinas. Los Principes de los Sacerdotes le embiaron diputados, y le tuvieron por Jeremías, ó por alguno de los Profetas. Sixto IV. le consultó en sus dudas, y le miró como á director y coadjutor en su Pontificado. En aquel tiempo se vió otra vez al Moyses del pueblo escogido, y al Legislador de las Tribus, seguir los consejos de otro Jetro, poco instruido en la ley, y criado en el desierto del Madian.

¿Qué penetración tuvo de los fines de Dios para con las almas! Los pensamientos del hombre, que como dice San Pablo solamente pueden ser conocidos del espíritu que en él habita, no se ocultaron á la discrecion de su conocimiento. Descubrió los consejos de los corazones, y veía clara y distintamente los abismos de las conciencias; y siendo simple y sencillo, como el Cordero del Apocalypsis, abrió los siete sellos del libro mysterioso, para lo que no hubiera alcanzado toda la habilidad y prudencia de los ancianos.

Pero hoy no se busca esta discrecion de espíritus en los Jueces de las conciencias; no gustamos de que estos sean demasiado doctos; no queremos que conozcan nuestros defectos mas clara y distintamente que nosotros mismos; tememos que estas lámparas resplandecientes, que iluminan los mas oscuros lugares del corazon, nada dexen en ellos por registrar; nos acomodamos mejor con aquellos, cuya flaca luz no alumbrá mas que la superficie de las pasiones, y pasa siempre sin examinar los mysterios de iniquidad: en una palabra, queremos unos idolos que

ten-

tengan ojos y no vean; queremos aquellos Directores casi ciegos, que solamente ven á los hombres como árboles, esto es, que no ven mas que las hojas sin descubrir las raíces; y quedamos muy satisfechos de nosotros mismos, quando hemos podido atraer á nuestro partido al Ministro de la reconciliacion; como si su flaqueza pudiera hacer injusto á Dios, ó su ignorancia cegarle para que no vea nuestros delitos semejantes, si es lícito decirlo así; á los Babylonios, gustamos de aquellos Sacerdotes engañadores, que comiendose ellos solos nuestros sacrificios y nuestras iniquidades, nos persauden á que es el Señor quien se las ha comido; y no queremos recurrir á los Danieles inspirados de Dios, que nos manifiesten sus ocultos caminos, que desengañen nuestra credulidad; y nos hagan tocar con las manos la inutilidad de nuestras ofrendas, y el abuso de nuestro culto.

El espíritu de Dios que hablaba en nuestro Santo, no siempre era un viento impetuoso y vehemente que hiciese temblar el cenáculo, y amedrentase á los discipulos; las mas veces era un viento suave y agradable, como del que se habla en la historia del hombre en el estado de la inocencia, destinado á templar el ardor del dia, y á anunciar á nuestros primeros padres la visita y llegada del Criador; y así el corazon de los Principes y de los pueblos estuvo siempre en sus manos, por decirlo así; jamás hubo quien resistiese á su sabiduría; y al espíritu que en él hablaba: infinitos pecadores fueron á expiar á sus pies sus culpables pasiones; infinitos justos vieron tambien allí resucitar la gracia de su vocacion; y sus palabras fueron á un mismo tiempo olor de muerte para la iniquidad, y de vida para la justicia. Fernando Rey de Napoles escuchó á este nuevo Bautista, que en medio de su Corte le reprehendía sus excesos con aquella libertad santa que inspira la fé: admiró la inocencia y sencillez de este solitario milagroso; oyó sus reconvenciones, que siempre quedaban victoriosas por su afabilidad y su agrado; y

movido como David con los caritativos ardides y piadosos artificios de Nathán, fue el primero que pronunció la sentencia contra sí mismo. Bien sé á qué punto llega la delicadeza de los Grandes, y los rayos que salen de esas montañas de vanidad quando se atreven á tocarlas; pero ¡oh Dios mio! los Reyes oirian, y los que juzgan la tierra podrian instruirse, si hubiera Profetas en Israel que se atrevieran á proferir en su presencia vuestra divina palabra: Los Principes no se hallarian tan distantes del Reyno de Jesu-Christo, si los discipulos del Señor supieran despreciar los primeros puestos.

El mismo Padre de las luces que le descubrió los secretos de los corazones, le dió tambien á conocer los futuros sucesos. Los fieles de su tiempo exclamaban con admiracion, diciendo que habia parecido entre ellos un gran Profeta, y que el Señor habia visitado á su pueblo; previó las desgracias de Israel, y la cautividad que amenazaba á Jerusalém; y como el Jeremías de su siglo vió en espíritu salir de Babylonia un Principe infiel, y preparar las cadenas y las llamas con que habia de ser aprisionado el ungido del Señor, y abrasado el Templo y la Ciudad santa. Pero qué pocas disposiciones hallan en nosotros los Profetas de Israel quando no anuncian sino cosas desagradables? Sus profecias fueron tenidas por sueños y cavilaciones; entró Mahometo en Italia, y siendo ya dueño de Otranto, estaba para destruir la heredad del Señor, para colocar la abominacion en el lugar santo, é imponer un infame tributo á la Reyna de las naciones, y Soberana de las Provincias, quando San Francisco de Paula levantaba aún inutilmente sus manos ácia un pueblo lleno de contradiccion é incredulidad.

Pero, Señor, vuestras misericordias siempre son mayores que nuestras miserias; os dexasteis mover de las lágrimas y oraciones de vuestro siervo, y alcanzó de Vos que un Angel invisible atemorizase á Sennacherib, disipase las naciones congregadas, y restituyese la paz y la

alegría á vuestra Iglesia. ¡Ah! ¿No suscitareis, Señor, en nuestros dias algun nuevo Profeta, que pueda tambien alcanzar de Vos el fin de nuestras disensiones y calamidades? ¿No enviareis un Angel exterminador para que disipe á las naciones que quieren la guerra? ¿Habeis de haber entregado á Jacob al saqueo para siempre? ¿Han de haber jurado vuestras Tribus el destruirse mutuamente, y servir á los designios de vuestros enemigos? ¿Habeis de permitir que otro Jeroboám, para mantenerse en su usurpacion, los divida, altere publicamente vuestro culto, y plante una eterna semilla de disension entre Israel y Judá? Es verdad, Señor, que estais castigando nuestras iniquidades; pero si las desgracias de nuestras familias, la sangre de nuestros parientes, los clamores de los pueblos, y la desolacion de las provincias no bastan aun para detener el brazo que nos hiere. ¡Ah! cese, Señor, vuestra ira, por no ver tantas profanaciones inseparables de las guerras, y no vengueis vuestra justicia permitiendo que se multipliquen los delitos en la tierra.

¿Quién pudiera, Católicos, representaros aqui á nuestro Santo, aquel hombre tan penitente y mortificado que apenas se permitia el uso de las mas viles viandas: ¿quién os le pudiera representar, vuelvo á decir, como Soberano de todas las criaturas, árbitro de la vida y de la muerte, mandando á los vientos y al mar, apagando el ímpetu del fuego, cerrando la boca á los leones, venciendo los reynos con la fé, y siendo depositario del poder de Dios en la tierra? Acaso no vió jamás la Iglesia otro espectáculo de fé mas poderoso; la historia de sus prodigios no tiene fin; y aqui es unicamente donde se puede usar del hiperbole del Evangelista, y decir que no cabe su historia en todo el mundo. Caminó como los primeros discipulos sobre las serpientes, sin ser ofendido de ellas; quitó á las bebidas mortales todo su veneno; imprimió aun en su sombra una poderosa fuerza; exhaló una virtud que obraba prodigios en todas partes; consolidó

con su fé las aguas del mar, y sin ser sostenido, como Pedro, con la presencia de Jesu-Christo, le atravesó con mas constancia y seguridad que aquel Apostol: ¿Qué mas diré? Puso su boca en las nubes, segun la expresion del Profeta, é hizo pasar su lengua sobre la tierra; abrió las cataratas del cielo, y alteró, ó restableció las estaciones del año; fue la resurreccion y la vida; dió vista á los ciegos, hizo hablar á los mudos, oír á los sordos, y andar á los cojos; y bienaventurados los que en él no se escandalizaren.

¡Oh Católicos, á qué extremo ha llegado hoy la falsa delicadeza del siglo en orden á los sucesos que tienen señales de prodigios! Se dexa para el simple pueblo la sencillez y el candor; la religion de los que se tienen por instruidos es una religion de especulaciones y dudas, y se hace gala de ser incredulos, como si el Reyno de Dios se alcanzára con el discurso. No es mi intento dar aqui credito á las supersticiones, ni autorizar todas las falsedades que el buen zelo, por falta de instruccion, dexó introducir en los pasados siglos en la historia de nuestros Santos; pero me dá lástima que con pretexto de buen gusto caygan algunos en el libertinage, y que por acostumbrarse á dudar de los hechos indiferentes, lleguen tarde ó temprano á dudar de los necesarios. La sencillez, Señores, es inseparable de la fé christiana; muchas veces es cosa gloriosa el engañarse, por haber querido ser mas religioso y mas docil. Los mayores hombres de la religion han sido sencillos como los niños en las materias de salvacion. Además de que vosotros mismos, Católicos, estais creyendo neciamente contra todas las reglas de la recta razon, que Dios os ha de salvar, teniendo, como teneis, una vida ociosa y mundana, siendo esto imposible, y al mismo tiempo negais vuestra creencia á unos prodigios que le son muy faciles. ¡Ah! ¿Por qué sois tan credulos en un negocio en que todo se aventura, y por qué os habeis de preciar de serlo tampoco en un asunto en que nada se pierde?

Pa-

Para dar los ultimos colores á este elogio sería preciso, despues de haberos manifestado el obscuro nacimiento de nuestro Santo, acompañado de una reputacion tan extraordinaria, su candor y sencillez ensalzados con el don de ciencia y de inteligencia, y su flaqueza y enfermedad hechas tan poderosas, representaros tambien su humildad, recompensada y adornada de gloria y de respetos: le veriais sentado al lado de un gran Pontifice, como en otro tiempo Moysés al lado del Pontifice Aarón, dividiendo con él los cuidados de su Sacerdocio, y el gobierno del pueblo de Dios; le veriais entrar en las juntas de los Ancianos de Israel, y como Daniél, arreglar sus decisiones, y presidir á sus ordenanzas; veriais á los pueblos salir en tropel de la ciudades, recibirle como antiguamente al hijo de David; y rodeado de un aparato tan humilde como el de Jesu-Christo, quando entró en Jerusalém, hallar en todas partes las mismas aclamaciones, y una pompa no menos solemne. Hasta las Cortes de los Principes, que no condescienden facilmente con la santa locura de la Cruz, le tributaron unos respetos que nunca conceden sino á la sabiduría del siglo; y la myteriosa locura de este nuevo David no sirvió de estorvo para que los mismos Reyes de los Filisteos le detuviesen en sus Cortes con todos los honores y distinciones debidas á su virtud.

Porque, Católicos, es preciso confesar aqui que los Ministros del Señor, los verdaderos Santos, aunque sean en algun modo molestos para el mundo, en la realidad no son despreciados. La virtud que es conforme á Jesu-Christo, en qualquiera parte que se halle tiene no sé que nobleza y magestad que se hace apreciable, aun de aquellos mismos que no la quieren imitar. Poco conoce al mundo el que quiere que sus flaquezas y miserias le sirvan de recomendacion para con él; por mas corrompido que parezca, aun conserva la equidad suficiente para pedirnos exemplos de una vida arreglada, y virtudes cor-  
res-

respondientes á nuestro estado; y así el medio mas seguro para evitar sus desprecios es no seguir jamás sus máximas.

Por eso quando Luis XI. se sintió herido de la mano de Dios, no fue á buscar un Profeta en su Corte: las virtudes de San Francisco de Paula, y el poder que Dios le comunicaba para honrar su santidad resplandecian en todo el Universo; él es á quien busca el Principe, y así le hace venir de las extremidades de Italia; pero nuestro Santo, manifestandose en la Corte, engañó la esperanza del Soberano, y le dixo con resolución, como otro Elías: Principe, morireis, y no saldreis de la cama en que os hallais sino para baxar al sepulcro.

¡Qué golpe este para un Principe que amaba la vida! con todo eso oyo temblando aquel fatal decreto. ¡Ah! qué pocas veces sucede que las inquietudes y suspiros de los moribundos no sean mas inquietudes de una alma que se defiende contra la muerte, que verdadero arrepentimiento de su vida pasada! Si entonces se levantan los ojos al cielo, no es mas que para apartar la fatal espada que va a cortar el hilo de nuestra vida; y todas aquellas señales de arrepentimiento que suelen darse en aquel último instante, y que tanto consuelan á los amigos y parientes, por lo comun no son mas que la última firma de nuestra sentencia, y la funesta medida de nuestros delitos.

A este viage de S. Francisco de Paula debe el Reyno la fundacion de una Orden, que despues ha sido de tanto honor á la Iglesia y edificacion al público. El candor y austeridad de nuestro Santo y de sus compañeros movió los corazones de los pueblos: nuestras ciudades competian entre sí sobre qual había de conservar dentro de sus muros aquellos Angeles de la tierra: en todas partes se levantaron nuevos edificios destinados á servirlos de asilo: las riquezas de Egipto se emplearon con profusion en edificar estos tabernaculos de Israel; y no pudiendo la Francia disputar á Italia el nacimien-

to de este santo instituto, la disputó á lo menos el amor y el zelo de su aumento.

Bien sé que nosotros hemos heredado en esto el gusto de nuestros Padres; San Francisco de Paula y sus hijos aun son amados de nuestros pueblos, y esta es la devocion dominante en Francia. ¿Pero en qué consiste, Católicos, que con toda nuestra confianza en este Santo estamos nosotros tan distantes de serlo? ¡Ah! consiste en que además de que ceñimos todos nuestros respetos á un culto puramente exterior, y á ciertos ejercicios de devocion que no mortifican nuestras pasiones, recurrimos á él como aquel Rey enfermo, solo quando se trata de alcanzar favores temporales, como la libertad de un peligro que nos amenaza, de una enfermedad que nos consume, de un pesar que nos molesta y acaba, y nada hablamos de las necesidades del alma; no cuidamos de pedir la libertad de una pasion que nos tiraniza, de una enemistad que nos inquieta, de una obstinacion que nos tranquiliza en todo, de mil peligros en que tropezamos, de un natural fragil y resbaladizo que nos hace tan difícil la salvacion.

¡Oh Dios mio! no es el poder de vuestros Santos el que se disminuye, como nos están diciendo todos los días vuestros enemigos, sino que se aumenta la incredulidad en los fieles: Vos, Señor, siempre sois el Padre de las misericordias, y siempre estais dispuesto á oír nuestras súplicas, quando os son presentadas por los ciudadanos de la Jerusalem celestial; pero es preciso que estas súplicas sean dignas de Vos, y tan puras que puedan subir como olor de suavidad hasta el pie de vuestro trono; ¿y con todo eso, Señor, quáles han sido hasta ahora mis oraciones y súplicas? Yo he invocado á vuestros Santos en mi afliccion, es verdad, pero no he esperado de ellos sino unos consuelos terrenos, el buen éxito de algun negocio, la regularidad de la estacion, la vida de alguna persona á quien amaba, el favor de un Grande,

la elevacion de una familia : desde el instante en que me hirió vuestra mano acudí á los Altares , para alcanzar el fin ó la mitigacion de mis penas ; y este ha sido siempre el motivo de mis dones y ofrendas. Muchas veces, no me avergüenzo de confesarlo en vuestra presencia, ¡oh Dios mio! muchas veces he intentado que vuestros Santos sirvan á mis iniquidades , y se interesen en mis flaquezas ; que sean protectores de un deseo que os desagradada , de una esperanza que os afrenta , de una amistad que os ofende ; y en vez de ponerlos por intercesores de mi perdón , los he hecho confidentes de mis delitos. Los Santos , Católicos , desprecian estos pecaminosos respetos , y el mejor modo de honrarlos es seguir las huellas que nos dexaron señaladas en los caminos de la justicia , las que nos guiarán como á ellos á la feliz inmortalidad. Amen.



## SERMON PARA EL DIA DE SAN BENITO.

*Fide Noe , respons. accepto de iis quæ adhuc non videbantur , metuens aptavit arcam in salutem domus suæ , per quam dampnavit mundum.*

La fé de Noé le hizo , que habiendo sabido por divina revelacion lo que habia de suceder , y temiendo lo que todavia no veía , edificase una Arca para salvar á los suyos , y de este modo condenó al mundo. *Heb. 11. v. 7.*

**L**uego que el cielo dió aviso á Moysés de la sentencia que determinaba el Señor pronunciar contra los hombres , aunque estaba todavia distante del tiempo de la venganza , le tuvo este Santo Patriarca por llegado , digamoslo asi ; y el mismo dia en que conoció que todo se habia de acabar presto , fue para él como el fin de todas las criaturas. Desde aquel instante todo le pareció error y vanidad entre los hombres ; pensando siempre en aquel dia de indignacion , que habia de exterminar toda carne , miraba los placeres y disoluciones á que entonces se entregaban los hombres con tanto exceso , como la risa de aquellos freneticos , que ignorando el proximo peligro que los amenaza son dignos de nuestra compasion y lágrimas. Desde entonces , sin atender al exemplo de la multitud , no pensó más que en tomar medidas para no ser comprendido en la comun maldicion , y no contento con trabajar en su seguridad , edificó un asilo en que poder con-

la elevacion de una familia : desde el instante en que me hirió vuestra mano acudí á los Altares , para alcanzar el fin ó la mitigacion de mis penas ; y este ha sido siempre el motivo de mis dones y ofrendas. Muchas veces, no me avergüenzo de confesarlo en vuestra presencia, ¡oh Dios mio! muchas veces he intentado que vuestros Santos sirvan á mis iniquidades , y se interesen en mis flaquezas ; que sean protectores de un deseo que os desagradada , de una esperanza que os afrenta , de una amistad que os ofende ; y en vez de ponerlos por intercesores de mi perdón , los he hecho confidentes de mis delitos. Los Santos , Católicos , desprecian estos pecaminosos respetos , y el mejor modo de honrarlos es seguir las huellas que nos dexaron señaladas en los caminos de la justicia , las que nos guiarán como á ellos á la feliz inmortalidad. Amen.



## SERMON PARA EL DIA DE SAN BENITO.

*Fide Noe , respons. accepto de iis quæ adhuc non videbantur , metuens aptavit arcam in salutem domus suæ , per quam dampnavit mundum.*

La fé de Noé le hizo , que habiendo sabido por divina revelacion lo que habia de suceder , y temiendo lo que todavia no veía , edificase una Arca para salvar á los suyos , y de este modo condenó al mundo. *Heb. 11. v. 7.*

**L**uego que el cielo dió aviso á Moysés de la sentencia que determinaba el Señor pronunciar contra los hombres , aunque estaba todavia distante del tiempo de la venganza , le tuvo este Santo Patriarca por llegado , digamoslo asi ; y el mismo dia en que conoció que todo se habia de acabar presto , fue para él como el fin de todas las criaturas. Desde aquel instante todo le pareció error y vanidad entre los hombres ; pensando siempre en aquel dia de indignacion , que habia de exterminar toda carne , miraba los placeres y disoluciones á que entonces se entregaban los hombres con tanto exceso , como la risa de aquellos freneticos , que ignorando el proximo peligro que los amenaza son dignos de nuestra compasion y lágrimas. Desde entonces , sin atender al exemplo de la multitud , no pensó más que en tomar medidas para no ser comprendido en la comun maldicion , y no contento con trabajar en su seguridad , edificó un asilo en que poder con-

servar tambien la salud de los suyos: De este modo, dice San Pablo, vio las cosas futuras como si estuvieran presentes; se hizo heredero de la fé y de la justicia de los Patriarcas que le habian precedido; y condenó al mundo, porque hizo inútil al exemplo de sus sabias precauciones. *Metuens aptavit arcam in salutem domus sue, per quam damnavit mundum.*

Baxo esta imagen me he propuesto presentaros hoy al Santo Patriarca cuya memoria celebramos, y lo que me ha determinado á hacer esta eleccion es, que me ha parecido aun mas á proposito para nuestra ins raccion que para su elogio: en este dia no debeis esperar una relacion exacta y brillante de las acciones de San Benito, sino solamente una instruccion sencilla y christiana acerca de las principales circunstancias de su vida.

Apenas la voz del cielo dió á conocer á este hombre lleno de fé el decreto de maldicion que algun dia ha de pronunciar Jesu-Christo contra el mundo, quando ya le tuvo por condenado; y miró á todo lo que habia de perecer como si ya no existiera. Desde entonces vió el fin de todas las cosas, y le asustaron los horrores de la eternidad; despreció lo que no podia poseer para siempre; las falsas alegrías, los insensatos deseos, y las vanas esperanzas de los hombres no le parecieron mas que unos agradables sueños de un reo que duerme en la cárcel la vispera de su suplicio, y que al despertar ha de oír su funesta sentencia; todo le parecia error, locura, y peligro en el mundo, y así pensó en librar su alma de la universal maldicion; compadecido despues de la salud de sus próximos edificó aquel primer asilo, que ha sido despues tan famoso en todos los siglos, para poderlos librar de la indignacion Divina, y salvarlos de aquel diluvio de iniquidad en que habia de perecer toda carne. *Metuens aptavit arcam in salutem domus sue.*

De este modo, San Benito recogió solo todo el caudal de fé, de espíritu, y de justicia; de los Antonios, de los

los Hilariones, y de todos los hombres de Dios, que habian poblado los desiertos del Oriente. De este modo condenó al mundo, al que no pudo corregir con su exemplo; vió con los ojos de la fé las cosas futuras como si estuvieran presentes, y las presentes como si ya no existieran. *Fide, responso accepto de iis que non videbantur.* Atemorizado con los males que amenazaban al mundo, le determinó la fé á fabricarse un asilo en que pudiese libertarse su salud y la de los suyos. *Metuens aptavit arcam in salutem domus sue.* Y en estas dos principales circunstancias de su vida condena San Benito al mundo. *Per quam damnavit mundum.* Quiero decir, los falsos juicios de la seguridad del mundo, con las luces que le manifestaron su nada y sus peligros; la cobardía y las irresoluciones del mundo acerca de la salvacion, con la gloria y felicidad que acompañó á la prontitud de su empresa. *Imploremos, &c. Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

LA deplorable raíz de nuestros excesos se halla casi siempre en nuestros errores, y no damos caída alguna á que no nos haya conducido un juicio falso. Y así la gran diferencia que pone el Apostol entre el justo y el pecador consiste, en que el justo es hijo de la luz, que juzga de todo por unas ideas altas y sublimes, y ayudado de esta claridad superior que le guía distingue en todas las cosas lo verdadero de lo falso, conoce las engañosas apariencias con que están cubiertos todos los objetos que nos rodean, y no ve en ellos sino lo que son en la realidad; pero el pecador es hijo de tinieblas, solamente juzga por unas ideas falsas y confusas, no ve mas que la superficie de los objetos que le rodean, y en vez de introducir la luz en las tinieblas que le cercan, derrama sus propias tinieblas sobre las reliquias de luz que aun le presentan las criaturas, y los sucesos que acaecen.

Tres

Tres son, Católicos, los principales errores de donde nace la multitud de falsas máximas esparcidas en el mundo, y que ocultan á casi todos los hombres los caminos de la justicia y de la verdad. El primero es un error de esperanza, que formado por la viveza de la primera edad, y por la falta de experiencia, inseparable de nuestra entrada en el mundo, abre á la imaginacion, tan dispuesta entonces para dexarse engañar, mil caminos remotos de fortuna, de honor, y de deleyte, y la aficiona á este mundo reprobado, mas con los encantos que la promete, que con los que despues halla. El segundo es un error de inadvertencia, que no hallando al corazon instruido en la nada é inestabilidad de las cosas humanas, en la inconstancia del mundo, y en la amargura de los placeres, dexa á las primeras impresiones que hace en nosotros el espectáculo del mundo tiempo suficiente para que nos mueva, nos corrompa, y nos lleve tras sí, y se aprovecha de una circunstancia en que lo que ofende al alma nunca se borra, para facilitar la entrada á su veneno, y corromperla para siempre. Finalmente, el ultimo es un error de seguridad, que nos representa los abusos del mundo como costumbres permitidas, los precipicios como caminos rectos y seguros, las precauciones de la fé como flaquezas ó excesos de una piedad mal entendida, y nos hace caminar sin temor por unas sendas en las que casi cada paso es una caída. Pero las luces de la fé descubrieron á San Benito tres principales verdades que disiparon desde luego la ilusion de estos tres errores, y que aun hoy condenan al mundo, ó porque las ignora, ó porque las desprecia.

Conoció primeramente que todas las cosas perecederas, y que no han de durar siempre, no son dignas de un Christiano que nació para la eternidad. Conoció en segundo lugar, que quantos placeres pueden proporcionar las criaturas al corazon del hombre no son mas que un

po-

poco de agua arrojada en una fragua, que aviva el fuego en lugar de apagarle; que no son mas que un conjunto de remordimientos y gusanos que corroen el corazon en vez de saciarle, y que todo lo que no es Dios, aunque pueda sorprehenderle, no le puede satisfacer. Finalmente conoció que el mundo era el lugar de las tentaciones y naufragios, y que la virtud no podia hallar en él mas que lazos que la engañasen, escandalos que la afligiesen, ó obstáculos que la desanimasen.

Embiado á Roma en una edad aun tierna, para cultivar allí las esperanzas de sus primeros años, con todos los auxilios con que podia ayudar á la educacion una ciudad tan célebre, siguió el camino ordinario de los de su clase, correspondió á las ideas de sus parientes, que con unos fines inseparables de la carne y de la sangre dirigian su educacion, no á formarle para el cielo, sino á colocarle en el siglo: se instruyó como Moysés en las ciencias y sabiduria de los Egypcios; cultivó por algun tiempo con los socorros humanos los grandes talentos que despues se manifestaron en él; la primera ocupacion de su juventud fueron los estudios que abren el camino á los honores y á la fortuna; pero la gracia se habia reservado el derecho de santificarlos, y se sirvió de toda aquella vana ciencia de Egyto para formar, como en otro tiempo en Moysés, el Legislador de un pueblo santo, y el Capitan que habia de conducir al desierto un nuevo exercito de Israelitas, para ofrecerse allí ellos mismos en sacrificio al Señor.

A la entrada de esta carrera, dice San Agustín, es quando se forman en el alma, poco instruida aun en las desigualdades de la fortuna, y en la inestabilidad é injusticia del mundo, las ideas de elevacion, las esperanzas alhagueñas, y los sueños agradables. En esta primera edad es quando el hombre se promete á sí mismo todo quanto se atreve á desear; ya le parece que ve á sus pies, como el joven Josef, á los mismos Astros del firmamento,

to,

to que le adoran, porque la imaginación, no estando aun desengañada por la experiencia, junta todas las gracias, todos los talentos, y toda la felicidad que se halla repartida en los demás, para formarse á sí mismo un destino á medida de su gusto, y una fortuna quimérica.

Pero la fé, dice San Gregorio en la vida de nuestro Santo, la fé que madura en tiempo la razon, y que comunica á la juventud toda la sabiduría y prudencia de la edad abanzada, manifestó desde luego á San Benito lo que solamente la experiencia enseña tan tarde á las almas á quienes ha engañado el mundo. Casi á la entrada de su vida vió nuestro Santo al mundo como le ve el pecador, aunque tarde, quando está para morir: esto es, como un sueño, que despues de haber divertido por un rato nuestra imaginacion, se disipa de repente, y no dexa en nosotros mas realidad que la inútil pena de haberle podido tener tanto tiempo por cosa verdadera y sólida. Retiró el paso, añade San Gregorio, que ya casi había dado en los peligrosos caminos del siglo; interrumpió los estudios que empieza la costumbre, y que prosigue y acaba la ambicion; renunció las ciencias vanas que no habian de guiarle á la única *verdad que nos liberta*; miró todos los medios de conseguir como caminos sembrados de precipicios, en los que los mas dichosos son los que por entre infinitos riesgos llegan á un peligro aun mayor, y se retiró del mundo en una edad, en la que aun es mas engañoso por las esperanzas que profmete, que despues por los favores verdaderos con que premia.

Sí, Católicos, esta es la ilusion mas universal de que en todos tiempos se ha valido el demonio para engañar á los hombres. Casi ninguno de los que me están oyendo, y á quienes el mundo engaña y aprisiona, se halla contento con su suerte; y si la esperanza de una condicion mas feliz no suavizára las penas de nuestro presente estado, y no uniera aun nuestros corazones al mundo, no era menester para que nos desengañásemos mas que

que los grandes disgustos y amarguras que hallamos en él; pero cada uno de nosotros es ingenioso para desfigurarse la amargura de nuestro estado presente; en vez de conocer que el mundo no puede hacer felices, y que es necesario buscar en otra parte la felicidad á que aspiramos, pues el mundo no nos la puede dar, siempre nos prometemos en él lo que nos falta, y lo que apetecemos; suavizamos nuestras presentes molestias con la esperanza de un por venir quimérico; y por una ilusion perpetua y deplorable inutilizamos siempre los disgustos que derrama Dios sobre nuestras injustas pasiones para atraernos á sí, con unas esperanzas á las que siempre desmienten los sucesos; y de nuestro mismo engaño nos formamos ocasion para caer en otras nuevas.

Este es el estado de casi todas las almas á quienes arrastran el mundo y las pasiones. Previendo el Señor, que los bienes invisibles habian de ser corto incentivo para nuestra fé, y que las impresiones de los sentidos, por ser mas vivas, y estar presentes, nos habian de inclinar siempre á su lado, derramó sobre los objetos sensibles unos disgustos y unas amarguras capaces de entibiar la violenta inclinacion que á ellos tenemos, y de hacernos desear los bienes eternos. De este modo quiso socorrer á la flaqueza de nuestra fé, y ponernos el remedio en el mismo mal; y así por un efecto de su misericordiosa sabiduría dispuso nuestros destinos con un orden tan divino y admirable, que por feliz que parezca nuestra condicion siempre falta alguna cosa para nuestra felicidad; pero en vez de buscar en las promesas de la fé aquella felicidad que nos falta, la buscamos en las promesas del mismo mundo; el error de nuestra imaginacion hace que nos parezca que poseemos lo que falta á nuestros deseos; nunca lo gozamos, y siempre lo estamos esperando; es decir, que lo que amamos no es el mundo presente, porque en él nunca somos felices, sino aquel mundo quimérico que nos formamos á nosotros mismos; la felicidad que

nos aparta de Dios no es una felicidad verdadera (porque esta no puede hallarse fuera del Señor) sino una imagen vana á la que seguimos sin poderla nunca alcanzar; esta es una sombra que se burla de nosotros, que no se nos manifiesta sino desde lejos; y quando nos parece que estamos cerca de ella, y la vamos á agarrar, huye y desaparece. ¡Oh Dios mio! á estos sueños sacrificamos nuestra eterna felicidad; el mundo por sí solo es demasiado triste y molesto para podernos agradar y engañarnos; es necesario que tengamos parte en esto nosotros mismos, y que ayudemos con nuestros errores al corto poder de sus atractivos; y así este mundo miserable y reprobado á quien amamos no existe en parte alguna; es una quimera que solamente existe en nosotros mismos; es una divinidad imaginaria, y obra unicamente de nuestro corazón; nuestros deseos y nuestras esperanzas son los dioses á quien todo lo sacrificamos, y los que forman nuestros placeres y nuestras mas violentas pasiones; esta fue la primera ilusion de que la fé desengañó á San Benito; la edad de las esperanzas y de los errores fue para él la edad de los sacrificios y de la verdad.

Pero no solamente le dió la fé á conocer el error de aquella esperanza tan peligrosa para los que empiezan á vivir en el mundo, sino que tambien le preservó de aquella ilusion que la novedad de los placeres, la falta de reflexiones, y el torrente de las costumbres y malos exemplos hace como inevitable en esta primera edad. Porque, Católicos, es muy difícil el presentar desde luego á los engaños del mundo, quando todavía no se conocen bien, la circunspeccion, la cautela, y una alma que desconfie de sus lazos; en esta edad se abre indifereentemente el corazón á todo lo que se le presenta para ganarle y corromperle; el entendimiento abraza sin reflexionar todas las falsas máximas esparcidas por el mundo; todo lo que agrada parece que tiene derecho para agradar; todo lo que autoriza el exemplo comun parece

jus-

justo; los elogios que se tributan á nuestros talentos, nos persuaden á que solamente los debemos emplear en nosotros mismos, y hacen que no desconfiemos ni del artificio de los hombres, ni de la amargura de los deleytes, ni de las tristes resultas de la pasion: estas grandes lecciones regularmente son fruto de la reflexion y de la edad, y los mas felices son aquellos, que ha sido necesario que fuesen engañados para que se desengañasen para siempre, y con mas solidéz, de sus pasados errores.

¶ Pero San Benito, como dice San Gregorio, se manifestó instruido en la nada y amargura de los placeres sin perjuicio de su inocencia: su retiro no fue efecto de aquellos inevitables disgustos que trae siempre consigo la larga mansion en las pasiones; no salió del mundo como un hombre que habiendo padecido naufragio sale de entre las olas mojado, y resuelto á nunca mas fiarse de su inconstancia; la primera impresion que hizo en su corazón el mundo fue el deseo de abandonarle; buscó la soledad como asilo de su inocencia, y no como lugar á proposito para llorar sus culpas.

No quiero decir que en un retiro de penitencia no triunfa tambien la gracia de Jesu-Christo: Es cosa muy gloriosa para el que vivia unido al mundo con mil injustos lazos el separarse de él, restituir á Dios un corazón que le habian usurpado las pasiones injustas, y poniéndole por ultimo al pie del Altar, en lo interior de un santo retiro, dedicarse á purificarle con las lágrimas, con la compuncion, y con los santos ejercicios de la vida religiosa; pero siempre llevamos al Santuario un corazón manchado, por decirlo así, y todavía no está limpia la ofrenda que vamos á poner sobre el Altar; es como un sacrificio lúgubre el que vamos á hacer al Señor, en el que la víctima no tiene mas adornos que el llanto y la tristeza; parece que aquellas almas que nunca han pertenecido al mundo ni al demonio, son mas propias para ser consagradas á Jesu-Christo entre las Vir-

al

H 2

ge-

genes Santas que le sirven, y para ser su porcion y su heredad; parece que el Señor habita en ellas con mas gusto, que reyna en ellas con mas soberanía, y que se agrada mas de verlas al rededor de su Altar adórnando el festín del Esposo con sus vestidos de candor y de inocencia.

Y así no es máxima tan segura, aunque suele ser muy frecuente entre Padres Christianos y virtuosos, el persuadirse á que es conveniente que sus hijos hayan conocido el mundo antes de consagrarse á Jesu-Christo en un religioso retiro. Además de que rara vez sucede el conocer al mundo, sin que despues cueste caro haberle conocido; y esta experiencia se compra siempre á mucha costa, aun quando se saliera de ella sin haber recibido heridas mortales, aun quando, como sucede muchas veces, no peligrará la gracia de la vocacion en estas pruebas que se hacen sin el orden de Dios, y que son mas propias para corromperla y destruirla, que para probarla; aun quando esto fuera así, siempre quedan no sé que funestas impresiones que turban la tranquilidad y sosiego del retiro; como todavia no se han borrado estas vanas imagenes, se la representan continuamente al alma retirada, la acuerdan unos objetos que no ha podido olvidar del todo; el sosiego de la soledad, en la que nada hay que pueda divertir la imaginacion, suele servir de mantenerlos y avivarlos, siendo para esta alma escollo, inquietud y tentacion continua en su retiro; y así es preciso que se defienda de los presentes disgustos de su estado, y de la memoria de los pasados deleytes; que venza las repugnancias de un corazon que resiste al yugo de Jesu-Christo, y los desordenes de una imaginacion, á la que quanto mas se la quiera reprimir y refrenar, mas se inquieta y rebela; de modo que muchas veces el mismo mundo, en donde hemos estado sin amarle, quando ya hemos puesto sus despojos al pie de los Altares, y solamente le miramos desde lejos, nos parece mas amable que antes, nos mueve mas con las vanas imagenes que  
ha

ha dexado en nosotros, de lo que nos movia con los placeres que nos presentaba en otro tiempo; y la misma inconstancia del corazon humano es causa de que el mundo halle en la feliz necesidad en que nos hemos puesto de aborrecerle, un nuevo atractivo para agradarnos.

Pero, Católicos, San Benito no espera á que la experiencia de los injustos placeres le desengañe y le convenza de que el hombre no puede hallar en ellos su felicidad; no espera á que los gritos de un corazon, que siempre está inquieto en medio de las alegrías de los pecaminosos objetos, le acuerden de aquel objeto eterno que unicamente es capaz de calmar nuestros deseos, porque solo él puede remediar todas nuestras necesidades; busca á Dios como á su unico consuelo y patrimonio; antes de experimentar que no se puede hallar en el mundo; y nosotros desengañados á costa de tantos años de propia experiencia, instruidos con nuestros propios disgustos, cansados del mundo por aquellos mismos caminos que en otro tiempo nos le habian hecho amable; nosotros, que como antiguamente decia Tertuliano á los Gentiles, conservamos todavia una alma Christiana en medio de todas las pasiones que la desfigurán, y que al mismo tiempo que ofrecemos incienso, y nos arrodillamos delante de la sensualidad, de la ambicion, de la fama, y de otras muchas divinidades injustas, conocemos en lo intimo de nuestros corazones que hay un Dios supremo y eterno, que es el unico que merece nuestro amor y nuestro culto; que le ofrecemos en secreto los suspiros y pesares que arranca de nuestras almas la tristeza de la culpa; que conocemos claramente que el mundo á quien sacrificamos nuestra eterna salud es nada; esto es, que en la realidad no es más que obra de nuestras pasiones y de nuestros errores; nosotros que todos los dias estamos experimentando quán triste cosa es vivir entregados á nuestros deseos, y sufrir el peso de las inquietudes de un corazon culpado; nosotros que des-  
pues

pues de haber experimentado por tanto tiempo todo lo que puede lisongear á nuestro corazon, no hemos conseguido mas que aumentar sus disgustos y su tristeza; nosotros que no hallamos consuelo alguno por parte de Dios, porque no le servimos; ni deleyte por parte de los placeres, porque ya no nos mueven; que no tenemos sosiego en nuestro corazon, porque ya se ha convertido en teatro de remordimientos é inquietudes; nosotros, Católicos, no podemos con todo eso desprendernos de nosotros mismos; no nos atrevemos á romper las cadenas que nos oprimen, quando las llevamos como por fuerza; dudamos apartar de nosotros una bebida que no es mas que un asqueroso cieno; fluctuamos, dice San Augustin, entre el disgusto del mundo, y el de Dios, entre el cansancio de las pasiones, y el poco amor á la justicia, entre la molestia de los placeres, y de la virtud. *Fastidio justitie, & sagina iniquitatis.* Nos defendemos contra las amarguras que cada instante nos hace experimentar el mundo, y contra los atractivos que nos manifiesta desde lejos la gracia: ¿Hasta quando hemos de seguir, aun á pesar nuestro, unos caminos tan sembrados de espinas, tan llenos de molestia, de trabajo y de tristeza? ¿Por qué nos hemos de obstinar en seguir perpetuamente una sombra que se nos huye, en amar al error que nos molesta con su engaño y con su nada, y en huir de la verdad que nos está llamando, y que es la que unicamente puede darnos la paz que hemos perdido? Oh Dios mió! ¿Qué incomprehensible es este encanto del hombre, pues quiere perecer á pesar de sus deseos, de sus remordimientos, y de lo mismo que conoce! ¿Sois vos, acaso, un Señor tan cruel y tan intratable para los que os sirven, que haya de ser preciso preferir las amarguras de la culpa á los mas suaves consuelos de la gracia?

Finalmente, el ultimo error que las luces de la fé descubrieron á San Benito fue un error de seguridad: sucede con mucha frecuencia á aquellas personas, á las que

un buen natural y los auxilios de la gracia han preservado de la corrupcion en medio del mundo, y que nunca han caído en grandes excesos, el no hacer caso de los peligros en que pereten casi todas las demás almas, y el tener quanto se dice del contagio del mundo, de sus costumbres, de sus deleytes y de sus máximas, mas por un estilo piadoso, que por avisos necesarios para conservar la virtud; y así las parece que no hay peligro en aquellas cosas en que ellas nunca le han hallado: una especie de inocencia exterior, acompañada casi siempre de un corazon lleno de amor propio, de afectos mundanos, de deseos terrestres, de pereza y de indiferencia para las cosas del cielo; una inocencia, vuelvo á decir, que regularmente es fruto de un natural tranquilo y perezoso, nos asegura, nos hace molestas y dificiles de entender las máximas de la devocion acerca del huir del mundo y de sus peligros; nos hace mirar el retiro y las rigurosas cautelas de las almas fieles como caminos singulares y extraordinarios, y nos pone en un estado de seguridad, en el que aunque las distracciones del mundo no ofendan á aquella probidad absolutamente humana, que contenta á nuestro amor propio, con todo eso, corrompen nuestro corazon, y hacen unas heridas tanto mas incurables, quanto son menos sensibles, y no excitan nuestro cuidado para que busquemos su remedio.

Este es el escollo que nos enseña á evitar el retiro de San Benito: aunque habia conservado la inocencia en el mundo, no por eso dexó de temerle; siempre desconfió de un enemigo que parecia guardaba con él algunos respetos, y sabia que luego que logra persuadirnos á que no le temamos, ya nos cuenta por vencidos.

Retiróse, pues, de Roma, y aquel lugar, dice San Gregorio, cuyas maravillas y magnificencia llaman de todas partes á los estrangeros, no le pareció mas que un valle de lágrimas; aquella soberbia ciudad, teatro de las grandezas y esperanzas humanas, era para él una scena

queril, en la que los actores mas distinguidos eran personajes que no duraban mas que un instante; aquella mansion tan famosa por sus delicias no le ofrecia mas que serpientes escondidas debaxo de las flores, sobre las que no se podia caminar mucho tiempo, aunque se observase el mayor cuidado, sin recibir alguna vez una mortal mordedura; la novedad de su designio, en un siglo en que todavia eran muy raros estos exemplos en el Occidente, no pudo detener ni un instante la impresion del espiritu que le llamaba al desierto; porque á una alma, á quien el mismo Dios manifiesta el camino, la importa poco el que éste parezca singular á los hombres. ¿Qué necesidad hay de exemplares quando la misma gracia es quien nos guia?

Llevó, pues, el espiritu de Dios al desierto á San Benito. Como el retiro que se habia escogido nuestro Santo en las cercanías de Roma no le ocultaba bastantemente del mundo, escogió otro mas austero; temió hallar en la concurrencia de las personas que de todas partes llevaba la fama de su santidad al desierto los mismos escollos de que habia querido huir quando se retiró del mundo; miró á aquellos primeros aplausos como á un mundo mucho mas peligroso que el que acababa de renunciar; temió que se debilitasen en él los dones de Dios con las humanas complacencias, y queriendo huir del mundo para vivir desconocido, y no para ser visitado, tuvo miedo aun á la utilidad que podian sacar los hombres de sus exemplos; algunos de sus discipulos, sabidores de su intento, procuraron disuadirle de él, ó se determinaron á seguirle en su nueva soledad; pero fue en vano, porque se ocultó de aquel nuevo pueblo que habia llevado tras de sí al desierto; se retira solo como Moysés al monte para morir allí al mundo y á sí mismo, y para ocultar en él á los hombres su sepulcro; y allí en lo mas retirado de una cueva, escondido de la vista de todo el universo, y conocido solamente de Dios, disfrutó á su satis-

tisfaccion aquellos inefables consuelos, que nunca dexa de derramar abundantemente la gracia sobre una alma que se ha despojado de todo, y de sí misma, por entregarse á Jesu-Christo.

No quiero decir, Catholicos, que los claustros y los desiertos hayan de ser la vocacion general de todos los hombres: El mismo Jesu-Christo que mandó á aquel Joven del Evangelio que lo renunciase todo, y le siguiese, mandó tambien á otro que volviese á la casa de su padre, y publicáse en ella las maravillas que en él habia obrado el Señor. Pero háblo con vosotros, amados oyentes míos, con vosotros para quienes los peligros casi siempre son ruina inevitable; con vosotros, que no obstante vuestros buenos deseos, siémpre experimentais en las mismas ocasiones las mismas flaquezas; con vosotros, á quienes una interior complacencia hace que cedais facilmente á las persuasiones y á los malos exemplos; con vosotros finalmente, que no podeis prometeros ser fieles mientras vivais expuestos; y digo que Dios ha gravado en la misma flaqueza de vuestras inclinaciones el decreto que os separa del mundo; que el exemplo de aquellas almas fieles, que aun en medio del mundo conservan la inocencia y la piedad, no debe aseguraros ni servir de modelo; que en él siempre se desvanecerán vuestras mas santas resoluciones; que vuestros deseos de virtud no podrán resistir en la primera ocasion que se os presente; que vuestra vida no será mas que una continua sucesion de caídas y arrepentimientos; y que solamente os distinguireis de las almas obstinadas, en que perecereis con algunos mas remordimientos que ellas.

No es mi intento persuadiros, como ya he dicho otra vez, que el mundo no pueda servir de desierto para una alma christiana: Judith en medio de Betulia vivía retirada en su casa, y ni la distincion de que gozaba en su pueblo, ni su juventud, ni su hermosura, ni sus riquezas la persuadieron jamás á que los placeres y costum-

bres de un mundo corrompido podian servir de ley, ó de disculpa á una hija de Abrahám: Pero para seguir su exemplo es necesario tener el valor y la fortaleza de su virtud; es necesario que aun los mismos exemplos de los desordenes que continuamente se nos presentan aviven nuestra fé, y nos sirvan de nuevo motivo para perseverar en la virtud; es necesario que las inclinaciones que tenemos á los deleytes sean menos violentas, que aquellos flacos deseos que nos inclinan á la justicia; es necesario que la experiencia de nuestra fidelidad en medio de los peligros, nos sirva de fiadora para los que aun tenemos que temer; es necesario que nuestras resoluciones hayan quedado siempre victoriosas en las ocasiones, y que los nuevos engaños que no cesa de presentarnos el mundo, sean para nosotros nuevos motivos de merito; si en vosotros se hallan todas estas circunstancias, os sucedera lo que á los tres Niños en el horno de Babilonia, esto es, que no os ofenderán los peligros del mundo, ni las mismas llamas que os cercan; y el mundo tendrá, respecto de vosotros, la seguridad y utilidades de la mas austera soledad: Nuestras inclinaciones, y no las circunstancias en que nos hallamos, son las que deciden de nuestros peligros; y el exemplo de los que se salvan en el mundo en tanto nos favorece, en quanto podemos vivir ciertos de que usamos de las mismas precauciones con que ellos se aseguraron la salvacion.

Estos son los tres errores acerca de los quales nos desengaña y condena la fé de San Benito. Pasemos mas adelante, y hagamos ver, que si las luces de su fé confunden nuestros errores, las acciones prodigiosas, y las felicidades, con que Dios recompensó su fé, no condenan menos nuestra flaqueza, y nuestras vanas excusas.

## SEGUNDA PARTE.

Quando Dios convida á los pecadores, en la parabola del Padre de familias, á que lleguen á gustar los santos consuelos que dispone en la tierra para los que le sirven, figurados en aquel gran festin, todos alegan alguna excusa para no obedecer á la voz del cielo que los llama; y en vez de solicitar, é instar ellos mismos, como dice San Gregorio, para alcanzar aquel precioso don, discurren pretextos para no recibirle quando se le presenta el Padre de familias.

El primero se excusa con que acaba de desposarse: *Uxorem duxi.* (a) Y este pretexto, dicen los Santos, es un pretexto de sensualidad: Otro con que queria probar unos bueyes que habia comprado: *Juga boum emi:* Y esta es una excusa de falsa prudencia, que nunca la parece haber tomado suficientemente todas las medidas, y que á fuerza de probarlo todo antes de emprender nada, nunca llega el caso de que ponga en execucion sus pensamientos: *Eo probare illa:* Finalmente, el ultimo se vale del pretexto de una casa de campo que habia comprado: *Villam emi.* Y esta excusa, dice San Gregorio, es una excusa de interés y apego á los bienes de la tierra, que mira el partido de la virtud como opuesto á la fortuna y á las pretensiones temporales, como si la salvacion del alma no importára mas que todos los negocios del mundo: Pero la fé de nuestro Santo ha de confundir al mundo acerca de estas tres vanas excusas.

Oculto en lo mas retirado de una cueva, olvidado de los hombres, y conocido solamente de Dios, pone todo su deleyte en crucificar su carne, y reducirla á la servidumbre: allí no tiene mas consuelo que el poder padecer

por

(a) *Luc. 24. v. 18. & seq.*

por su amado; allí pasando las noches, como los Antonios, é Hilariones, ó en cantar las divinas alabanzas, ó en meditar los años eternos, se queja de la aurora que vuelve con demasiada prontitud á turbar su silencio y la suavidad de sus castas delicias; allí su cuerpo árido; y extenuado con las mortificaciones y penitencias solamente parece que se mantiene con la grandeza de su fé; y presto se hubiera consumado su sacrificio, si el Señor que cuidaba de dilatar sus dias, que tan utiles y gloriosos habian de ser para la Iglesia, no hubiera manifestado á un Santo solitario, como en otro tiempo al Profeta Abacuch, el lugar profundo en que se ocultaba aquel nuevo Varon de deseos, y la extrema necesidad á que se veía reducido, y si no se hubiera valido de su ministerio para socorrer á su siervo en aquella urgente necesidad.

Constituido Padre de un pueblo solitario, renueva en Occidente aquellos prodigios de austeridad que habian admirado en otro tiempo los desiertos de Scithia, y de Thebaida; y la divina regla que dexó á sus Discipulos, la que han tenido despues todos los siglos por admirable modelo de prudencia, y de gobierno, fue, como dice San Gregorio, la historia mas exácta de las costumbres del Santo Legislador. Quiero pasar en silencio aquellos rigurosos y casi nunca interrumpidos ayunos, aquel continuo silencio, aquel trabajo de manos tan penoso y tan recomendado, aquel retiro tan profundo y perpetuo, las noches que parece ha destinado la naturaleza para descanso del cuerpo, empleadas en castigarle con las vigili-  
 UNIVERSIDAD  
 NOMA  
 ERAL DE

as, y oraciones, aquella universal mortificacion de todos los sentidos, y una vida que pareceria impracticable á la humana flaqueza, por el exceso de sus austeridades, si no la vieramos renovada en nuestros dias en un santo desierto: No quiero decir mas por pasar á la instruccion.

Quando se nos proponen, Catholicos, estos grandes modelos, decia San Juan Chrysostomo, hablando de los solitarios de su tiempo, los admiramos:

Pon-

Ponderamos el poder que exerce la gracia en estos hombres extraordinarios; nos pasma el que en medio de la corrupcion y decadencia de nuestras costumbres suscite todavia la bondad de Dios estos grandes exemplos á su Iglesia; pero no pasamos mas adelante, con pretexto de que este camino es el de todos los fieles, nada vemos en él que nos mueva á seguirle, y como no nos persuadimos á que estos modelos de penitencia se nos proponen para que los imitemos, no nos parece que se ordenan á nuestra instruccion.

Pero permitidme, Catholicos, que os pregunte; primeramente, ¿quál podrá ser el fin de Dios en suscitar en todos los siglos, y en todos los paises, unos penitentes famosos que edifican su Iglesia, y cuya historia aun hoy hace tanto honor á la religion? ¿No es para que conozcamos que nuestra flaqueza, ayudada de la gracia, aun es capaz de hacer lo mismo? ¿Que el Evangelio observado aun segun todo el rigor de sus consejos, nada pide de imposible? ¿Y que si vemos unos hombres llenos de fé, que añaden á la severidad de los preceptos unos rigores de supererogacion, quedaremos nosotros confundidos, por haber hallado tantos inconvenientes en la práctica de sus mas regulares mortificaciones?

Tambien quiero preguntaros, ¿en qué consiste que estos grandes exemplos de penitencia que nos han dexado los Santos, nos parezcan tan distantes de nuestras obligaciones y de nuestro estado? ¿Es acaso porque vivieron en unos siglos muy remotos del nuestro? Pero además de que el Señor todavia suscita en nuestros dias algunos de estos Varones, las obligaciones no se mudan con las edades, y en las reglas de la fé nada se muda, sino las costumbres de los fieles: ¿Es acaso porque los Santos han sido unos hombres extraordinarios, y porque sus acciones son unos prodigios mas para admirados, que para seguidos? Pues el tener nosotros á los Santos por hombres extraordinarios consiste en haber llegado á ser tan universal la

COR-

corrupcion: En los primeros tiempos de la Iglesia los Santos se parecian al comun de los fieles, porque todos los fieles eran Santos; entre ellos no habia hombres extraordinarios y particulares sino los pecadores, como un Ananias, y una Saphira en la Iglesia de Jerusalén, y un incestuoso en la de Corintho. El camino de los Santos era entonces el camino comun de todos los fieles, y si ahora se ha hecho singular, es porque todos los fieles se han apartado de él. ¿Es acaso, finalmente, porque las mortificaciones y santas austeridades son solamente caracter particular de algunos Santos; y porque unos dones singulares no pueden formar una regla general? Pues leed la historia de todos los Siervos de Dios, y hallareis que aquellas santas austeridades de la penitencia han sido una virtud comun á todos. No todos han sido favorecidos con el don de milagros, el mismo Precursor no obró ninguno en Judéa; no todos derramaron su sangre por la verdad; el discipulo amado murió en paz, y entre sus discipulos en una edad muy abanzada: no todos han enriquecido la Iglesia con sus escritos: San Francisco de Asis no dexó á sus hijos mas que la sencillez de su fé y el resplandor de su exemplo: no todos renunciaron el sagrado vinculo del matrimonio: Abraham mereció ser Padre de los creyentes, santificando los peligros de este estado: no todos se han ocultado en los desiertos: San Luis á la frente de sus exercitos, y entre los cuidados y peligros del Reyno fue un Principe segun el corazon de Dios; pero todos hicieron penitencia; todos crucificaron su carne y sus deseos; todos llevaron sobre su propio cuerpo la mortificacion de Jesu-Christo; todos, en quanto se lo ha permitido su estado, vivieron violentandose, privandose de lo que alhaga á los sentidos; negandose á sí mismos, y renunciando los placeres; y de quantos Santos tengais noticia, hallareis que todos han sido penitentes.

Nosotros, Catholicos, hacemos muy mal en fiarnos del exemplo comun; si los Santos le hubieran seguido,

do, no merecerian hoy nuestros respetos. El Evangelio se hizo para nosotros como para ellos; y en el Evangelio nada hay que se nos parezca, y por consiguiente, ni que deba asegurarnos. ¡Qué admirados quedaremos algun dia en la presencia de Jesu-Christo, quando se nos compáre con tantas ilustres victimas de la penitencia que han edificado á la Iglesia con el espectaculo de una vida áspera y mortificada, y que gozan ya en el cielo el fruto de sus trabaxos! quando se nos compáre con los Benitos, con los Hilariones, con los Antonios, con las Therasas! Qué sensuales, qué poco mortificados, y qué enemigos de la cruz de Jesu-Christo pareceremos comparados con estos grandes Santos! Se nos preguntará, que cómo aspiramos á las mismas recompensas de aquellas almas generosas; que cómo nos atrevemos á querer poseer la misma gloria que ellas han comprado tan cara, sin que nos cueste á nosotros mas que la presuncion de pretenderla? Estas son las instrucciones que nos dá la penitencia de San Benito, y este es el exemplo que confunde nuestra pereza; pero la firmeza de aquel hombre de Dios en medio de los obstaculos é infinitas contradicciones que se opusieron á su empresa, no confunde menos aquella falsa prudencia que no se atreve á seguir el camino del cielo, porque la parece que halla unas dificultades invencibles en el camino que Dios nos manifiesta; y que quiere pesarlo todo, examinarlo todo, y probarlo todo antes de rendirse: *Eo probare illa*: Segunda escusa, á la que en frase de San Gregorio he llamado escusa de falsa prudencia.

Parece que el Occidente no habia sido tierra de Profetas, por decirlo así, hasta el tiempo de San Benito: Estos Angeles del desierto no habian habitado hasta entonces sino en climas muy distantes del nuestro. El Señor se habia formado este nuevo pueblo en medio del Egipto, y en las Islas mas remotas, como habia sido profetizado. Es verdad que en los siglos anteriores al de San Benito se levantaron de tiempo en tiempo en las Gaulas algunas santas Congre-

gregaciones de Monges, pero eran unas tropas esparcidas, que no vivian unidas baxo una misma ley, no las animaba un mismo espíritu, ni peleaban baxo una misma disciplina; por eso puede muy bien decirse que San Benito fue embiado de Dios para ser en Occidente, no solo restaurador, sino Patriarca de la vida cenobitica. Es verdad que habia recibido del cielo, como dice San Gregorio, todos los talentos propios para tan alta empresa, como la sal de la sabiduria, la discrecion de espíritus, el valor para las empresas, las luces que aseguran el buen éxito, y que los dones de la gracia excedian en él á los de la naturaleza: Pero qué empresa experimentó jamás mas contradicciones?

Encargado al principio del gobierno de un Monasterio vecino á su soledad, no halló entre los que se habian refugiado á él, sino unos hijos perversos y corrompidos, que baxo un hábito de virtud y penitencia ocultaban los desordenes de un corazon entregado á la iniquidad. En aquel santo asilo las leyes de los Ancianos solamente estaban gravadas sobre unas tablas de piedra: muy raros son los remedios que se hallan para las heridas del Santuario, y es una verdad indefectible, que las personas consagradas á Dios rara vez caen para volverse á levantar; y así S. Benito sacudió el polvo de sus pies, y se salió de un lugar en el que el espíritu de discordia, de falta de mortificacion, de murmuracion, é independenciam, habia ocupado el lugar del espíritu de Jesu-Christo. Establecido en un nuevo desierto, veía ya crecer, con unos discipulos mas fervorosos, las esperanzas de sus cuidados, quando se presentó otro Baalam á poner lazos al pudor é inocencia de aquellos piadosos solitarios; otra vez se vé precisado nuestro Santo á ceder; y del mismo modo que los Patriarcas quando la envidia ó perversidad de sus vecinos los obligaba á mudar domicilio, vá á la frente de su inocente familia á habitar en una nueva tierra. El Monte Casino, aquella montaña que despues ha sido tan famosa, Carmelo del Occidente, y mansion de los Profetas, era entonces retiro de  
los

los Demonios, y un infame desierto consagrado á la mas abominable idolatría; no se veía allí otra cosa mas que pueblos salvages, que vivian sin ley y sin policia, cuyo culto se reducía unicamente á adorar unas monstruosas divinidades, mas horribles aún que aquel horroroso desierto; habiendo llegado allí el hombre de Dios, se dedicó desde luego á levantar un Altar al Dios vivo en aquella tierra infiel; es el primero que allí invoca el nombre del Señor; y no obstante los peligros y contradicciones que la barbaridad y supersticion de aquellos hombres rusticos y salvages opusieron á su zelo, trastorna sus idolos, los que ya eran respetables por la larga posesion en que se hallaban; anuncia el Dios del cielo á los que nunca habian oido hablar de él, y en aquel Santo Monte, como en otro Siná, dá la ley celestial á sus discipulos; allí á su vista, y baxo la direccion de su prudencia y disciplina, se formaron los Mauros, y los Placidos; allí siendo Padre de un grande pueblo de Santos Solitarios, llenó á todo el Occidente con la fama de su nombre y santidad; allí finalmente, como otro Elías, anunció con valor á los Reyes barbaros las ordenes del Señor, y dexó Profetas sucesores suyos que le siguiesen. (a)

Pero, Católicos, mas importa el instruiros que el hacer elogios; la gran fé de San Benito, que le fortaleció contra todas las dificultades que oponia el Demonio á su empresa, condena nuestra falta de animo en los obstáculos que hallamos, ó que nos formamos nosotros mismos en los exercicios de conversion y penitencia que Dios nos pide. Quanto mas parece que se opone el mundo á la santa resolucion que hemos tomado de abandonarle, y de pensar en la salvacion, con mas fundamento debemos creer que esta resolucion viene del cielo, y que el mismo Dios que nos llama sa-  
brá

(a) Eccl. 48. v. 8.  
Tomo VII.

brá mantenernos en ella ; si no fuera sincera , y si fuera solamente efecto de una natural inconstancia , ó de algun disgusto humano , el mundo y el infierno mirarian nuestros proyectos y nuestros nuevos deseos de penitencia con tranquilidad ; unas resoluciones que inmediatamente se hubieran de desvanecer por sí mismas , no hallarian oposicion alguna ; y conociendo el Demonio que el principio de estos deseos , y de estas infructuosas inquietudes de penitencia , consistia mas en la imaginacion , que en el corazón , que la voluntad no estaba mudada , y que nacian mas de los disgustos de la culpa , que de verdaderos deseos de virtud ; el Demonio , vuelvo á decir , no cuidaria de desvanecer y entibiar estos nuevos proyectos ; suscitandolos contradicciones , esperaria á que ellos por sí mismos se apagasen y desvaneciesen en humo , como otros muchos que los han precedido ; pero quando vé que insta la gracia , que el horror á las culpas pasadas , el que hasta entonces habia estado como dormido , despierta de veras ; que los placeres y esperanzas del mundo , tan amadas hasta entonces , ya no nos mueven , ni nos ofrecen mas que disgustos y amarguras ; que las pasiones mas violentas se mudan y apagan ; en una palabra , que todo anuncia una verdadera mudanza ; ¡ Ah ! entonces es quando el Demonio se vale de todas las criaturas que parece ha entregado el Señor á su poder ; entonces descompone el orden exterior de la sociedad , suscita todas las contradicciones , y trastorna todo el universo para desanimar á una alma arrepentida ; y así los mismos obstáculos y las mismas dificultades deben sostener y animar al alma para que persevere en la resolucion que ha tomado de mudar de vida y servir á Dios ; si en todo hallara tranquilidad , esta grande calma la debiera hacer tener en su conversion , pues se mostraban tan favorables el mundo y el infierno ; las contradicciones han sido siempre la señal mas indefectible de las obras de Dios , y la gracia no inspira deseo alguno que no halle obs-

obstáculo en el mundo , ó en nuestro corazón ; pero estos mismos obstáculos son entonces nuevos auxilios que nos dispone el cielo ; en vez de acobardarnos , hacen que el corazón se abra y desee con mas ansia el objeto que se le disputa ; avivan el amor en vez de debilitarle ; esta es la condicion del corazón humano , el medio de avivar las resoluciones y los afectos quando son sinceros , es oponerlos dificultades y obstáculos ; por eso quando cesaron las contradicciones y persecuciones de la Iglesia , parece que cesó tambien el fervor de su zelo ; luego que faltaron los Tiranos , empezaron tambien á ser mas raros los Santos ; la fé luego que empezó á tener mas tranquilidad y sosiego , empezó tambien á entibiarse , y cesando los obstaculos é inquietudes que la habian agitado , se durmió en el mismo seno del sosiego y de la tranquilidad. Segunda instruccion sacada de las dificultades y contradicciones que la fé hizo vencer á San Benito en su empresa.

Finalmente : la fama y reputacion que le acompañaron condena la tercera excusa , que es temer el partido de la virtud como escollo de la reputacion y de la fortuna.

Bien sabeis , Católicos , que San Benito desde el Monte Casino era el oráculo de toda la tierra : los mas remotos países oyeron contar las maravillas del Siervo de Dios , y fueron á oír de su boca las palabras de vida eterna ; era aquella lampara encendida sobre el monte , que esparcía un vivo resplandor sobre toda la Iglesia ; el célebre instituto , cuyos primeros fundamentos puso , semejante á un grano de mostaza , creció muy presto hasta formarse un grande árbol que cubrió todo el campo de Jesu-Christo , que le sirvió de adorno , y aun de asilo á los paxaros del cielo , quiero decir , á los mayores hombres que entonces se vieron en la Iglesia. Bien sabeis que los mas distinguidos personajes de su siglo , los mismos Príncipes y Princesas fueron allí á humillar sus sagradas ca-

bezas baxo el yugo de Jesu-Christo; que los hijos de Benito gobernaron por mucho tiempo toda la Iglesia; que de aquellas soledades salieron los mas Santos Pontifices, y los Obispos mas célebres en piedad y doctrina; que como Jacob, fue Padre de los Patriarcas; que en aquella pia loso asilo se libertaron la ciencia y la verdad, de la ignorancia y barbarie de aquellos desgraciados siglos, en que la irrupcion y mezcla de tantos pueblos feroces habian destruido en el Occidente el gusto de las letras, y alterado tanto la pureza de la fé; y que como Noé, á quien le comparé en el principio, depositó en aquella Arca misteriosa que habia fabricado, las alianzas del siglo, para que no pereciesen absolutamente en la tierra, y para que no quedase sepultada en un eterno olvido la memoria de los antiguos siglos. *Testamenta saeculi posita sunt apud illum: ne deleat possit diluvio omnis caro.* (a) Vosotros, Catolicos, no ignorais ninguna de estas prodigiosas circunstancias; y el fin que tengo en tocarlas tan por encima es, como podeis conocer, no el enriquecerlas con elogios, sino el pasar á la instruccion á que me llama mi asunto.

Sí, Catolicos, la falsa prudencia, los inconvenientes de la fortuna y de la reputacion que nos parece ver en la vida Christiana, vencen casi siempre los mas vivos deseos de la gracia que nos está convidando á ella. No hablo aqui precisamente de aquellas almas que empiezan á abrir los ojos á la verdad, y quisieran declararse á su favor, pero no se atreven, porque les detiene el temor de las burlas y censuras humanas; este es un miedo pueril, que ya he impugnado muchas veces: hablo de aquellas que se han declarado ya por Jesu-Christo, y que hacen pública profesion de servirle, y digo que en la práctica de sus obligaciones sacrifican casi siempre á los respetos humanos las luces y movimientos de su propia conciencia.

(a) *Eccl. 44. v. 19.*

ciencia, y aunque esto no es en aquellos puntos esenciales que conducen á la pérdida visible y declarada de la gracia, es no obstante acerca de muchas cosas que Dios nos pide, acerca de muchos medios de salvacion que interiormente nos manifiesta la voz del cielo, y que conocemos nosotros mismos ser necesarios para nuestra flaqueza, para mantenernos en la virtud, y para adelantar en ella; que son necesarios respecto de los designios que Dios tiene para con nosotros; y finalmente respecto de nuestras inclinaciones, y para la expiacion de nuestras pasadas costumbres: el mundo nos detiene, la impresion que hará en los hombres nuestro nuevo método de vida nos inquieta, y hace temblar; el primer pensamiento que nos ocurre es lo que dirá de nosotros el mundo: de este modo, despues de haber abandonado al mundo, todavia queremos guardar con él ciertos respetos; despues de haber renunciado á todo quanto le agrada, todavia queremos agradecerle; queremos que tenga parte en los intereses de nuestra virtud; y despues que acaso ha sido censor de nuestros placeres, queremos que apruebe tambien nuestra penitencia; y aunque no vivimos con él, todavia vivimos para él; es un idolo que hemos roto y pisado á vista de los hombres, pero todavia le estamos tributando respetos en nuestro interior; por poco que nos examinemos hallaremos que todas estas disposiciones existen en lo intimo de nuestro corazon; continuamente nos estamos diciendo en nuestro interior á nosotros mismos, para justificar nuestras infidelidades, que es imprudencia el exponerse á la censura de los hombres en las cosas indiferentes, y no consideramos que no puede ser indiferente para nosotros lo que nos pide la gracia; que el sacrificar los impulsos del Espiritu Santo á estos respetos humanos, es dar en nuestro corazon la preferencia al mundo respecto de Jesu-Christo, y que quanto mas leves son las acciones que nos inspira la gracia, menos excusa tiene el temor que nos las prohíbe.

Por-

Porque, Católicos, si nosotros miramos verdaderamente al mundo como á enemigo de Dios, ¿qué mayor bien nos puede suceder que desagradarle? Si estamos persuadidos á que sus juicios en orden á las cosas de Dios siempre son falsos, ¿por qué hemos de tener la flaqueza de respetarlos ó temerlos?

Quando Noé, á quien desde el principio comparé á nuestro Santo, edificaba el Arca, el mundo se burlaba de su empresa, como dice San Juan Chrysostomo, y miraba como locura las prudentes precauciones de aquel hombre fiel: Los demás hombres, dice la Escritura, se regocijaban, siempre estaban ocupados en bodas y festines, se entregaban á las mas pecaminosas sensualidades, toda la carne habia corrompido su camino, jamás fue la virtud mas rara ni mas abatida; solamente Noé se atrevió á distinguirse en aquella corrupcion universal; solo Noé viviendo separado, se ocupaba en edificar el Arca Santa que le habia de servir de asilo, y preservarle en el tiempo de la divina indignacion; se burlaban de la aparente extravagancia de su intento, de la singularidad de su conducta, y de la tristeza de sus costumbres; pero quando las aguas empezaron á inundar la tierra, quando se declaró la ira del Señor, y quando los hombres, sorprendidos en su ceguedad y en sus disoluciones, no hallaban mas remedio que unos inútiles gemidos, entonces Noé se burlaba tambien de su locura, ó por mejor decir, estaba penetrado de dolor y compasion al ver la pérdida de sus hermanos, y él solo gozó el fruto de su sabia Providencia. Y así, continúa el mismo San Juan Chrysostomo, quando estais ocupados en edificar dentro de vosotros el Arca Santa, esto es, en edificar en vuestras almas un templo al Dios eterno, oís las conversaciones de los sensuales, y sois el objeto de sus burlas y censuras, pero no interrumpáis por eso vuestra santa obra; imitad la constancia y prudencia de Noé; dexad hablar á un mundo, que solo pien-

piensa en las cosas presentes, y que no atiende á la terrible eternidad. Quanto mas singulares y extraordinarios parezcáis al mundo, y quanto mas condene vuestra empresa, mas prisa debéis daros á perfeccionarla, y á fabricaros un asilo para los trabajos; los discursos de los hombres pasarán, y serán sepultados con ellos en la general destruccion que se acerca, y que los dispone la ira de Dios; pero la obra de la fé que habeis emprendido nunca pasará; el lenguaje del mundo perecerá con él, pero la obra de Dios siempre se mantendrá sobre los destrozos del mundo, os librárá de la condenacion general, y os colocará sobre las montañas eternas, en donde no habrá llantos, tristeza, ni dolor, y en donde libres de todos los peligros y tentaciones de la tierra, gozareis de la feliz inmortalidad. Amén.



# S E R M O N

PARA EL DIA DE SAN JUAN

B A U T I S T A.

*Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine.*

Vino para servir de testigo, y para dar testimonio á la luz. *Joann. I. v. 17.*

**D**IOS solamente suscita á sus Santos para condenar al mundo, y quitarle todos los motivos de excusa; y el mundo solamente parece que subsiste para abusar de los exemplos de los Santos, ó para condenarlos. Es preciso que se cumplan las Divinas Escrituras, que el mundo vea siempre exemplos que le confundan, y que siempre condene todo lo que no se parece á él.

Es inútil el que Dios, para precaver todas las vanas excusas de los pecadores, manifieste diferentes gracias en sus Santos, y proponga al mundo en la variedad de sus dones diversos modelos de virtud; pero por mas distintos que sean sus caminos todos se parecen en una cosa, que es en condenar al mundo, y ser condenados por el mismo mundo á quien ellos condenan.

Nunca hubo testimonio mas propio, Católicos, para atraer á los hombres á la verdad, que el de  
San

San Juan Bautista, cuya memoria veneramos en este día, y cuya solemnidad es hoy mas célebre por la devoción de las augustas personas que la honran con su presencia: (a) Fue este Santo el mayor entre todos los hijos de los hombres; el Angel del desierto profetizado en Isaías, que habia de disponer los caminos al Señor; un hijo de milagro, santificado en el vientre de su madre; Precursor del Mesías, Profeta del Altísimo, terror de los Fariséos, censor de los Reyes, y prodigio de toda Judéa. ¿Qué podia oponer el mundo á un testimonio tan admirable y tan propio para conciliar al mundo con la verdad, si pudiera amar el mundo lo que le condena?

Con todo eso, el mundo despreció á San Juan Bautista: su doctrina no halló mas que contradicciones; su exemplo, censuras; su penitencia, burlas; su celo, persecuciones; y el delito de su muerte fue el unico fruto que sacó el mundo del resplandor y santidad de su vida.

Esta es la suerte del mundo y de la virtud: Hoy, pues, intento manifestar una verdad tan importante y tan útil para los que me oyen. El mejor modo de alabar á los Santos no es precisamente exaltar sus virtudes, sino manifestar que con ellas hacen inexcusables nuestros vicios. A los ciudadanos del cielo corresponde cantar las alabanzas de la gracia, y las maravillas que Dios ha obrado en ellos; y á nosotros hallar en su vida instrucciones que confundan los desordenes de la nuestra: sería inútil celebrar la gloria de sus acciones, si al mismo tiempo las estamos condenando con nuestro exemplo: Imitemosles, pues entre todos los elogios que podemos tributarlos, este es el unico á que pueden mostrarse agradecidos: Y así me conten-

(a) Este Sermon se predicó en Saux, en presencia del Duque, y Duquesa de Main.  
Tomo VII. E

# S E R M O N

PARA EL DIA DE SAN JUAN

B A U T I S T A.

*Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine.*

Vino para servir de testigo, y para dar testimonio á la luz. *Joann. I. v. 17.*

**D**IOS solamente suscita á sus Santos para condenar al mundo, y quitarle todos los motivos de excusa; y el mundo solamente parece que subsiste para abusar de los exemplos de los Santos, ó para condenarlos. Es preciso que se cumplan las Divinas Escrituras, que el mundo vea siempre exemplos que le confundan, y que siempre condene todo lo que no se parece á él.

Es inútil el que Dios, para precaver todas las vanas excusas de los pecadores, manifieste diferentes gracias en sus Santos, y proponga al mundo en la variedad de sus dones diversos modelos de virtud; pero por mas distintos que sean sus caminos todos se parecen en una cosa, que es en condenar al mundo, y ser condenados por el mismo mundo á quien ellos condenan.

Nunca hubo testimonio mas propio, Católicos, para atraer á los hombres á la verdad, que el de  
San

San Juan Bautista, cuya memoria veneramos en este día, y cuya solemnidad es hoy mas célebre por la devoción de las augustas personas que la honran con su presencia: (a) Fue este Santo el mayor entre todos los hijos de los hombres; el Angel del desierto profetizado en Isaías, que habia de disponer los caminos al Señor; un hijo de milagro, santificado en el vientre de su madre; Precursor del Mesías, Profeta del Altísimo, terror de los Fariseos, censor de los Reyes, y prodigio de toda Judéa. ¿Qué podia oponer el mundo á un testimonio tan admirable y tan propio para conciliar al mundo con la verdad, si pudiera amar el mundo lo que le condena?

Con todo eso, el mundo despreció á San Juan Bautista: su doctrina no halló mas que contradicciones; su exemplo, censuras; su penitencia, burlas; su celo, persecuciones; y el delito de su muerte fue el unico fruto que sacó el mundo del resplandor y santidad de su vida.

Esta es la suerte del mundo y de la virtud: Hoy, pues, intento manifestar una verdad tan importante y tan útil para los que me oyen. El mejor modo de alabar á los Santos no es precisamente exaltar sus virtudes, sino manifestar que con ellas hacen inexcusables nuestros vicios. A los ciudadanos del cielo corresponde cantar las alabanzas de la gracia, y las maravillas que Dios ha obrado en ellos; y á nosotros hallar en su vida instrucciones que confundan los desordenes de la nuestra: sería inútil celebrar la gloria de sus acciones, si al mismo tiempo las estamos condenando con nuestro exemplo: Imitemosles, pues entre todos los elogios que podemos tributarlos, este es el unico á que pueden mostrarse agradecidos: Y así me conten-

(a) Este Sermon se predicó en Saux, en presencia del Duque, y Duquesa de Main.  
Tomo VII. E

tentaré con proponeros hoy á San Juan Bautista condenando al mundo con el testimonio que dá á la luz y á la verdad; y á San Juan Bautista condenado del mundo por haber dado este testimonio. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

**E**N todos tiempos ha tachado el mundo las austeridades de los justos de excesos; su humildad de pusilaminidad y flaqueza; y su zelo de aspereza y locura. Esta fue la injusticia que experimentó San Juan Bautista. Por causa de estas tres preocupaciones se hicieron en otro tiempo inescusables los Judios; y hoy nos confunde á nosotros su vida por el mismo motivo.

¿Qué exemplos de austeridad no propone á los hombres, aunque fue santificado desde el vientre de su madre? No fue este Santo un pecador que entregado desde luego á la locura de las pasiones, casi inseparable de las primeras costumbres, fuese despues á expiar á los desiertos los excesos de una vida licenciosa: no fue un mundano que en la edad abanzada, cansado yá de las distracciones del mundo, é inhabil para los placeres, buscasse en el retiro un honroso descanso á su vejez, y no la expiacion de sus delitos: no fue un ambicioso que enfadado de las injusticias del mundo, y del olvido é indiferencia de sus Gefes, fuese á ocultar sus pesares en la soledad, mas para quejarse en ella libremente de los malos tratamientos del mundo, que para huir de su corrupcion y peligros: fue un justo en quien, por decirlo así, se anticipó la gracia á la naturaleza; que llevó al desierto, no aquellas caídas de que suele Dios valerse muchas veces para formar penitentes, sino aquellas puras virtudes con que pre-

previene á sus escogidos quando quiere coronar la inocencia.

Con todo eso, miradle en los desiertos de Judéa, en las riberas del Jordán, y de la Corte de Herodes. ¿Qué espectáculo de penitencia y de propia abnegacion no propone á toda la Judéa? La diferencia de los lugares nada muda en la austeridad de sus costumbres; siempre vestido con una piel de Camello; manteniendo escasamente, con un poco de miel silvestre, la debilidad de la naturaleza; y animado con el espíritu y virtud de Elías, se manifiesta al mundo como un nuevo prodigio, que tan presto excita su admiracion como sus censuras: pero de nada le sirve este espectáculo, porque el mundo no alcanza cómo puede haber quien no se le parezca: y todo quanto le condena, mas le parece impostura inventada para engañar á los simples, que modelo que se propone para confundir á los pecadores.

Y á la verdad, ¿qué impresion hace en el espíritu de los Judios la vida y ministerio del Precursor? Los avisa que ya está la segur al pie del árbol; que está para manifestarse la Divina Justicia contra los delitos de la Synagoga; y que si no hacen penitencia todos perecerán: les manifiesta el Cordero de Dios, que es el que unicamente puede lavar sus manchas, y las de sus Padres; aquel Cordero prometido desde el principio del mundo, á quien esperaba la Judéa como el único remedio que la disponia el Señor para formar un pueblo nuevo y santo. Esta amenaza no la hace solamente á los Sacerdotes y Doctores, sino tambien á los Grandes de Jerusalén; á los Saducéos que se preciaban de hombres entendidos, y que miraban las amenazas de la fé como terrores vanos y populares; á los Soldados y á sus Gefes, en la Corte de Herodes, y en presencia de lo mas grande y augusto de Palestina: este es el unico medio que los pr-

pone para libertarse de la Divina venganza. El mundo le oye, el mundo le admira, el mundo corre en su seguimiento, el mundo se atemoriza con la santidad de su doctrina, pero este mismo mundo no le cree, y permanece siempre tranquilo en su ceguera é impenitencia: los Fariseos prosiguen siendo hypocritas y soberbios; los Saducéos continúan en sus sensualidades y blasfemias; y el pueblo nada muda en sus costumbres: la Corte de Herodes prosigue siendo trono de la lúxuria, y asilo de adulteros é incestuosos. ¿Pues cómo he de poder yo persuadirme á que unas verdades, que en boca del mayor entre los hijos de los hombres no fueron mas que como un metal que suena, hayan de ser en mi boca mas eficaces y felices?

¿Qué estilo tan nuevo es el de la penitencia para un mundo que no la conoce, para unas almas que están persuadidas á que solamente han nacido para el regalo de los sentidos, y para las que apenas bastan todos los deleytes juntos? ¿Qué obstaculos! ¿Qué pretextos! ¿Qué inconvenientes no opone el mundo á esta obligacion! No los ignoro, Católicos, y sería inútil el repetirlos aquí, pues ya los he impugnado muchas veces desde este christiano pulpito. A la verdad, amados oyentes míos, ¿en qué os fundais para escusaros de esta obligacion? ¿Os fundais acaso en que vuestra vida no ha sido tan culpable, que tengais necesidad de reduciros á una sincéra penitencia? Pero aun quando esto fuera cierto, mirad al Bautista, que santificado antes de nacer, no se atreve á éximirse de esta ley: ¿Pero ah! Ojalá pudierais alegarnos por excusa la inocencia de vuestra vida; yo os acompañaria á dar gracias al Dios Omnipotente y misericordioso, porque os habia libertado de la corrupcion general, y dejaria á la gracia, que os habria preservado desde vuestra infancia, el cuidado de asegurar y perfeccionar

nar su obra. No tendria necesidad de instruiros acerca de vuestras obligaciones: El Espiritu de Dios, que habitaria en vosotros, os enseñaria todas las verdades. ¿La inocencia de vuestra vida? ¿Ah! ¿Tendreis acaso valor para acordaros de ella? Una vida en que cada uno de sus dias está señalado con distintos delitos: una vida, cuyos abismos no os atreveis vosotros mismos á examinar, y en la que el inmenso cahos de iniquidades y culpas en que estais sepultados, há tanto tiempo que os tiene separados del tribunal de la reconciliacion y penitencia: una vida que os hace temblar quando quereis examinar su confusion y sus tinieblas: una vida en la que Dios, Autor de vuestro sér y de vuestros talentos, nunca ha hallado un solo instante para sí; y en la que acaso no os habeis acordado de su Magestad, sino para insultarle con vuestras burlas y blasfemias: una vida de la que podeis decir con mucha mas razon que Job: Perezca el dia en que nació; borrese del libro de los vivientes el desgraciado instante que vió empezar una carrera tan abominable é impura. *Pereat dies in qua natus sum.* (a) ¿Qué mas diré? Una vida que acaso no tiene semejança; y en la que son tantos los secretos horrores con que está manchada, que puede ser no haya tenido exemplo en los siglos anteriores, ni le tenga en los siguientes.

Acaso alegareis tambien por excusa la debilidad de vuestra salud: ¿Pero cómo usais de ella para los placeres? ¿Qué violencias no os haceis por el mundo, por vuestras pasiones, por vuestros antojos, y por vosotros mismos? ¿No dais á entender que sois Heroes quando os es preciso violentaros por la fama, por la amistad, por la fortuna, ó por vuestros Principes? ¿Qué valor, por no decir qué furor manifestais quando

(a) Job 3. v. 3.

do es el mundo el que os llama, quando os anima la ambicion, quando os mueve el deseo de agradar? ¿Qué no puede con vosotros una vana distincion? ¿Cuidais entonces de una salud que no puede resistir á vuestras continuas inquietudes, ni de un cuerpo que se deshace, por decirlo así, con el peso de vuestros deleytes y errores? Además de que muchas veces se os ha dicho: *Que el Reyno de Dios está dentro de vosotros: (a)* Dios no os pide la fuerza del cuerpo, sino la mudanza de vuestras almas, el que ceseis en vuestras culpas; y en un cuerpo enfermo pide á lo menos los gemidos de un corazon contrito y humillado. El mundo desprecia á los que no son á proposito para sus placeres; no los sufre en el numero de sus adoradores, y aun insulta su obstinacion y locura, quando no estando ya en estado de agradarle quieren todavía seguirle. Pero el Señor clemente y misericordioso gusta de recibir en su seno aun aquellos á quienes desprecia el mundo; siempre nos halla hábiles para servirle; siempre á proposito para amarle, para llorar nuestros delitos, y para implorar sus eternas misericordias: es aquel padre de familias, siempre amoroso y compasivo, que manifiesta una estrema alegría quando vé volver á un hijo perdido, aunque no conozca ya en él señal alguna de su nobleza, y de su antiguo origen. ¡O Dios mio! ¿es posible que hayais de ser tan facil para recibir al pecador, y que éste se haya de manifestar tan tardo y perezoso en convertirse á Vos!

Finalmente, puede ser tambien que fiados en esta afabilidad con que Dios recibe siempre al pecador arrepentido, dilateis vuestra penitencia para mas adelante, y que os prometais que en lo sucesivo hallareis para vuestra conversion unas facilidades que no hallais ahora: Es verdad que Dios siempre recibe al pecador que se con-

(a) *Luc. 17. v. 21.*

vierte á su Magestad; ¿pero quién os asegura de que llegareis á aquel dia que os señalais, y no os sorprenderá la muerte en medio de la carrera de esos años, que todavía teneis destinados para el mundo y para las pasiones? ¿Quién os ha asegurado que Dios mudará vuestro corazon quando hayais llenado la medida de vuestros delitos, y que á fuerza de irritarle, dilatando vuestra conversion, y continuando en vuestros desordenes, os le habeis de hacer propicio? ¿Quién os ha asegurado que estando entonces mas arraigadas vuestras pasiones, se arrancarán mas facilmente de vuestro corazon, y que la misma antigüedad de vuestras heridas, que las hace siempre mas incurables, será entonces remedio para ellas? ¿Quánto tiempo há que os estais engañando con estos vanos proyectos de conversion? ¿Habeis roto desde entonces ni una de vuestras cadenas? ¿Habeis dado ni un solo paso para acercaros á Dios? ¿Qué otro efecto han producido todos esos vanos proyectos de arrepentimiento, sino el tranquilizaros mas en los delitos? ¿Hay por ventura algun pecador impenitente que no desee mudar de vida? ¿Hay alguno que viva resuelto á morir en pecado? ¿Qué otra cosa es la impenitencia mas que un deseo inutil de conversion, que calma nuestros remordimientos, y que nunca desata nuestras cadenas?

¡O Dios mio! si yo hubiera renunciado vuestra fé, y la esperanza de vuestras promesas, como el impío, sería funesta mi tranquilidad, pero no sería tan extraordinaria: pero á mí, Señor, que aun tengo un corazon, en el que todavía conserva vuestra mano misericordiosa aquellos primeros pensamientos de religion que no han podido borrar mis delitos, ¿qué es lo que me puede sosegar en mis desordenes? Bien conozco, Señor, que os ofendo; deseo salir de un estado tan funesto y culpable; mil veces me digo á mí mismo que solamente he sido hecho para Vos; y los disgustos del mundo y de las pasiones me hacen experimentar todos los dias, muy á mi costa, que

que Vos solo, ¡ó Dios mio! sois la paz, y la unica felicidad de vuestras criaturas. ¿Pues qué encanto es, Señor, el que me detiene y aprisiona? ¿Me habeis acaso abandonado para siempre? ¿Los deseos de salvacion que me inspirais, son acaso para hacerme mas culpado por la resistencia que opongo á ellos? ¿Han de ser vuestros auxilios armas que dispone contra mí el rigor de vuestra justicia, y no felices presagios de mi eterna salud?

De este modo condena al mundo la penitencia del Bautista. Pero sus abatimientos son tambien para el mundo otro nuevo motivo de condenacion. Atended bien á todas sus circunstancias. Confiesa que Jesu-Christo es mayor que él; y aunque esta era una confesion debida á la verdad y á la justicia, declara tambien al mismo tiempo que no era digno de ser siervo suyo; y esto en una ocasion en que la multitud de pueblo que se habia juntado ácia las riberas del Jordán le miraba como á Christo, y estaba pronto á tributarle los respetos debidos al Mesias; en una ocasion, en que el mismo Jesu-Christo mezclado entre la multitud vá á recibir el Bautismo de sus manos, y quando con esta accion parece que quiere sujetarse como uno de sus discipulos á su doctrina y ministerio. No hay cosa mas grande, ni mas digna de admiracion, que el humillarse en medio de los aplausos que nos ensalzan, y no solamente no atribuirse los honores que nos tributa el error público, sino conocerse tambien indignos de aquellos que se nos deben. Finalmente, no se contenta con asegurar que no es Christo, sino que ni aun se atreve á llamarse Profeta, siendo mas que Profeta; se contenta con llamarse Voz del que clama en el desierto, quiere disminuirse para que Christo crezca, y se vale de su fama y sus talentos solamente para manifestar la gloria del Mesias que viene á anunciar á la tierra. Pocas veces sucede, aun en los mas santos ejercicios, y en los dones mas resplandecientes que hemos recibido de Dios, el que atribuyamos solamente á su Magestad toda la gloria, sin reservar nada para nosotros mismos. Exa-

Examinemos, pues, todas las circunstancias de la humildad del Bautista, y hallaremos en ellas notadas y confundidas todas las señales de nuestra soberbia.

Primeramente; dá gloria á la verdad y á la justicia, conociendose inferior á Jesu-Christo; y nosotros, no obstante aquellas flaquezas de que interiormente nos avergonzamos, no obstante el vacío y la nada que hallamos en nosotros, lo que es causa de que siempre nos seamos molestos á nosotros mismos, y de que á todas partes nos acompañe la molestia, el disgusto, y el horror, por decirlo así, queremos con todo eso engañar al público, y hacer que nos tenga por lo que no somos en la realidad: queremos que los hombres piensen de nosotros lo que no nos atreveriamos á pensar nosotros mismos; y la mayor injusticia consiste en que á todos los que nos niegan aquellas qualidades que no tenemos, y las alabanzas que no merecemos, y que juzgan de nosotros como interiormente juzgamos nosotros mismos, los aborrecemos, los desacreditamos, los imputamos á delito la equidad de sus juicios, y parece que los echamos la culpa de nuestras miserias y flaquezas; tal es la injusticia de nuestra soberbia.

En segundo lugar; el Bautista quiere disminuirse para que Jesu-Christo crezca, pone su verdadera grandeza en ocultar lo eminente de sus títulos, no piensa mas que en publicar la gloria del Mesias, á quien venia á anunciar: La humildad solida es grande y magnanima, y la soberbia siempre es vil é infame: y así nosotros no nos contentamos con querernos atribuir los talentos y virtudes que no tenemos, sino que disputamos tambien á los demás los que en ellos se hallan; parece que su reputacion nos abate, que se nos priva de las alabanzas que se les tributan, y que los honores que ellos reciben, son injusticias que se hacen á nosotros mismos. Somos incapaces de grandeza de animo, de virtud, y de generosidad, y así no podemos sufrir en los demás estas prendas; hallamos manchas en lo

que todo el mundo admira virtudes: aunque vemos que el Bautista se disminuye para que Jesu-Christo crezca, parece que nosotros no podemos crecer y elevarnos, sin que los demás se disminuyan: el merito nos ofende y nos turba, y no queriendo deshacernos de nuestros vicios, quisiéramos poder quitar á los demás sus mismas virtudes; tal es la vileza de la soberbia. Finalmente, el Bautista no se vale de lo prodigioso de sus dones y talentos sino para emplearlos en gloria de Jesu-Christo: no quiere que brille en él ni un solo rayo; reusa hasta el titulo de Profeta: Yo no soy, dice, mas que la voz del que clama en el desierto, un organo y un vil instrumento en manos de aquel Señor que me anima, y me hace hablar. El agradecimiento es una qualidad inseparable de la humildad; todo lo ordena á aquel de quien todo lo recibe: ¡Ah! y nosotros solamente nos valemos para nuestro provecho, y aun muchas veces empleamos contra el mismo Señor todos los dones y talentos con que nos ha enriquecido: nos valemos de los talentos de nuestro ministerio para adelantar nuestra fama, para tener recomendacion con los Grandes y poderosos, para adquirir crédito y estimacion en el mundo, para ganar á los pecadores para nosotros, en vez de ganarlos para Dios; y para aumentar nuestra reputacion, en vez de aumentar el reyno de Jesu-Christo; el don de la ciencia y de la doctrina, le empleamos en motejar de ignorantes á todos los que no piensan como nosotros, en creer que á nosotros solos nos ha tocado en patrimonio la ciencia y la prudencia, en no querer seguir los caminos llanos y comunes, en procurar muchas veces distinguirnos con singularidades, que siempre son peligrosas en la doctrina, en mover disputas que mas sirven para escandalizar á los fieles, que para aclarar los Mysterios de la fé; finalmente, en turbar la Iglesia, en vez de sostenerla y defenderla. Tal es la injusticia, la vileza, y la ingratitud de la soberbia; circunstancias todas, que son inseparables de ella, y que están condenadas por las señales propias de la humildad del Bautista. Pe-

Pero su zelo nos ofrece tambien suficientes motivos de condenacion contra el mundo: Hablo de su zelo, porque fue un zelo prudente; no se quejaba mas que de los abusos; á cada uno proponia solamente las obligaciones propias de su estado; á los Sacerdotes la caridad y el desinterés; á los Phariseos la humildad, la rectitud de corazon, y el horror á la hypocresía; á los Soldados, que se abstuviesen de los excesos, de los hurtos, y de las violencias; á Herodes la santidad del lecho nupcial, y el horror al escandalo, y á las resultas de la incontinencia; y á todos la penitencia, y la propia abnegacion; á esto ciñe precisamente su ministerio; no intenta mas que el que su zelo sea util; no quiere ser admirado, quiere sí que todos se arrepientan; no se precia, como los Phariseos, de una excesiva severidad, y de imponer á los demás un pesado yugo, sino que se contenta con llevarle él mismo, y con proponer á todos las reglas comunes de la ley.

No obstante, este zelo, aunque tan humilde y prudente, no dexa de ser intrépido. No respeta ni clases, ni dignidades, ni los errores mas acreditados: ni á los Phariseos tan venerados del pueblo por la falsa apariencia de santidad; ni á los Ancianos de Jerusalén, tan temibles por su autoridad; ni al mismo Herodes, tan distinguido por la magestad de su puesto, y por el esplendor de su corona; presenta valerosamente la verdad á los pies del trono, adonde pocas veces suele llegar; en vez de aplacarle los alhagos y favores de Herodes, solo sirven de avivar la intrepidez de su zelo; cree firmemente que es mas deudor de la verdad á un Principe que tanto le honra; no fue á su Corte en busca de sus favores y gracias, sino para hacerle digno de los favores del cielo. El que nada desea, nada teme; el que solo intenta edificar, y no agradar, nada oculta, y nada disimula; desde luego le dice con entereza: *Non licet*: No te es licito; el trono puede defenderte contra la severidad de las leyes humanas, pero no te hace superior á la ley de Dios; tu poder te

lo hace todo posible, pero no puede hacer que sea inocente lo que Dios condena: en tí es mucho mas grave la culpa, porque no puedes ocultarla á la vista del publico, y añades á ella el inevitable delito del escandalo. *Non licet*; en una palabra, el Bautista se opone al vicio, y le confunde en qualquiera parte en que le halla: no conoce aquellos tímidos respetos que condescienden con la culpa en favor del pecador, y que miden su zelo, no por la naturaleza de los desordenes, sino por la clase y dignidad de los culpados.

Pero no os parezca que la intrepidez de su zelo no estuvo acompañada de caridad y prudencia; porque solamente la prudencia y la caridad aseguran el buen exito del zelo; quando digo la prudencia, no hablo de aquella prudencia de la carne, que no es mas que una culpable timidéz, que atiende mas á lo que la parece que debe á los hombres, que á lo que debe á la verdad; sino de aquella prudencia del Espiritu Santo, que condena el vicio sin ofender al pecador; que mas piensa en ganarle que en confundirle; y que sin respetar á la culpa, sabe usar de respetos con el culpado. Quando hablo de la caridad, no hablo de aquella condescendencia lisongera y humana que todo lo escusa, que solamente pone aceyte sobre una llaga inveterada, quando debiera aplicarla el yerro y el fuego; y que dexando al enfermo muy contento del Médico, le dexa aun mucho mas contento con su estado, y consigo mismo; hablo de aquella caridad fervorosa y compasiva que sufre al enfermo, pero que no sufre ni disimula el mal; que aunque no dexa de curar las heridas, sabe hacer amables los remedios; que estudia los tiempos y los instantes; que toma todas las figuras; que mezcla el agrado con la severidad; que junta la oración á la doctrina; y que olvidandose de sí misma, de nada se olvida en que pueda ser útil al proximo.

Qué raras veces se encuentran todas estas circunstancias en el zelo de aquellas personas que hacen profesion de

la virtud. Nuestro zelo es muy perspicaz, esto es, vemos clara y distintamente los defectos de nuestros proximos, ninguna de sus flaquezas se nos oculta, adivinamos las que no vemos, ponderamos las que no se manifiestan, pronosticamos las que todavia no han sucedido: nuestra vanidad se sustenta, por decirlo así, con sus imperfecciones; con pretexto de que nuestra vida parece estar consagrada á la virtud, hacemos alarde de condenar todo lo que no se parece á nosotros: nuestros ojos son de lirice para ver lo que debiera ocultarnos la caridad, y nunca volvemos la vista á nosotros mismos; no vemos nuestras flaquezas, que tanto deshonoran á la virtud: ignoramos nuestro genio, nuestros antojos, y nuestras altanerias, que son causa de que tengan que padecer todos los que nos tratan: servimos de luz á los demás, y somos tinieblas para nosotros mismos.

Nuestro zelo es intrepido, pero al mismo tiempo que somos tan severos en orden á la conducta de aquellos á quienes no amamos ni tememos, porque son inútiles ó contrarios á nuestros fines, á nuestros intereses, ó á nuestro modo de pensar, nos conformamos con los que nos pueden ser utiles, ó que piensan como nosotros; en ellos todo lo escusamos, y aun solemos dar á sus vicios los nombres y elogios de la virtud; nuestro interés es el que unicamente decide de nuestro zelo; y en vez de hallar sus errores remedio en nuestra sinceridad, hallan nuevo escollo en nuestras adulaciones y condescendencias.

Solamente en esto es prudente nuestro zelo, pero esta es una prudencia interesada y carnal; porque por otra parte, el zelo prudente no estiende sus censuras y consejos á aquellas personas que no ha sujetado la Providencia á su autoridad; no reprehende ni censura á aquellos de quienes no es responsable; no se forma de una falsa virtud un imperio tyránico sobre sus proximos; no intenta instruir, y corregir á aquellos á quienes solamente debiera edificar; no hace publico lo que apenas es licito decir muy en

secreto, y no escandaliza al mundo con el abuso que hace de la virtud, mas de lo que le escandalizan los mismos pecadores con los excesos de sus vicios.

Finalmente; nuestro zelo debe ser caritativo, y esta es su ultima circunstancia; pero para esto es necesario que nos compadezcamos de las caídas de nuestros proximos en vez de exasperarnos con sus flaquezas; es necesario manifestar los mas compasion que zelo, mas agrado que rigor, mas amor y mas deseo de su salvacion que indignacion y horror por sus culpas. El verdadero caritativo no mezcla el veneno de la malicia con los santos officios de la caridad, no confunde el zelo con la satyra, ni el genio con la correccion; sabe hacerse amar, aun quando no se puede escusar de reprehender; hace mas amable la virtud con sus buenos modos, que temible con sus censuras; sabe ganar los corazones antes de reprehender las flaquezas; y con su agrado sabe hacer que los pecadores se pongan de su parte contra sí mismos; finalmente, el verdadero caritativo tolera para que su reprehension produzca mejor efecto, y no intenta hacer ostentacion de su zelo con sus reprehensiones, sino ser util para la salvacion de su proximo.

¡O Catholicos! Vosotros, los que haceis pública profesion de la piedad, ¡qué motivos no dais todos los dias al mundo para que murmure de la verdadera virtud, al veros faltar en estas reglas! Ya os lo he dicho muchas veces, y no debiera cansarme de repetirlo, pues este es el pretexto mas universal y mas plausible de que siempre se vale el mundo para preferir la vida mundana á la de la piedad, teniendola por menos segura para la salvacion que la del mismo mundo. Haceis odiosa la virtud, porque la haceis aspera é intratable; la quitais aquella afabilidad que tiene, y que es tan propia para ganar los corazones; dais motivo para que el mundo piense que la virtud, aquel don de Dios, aquella sabiduria del cielo, aquella regla de todas las obligaciones, aquel dulce lazo de la sociedad, no es mas que un genio aspero y desabrido, una hinchazon del

del corazon, una impertinencia y ridiculéz de animo; un veneno de la sociedad y de las concurrencias; y en una palabra, un zelo amargo para los demás, y una ciega y excesiva condescendencia para consigo mismo; restituyamos, pues, á la virtud con nuestro cuidado lo que la hemos quitado con nuestras flaquezas: es verdad que jamás conciliaremos con ella al mundo, pero á lo menos le obligaremos á que la respete; no podemos hacer que esté absolutamente libre de sus burlas y censuras, pero á lo menos solamente despreciarán la virtud los que desprecien la religion; corrijamos á nuestros proximos edificandolos, y no exasperandolos. Quando la obligacion nos precise á reprehender, debemos haber dispuesto antes los caminos á nuestras instrucciones con nuestro exemplo; viviendo bien, lo decimos todo; y el mundo respetará una virtud que nada se perdona á sí misma, y que parece que lo perdona todo á los demás. De este modo condenan al mundo la penitencia, los abatimientos, y el zelo del Precursor; ahora nos falta verle á este condenado del mundo por los mismos caminos por donde él vino á condenarle.

## SEGUNDA PARTE.

SI la vista de los justos es una especie de juicio anticipado que condena al mundo, puede muy bien decirse que la corrupcion del mundo se forma acá en la tierra un tribunal, en el que siempre han sido condenados los justos. Estos son dos tribunales opuestos, dice San Agustin, que siempre pronuncian mutuamente el uno contra el otro anathemas y decretos de muerte; y lo que mas admira es que muchas veces los mismos objetos que dán al uno motivos de condenacion, forman los decretos y juicios del otro. Ya hemos visto que la penitencia, la humildad, y el zelo del Precursor condenan al mundo; ahora veremos como en su penitencia, en su humildad, y en su zelo halla el mundo ocasiones para condenarle.

En

En su misma penitencia: A la verdad, Catholicos, ¿qué movimientos de respeto, de admiracion, y de amor á la virtud no debiera excitar en el espiritu de los Judios la vida celestial del Precursor? ¿Qué Profeta se habia visto hasta entonces en la tierra mas austero en sus costumbres, mas heroyco en su pobreza y desinterés, mas apartado de todo lo que puede lisongear aun los mas inocentes deseos de la naturaleza? Con todo eso, aquella vida tan austera, aquel retiro tan profundo, aquel despego tan universal y tan propio para hacer glorificar al Señor en sus Santos, halla entre los Judios burlas y censuras. En vez de admirar la fuerza de la gracia, y el don de Dios que tanto pudo ensalzar á una criatura miserable sobre su propia flaqueza; en vez de inferir de estos grandes exemplos de austeridad que nosotros lo podemos todo en el que nos conforta, y que las quimericas dificultades que siempre hallamos en la severidad de la ley, mas son vanas excusas para nuestras transgresiones, que razones legitimas que nos eximan de su observancia; en vez de bendecir las riquezas de la bondad del Señor, que todavia se digna de tiempo en tiempo, y en los siglos mas corrompidos, de sacar de los tesoros de su misericordia estos hombres extraordinarios, y manifestar estos grandes espectáculos á la tierra, para animar á los flacos; confundir á los pecadores, y dar nuevas pruebas de la religion contra la impiedad y el libertinage, miran los santos excesos de la penitencia del Bautista como una ilusion del espiritu impostor que le engaña y anima, como un frenesí que se ha apoderado de sus sentidos y de su entendimiento, como un triste vapor que le turba, y le hace olvidarse de lo que debe á su cuerpo, porque no se halla en estado de sentir, ni de conocerse á sí mismo; finalmente, como un espiritu poseído del amor de la singularidad, que sacrifica al Demonio de la vanidad, y á una complacencia insensata los mas vivos movimientos, y las mas inocentes inclinaciones de la naturaleza. *Venit Joannes neque*

*man-*

*manducans, neque bibens, & dicunt: Daemonium habet (a).*

Esta ha sido en todos tiempos, Católicos, la suerte del mundo; siempre ha abusado para su perdicion de los socorros que la bondad de Dios le habia dispuesto para su salud. Porque, Católicos, no puedo menos de atreverme á decirlo, y pues vengo aquí á edificaros, nada quiero omitir de quanto pueda servir á vuestra instruccion; ¿qué impresion hacen en nosotros los dones que comunica la gracia á los siervos de Dios, quando los lleva por unos caminos rigurosos y singulares? ¿Qué pensais que decís de aquellas almas, que impelidas del Espiritu Santo, mudan en presencia vuestra las distracciones del mundo en retiro, los placeres en lágrimas, y los encantos de la sensualidad y del regalo en austeridad y penitencia? ¿Qué pensamientos despiertan en vosotros estos grandes exemplos, estas felices singularidades, estas prodigiosas pruebas del poder del Señor y de su misericordia para con los hombres? ¿Os mueven estos prodigios? ¿Os edificais á lo menos? ¿Envidiais su suerte? No, Católicos; al contrario, tratais sus santas austeridades de singularidad y flaqueza, su retiro de extravagancia de genio, y sus lágrimas de pusilanimidad; unas veces todo os parece un puro fingimiento, y que es un vano deseo de señalarse él que las impele y anima; otras, una llamarada de la complexion, que persuadiendose á que si que los movimientos de la gracia, no hace mas que dexarse llevar del ímpetu de la naturaleza; otras, una flaqueza de espiritu, que no ve las cosas al natural, y que solamente gusta de los extremos. *Venit Joannes neque manducans, neque bibens, & dicunt: Daemonium habet.*

¿Qué mas diré? ¿Quántas censuras y quántas murmuraciones se oyen disfrazadas con un ayre de moderacion

(a) *Matth. II. v. 18.*

ción y prudencia? No hablo aquí de las burlas que los impíos y libertinos hacen todos los días de la virtud. ¿Pues cómo es posible que no temiendo estos á Dios respeten á los hombres; ni qué estimación puede tener la virtud para los que miran como una quimera al Autor de todos los dones y de la misma virtud? Hablo de los mas prudentes entre los mundanos, de aquellos hombres prudentes segun el siglo, que no blasfeman contra el Espiritu Santo, como el impío, pero que quieren juzgar de los dones de Dios, y de locura de la Cruz por la falsa sabiduría del hombre. ¿Qué inconvenientes no hallan en las santas austeridades, y en las dichas lágrimas de la penitencia de los justos? Quisieran una virtud mas moderada, y que no se hiciese tan reparable; se quejan de que una virtud demasiado austera en vez de alentar á los que la ven, los desanima: continuamente están diciendo que los que empiezan con tanto fervor, nunca adelantan mucho; que la prudencia no dicta el que se emprenda todo lo que es posible, sino que se lleve adelante lo que una vez se ha emprendido, y que muchas veces es la vanidad la que nos induce á unas singularidades que queremos atribuir á la gracia. *Venit Joannes non manducans, neque bibens, & dicunt: Dæmonium habet.* ¡Oh vana prudencia de los hijos de los hombres! ¿te corresponde á tí levantarte contra la sabiduría de Dios, y contra los admirables medios de su gracia y de su misericordia para la santificación de los justos?

Pero no os parezca, Católicos, que una virtud mas suave y mas comun halla mas indulgencia en el mundo. El mismo mundo, que tanto predica á los justos la moderación, que tanto censura los excesos de su piedad, y que condena tan abiertamente estas falsas singularidades, este mismo mundo, luego que ve en los justos unas costumbres mas comunes, que su virtud no tiene una austeridad que admire y espante, que se permiten algunos inocentes placeres, á lo que les obliga mas el bien parecer,

cer, que su gusto, y que por no asustar al mundo, procuran parecerse á él en todo aquello que no condena la ley de Dios: ¡Ah! entonces triunfa el mundo de las mitigaciones de su virtud; entonces insulta á esta virtud como facil y cómoda; entonces se alegra interiormente de hallar en los justos unas inclinaciones y unas flaquezas, aunque en la realidad no las haya, que justifican las súyas, y vive tranquilo en los desordenes del vicio, oponiendolos á las imperfecciones de la virtud: entonces pondera las obligaciones del Evangelio, se hace un Doctor rígido y severo, y al mismo tiempo que se permite sin escrupulo los mas pecaminosos placeres, trata, con gran libertad, de culpa los mas inocentes entretenimientos de los justos, se vale de aquellas satyricas expresiones tan vulgares contra el amor propio y la vida acomodada de los justos; la virtud viene á ser la fábula y escarnio de los pecadores; y segun su dictamen, el renunciar al mundo no es mas que buscar con mas precauciones y destreza las comodidades y regalos del mismo mundo.

Y esto es lo mismo que hoy reprehende Jesu-Christo á los Judios en nuestro Evangelio (porque el mundo siempre ha pensado y hablado de un mismo modo) Juan vino, les dice, absteniendose de comer y beber, manifestando á la Judea un exemplar de la vida mas austera y retirada, y vosotros dixisteis que el espíritu que le movia á estos excesos era un espíritu de ilusión y furor. *Venit Joannes neque manducans, neque bibens, & dicunt: Dæmonium habet.* El hijo del hombre se dexa ver comiendo y bebiendo, proponiendo á los hombres el espectáculo de una virtud mas practicable y mas comun, y acomodandose á todos para salvarlos á todos; y decís que es un hombre que gusta de regalarse, amigo de los publicanos y pecadores, y que con una vida cómoda y sensual quiere gozar de la reputacion de la virtud y de la santidad, sin padecer sus mortificaciones y trabajos. *Venit filius hominis manducans, & bibens,*

*Et dicunt: Ecce homo vorax, & potator vini; publicanorum, & peccatorum amicus.* (a) Y así, añade Jesu-Christo; queda justificada la sabiduría de Dios en la diversidad de caminos por donde guía á sus siervos, con las insensatas contradicciones del mundo; y los juicios de los hijos de los hombres, nunca conformes entre sí, dán todos los días nuevas armas á su justicia, para que los condene y confunda. *Et justificata est sapientia à filiis suis* (b).

Pero el mundo que condena la penitencia del Bautista no es tampoco mas indulgente con sus abatimientos. Sí, Católicos, el mundo que tanto condena la ambicion en los justos, que tan facilmente los acusa de que tienen sus fines particulares, de que son mas vivos para sus propios intereses, de que son mas delicados é impertinentes, de que apetecen mas los honores, y sienten mas las preferencias, de que se valen de la virtud para conseguir sus fines: el mundo, que tanto se alegra de poderlos echar esto en cara; este mismo mundo, lleno siempre de contradicciones, condena la humildad del Precursor. La confesion que hace á los Judios de su nada y miseria, y de la grandeza de Jesu-Christo, los aparta de él, y no le siguen como antes; sus mismos discipulos se dán por agraviados, y no pueden sufrir que se declare tan inferior á Jesu-Christo (porque muchas veces la vanidad solamente es la que hace que sigamos la reputacion de nuestros Directores, y no el deseo de que estos nos sean mas utiles) van á decirle que aquel Jesus, de quien él habia dado testimonio, se introducía tambien á bautizar, y que el pueblo le sigue en tropel: *Cui tu testimonium perhibuisti, ecce hic baptizati, & omnes veniunt ad eum.* (c) Tienen envidia de que la multitud abandone á su Maestro,

(a) *Matth. II. v. 19.* (b) *Ibidem.*

(c) *Joann. 2. v. 26.*

por seguir á Jesu-Christo, y parece quieren arguirle de que por haber ensalzado demasiadamente á Jesu-Christo se ha hecho él vil y despreciable.

Esta misma injusticia usa hoy el mundo, Católicos, contra la virtud. Nosotros á quienes tan mal parece que los que la profesan deseen puestos y dignidades, nosotros que somos tan eloquentes para ponderar los ardidés y ocultos medios de que se valen los justos para conseguir, nosotros que muchas veces los imputamos á culpa las mismas gracias y honores de que huyen, y que contra su voluntad les ha grangeado su merito; nosotros que continuamente estamos publicando que la virtud no es mas que el primer mobil de la ambicion, y que particularmenté en un reynado en que las gracias siguen á la virtud, ésta no sirve mas que de secreto camino para conseguir las gracias; nosotros mismos, Católicos, si un justo, animado de Dios, renuncia el fausto y esplendor de los honores del siglo, si sacrifica su nacimiento, su nombre, sus empleos, y sus talentos á la grandeza de la fé, y á la verdad de sus promesas para meditar en el silencio y retiro las maravillas del Señor, y los años eternos; si prefiere la seguridad del sosiego, y los consuelos de una vida santa y privada á las distracciones de la autoridad, y á los peligros de las pretensiones y esperanzas; cómo miramos la grandeza de su humildad, y el heroyco valor de su abnegacion y su retiro? ¿Honramos á la religion, atribuyendolo al poder de la gracia? Ah! En estas acciones hallamos pusilanimidad y flaqueza; á una vida que sirve de espectáculo á los hombres y á los Angeles, la llamamos vida ociosa y obscura; tachamos de pereza y poquedad de ánimo los mas heroycos sacrificios, y los mas nobles pensamientos de la fé; damos á aquella sublime sabiduría del cielo, que hace que los justos miren como cieno todas las cosas de la tierra, los viles nombres de cobardía y flaqueza de ánimo; tenemos por hombres inútiles en el mundo á unos

unos hombres de quienes no es digno el mundo; y nosotros que tanto admiramos la sencillez de vida, el desinterés y la falsa ciencia de un Sócrates, y el soberbio desprecio que manifestaban los Filósofos de las dignidades y riquezas; nosotros que no conocemos la ruindad y locura de aquellos falsos sabios que aspiraban á la gloria y á la fama, ostentando una virtud mas despreciable que el mismo vicio; nosotros mismos, Católicos, tenemos por donayre el despreciar la noble humildad de los siervos de Dios, el generoso despego de los sabios del Evangelio, y la santa magnanimidad de su fé; y tributamos á la extravagancia y á la puerilidad de la soberbia los elogios que negamos á la elevacion de la humildad, á la santa Filosofía del Evangelio, y á la mas sublime sabiduría de la gracia. Quién es el hombre, ¡oh Dios mio! ¡Qué ceguedad es la suya, pues admira todo quanto le envilece, y desprecia todo quanto puede darle estimacion!

Por ultimo; la humildad del Bautista no solamente es motivo de desprecio para el mundo, sino que su mismo zelo, aquel zelo tan prudente y tan discreto, dá al mundo ocasion de que le condene.

La impiedad de Herodías, y la flaqueza de Herodes imputan á delito en el Precursor la santa libertad de su ministerio, y queda hecho Martyr de la verdad. Muy dichoso fue el Bautista en haberla anunciado; pero aun fue mas feliz en morir por ella; fue dichoso en haberla publicado en los Palacios de los Reyes, y haberla hecho patente delante del mismo trono, en donde rara vez se oye su voz, porque se confunde con la multitud de adoradores que le rodean; pero aun fue mas feliz por haber dado con su sangre nuevo lustre á la verdad; fue dichoso por haber condenado al mundo con la generosidad de su zelo, pero aun lo fue mucho mas porque con su santo y generoso zelo dió al mundo motivo para que le condenase.

Si, Católicos, el mundo no puede perdonar á la verdad, porque ésta en nada puede perdonar al mundo. ¿En qué boca podía ser mas respetable que en la del Precursor? Contribuían el prodigio de su nacimiento, los santos excesos de su austeridad, la fama de su virtud, la grandeza de su ministerio, los respetos que le tributaba toda Judea, el espíritu de todos los Profetas que parecia revivir en él; ¿qué instrumento mas propio podia escoger la divina Sabiduría para dar gloria á la verdad, y para confundir la sensualidad, si ésta pudiera avergonzarse, y si no fundase su gloria en su misma confusion é ignominia?

Los demás vicios parece que dexan todavia algunas reliquias de gusto, ó á lo menos, de respeto á la verdad; pero la sensualidad ha sido siempre su mas inexorable perseguidora; para ella nada hay que sea sagrado, todo quanto se opone á su pasion la hace furiosa y bárbara; la sangre, la naturaleza, la religion, la amistad, no hay derecho que no atropelle, ni vínculo que respete; no repara en los mas infames delitos quando los juzga necesarios; y al mismo tiempo que nos la representan baxo los especiosos nombres de ternura de corazon, de bondad natural, de fidelidad constante, de pensamientos nobles y generosos, es una furia armada de hierro y de veneno, que nada perdona, y que de todo es capaz contra quien se la opone ó la incomoda.

A Herodías no la mueve, ni la santidad del Bautista, ni la dignidad de su ministerio, ni la admiracion de toda Judea, que le mira como á Profeta, ni el respeto que Herodes no pudo menos de tributar á su virtud, ni finalmente las circunstancias del festin, en donde jamás habia pensado la misma barbaridad mezclar los horrores de la sangre y de la muerte con los regocijos de los banquetes. El Bautista la reprehende, condena el escándalo de su pasion y de su incesto, la dá en rostro con la infamia de que está cubierta en presencia de toda Palestina, á pesar de su clase y nacimiento, y es preciso que expie con

su sangre el delito de esta libertad, y que sacrifique al furor de su pasión aquella noble y santa víctima.

Si, Católicos, si fuera decente el mezclar con la alegría y pompa de esta augusta solemnidad la relación de los muchos espectáculos lúgubres, que todos los días está presentando la sensualidad á la tierra, veriais que la barbarie y el furor han sido en todos tiempos el carácter mas propio de este vicio, á quien llama el mundo, el flaco de los buenos corazones; le veriais con el hieiro y con el veneno en la mano, derramando el luto entre las familias, armando á la esposa contra el esposo, al hermano contra el hermano, al padre contra el hijo, y al amigo contra el amigo; abriéndose camino por todas partes para facilitar sus infames deseos con unos secretos horrores indignos de la humanidad, y hallando en la falsa ternura de un corazón lascivo las mas viles infamias, y las mayores inhumanidades, de que es capaz el corazón mas bárbaro y feroz. En esto viene á parar la infame pasión, á la que los teatros impuros dan unos nombres tan amables y tan tiernos.

Pero no pasemos mas adelante; veamos la flaqueza de Herodes. Mirad qué imperio exerce la sensualidad aun sobre los corazones mas nobles y mas bien dispuestos para ser verdaderos, humanos y justos: Herodes no tiene valor para negar la cabeza del Bautista; se estremece interiormente con el horror y barbaridad de esta injusticia; se le representa la santidad y fama de aquel Profeta; se entristece, dice el Evangelio, y contra toda su voluntad se determina á manchar sus manos con aquella sangre inocente; pero la sensualidad es quien lo pide, y á esta nada se la puede negar quando es dueña del corazón, y este su esclavo; por mas que se opongan á lo que pide este vicio el honor, la razón, la equidad, nuestra fama, y aun nuestros intereses, estos son unos motivos muy débiles, que no son atendidos; pedid á un Ministro una gracia injusta, gravosa al pueblo, y peligrosa al estado,

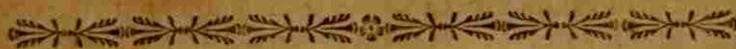
por

por mas que se opongan á ella su puesto, su conciencia, y su fama, si la sensualidad es quien lo pide, todo cede, y podeis estar seguros de alcanzarla: solicitud con un Grande la desgracia y pérdida de un rival inocente, cuyo pecado para con vosotros consiste únicamente en su mérito; por mas que el público se queje de esta injusticia, sois oídos inmediatamente que lo pide la sensualidad; tenga un hombre de República la desgracia de desagradar á otra Herodías; aunque sus talentos, sus servicios, y su probidad hablen en su favor, aunque padezca el estado con su retiro, si la sensualidad lo pide, es preciso sacrificarlo todo; y mas querrá el Principe atraer sobre sí el desprecio y la pública indignación, sacrificando un Ministro fiel y útil al estado, que contristar un instante al infame objeto de su pasión. Por otra parte: proponedle un sugeto tan indigno, tan sin virtud, y sin talentos, que sería vergüenza de la nación el verle ensalzado, y cuya incapacidad sería la pública deshonra; luego que la sensualidad le destina á los mas altos é importantes empleos, ya es capaz de todo; que el estado perezca entre sus manos, que padezca afrentas el gobierno, que los estrangeros se burlen, que murmuren los justos vasallos; la sensualidad le ensalzará á la cumbre de los honores, y no temerá el aumentar con la singularidad é injusticia de esta elección, la murmuración y el escándalo del vicio. ¡O pasión injusta y cruel! ¡Se necesita mas para arrancarte del corazón de los hombres, que las mismas armas de que tú te vales para cautivarlos, y engañarlos!

Esta es la recompensa que halla en la tierra el zelo del Bautista, y este es el destino de la verdad; siempre es odiosa, porque nunca nos es favorable; los Grandes, con especialidad, casi todos hacen pública profesión de aborrecerla, porque regularmente los hace á ellos aborrecibles; siempre la dan los odiosos nombres de imprudencia y temeridad, porque solamente la adulación usur-

pa para con ellos el glorioso nombre de la verdad ; son demasiado felices , porque no obstante la depravacion de costumbres en que vivimos , todavia hallan hombres que se atrevan á decirselo ; pero son dignos de lastima , porque solo la conocen para despreciarla , y se tienen por superiores á la verdad , porque lo son á todos aquellos que se la anuncian.

Nosotros , Católicos , amemos la verdad , aún quando ella nos condene ; no amemos en los hombres sino la verdad , porque solamente ella los puede hacer amables ; la adulacion y disimulo son prendas de almas baxas y mal nacidas ; el que es capaz de alabar el vicio , es incapáz de tener virtudes : despreciemos á los que nos lisonjean , porque no alaban en nosotros sino lo que nos hace despreciables ; no tengamos por amigos sino á los que lo son de la verdad ; demosla una libre entrada en nuestros corazones ; salgamos á recibirla , y busquemosla , aún quando huya y se oculte de nosotros. Quanto mas ensalzados nos hallamos , mas se aleja de nosotros , y asi estamos mas precisados á alargarla la mano para que se acerque ; solamente huye de los que la temen ; amemosla , y presto la conoceremos ; y despues de haberla buscado en la tierra , será nuestra alegría , y nuestra eternidad felicidad en el cielo. Amen.



## SERMON

### PARA EL DIA DE SANTA MARIA MAGDALENA.

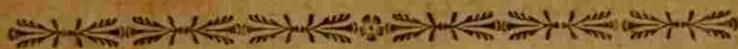
*Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.*

Se la perdonan sus muchos pecados , porque fue muy grande su amor. *Lucæ 7. v. 47.*

**E**L amor es el principio y el merito de la penitencia ; y aunque el temor del Señor es tambien don del Espiritu Santo , rara vez sucede que un dolor que no procede del amor no sea , ó un puro temor natural , ó un amor propio disfrazado. El pecado , dice San Agustin , no es otra cosa mas que el desorden del amor ; y asi el buen orden de este amor debe venir con la penitencia , pues su officio es restablecer en el estado natural lo que habia trastornado el pecado. Nosotros solamente somos culpados delante de Dios quando amamos lo que no debemos amar ; y todos nuestros vicios no son otra cosa mas que amores injustos ; y asi , no podemos ser sincéros penitentes , sino restituyendo á nuestro verdadero bien un amor que le habiamos usurpado injustamente : de otro modo la penitencia no puede ser ni remedio del pecado , ni reconciliacion del pecador. En una palabra : El amor es quien decide de todo el hombre : Somos justos , si es arreglado ; y si es

pa para con ellos el glorioso nombre de la verdad ; son demasiado felices , porque no obstante la depravacion de costumbres en que vivimos , todavia hallan hombres que se atrevan á decirselo ; pero son dignos de lastima , porque solo la conocen para despreciarla , y se tienen por superiores á la verdad , porque lo son á todos aquellos que se la anuncian.

Nosotros , Católicos , amemos la verdad , aún quando ella nos condene ; no amemos en los hombres sino la verdad , porque solamente ella los puede hacer amables ; la adulacion y disimulo son prendas de almas baxas y mal nacidas ; el que es capaz de alabar el vicio , es incapáz de tener virtudes : despreciemos á los que nos lisongean , porque no alaban en nosotros sino lo que nos hace despreciables ; no tengamos por amigos sino á los que lo son de la verdad ; demosla una libre entrada en nuestros corazones ; salgamos á recibirla , y busquemosla , aún quando huya y se oculte de nosotros. Quanto mas ensalzados nos hallamos , mas se aleja de nosotros , y asi estamos mas precisados á alargarla la mano para que se acerque ; solamente huye de los que la temen ; amemosla , y presto la conoceremos ; y despues de haberla buscado en la tierra , será nuestra alegría , y nuestra eternidad felicidad en el cielo. Amen.



## SERMON

### PARA EL DIA DE SANTA MARIA MAGDALENA.

*Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.*

Se la perdonan sus muchos pecados , porque fue muy grande su amor. *Lucæ 7. v. 47.*

**E**L amor es el principio y el merito de la penitencia ; y aunque el temor del Señor es tambien don del Espiritu Santo , rara vez sucede que un dolor que no procede del amor no sea , ó un puro temor natural , ó un amor propio disfrazado. El pecado , dice San Agustin , no es otra cosa mas que el desorden del amor ; y asi el buen orden de este amor debe venir con la penitencia , pues su officio es restablecer en el estado natural lo que habia trastornado el pecado. Nosotros solamente somos culpados delante de Dios quando amamos lo que no debemos amar ; y todos nuestros vicios no son otra cosa mas que amores injustos ; y asi , no podemos ser sincéros penitentes , sino restituyendo á nuestro verdadero bien un amor que le habiamos usurpado injustamente : de otro modo la penitencia no puede ser ni remedio del pecado , ni reconciliacion del pecador. En una palabra : El amor es quien decide de todo el hombre : Somos justos , si es arreglado ; y si es

desarreglado somos pecadores; y él solo es quien forma tanto nuestras virtudes como nuestros vicios.

Y así, no os admireis, Católicos, de que la memoria de la penitencia de la Magdalena se haya conservado hasta nuestros tiempos juntamente con el elogio de su amor, ni de que Jesu-Christo no nos dé mas razon de la gran misericordia que usó con aquella pecadora, sino el que amó mucho. *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum*. No se nos dice que se la perdonaron muchos pecados porque lloró mucho, porque derramó con santa profusion los preciosos perfumes sobre los pies del Salvador, y porque no cesaba de besarlos: ¿Y en qué consiste esto, Católicos? Consiste en que las lagrimas, las santas liberalidades, la misma participacion del cuerpo del Señor, figurada en el besar los pies, y los ejercicios exteriores de la humildad, no son mas que como el cuerpo de la penitencia; el alma de estos ejercicios es el amor: Vuestro llanto será vano, si no es el amor el que llora; será inutil el que derrameis vuestras riquezas, sino es el amor quien las reparte; en vano dáis el beso de paz al Salvador, si no es el amor quien le dá: en una palabra; Si no amais, nada haceis, y nada sois.

Y así, Católicos, ¿quereis quando os postrais á los pies de los Ministros de la Iglesia, oír de la boca del Salvador aquella favorable sentencia: Tus pecados quedan perdonados: Pues amad, dice un Santo Padre: *Absolvi vis, ama*. No os digo que convirtais vuestros ojos en dos fuentes de lagrimas como David; que hirais vuestro pecho como el Publicano; que desgareis vuestros vestidos, y os cubrais de ceniza y de cilicio como el Rey de Ninive; que restituyais quatro veces mas de lo que habeis usurpado, y que dividais con los pobres lo que os queda, como Zachéo; que renunciéis á una profesion que es pe-

peligrosa para vuestra inocencia, y os retireis de los tratós como Leví; lo que os digo es, que améis: el amor os enseñará el arte sagrado de la penitencia: Un corazon á quien instruye el amor no necesita de lecciones; y así como borra todos los vicios, aprende todas las virtudes.

Estas son las instrucciones que nos dá aquella ilustre penitente, cuya conversion nos acuerda hoy la Iglesia nuestra Madre: como habia sido excesivo su amor al mundo, tambien es extremado el amor que tiene á Jesu-Christo; y los excesos de sus pasiones sirven de modelo á su penitencia: habia amado al mundo con un amor de gusto y ansia, que suavizaba todas las penas que hallaba en sus desordenados caminos; con un amor de preferencia, que la hacia sacrificar al mundo todas las cosas, y de este mismo modo ama á Jesu-Christo: su amor es un amor tierno y fervoroso, que la suaviza todo quanto por él hace; esta será la primera reflexion: un amor fuerte y generoso, con que todo se lo sacrifica; y esta será la segunda: A esto se reduce, Católicos, toda la historia de la conversion de la Magdalena, y este será el asunto de este Sermon. Imploramos, &c. *Ave Maria*.

## PRIMERA PARTE.

**L**A gracia de la conversion imita y sigue regularmente las propiedades del corazon que mueve; restituye al alma pecadora á Jesu-Christo, por los mismos caminos por donde se habia extraviado; sacrifica sus inclinaciones sin destruirlas, y hace que sirva á la justicia lo que antes habia servido al pecado. El furor de Saulo contra los que tenia por enemigos de la religion de sus padres, se muda en un divino fervor contra los enemigos de la Fé de Jesu-Christo: un zelo indiscreto le ha-

habia hecho perseguidor ; y un zelo fervoroso y santo, le hace Apostol ; la naturaleza , por decirlo asi , ofrece los materiales á la gracia ; y la misericordia de Dios halla siempre en nuestras pasiones los medios para nuestra penitencia.

Pues esto mismo sucede hoy en la conversion de la Magdalena : Era esta una muger pecadora , que vivia en la ciudad de Jerusalén : *Mulier que erat in Civitate peccatrix.* (a) Permitidme , Católicos , que use aquí del estilo mas comun de la Iglesia , y que sin meterme en unas disputas inútiles para la edificacion de los fieles, confunda con la tradicion lo que la critica del presente siglo ha juzgado que debe distinguir. Esta era una muger pecadora ; es decir , una persona mundana , que pensaba mas en sus amores que en sus miserias ; que mas cuidaba de agradar que de edificar ; que atendia mas á sus deleytes que á su salvacion. A esto han reducido la mayor parte de los Santos todos sus delitos , sin persuadirse á que hubiese desordenes infames en su modo de vivir : y no obstante esto , la llama el Evangelio una muger pecadora ; porque la fé no juzga de nuestras costumbres como el mundo ; y no debe causar admiracion que lo que á este le parece casi inocente , sea una abominacion , en el estilo de el Espiritu de Dios. *Mulier in Civitate peccatrix.*

El mundo , pues , habia hallado en la Magdalena uno de aquellos corazones tiernos y dociles , en los que se estampan facilmente las primeras impresiones : uno de aquellos corazones habiles y diestros en la eleccion de los medios mas propios para agradar : uno de aquellos corazones vivos y generosos , en los que no saben guardar medida las pasiones ; y la gracia halla en las mismas disposiciones de su corazon los felices medios para su penitencia. Registremoslos por menor , y estadme atentos.

En

(a) *Luc. 7. v. 37.*

En primer lugar ; el mundo habia hallado en la Magdalena uno de aquellos corazones tiernos y dociles , en quienes se estampan facilmente las primeras impresiones : uno de aquellos genios que se dexan llevar de todo , y á los que casi todas las cosas sirven de escollo , porque la complacencia los arrastra , el exemplo los engaña , las ocasiones los mudan , y qualquiera nuevo deleite los hace que se olviden de mil deseos de penitencia. Pues esta es la primera disposicion que hoy hace la gracia que sirva para su eterna salud.

La nueva Doctrina de Jesu-Christo , y la fama de sus prodigios , que se estendia por Jerusalén , habian sin duda excitado la curiosidad de esta pecadora. Quiso oír á aquel hombre extraordinario , que aseguraba tener las palabras de vida y de salud : vió á aquel nuevo Profeta , y los rayos de Magestad esparcidos sobre su rostro ; aquel agrado capaz de ganar para sí los mas barbaros corazones ; aquel pudor y santidad , á cuya vista la conciencia delincente no podia sufrir su infamia , ni dexar de avergonzarse interiormente ; aquel zelo fervoroso y desinteresado , al que solamente movia la salvacion del pecador ; aquella nueva autoridad ; que instruía magestuosamente , y que hablaba con dignidad ; aquella libertad profetica , que no hacia aceptacion de personas , y que enseñaba el camino de Dios en la verdad : oyó las palabras de gracia que salian de su boca , y que introducian en los corazones unos rayos celestiales , y una inefable suavidad. Aquel corazon tan facil para el mundo no se defendió mucho tiempo contra Jesu-Christo ; empiezan á nacer en su alma nuevas inquietudes ; las ideas de la virtud , que este Profeta anuncia á los hombres , la sorprenden , y ya se la hacen amables ; los terribles colores con que pinta el vicio la asustan , y ya se propone unas costumbres mas dignas de su fama y nacimiento. Inquieta , combatida , y ya casi penitente , dice sin duda en su interior : ¿ Quién es este hombre , y qué nueva doctrina

trina es esta? Será acaso un Profeta que conoce el interior de los corazones? Sus divinas y amorosas miradas me han distinguido mil veces entre la multitud; y como si hubiera visto las secretas miserias de mi alma, ó los inexplicables movimientos que en ella producen sus palabras, me ha mirado con particular atencion, y parece que solamente habla por mí sola. Quando convidaba con tantos atractivos á las almas, que estan cansadas en el camino de la iniquidad, y que gimen con el peso de sus cadenas, á que busquen en él el verdadero sosiego, ¡Ah! sin duda dirigia á mí este discurso, y estaba viendo el triste estado en que me hallo: quando decia que el espiritu impuro no puede ser arrojado sino con el ayuno y la oracion, yo conocia que estaba señalando los remedios para mis males: quando declaraba que los pecadores han de preceder á los Fariseos en el Reyno de Dios, estaba yo conociendo que su interior designio era animar mi flaqueza con la esperanza del perdón: el haber hablado de la Reyna de Sabá, que vino de las extremidades de la tierra á oír la sabiduria de Salomón, fue para enseñarme á no despreciar la salud que el Señor me ofrece, y á que oyga al que es mas que Salomón; todas sus instrucciones tienen cierta secreta relacion con mis necesidades y errores. ¡Ah! Sin duda es un Profeta enviado de Dios para sacarme de mis errados caminos.

Estas son las primeras impresiones que hace Jesu-Christo en esta alma. La gracia halla en ella para su salvacion las mismas facilidades que habian hallado los atractivos de las pasiones para el mundo. Sin duda alguna que debiera ser una feliz disposicion para el cielo, el haber nacido con un corazon tierno y docil; y quando el Señor os hizo nacer tales, Católicos, quiso sin duda poner en vosotros una alma mas accesible á su gracia, si es lícito decirlo así; y con todo eso, este mismo es el camino por donde habeis de perecer; todo os mueve, pero nada os corrige: del mismo modo recibis las impre-

presiones de la salvacion que las del mundo: os enteneceis al oír un discurso del Evangelio, pero lo mismo os sucede quando asistís á un espectáculo profano; no sois insensibles á las inspiraciones del cielo, como muchos pecadores obstinados, pero inmediatamente se borran en vosotros con otras nuevas impresiones del mundo; gemís algunas veces con el peso de vuestras cadenas, pero siempre seguís su triste destino: quando os hallais lejos de los placeres, todo lo quereis abandonar; pero inmediatamente que los veis cerca, volveis á ser los mismos: en medio del mundo, y de sus diversiones, dirigís interiormente algunos suspiros ácia el cielo, los que os arranca la secreta tristeza del pecado, y el mismo disgusto que éste ocasiona; y en lo mas íntimo del retiro, en donde algunas veces soleis ocultaros, vuestro corazon os lleva inmediatamente á Egipto, y echais menos los regocijos de que acabais de separaros; señal muy peligrosa para la salvacion. Las almas obstinadas, si una vez se mueven, pueden convertirse de véras; pero vosotros, aunque podais moveros, no podeis tan facilmente convertirlos. Imitad á la Magdalena, y haced que vuestras mismas flaquezas sirvan para vuestra santificacion.

En segundo lugar; el mundo habia hallado en nuestra Santa un corazon hábil y diestro en la eleccion de los medios para conseguir sus fines: porque, amados oyentes míos, ¡já qué no llega la funesta habilidad de la pasion! A David se le ocurrió inmediatamente el arbitrio de llamar á Uriás, para ocultar con este artificio la infamia de su flaqueza: ¡Qué medios no propone, para salir de las mas arduas dificultades! El hijo del Rey de Sichein inventa desde luego los medios para vencer los obstáculos, que oponia la diferencia de cultq y religion al amor que tenia á Dina: ¡Qué ardidés en las mas raras empresas! La pérfida Dalila concilia sin trabajo alguno su cariño á Sanson, con los secretos amores á

los Filisteos : engaña aun á la vista mas vigilante ; y Jacob halla idolos en su casa , no obstante toda su diligencia : oculta baxo unas penosas apariencias sus intenciones ; y un hijo del Rey David se resuelve á fingir unos engañosos males para ocultar á los de su Corte la verdadera y vergonzosa herida que tiene en su alma : hace que la sirvan los mismos que tienen interés en arruinarla ; y la infiel esposa de Putiphár consigue que su mismo esposo se declare vengador de su infame flaqueza : se cubre con el velo de la virtud y de la religion ; y las mugeres de Israel , en tiempo de Helí , con pretexto de ir á sacrificar al Señor , iban á participar de los sacrilegos desordenes de los hijos de aquel Pontifice. ¿ Qué mas diré ? Llega á conseguir sus fines por unos caminos que parecen absolutamente opuestos á ellos : en una palabra, la pasion siempre es ingeniosa , y aun las personas de talentos muy limitados son en este particular muy hábiles y diestras , como dice San Ambrosio : *Ad inquirenda delectationum genera astuti sunt , qui appetentes sunt voluptatum (a)*.

Pues esta infeliz prudencia que guió á la Magdalena por los caminos de la iniquidad , es hoy una prudencia virtuosa en las acciones de su penitencia. ¿ De qué santos ardides no se vale para mover á aquel Señor á quien quiere agradar , y para alcanzar el perdon de las culpas que va á llorar á sus pies ? Primeramente escoge la sala de un festin , esto es , un lugar , que exponiendola á la burla y censura pública , interesará mas en su favor á Jesu-Christo , y le moverá á piedad á vista de los ultrages á que ha querido exponerse por llegar á él : En segundo lugar ; una ocasion en que con mas facilidad se conceden las gracias , y en que la inocente alegría del banquete nada permite que se niegue á una infeliz que llega á confesar su culpa. Tercero ; unos testigos todos Fariseos,

(a) S. Ambros. de Parad. cap. 12.

esto es , inflexibles con los pecadores , y en cuya presencia gustaba Jesu-Christo , para confundir su aspereza , de dar señales de su afabilidad y amor á las obejas descarreadas. Quarto : Se vale de una saludable verguenza ; no se atreve á ponerse delante del Señor , sino que se queda detrás , como dice el Evangelo : *Stans retrò*. Cae á sus pies , en fuerza de su dolor y confusion ; no se atreve á levantar los ojos para mirar á aquel Señor en quien tiene puesta toda su confianza ; no sabe hacer mas que avergonzarse de sus desordenes ; ya quisiera ocultarse á la vista de todos los hombres , y que no se viese en Jerusalém una pecadora que habia sido su escándalo , y el pecado público , como dice un Santo Padre ; no habla palabra , pero su dolor , sus lágrimas , su postura , y su confusion , todo habla por ella. *Stans retrò secus pedes Jesus (a)*.

Sin duda que hubiera podido hallar algunas vanas excusas para disimular á la vista de su Salvador los excesos de sus desordenes : su edad , su nacimiento , las inclinaciones á la flaqueza que nacieron con ella , sus desgraciados talentos , el desorden de Jerusalém , la libertad de las costumbres de su siglo , el exemplo de las demás mugeres de Palestina , la ignorancia en que se hallaba de la Doctrina de Jesu-Christo , y otros muchos pretextos especiosos para una alma menos arrepentida. Nuestra Santa pecadora dexa á la bondad de su Señor que juzgue de la naturaleza de sus culpas ; llora y calla , y á esto se reduce toda la defensa que hace de su modo de vida ; postrada á sus pies no habla sino con sus lágrimas : El me conoce , dice en su interior ; está viendo mis necesidades y deseos ; no puede ignorar mi flaqueza , mis débiles esfuerzos , y los gemidos de mi corazon : ¿ Qué podré yo decirle que no lo esté leyendo en lo íntimo de mi alma , y que palabras pudieran expli-

(a) Luc. 7. v. 38.

plicar lo que padezco? Agitada con mil diversos movimientos, espera, tiembla, se avergüenza, se asegura, ama, y se aflige, pero calla; no porque se avergüenze de confesar sus desordenes, pues estos los publica bastantemente con sus lágrimas, sino porque un silencio de confusion la parece mas á proposito para mover á su libertador, que la mas eloquente confesion de sus flaquezas.

Finalmente, usa de una profunda humildad: derrama preciosos perfumes, y no parece que quisiera que el Salvador reparase en ello; los derrama sobre sus pies, como para ocultarle el precio de su santa profusion; quiere que su Libertador repare solamente en las miserias de su alma, y no en el merito de sus obras; mira los sagrados pies del Salvador como herencia propia suya; se tiene por dichosa de que la permita estar postrada delante de ellos; dexa para sus amados discipulos el sublime honor de descansar sobre su casto seno, ó de derramar perfumes sobre su cabeza; sabe, dice San Bernardo, que es preciso llorar mucho tiempo á sus pies, antes de llegar á darle el beso de paz en la Eucaristia: que es peligrosa en este caso la precipitacion; y que asi como en la Iglesia del cielo solamente los que hayan lavado sus vestidos con la Sangre del Cordero, y que hayan salido de una gran tribulacion tendrán derecho para acercarse á su Altar, del mismo modo en la Iglesia de la tierra, solamente los que hayan lavado sus manchas en la sangre de la penitencia, y que hayan pasado por las tribulaciones de la Cruz, podrán atreverse á presentarse á su mesa.

Estos son los santos artificios de amor de la Magdalena; es prudente en el bien, como lo habia sido en el mal. Pero vosotras mugeres del mundo, que sois tan hábiles para buscar los placeres, y para saber satisfacer á vuestras pasiones, hallais inmensas dificultades en qualquier paso que quereis dar para vuestra conversion; quando llega el caso de declararse por Jesu Christo, no sabeis por donde comenzar; para este asunto os faltan habi-

lidad y arbitrios; todo os detiene, todo os asusta, todo os acongoja, y faltan á vuestro ingenio aquellos felices medios con que todo lo conseguiais; no hallais arbitrio para hacer que vuestro esposo consienta en vuestras resoluciones de penitencia, y habeis sabido hacerle consentir en unas acciones que tenia mucho interés en evitar; os parece que no podreis hallar en la virtud diversiones inocentes que os entretengan, y en vuestra vida mundana todos los dias estais inventando nuevos entretenimientos con que divertir la molestia y el disgusto; dudais como podreis apartar de vosotras á ciertas personas, que son tan funestas para vuestros nuevos designios de virtud; habiendo tenido antes tanta habilidad para deshaceros de aquellas, cuya prudencia y virtud eran molestas á vuestros placeres. En una palabra: vuestras pasiones eran fecundas en arbitrios, y vuestra penitencia se rinde á los menores obstáculos. ¿De qué proviene esto? Proviene, Católicos, de que el corazon, que es el que subministra los medios, no se halla suficientemente arrepentido; en que solamente el amor es el que nos hace hábiles, y vosotros no amais; siempre es en vosotros menos ingeniosa la gracia que la passion, porque nunca es tan verdadera vuestra penitencia como vuestros desordenes; y porque no imitando á la Magdalena, no amais tanto á Jesu-Christo, como habiais amado al mundo.

En tercer lugar: el mundo habia hallado en la Magdalena un corazon ardiente, en el que las pasiones no sabian guardar medida; esto es, un corazon pronto, al que servia de suplicio la dilacion de un placer; tan extremado en sus alegrías como en sus pesares; tan ciego que no veía ni los peligros, ni los obstáculos, y que tenia por facil todo lo que podia servir á la passion.

¿Pues quereis ver las mismas disposiciones en su amor á Jesu-Christo? Apenas supo, dice el Evangelio, que el Salvador habia entrado en casa del Fariseo. *Ut cognovit.*

*vit.* (a) ( Advertid primeramente la prontitud de su amor ) se aprovecha de la primera ocasion que halla para irse á postrar á los pies de Jesu-Christo , y va allá corriendo ; no está indecisa años enteros entre la gracia y la pasion ; no es ingeniosa como vosotras , ó mugeres del mundo , en hallar siempre pretextos para dilatar para mas adelante este primer paso ; no halla en su juventud razones frívolas que la persuadan á que espere á una edad mas séria , y menos á proposito para el mundo ; poco ama el que puede sufrir dilaciones ; en vez de volverse atrás , y diferir su penitencia para la ultima estacion de su vida , quisiera poder nacer de nuevo para empezar á amar á su Salvador desde el instante de su nacimiento ; su mas amargo dolor es por haberle conocido tan tarde ; la vida que la resta no la puede consolar de la que ha perdido en insensatos amores ; conoce que nunca es temprano para amar lo que se ha de amar eternamente ; y quiere desquitar los dias de indiferencia con las santas ansias de su amor. *Ut cognovit.*

A la verdad , amados oyentes míos , la prontitud es muy esencial para la conversion ; la gracia tiene ciertos instantes felices , que no vuelven ni con el tiempo , ni con los años , ni con las mismas circunstancias ; aquel Joven del Evangelio á quien llamó Jesu-Christo , quiso asistir al entierro de su padre antes de seguir á su Magestad , y así perdió el instante de su felicidad , y no se lee que volviere despues á incorporarse en el número de sus discipulos ; el espíritu de Dios es aquel espíritu de que habla el Profeta , que va , pero no vuelve ; y la dificultad está en saber oír su voz , y detenerle en nuestro corazón quando pasa por él y nos visita ; el no aprovecharse de un deseo de penitencia es casi un pronóstico cierto de que no os habeis de arrepentir ; por eso el amor de la Magdalena fue pronto.

(a) *Luc. 7. v. 17.*

No-

Notad , en segundo lugar , su fervor. El mundo había hallado en ella uno de aquellos genios extremados que siempre se entregan del todo ; pues este es el modo con que ama á Jesu-Christo ; siente en sí la mayor viveza , y los mayores extremos del amor ; manifiesta todas las señales del mas profundo dolor , y así en lo sucesivo nada minorará de sus fervores ; el ultimo dia de su penitencia se parecerá al primer paso de su conversion ; en todas partes nos la representará el Evangelio , como una amante viva y fervorosa ; unas veces la veremos postrada á los pies del Salvador , y queriendo mas sufrir las reconven- ciones de su hermana Marta , que perder de vista al Libertador á quien ama ; otras veces arrebatada del amor irá corriendo á su sepulcro , y llegará á él antes que ningún discipulo , y serán tan abundantes las lágrimas que allí derrame , como las que hoy riegan sus divinos pies en la sala del Fariseo ; otras veces , hallandole disfrazado , le dirá : Si vos le habeis quitado , decidmelo , y yo me le llevaré ; nadie sabe quien es aquel por quien pregunta , y á ella , ni aun se la ocurre nombrarle ; está tan lleno su corazón de Jesu-Christo , que piensa que el de todos los hombres está tan lleno como él. *Si tu substulisti eum dicitote mihi* (a) , y añade , que ella se le llevaria ; una muger flaca , consumida de tristeza , y sola , se persuade á que tendrá fuerzas bastantes para llevar el cuerpo muerto de su Salvador : *Et ego eum tollam* : todo lo tiene por posible su amor ; finalmente , habiendole conocido ya no es dueña de sí misma , corre á él , quisiera abrazar sus sagrados pies , que tan felices habían sido para ella , por haber sido los primeros confidentes de su dolor , y el primer asilo de su penitencia ; siempre mantendrá las señales de fervor y de ansia con que empieza su conversion , y mientras la dure la vida no se la verá ni tibia , ni menos fiel.

(a) *Joann. 20. v. 6.*

¡Qué

¡Qué instruccion esta tan importante, amados oyentes! Las conversiones mas fervorosas acaban regularmente en tibieza y relajacion. Despues de haber dado los primeros pasos, descansamos, como si hubieramos ya llegado al fin de nuestra carrera; aflojamos en muchos santos ejercicios que nos inspiró al principio la viveza del dolor; de un penitente zeloso se viene á parar en un Christiano tibio; nuestros pecados una vez llorados, nos parece que ya no necesitan de nuestras lágrimas, y muchas veces hallamos en la tibieza de la penitencia el escollo que nos habia parecido evitar quando salimos del desorden del vicio.

Finalmente, á la constante ansia de nuestra feliz pecadora podeis añadir tambien la ceguedad de su amor, por decirlo asi: porque aunque la gracia sea una luz celestial, que alumbra al espiritu al mismo tiempo que enciende la voluntad, con todo eso se puede decir, que ciega la razon carnal acerca de mil dificultades que regularmente opone el amor propio á los primeros pasos de la conversion, y que así la caridad tiene sus santos errores, del mismo modo que el amor profano tiene los suyos.

Y á la verdad, Católicos, ¿qué dificultades no podia preveer la Magdalena en su mudanza de vida? Veía tantos lazos que romper, tantas ocasiones que evitar, y tantas ocurrencias de que huir; dificultades por parte de la edad, de las inclinaciones, del nacimiento, y de las máximas que iba á seguir: ¿Qué reflexiones no hubiera hecho su entendimiento si la hubiera dado lugar á ello su corazón? Pero el amor santo no se pára á discurrir. ¿Qué no podia decirse á sí misma! ¿Qué es lo que voy á hacer? Yo voy á exponerme sin saber si seré oída. Es verdad que este Profeta asegura que él solamente ha venido á buscar á los pecadores; ¿pero una pecadora como yo puede prometerse una acogida favorable? ¿No podrán creer acaso que mi dolor no es sincero, y que no es mas que un secreto despego, que no llegará á tener efecto? ¿Es cosa decente ir á turbar con lágrimas la alegría de un

fes.

festin? Por otra parte, ¿estoy yo misma segura de que mi conversion no será un dolor pasajero, y un fervor que no durará mas de un instante, ó de que despues de haber dado un paso tan ruidoso podré mantener sus resultados?

¿Qué es lo que tú te dices á tí misma, ¡oh alma infiel! en unas circunstancias mucho mas favorables para tu salvacion, que aquellas en que hoy se halla la Magdalena? Ella á lo menos podia alegar su edad, y vosotras que ya estais en el ocaso de la vida, os admirais de que haya quien pueda pasarse sin el mundo; el amor que éste la manifestaba podia detenerla, y los desayres que vosotras experimentais no pueden apartar de él vuestro corazón. Lo estraño de su accion en Jerusalén, en donde acaso ella era la primera y la unica que se declaraba en favor de Jesu-Christo, pudiera tambien haberla servido de obstáculo; ¿y vosotras rodeadas de tantos exemplos de santidad, y de tantas mugeres christianas que os están manifestando el camino de la salvacion, no os habeis de atrever á declararos en favor de la virtud? En todo hallais dificultad, todo quereis reflexionarlo antes de emprenderlo, y nunca acabais de tomar vuestras medidas.

¡Ah! amados oyentes míos, las excesivas precauciones en los principios de la penitencia, además de que no suponen sino un corazón medio arrepentido, nunca tienen felices consecuencias. La gracia, principalmente en sus primeros movimientos, tiene unas felices imprudencias que asustan á la prudencia humana, pero que consuman la obra de la salvacion. No quiero decir con esto que para morir al mundo, y servir á Dios, sea preciso trastornar todas las reglas de la prudencia, y despreciar los medios humanos necesarios para allanar los obstáculos que nuestro estado, ó nuestra clase pueden poner á nuestra conversion, fundados en la falsa confianza de que Dios solo ha de gobernar su obra: al hombre se le ha dado la razon para que le sirva de gobierno; y así es tentar á Dios, y salirnos del orden de su providencia, el no consultar á una

Tomo VII.

Q

luz

luz que él mismo ha puesto en nosotros ; lo que quiero decir es , que la demasiada ca tela y circunspeccion de tiene muchas veces la obra de la gracia, que en los primeros pasos de la penitencia con especialidad , es necesario dexar algo que hacer al Espiritu Santo , que nos mueve ; no querer preveerlo todo nosotros mismos , abandonarse á Jesu-Christo en orden á mil dificultades para las que no hallamos remedio , y valerse mas de la fé, y de la confianza , que de la razon ; que quando se le dexa al amor propio tiempo para reflexionar , siempre pierde algo la gracia , y aún algunas veces se pierde la gracia del todo. A la primera orden que recibió San Matéo de Jesu-Christo abandono su comercio , y ni aún siquiera se detubo á dar cuenta de su administracion , ni á justificar con sus Gefes un retiro tan pronto y tan sospechoso en las personas de su empleo. Pedro sin mas seguridad que la palabra del Salvador echa sus redes al mar , no obstante no prometerle mejor suerte el mal pagado trabajo de toda una noche ; y el suceso corresponde á su confianza. *In verbo autem tuo laxabo rete.* (a) Por el contrario , luego que reflexiona demasiado acerca del peligro en que se halla , empieza á sumergirse , y Jesu-Christo le abandona luego que discurre y desconfia.

¿Por qué desconfiais tanto de vosotros mismos ? ¿Por qué os asustais tanto con las resultas de vuestra penitencia , juzgandolas tan amargas y tristes que os han de cansar al instante ? ¿Por qué no os habeis de atrever á declararos en favor de Jesu-Christo , solamente por el temor de que no podreis perseverar en vuestra determinacion ? ¿El Señor que ha empezado ya su obra en vosotros , no tendrá poder para continuarla ? Si pudo moveros quando aún viviais en la culpa , ¿no podrá sosteneros quando ya habeis empezado á ser justos ? Si pudo sacaros de entre el cieno , ¿se negará acaso á alargaros su mano , quando em-

(a) *Luc. 5. v. 5.*

peceis á caminar por las sendas de la salvacion ? Si os buscó quando estabais lexos de él , y quando andabais errando como oveja perdida en los pastos agenos , ¿no podrá manteneros quando os haya hallado y reducido á su rebaño ? Decís que sois flacos , ¿pero esto no lo sabe bien el Señor ? ¿No le han dado bien á conocer vuestra flaqueza vuestras pasadas costumbres ? Confiad en su cuidado , y en el conocimiento que tiene de vuestro corazon. Decís tambien que teneis un gusto muy vario , y que temeis vuestra inconstancia ; ¿pero os parece que habiendo podido las criaturas fijar vuestra inconstancia con el injusto amor que por tanto tiempo las habeis profesado , ha de tener Dios menos autoridad sobre vuestros corazones ? ¿Vuestras pasadas inconstancias provenian de la falsedad é insuficiencia de los bienes que amabais ; como éstos no podian satisfaceros , tampoco podian fijaros ; pero Dios solo cumplirá vuestros deseos , y nada tendreis que desear quando hayais gustado lo suave que es el servirle.

Sí , Católicos ; la fé de una alma verdaderamente arrependida es una fé generosa ; las mismas montañas no son capaces de detenerla ; se promete el mudarlas de un lugar á otro , como si fueran granos de arena ; y el que ama con fervor , ó no vé los obstáculos , ó estos son para él medios saludables. Y así la Magdalena tuvo la misma ansia por Jesu-Christo , que habia tenido por el mundo ; pero tambien fue igual en ella el amor de preferencia con que sacrifica á Jesu-Christo en su penitencia todo quanto habia sacrificado al mundo en sus desordenes.

## SEGUNDA PARTE.

**L**amo , con San Agustin , amor de preferencia aquella inclinacion dominante de nuestra alma , que atrae á sí todos nuestros deseos , aquel amor que prevalece sobre todos nuestros amores , que decide siempre de nuestra eleccion , que arregla nuestros juicios , y que es el principio

pio de todas nuestras acciones : á aquel amor , como dice San Pablo , al que no puede apagar tribulacion alguna , corromper alguna esperanza , ni asustar peligro alguno ; que resiste al hambre y á la desnudéz , y que es mas fuerte que la misma muerte ; en una palabra , el amor de preferencia es un amor invencible , al que nada puede hacer titubear , y al que todo se sacrifica . Este amor no se gobierna por gusto o por pasion , sino que es cierta disposicion de alma , que se manifiesta en las ocasiones , y que sin detenerse á dár , se declara siempre á favor de aquel objeto á quien su amor ha dado la preferencia . De este modo , Católicos , habia la Magdalena amado al mundo , le habia sacrificado su fama , su sosiego , sus bienes , y sus prendas naturales ; y de este mismo modo ama á Jesu-Christo ; y esto es justamente lo que hoy le sacrifica su amor . Prosigamos con la historia de su penitencia , y continuad con vuestra atencion .

En primer lugar ; la Magdalena habia sacrificado al mundo su fama . Es regular que su sexo y su nacimiento la defendiesen al principio contra la infamia de sus pasiones , y que opusiese la barrera de la verguenza y pundonor á las primeras borrascas que se levantaron en su corazon : pero luego que se puso á escuchar la voz de la serpiente , luego que llegó á resolverse , á justificarse su propia flaqueza , diciendose interiormente aquellas perversas máximas que inspira el mundo ; como son , que no puede ser pecado el dexarse llevar del merito , que aquellos secretos enlaces que forman las pasiones no son libres , que este destino está dentro de nuestros corazones , que hay algunas amistades tan puras é inocentes que no debe avergonzarse de ellas el mas austero pudor ; y sobre todo , que hay cierta edad , de la que es muy propio el amor : desde entonces se abrió su corazon á todo quanto se le presentaba para cautivarle ; todos los nuevos objetos eran para ella nuevas pasiones ; en vano se avergonzaban interiormente su fama y su entendimiento , de sus flaquezas ;  
ya

ya se habia apoderado de su alma aquella pasion dominante ; su corazon no era ya a proposito para vencerla , y todos los objetos capaces de agradar la llevan trás de sí .

¿Qué no hubiera podido decirse á sí misma acerca del escandalo de su conducta , si la pasion diera lugar á la razon ? Siendo de un nacimiento noble , y de una familia que la distinguia honrosamente en su pueblo , ¿no estaba obligada á mirar por su fama con mas cuidado ? La perpetua nota con que estos dos ordenes iban á manchar su sangre , la infamia que habia de ocasionar á sus parientes , el exemplo y los prudentes consejos de una hermana atenta á sus obligaciones , las funestas consequencias que trae consigo la mala fama en las personas de su edad , y el largo arrepentimiento que se preparaba en una vejez triste y sin honra : finalmente , el ruido que habian de causar sus pasiones en Jerusalén , Corte del Rey Herodes , habitacion de un Prefecto Romano , y de las mas illustres familias de Palestina , y desde donde no dexaria de divulgarse por toda Judea la fama de sus excesos : ¿Qué motivos estos tan poderosos para contenerse ? ¿Qué reflexiones podria hacer , si es que la pasion permite alguna vez reflexionar ? Pero la Magdalena amaba al mundo , y no hay cosa , por apreciable que sea , que no se sacrifique al objeto que se ama . En ella se habia borrado aquella delicadeza acerca del honor , que proviene de la virtud ; aquella grandeza de animo , que es propia de un nacimiento illustre , se habia mudado en flaqueza ; aquel pudor , tan propio de su sexo , se habia convertido en desverguenza ; ni los consejos de las personas virtuosas , ni las lagrimas de Marta , ni las burlas de los mundanos , ni los desayres de aquellos insensatos amantes á quienes habia conseguido agradar , pero no que hiciesen de ella estimacion , porque de esta solamente es merecedora la virtud , nada de esto la movia ; se dexaba ver con obstentacion en medio de una ciudad , en donde solamente era conocida por sus miserias ; y como aquella muger del Apocalypsis , llevaba escrito sobre su frente el nombre del Mys-

Mysterio; esto es, no hacia estudio en disimular sus pasiones, ni cuidaba de ocultar á la vista del público los mysterios de sus locos amores; la pasion quando llega á cierto punto ya no se averguenza; solamente es tímida en sus principios; y quanto mas modesta y christiana habia formado á una alma la naturaleza, es mas disoluta si llega á sacudir este importuno yugo.

Pues veamos ahora como la Magdalena penitente sacrifica su fama al amor que tiene á Jesu-Christo. ¡Qué reflexiones no podia hacer al tiempo de romper con el mundo, y resolverse á ir á buscar al Señor á una casa estraña! Una persona de su edad y de su sexo, ir como una loca á un lugar en donde no era conocida ni llamada; ir á confesarse pecadora delante de tantos convidados, no obstante lo extraordinaria que pareceria á todos esta accion! ¿Qué aventuraria en esperar á que Jesu-Christo se hubiese retirado á casa de alguno de sus discipulos, y alli en secreto, y favorecida de las tinieblas de la noche, como Nicodemus, exponerle el triste estado de su alma, y oír las palabras de vida eterna que saldria de su boca? Pero asi como la pasion no se pára á discurrir, tampoco el amor santo. ¡Ah! no piensa en que los hombres aprueben una accion en que vá á condenarse á sí misma; no toma medida alguna para disfrazar á la vista del público lo repentino de su mudanza, ni para disponerle poco á poco, y como con unos ensayos de conversion, á la ruidosa determinacion de un retiro: herida de amor, como la Esposa, atraviesa las calles de Bethania en un trage muy distinto de aquel en que siempre se habia dexado ver en público; triste, desconsolada, y hecha un mar de lagrimas no vé la multitud de ciudadanos que este nuevo espectáculo trae al rededor de ella; no piensa mas que en buscar á su querido, y no tiene ojos para ver ninguna de las demás cosas del mundo; entra en la sala del convite, y pasa adelante con una santa intrepidez; su presencia renueva en el espíritu de los asistentes la memoria de sus pasados desordenes,

y

y con todo eso, ella se determina á pasar esta verguenza: ya no se habla en toda Palestina sino de su conversion; juzgan que ésta la ha motivado algun secreto pesar, algun desayre, alguna inconstancia y ligereza natural, ó algunos fines mas ocultos y menos sinceros; á cada uno le parece que tiene bastantes fundamentos para justificar la malicia de sus juicios, porque el mundo, ¡oh Dios mio! siempre juzga á su modo de vuestras obras. Los mismos Sacerdotes y Doctores, envidiosos de su amor al Salvador, y sentidos de no haber sido ellos instrumento para que renunciase al mundo, tratan su conversion de hypocresia; y en vez de alabar su piedad, procuran hacer sospechosa su fé. Pero en una comocion tan universal nada asusta á la Magdalena sino sus delitos; no piensa mas que en su amor, no llora sino la inocencia que habia perdido para con su Dios, y no se acuerda del mundo, sino para olvidarle. Las públicas censuras nunca la habian detenido en sus pasiones, y asi tampoco la asustan en su penitencia. ¡Oh valor santo de la gracia! ¡Oh heroyca magnanimidad del alma justa! ¿Es posible, amados oyentes míos, que vosotros, á quienes el temor de los juicios humanos detiene aún en el cieno de las culpas, no hayais de poder sacrificar á Jesu-Christo, como la Magdalena, lo que tantas veces habeis sacrificado al mundo? Vuestras pasiones no han temido las públicas censuras, ¿y ha de ser mas tímida vuestra penitencia? Vosotros no habeis atendido á respeto alguno para los deleites, ¿y habeis de atender á tantos para vuestra salvacion? Teniais por espíritus flacos á los que se escandalizaban de vuestros desordenes, ¿y habeis de temer como á hombres sabios y prudentes á los que se burlen de vuestra virtud? Soliais decir otras veces, quando estabais entregados á vuestras locas alegrías, que era preciso dexar hablar al mundo, y esto quando mas le amabais, y quando seguiais sus máximas; y despues que habeis resuelto dexarle, ¿habeis de tener sus dichos por de tanto peso? ¿Le habeis de mirar como un Juez mas ilustrado, y

mas

mas temible en los caminos de la gracia que en los del pecado? ¿Qué le importa á una alma que empieza á gozar de su Dios el que hablen mal de ella los insensatos? Despues que ha despreciado las locas máximas del mundo corrompido, desprecia tambien sus vanos juicios; despues que ha empezado á aborrecerle, no le debe temer. Ha visto tantas veces aplaudido el vicio en el mundo, que no estraña el que en él sea condenada la virtud; se alegra de ver que se levanta contra ella, porque en esto conoce que empieza á ser de Jesu-Christo: desconfiaría de las acciones de su penitencia, si con ellas tuviera la desgracia de agradar al mundo; y el desprecio de los hombres es todo su consuelo en la virtud, porque es la mas segura señal de que esta es verdadera.

Y á la verdad, ¿qué puede parecer el mundo á una alma que conoce á Dios? El pensamiento mas peligroso que la puede ocurrir de haberle despreciado es la soberbia, ó complacencia; la sirve de mucho consuelo el no tener de su parte á un Juez de tan mal gusto; y quanto mas le ha conocido, mas sosegada vive acerca de lo que de ella puede pensar. No temais sus censuras, sino quando usais con él de respetos, y quando quereis juntar con él á Jesu-Christo, porque es inexorable con la falsa virtud: ¿Quereis que os estime? pues hacedle ver claramente que le despreciáis. Y así todas las precauciones y máximas que se dirigen á disimular á la vista de los hombres nuestra conversion, son otras tantas infidelidades á la gracia, y secretas reliquias de nuestro apego al mundo, y un respeto poco christiano que aún tributamos á la falsedad de sus máximas: El que todavia puede usar de condescendencia con los hombres no ama perfectamente á Dios. Primera instruccion, sacada del sacrificio que de su fama hace la Magdalena á Jesu-Christo.

En segundo lugar: Habia sacrificado al mundo el sosiego de su corazon: Porque, ¡oh Dios mio! exclama San Agustin, Vos habeis dispuesto, y no puede menos de

suceder, que el alma que vive en el desorden sirva de suplicio para sí misma. Si en este estado se gozan algunos momentos de felicidad es una embriaguez que dura muy poco tiempo; el gusano de la conciencia no está muerto, sino solamente adormecido; inmediatamente vuelve la razon perdida, y con ella las amargas inquietudes, los pensamientos, y los remordimientos crueles. *Jusisti Domine, & sic est; ut poena sua sibi sit omnis inordinatus animus.*

Pero además de las inquietudes que nacen del interior de una conciencia culpada. ¿Qué espinas no hallaría la Magdalena en los caminos de la iniquidad? Quiero conceder que no hiciese caso de las públicas murmuraciones, ¿pero pueden borrarse, ni olvidarse del todo aquellos principios de honor y de virtud que infunde en el alma una buena educacion, y que si una vez se perdieron, es casi imposible el recuperarlos? Por otra parte, en el mundo siempre siguen mil sinsabores á la mala fama; se hablan mil conversaciones disfrazadas en presencia de la persona infamada, y aunque conoce adonde se dirige el tiro, no se atreve á manifestarse ofendida; experimenta desayres, y desprecios en las ocasiones públicas, sin atreverse á quejar; quiero pasar en silencio los temores, las sospechas, las envidias, los disgustos, las perfidias, las preferencias, y los furores inseparables de la pasion; no hay sosiego donde hay iniquidad, y la culpa siempre es mas penosa que la virtud. *Jusisti Domine, & sic est; ut poena sua sibi sit omnis inordinatus animus.*

Esto fue lo que la Magdalena sacrificó al mundo; aquella paz tan amada del corazon, y la raíz mas pura de todos nuestros placeres: pero su amor hace el mismo sacrificio á Jesu-Christo; no porque Jesu-Christo no sea siempre la verdadera paz de nuestros corazones, ni porque ésta pueda perderse mientras permanezcamos fieles al Señor; pero hay cierta paz, á la que renuncia el pe-

cador quando renuncia á sus vicios; la gracia hace unas divisiones dolorosas en lo íntimo del corazon; y Jesu-Christo que vino á traer la paz á nuestras almas, nos dice tambien que vino á introducir en ellas la espada y el dolor.

Porque primeramente. ¿Qué violencias no se hizo la Magdalena para aborrecer lo que antes habia amado; para apagar aquellas pasiones para las que era tan á proposito por razon de las disposiciones naturales de su corazon; y para romper aquellos lazos que la larga costumbre de amar habia hecho tan indisolubles! ¿Qué no les cuesta á ciertas almas el llegar á estas divisiones!

En segundo lugar: No se proponia una conversion suave y acomodada, como muchas almas medio convertidas. Habia oído decir al Salvador, que el fuego de la penitencia es como una sal divina que debe curar, y preservar de la corrupcion, para en adelante, á las almas que han sido desgraciadas víctimas del mundo y del pecado. *Omnis victima igne salietur.* (a) Que la mortificacion era el camino de las almas pecadoras, y la Cruz el patrimonio y el unico consuelo del pecador; ¡Ah! ninguna persona de su edad, y con un cuerpo criado en el regalo podrá entrar en una senda tan terrible á la naturaleza corrompida, como quien vá por un camino sembrado de flores. ¡Oh! ¿Quánto es menester vencerse á sí mismo, para acostumbrar al yugo, á una carne que se estremece solamente al oír el nombre de mortificacion! Con todo eso, la Magdalena dedicada á servir á Jesu-Christo, le sigue en todos sus viages, participa de todos los trabajos de su penosa vida, y despues de su muerte no halla consuelo sino en las lagrimas y mortificaciones de su retiro y penitencia.

No hablo aqui de aquellos sustos que acompañaron al tierno amor que tenia á Jesu-Christo; oía con una

(a) *Marc. 9. v. 48.*

santa indignacion las calumnias de los Phariseos; siempre estaba temiendo, al ver su furor y envidia contra su Divino Maestro, al ver tantas conjuraciones como se formaban para perderle, tantas gentes atentas solamente á sorprehenderle, y tantos artificios de que se valian para desacreditarle. ¿Qué sustos no padecería su amor al contemplar todas estas cosas! al oír las palabras mysteriosas del Salvador acerca de su Pasion y de su muerte, de la que sin duda trataria con su amante quando estaba á sus pies, así como trataba de ella con sus discipulos; y finalmente con el mismo espectáculo del Calvario, pues mas fuerte que los discipulos asistió á todos estos tristes mysterios, y ni aun quiso suavizar su pena, ocultando estos objetos á su vista. ¿Qué espada de dolor no atravesaría su alma! De este modo, renunciando al mundo sacrificó á Jesu-Christo todo su sosiego: ¡oh Dios mio! Nosotros quando nos determinamos á seguir la virtud, buscamos en ella una vida mas sosegada y mas tranquila; no salimos de los ásperos caminos del mundo sino para hallar una santa ociosidad en el camino de la salvacion; la vida christiana para algunas personas no es mas que una vida que las libra de las molestias del mundo, y de la importunidad de sus cumplimientos; una vida que las facilita unas costumbres mas sosegadas y mas de su gusto; y todo el fruto de su conversion se reduce á que tienen mas tiempo para gozar de sí mismos; sus desordenes habian sido penosos, y su penitencia es suave y tranquila; bien sé que los justos gozan de algunos interiores consuelos, á los que no iguala placer alguno profano, y que la paz es fruto de la buena conciencia, pero esta paz es fruto de los trabajos, y una paz muy amarga, como dice el Espiritu Santo; solamente los que violentan todas sus inclinaciones, y que continuamente están crucificando su carne, tienen derecho para gustar esta secreta alegria que dá testimonio al justo de que habita en él el Espiritu Santo; fuera de esto, vuestra paz es una paz del amor propio, y

una ociosidad del corazón; la regla para juzgar en este punto es contemplar el trabajo que os ha costado conseguir esa paz; porque la virtud que no es penitente, y crucificada con Jesu-Christo, es ilusión, y virtud puramente genial.

En tercer lugar: La Magdalena había sacrificado al mundo todas sus riquezas; porque ¿qué uso se hace de ellas en una vida absolutamente mundana, y tal como la de nuestra pecadora? ¿Conocen límites los cuidados del adorno y de las galas? ¿Parece nunca caro lo que puede ayudar á agradar? ¿Os parece acaso que excede las reglas de vuestra condición, ó las fuerzas de vuestras rentas, lo que puede servir para satisfacer vuestra vanidad? ¿Son inocentes en este punto vuestras intenciones? Si no queréis que reparen en vosotros, ¿de qué sirven esos cuidados? Por otra parte, ¿pueden quebrantarse inocentemente las reglas de modestia y sencillez que señala el Evangelio? Una muger christiana ¿debería buscar mas adornos que el pudor, y una exácta circunspeccion? Quiero pasar en silencio las demás profusiones que siguen á la pasión, como son los placeres que es preciso mantener, los confidentes que hay que pagar, y los favores que es necesario comprar; Judas hijo de Jacob dió hasta el anillo que tenía en el dedo; Salomón hizo edificar templos á los Dioses de las Mugerres estrangeras, y apenas bastaban sus inmensos tesoros para satisfacer sus pasiones; el hijo pródigo disipó todo su patrimonio; Herodes prometió la mitad de su Reyno; la pasión nunca es avara, los tiempos nunca son para ella desgraciados, y no la detienen la esterilidad ni las cargas públicas.

La Magdalena siguió el desorden de todos estos caminos: sus riquezas habían servido á sus pasiones, pues ved como hoy hace que sirvan á su penitencia; derrama unos preciosos perfumes sobre los pies del Salvador. *Et unguento ungebat.* (a) Presto la vereis renovar esta santa pro-

(a) *Luc. 7. v. 18.*

profusión, y algun día merecerá que Jesu-Christo la defienda contra los cargos que la harían sus discípulos; en adelante, hasta su misma casa estará siempre abierta para su libertador; allí podrá gozar de un santo descanso quando vuelva de sus viages; allí podrá ir á celebrar la Pasqua con sus discípulos, y á honrar con su asistencia la casa de Bethania, y la mesa de las dos hermanas; la Magdalena le seguirá en sus viages, para asistirle en sus necesidades, y para volverle unas bendiciones temporales por las espirituales que de él había recibido. De este modo repara el mal uso que había hecho de sus bienes.

Y este es, amados oyentes míos, el modelo de vuestra penitencia: Vosotros habeis derramado para la iniquidad, pues sembrad para la justicia; habeis sido pródigos en vuestros placeres, pues sedlo tambien en vuestras virtudes, y mirad como una noble pasión el socorrer á los necesitados. Porque, Católicos, es preciso decirlo aquí, muchas veces quando nos dedicamos á la virtud, despues de los excesos y profusiones de los placeres, suelen nacer en nosotros la inclinación á la miseria, parece que queremos recompensar con Jesu-Christo lo que hemos perdido con el mundo, nos parece que la virtud, por decirlo así, consiste en adquirir bienes terrenos, quando solamente debe ser una sólida ganancia de la eternidad, y solo expiamos los excesivos gastos de nuestras pasiones con una exáctitud de avaricia, que acaso es peor en presencia del Señor que los excesos de que nos arrepentimos; no hagais aprecio de vuestras mas preciosas alhajas, quando se trata de socorrer á los miembros de Jesu-Christo; acordaos solamente de que la Magdalena escogió los pies del Señor para derramar sus liberalidades, como los menos expuestos á la vista del público; que no las derrama sobre la cabeza, ni en parages en donde pudiese lucir su liberalidad, porque los lugares mas retirados son los mas propios para recibir los sagrados depósitos de nuestra caridad; acordaos de que la

Mag-

Magdalena mezcla sus lagrimas con sus perfumes quando los derrama; que las obras de misericordia no son mas que una parte de la penitencia; y que todo quanto en vosotros ha servido á la iniquidad, debe servir tambien á la justicia.

Por eso, Católicos, en ultimo lugar, la Magdalena que habia sacrificado al mundo todos los dotes que habia recibido de la naturaleza, los sacrifica tambien en su penitencia á Jesu-Christo; nada exceptúa su dolor, y así su compensacion es universal. Sus ojos habian sido, ó instrumentos de sus pasiones, ó causa de sus flaquezas; y hoy los hace servir de organos de penitencia, é interpretes de su amor. *Lachrymis cepit rigare pedes ejus.* (a) Sus cabellos habian servido de atractivo á la sensualidad, y hoy los consagra á un santo ministerio: *Et capillis capitis sui tergebat.* Su boca se habia manchado muchas veces, ó con indecentes conversaciones, ó con infames libertades; y hoy la purifica con las mas vivas demostraciones de un amor santo. *Et osculabatur pedes ejus.* Su amor se aprovecha de todas las armas de sus pasiones, y se sirve de ellas como de otros tantos instrumentos para su justificacion. Castiga al pecado con el mismo pecado: no imita á aquellas personas que en su penitencia quieren todavia conservar algunas reliquias de sus pasiones; que despues de haber renunciado á los pecaminosos placeres conservan todavia ciertos cuidados consigo, que no se acomodan con la tristeza de la penitencia; que aunque no se presentan al público con unos adornos indecentes y propios para encender la pasion, con todo eso, nada omiten en los adornos menos brillantes; que buscan los atractivos aun en la misma modestia y sencillez; y que todavia quieren agradar, aunque estén arrepentidas de haber agradado.

Vuelvo á repetir, Católicos, al acabar este discurso,

(a) *Luc. 7. v. 18.*

porque este debe ser el fruto que saquemos de él, que es necesario que haya una exácta compensacion entre el pecado, y la penitencia, entre el sacrificio de justicia, y el sacrificio de iniquidad. Vosotros siempre habeis sido enteramente pecadores, pues es necesario que seais perfectos penitentes: el excesivo cuidado de vuestros cuerpos habia sido la raíz de vuestras desgracias; pues es necesario que esta ofensa se repare con un santo horror á vosotros mismos. La afectacion y el escandalo de los adornos habia servido de escollo á vuestra inocencia, y á la de vuestros proximos; es necesario pues que un christiano desprecio, que un olvido de todo quanto mira á vosotros, y un exácto pudor en vuestro exterior dé principio á vuestra penitencia: el trato de los hombres habia herido vuestra alma: pues formaos una soledad en vuestro corazon, y experimentad en el retiro lo suave que es el Señor; las inquietudes de los deleytes habian sido causa de que os olvidaseis de vuestro Dios, pues orad sin intermision, habitad con vosotros, y pensad en que una alma que no hace vida interior, no es christiana; habiais proporcionado á vuestros sentidos todo quanto podia alhagarlos; pues dedicaos á crucificarlos, concurrid á aquellos lugares de misericordia á donde llama la piedad á tantas almas santas, acercaos á los Lázaros fetentes y cubiertos de heridas, no negueis vuestro ministerio, y el socorro de vuestras manos á sus necesidades; y á pesar de la interior repugnancia de vuestra naturaleza, acostumbraos á estas obras de religion, y venced con la fé y con el fervor de vuestro amor, una corrupcion que tantas veces ha triunfado de vosotros mismos: en una palabra, proporcionad los remedios á vuestros males, no disputeis á la gracia lo que nunca habeis tenido valor para negar á la sensualidad, amad á Jesu-Christo, como habeis amado al mundo, con tanto afecto, con tanta ansia, tan ciegamente, por decirlo así, y con tanto extremo; sirvan vuestras pasiones de modelo á vuestra penitencia.

¡Ah!

¡Ah! acaso el haber permitido el Señor esos extremos que habeis manifestado en los placeres, ha sido para precaver vuestra tibieza en una nueva vida; y en lo mismo que habeis hecho por el mundo ha querido que conozcaís lo que sois capaces de hacer por él; acaso el haberos entregado á toda la facilidad de vuestro corazon en los amores profanos, ha sido solamente para daros á conocer hasta qué punto puede amar vuestro corazon, y ha querido que hicieseis una funesta prueba de vuestro ardor en las pasiones, para que no pudieseis ignorar el fervor de que sois capaces en el bien y en la virtud.

¡Dios mío! Quando algun día hagais patente en vuestro Divino Tribunal toda la vida de una alma christiana, pondreis á un lado sus años de iniquidad, y á otro los días que ha pasado en la justificacion; quando compareis al pecador con el penitente; quando opongais las pasiones á las virtudes, los placeres á los trabajos, y la caridad al amor del mundo. ¡Ah Señor! ¡qué pocas almas se hallarán á quienes no confunda este paralelo! ¡Quántas justicias defectuosas hallareis entonces, y á quantas almas, que antes habian estado engañadas, las direis aquellas terribles palabras: Habeis sido puestas en el peso, y se ha visto que no erais cabales: *Appensus in statera, inventus es minus habens.* (a) Si quereis evitar esta desgracia, Católicos, proponeos el exemplo de nuestra Santa Penitente: Pensad en que las falsas penitencias casi han de condenar á mas Christianos, que las culpas y los excesos; amad mucho; el amor es á quien hoy se concede la remision de los pecados, y á quien está prometida la recompensa de los Santos. Amen.

(a) Dan. 5. v. 27.

## S E R M O N

### PARA EL DÍA DE S. BERNARDO.

*Dilectus à Domino Deo suo renovavit imperium, & unxit Principes in gente sua; in lege Domini congregationem judicavit, & in fide sua probatus est Propheta.*

Fue amado de su Dios y Señor, dió un nuevo semblante á todo el estado, derramó una unción santa sobre los Principes de su pueblo, presidió en las juntas de Israel; decreto siempre segun la ley del Señor, y en su fé pareció un verdadero Prof.ta. *Este es el elogio que de Samuél hace el Espiritu Santo en el cap. 46. del Ecclesiastico, v. 16. y 17.*

**I**Sraél infiel á su Dios, que le habia sacado de Egipto, habia mucho tiempo que era presa de las Naciones, y oprobio de sus vecinos: en él se hallaba tristemente desfigurada la disciplina de las costumbres; la santidad de la ley estaba abatida, el culto del Señor despreciado, manchados los sacrificios, ó con la impiedad de los Sacerdotes, ó con la supersticion de los fieles: los hijos de Helí, Ministros del Santuario, convertian las funciones de su ministerio en ocasion de de ordenes: el arca santa no pronunciaba sus oráculos en Silo, sino que habiendo caído en poder de los Filisteos, habia estado en el templo de Dagón, y despues andaba indecentemente errante por los campos de Judea; finalmente toda la hermosura de la hija de Sion estaba obscurecida;

¡Ah! acaso el haber permitido el Señor esos extremos que habeis manifestado en los placeres, ha sido para precaver vuestra tibieza en una nueva vida; y en lo mismo que habeis hecho por el mundo ha querido que conozcaís lo que sois capaces de hacer por él; acaso el haberos entregado á toda la facilidad de vuestro corazon en los amores profanos, ha sido solamente para daros á conocer hasta qué punto puede amar vuestro corazon, y ha querido que hicieseis una funesta prueba de vuestro ardor en las pasiones, para que no pudieseis ignorar el fervor de que sois capaces en el bien y en la virtud.

¡Dios mío! Quando algun día hagais patente en vuestro Divino Tribunal toda la vida de una alma christiana, pondreis á un lado sus años de iniquidad, y á otro los días que ha pasado en la justificacion; quando compareis al pecador con el penitente; quando opongais las pasiones á las virtudes, los placeres á los trabajos, y la caridad al amor del mundo. ¡Ah Señor! ¡qué pocas almas se hallarán á quienes no confunda este paralelo! ¡Quántas justicias defectuosas hallareis entonces, y á quantas almas, que antes habian estado engañadas, las direis aquellas terribles palabras: Habeis sido puestas en el peso, y se ha visto que no erais cabales: *Appensus in statera, inventus es minus habens.* (a) Si quereis evitar esta desgracia, Católicos, proponeos el exemplo de nuestra Santa Penitente: Pensad en que las falsas penitencias casi han de condenar á mas Christianos, que las culpas y los excesos; amad mucho; el amor es á quien hoy se concede la remision de los pecados, y á quien está prometida la recompensa de los Santos. Amen.

(a) Dan. 5. v. 27.

## S E R M O N

### PARA EL DÍA DE S. BERNARDO.

*Dilectus à Domino Deo suo renovavit imperium, & unxit Principes in gente sua; in lege Domini congregationem judicavit, & in fide sua probatus est Propheta.*

Fue amado de su Dios y Señor, dió un nuevo semblante á todo el estado, derramó una unción santa sobre los Principes de su pueblo, presidió en las juntas de Israel; decreto siempre segun la ley del Señor, y en su fé pareció un verdadero Prof. ta. *Este es el elogio que de Samuél hace el Espiritu Santo en el cap. 46. del Ecclesiastico, v. 16. y 17.*

**I**Sraél infiel á su Dios, que le habia sacado de Egipto, habia mucho tiempo que era presa de las Naciones, y oprobio de sus vecinos: en él se hallaba tristemente desfigurada la disciplina de las costumbres; la santidad de la ley estaba abatida, el culto del Señor despreciado, manchados los sacrificios, ó con la impiedad de los Sacerdotes, ó con la supersticion de los fieles: los hijos de Helí, Ministros del Santuario, convertian las funciones de su ministerio en ocasion de de ordenes: el arca santa no pronunciaba sus oráculos en Silo, sino que habiendo caído en poder de los Filisteos, habia estado en el templo de Dagón, y despues andaba indecentemente errante por los campos de Judea; finalmente toda la hermosura de la hija de Sion estaba obscurecida;

sus solemnidades y sus Sabados no eran ya mas que unos espectáculos lúgubres; no tenia quien la consolase; sus Profetas no la reprehendian su iniquidad para moverla á penitencia; é indignado el Señor habia hecho que se secase la abundancia de Israel, sin perdonar á las hermosuras de Jacob.

Este era el estado de la Synagoga, quando Dios, movido de los gemidos y calamidades de su pueblo, la suscitó á Samuel, aquel Profeta amado del cielo, que renovó el gobierno, que derramó un santo consuelo sobre los Principes de su nacion, y que juzgó en las juntas de Israel segun la ley: aquel Profeta que desde luego, baxo la direccion del gran Sacerdote Heli, invocó al Señor en el sosiego y retiro del Santuario; que consultado despues por todo el pueblo de Israel en Silo, cuya soledad habia escogido, se dexó ver á la frente del pueblo de Dios: fue conocido desde Dán hasta Bethsabé, compuso las diferencias de las Tribus, restableció el culto del Señor, y fue Censor de los Reyes y Principes del pueblo; y finalmente, que siendo depositario de la ley, fue hallado fiel en sus palabras, porque habia visto al Dios de la luz, confundió á Amalec, deshizo la insolencia de los Principes de Tyro, y de todos los Gefes de los Filisteos.

Católicos, ¿es esta historia, ó Profecía? ¿En qué puede consistir que el siglo de Samuel fuese tan semejante al de San Bernardo, y que aquel Profeta tan famoso y tan alabado en la Divina Escritura se pareciese tanto al Santo á quien hoy veneramos?

Jamás se habia visto afectada con tantas manchas y arrugas la esposa de Jesu Christo como en aquellos tiempos de tinieblas y de disolucion, en que la providencia en sus eternos consejos habia determinado el nacimiento de este grande hombre; la fé estaba apagada entre los fieles, el culto desfigurado y lleno de supersticiones, el Clero, y aun los mismos Principes de los Sacerdotes estaban sepultados en la ignorancia y en el vicio; el vigor de la

dis-

disciplina Monastica se hallaba debilitado, y los mismos escogidos, si es lícito decirlo así, estaban á pique de dexarse llevar de la corriente, y de ceder al error común. Pero, Señor, por ultimo os compadecisteis de tantas calamidades, y de unas llagas tan asquerosas; y se movieron á piedad vuestras misericordiosas entrañas: sacasteis de los tesoros de vuestras misericordias uno de aquellos grandes remedios con que siempre acudís á las extremas necesidades de vuestra Iglesia.

Nace San Bernardo, Samuel de su siglo: Pasó los primeros años de su vida en el sosiego y retiro del Santuario; allí le dais unas secretas é indubitables señales de vuestro amor. *Dilectus à Domino Deo suo.* Presto se derrama la fama de su nombre; de todas partes acuden á consultar al vidente, dexa la soledad y pasa á ser Legislador de las Tribus; renueva todo el semblante del estado; y los Principes se mueven con la suavidad, y gracia de sus palabras. *Renovavit imperium, & unxit Principes in gente sua.*

Finalmente; instruido por el mismo Dios de la luz confunde la heregía y el scisma, es árbitro en los Concilios, y preside á las juntas de Israel; y á pesar de los discursos de los insensatos, la grandeza de su fé hace que sea reconocido por un verdadero Profeta. *In lege Domini congregationem judicavit, & in fide sua inventus est Propheta.* Estas son las tres principales circunstancias de su vida, perfecto Religioso, hombre Apostólico, y Doctor siempre invencible, y esta es la idea mas propia para su elogio, que es la que me propongo. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

Quando la providencia destina alguna criatura para gloriosas empresas, y quiere servirse de ella como de instrumento para sus mas nobles designios, la proporciona desde luego mil circunstancias favorables,

S 2

que

que parece que solamente la casualidad pudo juntarlas; derrama en su alma los dones y las gracias, que son como la sagrada semilla de los prodigios que quiere obrar por su medio; y atenta siempre á los peligros que la rodean, fortifica desde luego su corazon con un muro de bronce, defiende su inocencia con un escudo de salud, lleva como por la mano sus pasiones desde su nacimiento, quando todavia están en estado de poder ser disciplinadas, y cultiva con infinitos cuidados el grano Evangelico que ha sembrado en ella, aquel grano que quiere levantar sobre todas las demás plantas, y cuyas santas ramas destina para que sirvan algun dia de asilo á los pajaros del cielo.

Pues este fue el orden que guardó la gracia con San Bernardo: recibió al tiempo de nacer aquella bondad de alma, y aquel candor natural, que es como pronóstico y diseño de la virtud: recibió unas inclinaciones benéficas, agrado y serenidad en el espíritu, un corazon tranquilo é inocente, y casi naturalmente opuesto al vicio y á los excesos. Los cuidados de la educacion ayudaron á estas felices esperanzas; los exemplos domesticos fueron para él lecciones de virtud; tuvo un padre justo y recto, que siempre habia caminado con fidelidad en presencia del Señor; una madre afable y virtuosa, que nunca habia dividido su corazon, sino entre Jesu-Christo y su Esposo; y que lejos del mundo, y encerrada en el retiro de sus obligaciones, no procuraba mas que sacrificarse, como dice San Pablo, en medio de sus hijos, exortandolos á perseverar en la fé, en la caridad, en la santidad, y á que hiciesen una vida arreglada y digna de los Santos.

Estas fueron las primeras bendiciones con que previno el cielo á nuestro vaso de eleccion, destinado á llevar algun dia la palabra de vida á la presencia de los Principes y Reyes, de las naciones y de los hijos de Israel; logró la felicidad de no haber respirado, como otros muchos, un funesto olor de muerte, y de no haber hallado escollos para su inocencia en aquellos mismos de quienes

nes habia recibido la vida, particularmente en una edad en que tan facilmente cede el corazon á todas las impresiones. Porque ¡ó Dios! ¿dónde ha estudiado la mayor parte de nosotros la iniquidad, sino en el mal exemplo de nuestros padres? ¿En dónde se ha formado, ó por mejor decir, dónde ha crecido y se ha fortificado este hombre de pecado que tenemos dentro de nosotros, sino en la presencia de aquellos que debieran haber formado á Jesu-Christo en nuestros corazones? ¿De dónde han venido aquellas primeras impresiones tan funestas para nuestra alma, sino de la indiscrecion ó desorden de nuestros parientes? Y finalmente, ¿dónde hemos aprendido como Raquéel, á adoñar los ídolos, sino en la misma casa de Labán?

San Bernardo, pues, entró en el mundo con unas disposiciones tan favorables: ¿Pero qué fuerza pueden tener los cuidados de la mas regular educacion en una edad, en que hallandose el corazon incapáz de precauciones, y dispuesto para todo, ve que por todas partes empiezan á nacer las pasiones? ¿Qué puede un buen natural contra el mal exemplo de la multitud, y contra los atractivos que acada paso le ofrece la iniquidad? Aarón adora el becerro de oro con el pueblo; Jonatás no puede escusarse de probar, á lo menos de paso, la fatal miel que halla en el camino.

Pero ya Bernardo se ocupa en estas reflexiones tan poco regulares en la juventud. Apenas mira al mundo, quando descubre en él los infinitos lazos, que no suelen verse sino despues de muchas reflexiones, ó hasta que nuestras mismas caídas nos abren los ojos. Ya habia pensado una mortal hermosura introducir en su corazon algunas centellas de pecado: ya, quebrantando el pacto que habia hecho con sus ojos, habia dexado á su vista que se fixase en un objeto peligroso: pero, ¡ó poder de las tinieblas! aunque llegues á este punto, no podrás pasar mas adelante, y verás que tu furor y tu esperanza se deshace contra ese mismo objeto. Bernardo, como Leon mystico,

nunca tiene mas fuerza que quando se siente levemente herido; inmediatamente castiga su flaqueza, arrojandose á un estanque de agua helada: en este nuevo baño de penitencia apaga las encendidas saetas de Satanás; y como otro Jonás, sosiega la nueva tempestad que su infidelidad habia levantado en su corazon, arrojandose á las aguas. ¡Qué amor tan grande á la inocencia, el que no pudo sufrir ni un solo instante el peso de una leve transgresion! Pero, Católicos, en materia de peligros, lo pasado es poca seguridad para lo por venir; el mas justo no puede responder de la gracia, ni de sí mismo; hay doce horas en el dia, y no todas se parecen una á otra; la misma virtud se gasta, por decirlo así, y se debilita con sus propias victorias; y nuestros felices sucesos, muchas veces no son mas que ficciones del enemigo, que nos cede los primeros pasos para engañarnos y empeñarnos mas en la ocasion; no ignoraba esto San Bernardo, y persuadido á que quando se trata de la salvacion nunca pueden ser excesivas las precauciones, se fue á la soledad para buscar en ella la paz que no le podia dar el mundo, y se persuadió que el modo mas seguro de vencer al enemigo era el ocultarse de él.

¡Qué gloriosas fueron las circunstancias de este retiro! No fue nuestro Santo un penitente acobardado, que huye en presencia del enemigo, como vencido y lleno de heridas; fue un Moysés que no sale de Egypto para retirarse al desierto hasta despues de haber vencido á Faraón, y que aun en su retirada conserva toda la magestad de vencedor. Le parece poco sacudir él solo el yugo del Principe del siglo, si no pone tambien consigo en libertad á sus hermanos; no puede resolverse á dexar que sus parientes y amigos anden tristemente errantes por una tierra estraña, al mismo tiempo que él va á experimentar en el desierto lo suave que es el Señor.

¿A qué aspiramos, los dice como en otro tiempo aquel Cortesano de quien habla S. Agustín? (a); En qué

(a) S. Aug. lib. 8. Conf. cap. 6.

vendrán á parar por ultimo nuestras ideas y nuestras esperanzas? El favor del Principe es el mas alto punto que nos podemos prometer; pero cuántos peligros es preciso pasar antes de llegar á éste, que es el mayor de todos los peligros? Y por otra parte, ¿cuánto tiempo durará? *Quamdiu istud erit?* Pero si quiero ser amigo de mi Dios, inmediatamente lo consigo. *Ecce nunc fio*, y este es un tesoro que no teme ni los gusanos, ni la polilla, ni la fatalidad de los tiempos, ni la envidia de los hombres. De este modo, seguido de sus hermanos, y de la mayor parte de sus amigos, como de otros tantos ilustres cautivos que sacaba del poder del Principe del siglo, sale del mundo cargado con estos gloriosos despojos; y como su Divino Maestro, librandose del imperio de la muerte, lleva tras de sí los Principados y Potestades, y los presenta en público triunfo á vista del universo. *Traduxit confidenter palam triumphans (a).*

¡Ah! Si los Angeles del cielo, en la misma morada de la Gloria, son capaces de nueva alegría por la conversion de un solo pecador, ¿quál sería la alegría de los Angeles del desierto, la de aquellos piadosos solitarios, que algun tiempo antes se habian ya retirado al Cister, al ver llegar á Bernardo á la frente de un tan florido exercito! El silencio, las vigiliias, los ayunos, y todo el rigor de la disciplina Monastica, que en otras partes se hallaba, ó relajada, ó extinguida del todo, se observaba en Cister sin mitigacion alguna; se hacía formidable aquella santa soledad á los Seglares que querian renunciar al mundo, y miraban aquella santa tierra como una tierra poblada de hombres extraordinarios, y que se tragaba á sus habitantes; pocas personas habia que se atreviesen á ir á experimentar un metodo de vida tanto mas áspero, quanto era menos conforme á las costumbres de un siglo, en que la relajacion era el gusto do-

(a) Colos. 2. v. 15.

dominante; aquella casta Sion se hallaba desierta y estéril, al mismo tiempo que otras esposas menos fieles se gloriaban con la multitud de sus hijos, y podía temerse que aquel piadoso asilo se llegase á arruinar por falta de sujetos. Esteban, Abad del Monasterio, venerable por su ancianidad, y por una virtud consumada, veía con dolor que estaba para perecer el fruto de sus trabajos; mil veces había levantado sus manos puras al cielo, para pedir á Dios que multiplicase su pueblo, y esperaba con confianza el efecto de sus súplicas, quando llega á postarse á sus pies Bernardo, seguido de sus compañeros. ¡Qué lágrimas de alegría y de ternura caerían entonces de los ojos de aquel venerable anciano! ¡Quántas veces diría al Señor, como Simeon, que moría en paz, pues ya habían visto sus ojos la salud de Dios, y al que había preparado para que fuese la luz de las naciones, y la gloria de Israel!

Los efectos acreditaron muy bien las esperanzas del Santo Abad: nuestro nuevo Solitario, habiendose despojado, con la ignominia del habito secular, de todas las reliquias del hombre viejo, no guardó medida en los excesos de su fé; desembarazado de sus cadenas, buela ácia el cielo, y casi se pierde de vista aun á los mas adelantados en la virtud.

Bernardo se dice todos los dias á sí mismo, ¿qué fue lo que veniste á buscar á la soledad? ¿Saliste del siglo para traer contigo sus cadenas? ¿Quieres tú, como otros, conservar baxo un habito austero y religioso, un corazón profano y poco mortificado? *Ad quid venisti?* ¡Ah! Si para tu salvacion te parece segura una virtud suave y acomodada, ¿para qué fue salir del siglo, en donde la autoriza el error comun, y venis á este lugar de penitencia, en donde las mas puras luces, y los mas santos exemplos la condenan? Pues ved aquí, Catholicos, vuestro modelo; vosotros, que despues de haber empezado con una conversion ruidosa, y con unas repentinas exterioridades

des de una virtud austera, aflojando poco á poco de aquel primer fervor, habeis llegado por ultimo á este estado dudoso de una virtud tibia y tranquila, la que aunque es verdad que sirve de freno á las pasiones mas abominables, no se priva de placer alguno, y tiene abandonada la fidelidad y la vigilancia. *Ad quid venisti?* Hablaos vosotros, Catholicos, á vosotros mismos de este modo: ¿Qué fin es el mio, decid, quando me propongo una vida tibia é infiel? Si todavia me mueve el cuidado de mi salvacion, ¿por qué me he de contentar con una vida incierta y peligrosa? Y si quiero que mi primera fé se desvanezca del todo, ¿para qué es mortificarme en ciertos placeres, y conservar las reliquias de una virtud inutil? Si deseo salvarme, este metodo de vida es demasiado conforme á los sentidos; y si quiero perderme, tambien es demasiado penosa.

Con el socorro de estas piadosas reflexiones mantenía San Bernardo su fé, avivando continuamente en sí mismo la gracia de su vocacion; entretanto ¡ó Dios mio! Vos desde lo intimo de vuestro Santuario derramabais ya sobre este joven Samuel aquellas infinitas bendiciones que habían de formarle Profeta y Legislador de vuestro pueblo. Despues de San Benito nunca habían visto los claustros virtud mas consumada; y este era un feliz pronostico de la reforma de la regla de aquel gran Patriarca, relajada ya entonces en la mayor parte de los Monasterios del Occidente; porque siguiendo la miserable condicion de las cosas humanas, que siempre van perdiendo segun se van apartando de su raíz, había decaído de aquel alto punto de fervor y austeridad en que se había visto, hasta llegar á las mitigaciones, interpretaciones, y privilegios. ®

No obstante tener un cuerpo delicado, y una salud enferma, no había mortificaciones que pudiesen satisfacer el amor que tenía nuestro Santo á la Cruz y á la penitencia. ¡Y qué mortificaciones, Catholicos! un perpetuo

tuo silencio, una rigurosa soledad, unas continuadas vigili-  
as, unos ayunos sin interrupcion, un sustento que en  
vez de confortar al cuerpo le alteraba con su insipidez,  
el mas aspero trabajo de manos, y un enlace de mil pe-  
nosos ejercicios, que no dexan respirar al amor propio,  
y que aunque mudan de objeto no hacen mas que mu-  
dar de suplicio; rodeado de todo este aparato de peniten-  
cia, todavia le parece demasiado ligera su Cruz, y cree,  
como el Esposo, que se halla entre rosas y entre azuze-  
nas; los Santos tiemblan de una sola culpa, aunque esté  
expiada con toda una vida llena de penitencias; y noso-  
tros nos persuadimos que con sola una accion de peniten-  
cia hemos expiado toda una vida llena de pecados.

El retiro de San Bernardo y de sus compañeros al  
Cistér, y la austeridad é inocencia de sus costumbres  
esparcia ya á gran distancia un olor de vida, y muchas  
peñas acudian allí de todas partes, movidas de tan ex-  
traordinarios exemplos. Creciendo el numero de los dis-  
cipulos, y no cabiendo estos dentro del Cistér, fue pre-  
ciso buscar una nueva tierra; dividióse este Santo pue-  
blo, y San Bernardo, á la frente de una Tribu escogida,  
se aparta, aunque con pesar, de un lugar en que todo le  
acordaba la dulce memoria de los primeros favores que  
habia recibido de su Divino Maestro, y fue á establecer-  
se en Claravál, soledad entonces desconocida, pero que  
despues se hizo mas famosa que las principales ciudades  
de Judá, con la presencia de aquel que algun dia habia  
de gobernar á Israel.

Elevado á la Dignidad de Abad de aquel Monaste-  
rio, ¿qué exemplos de virtud no dió en este nuevo em-  
pleo? En vez de afectar aquellas odiosas distinciones, y  
aquellas vanas señales de autoridad que ponen tanta dis-  
tancia entre los hijos y el Padre, nunca apeteció con mas  
ansia los abatimientos; en vez de mirar su dignidad como  
pretexto honroso para la mitigacion y el descanso, nunca  
usó de mas rigor consigo mismo que entonces. ¿Quién pu-

podiera, Catholicos, contar aqui por menor los progres-  
os de la gracia en su alma! ¡aquel espíritu de oracion y  
recogimiento! ¡aquellos inefables consuelos del Espiritu  
Santo! ¡aquel estar universalmente muerto á sí mismo y  
á todas las criaturas, y casi apagado el uso de sus senti-  
dos! á fuerza de mortificar su gusto, ya casi no le ha-  
bia quedado alguno para discernir las viandas. Los Israe-  
litas en solo el Maná hallaban distintos sabores; pero  
para Bernardo, los mas diversos manjares no tenian mas  
que un mismo gusto; no se acordaba de haber visto aun  
aquellos mismos objetos que tenia presentes delante de  
sus ojos; su conversacion, que toda era en el cielo, fi-  
jaba en él las operaciones de su alma; y puede decirse de  
él, aunque en diferente sentido, lo que de los ídolos  
dixo el Profeta, esto es, que tenia ojos, y no veía, ol-  
fato, y no olía, boca y manos, y no usaba de ellas.

Entonces Dios concedió á sus ruegos la vocacion de  
su Padre á Claravál, y su entero retiro del mundo: aquel  
hombre tan feliz en su familia, y cuyos hijos, como los  
de Jacob, habian de ser algun dia otros tantos Patriar-  
cas, dexa el país de Canaán, y vá á buscar á su querido  
hijo Joseph; adora su báculo pastoral, sagrada señal de  
su poder, y lleno de dias duerme poco despues en el Se-  
ñor en aquella tierra de Gessem, á vista de un hijo que  
le habia engendrado en la fé y caridad.

De este modo, Catholicos, se hicieron los Santos  
agradables á Dios; á todos los que honra la Iglesia como  
á tales, los honra como á penitentes; en este punto no  
tiene el espíritu de Dios diversos caminos, ni se puede  
decir que obra diferentemente. Nosotros nos lisonjamos  
de que habrá para nosotros un camino privilegiado, ¿nos  
parece acaso que hemos de ser tratados mas favorable-  
mente, porque somos mas culpados? Si los hijos del Pa-  
dre celestial han bebido el Caliz amargo, ¿nos hemos de  
persuadir á que para nosotros se le han de quitar los he-  
ces y la amargura? Pero aun quando el reyno de los

cielos no fuera premio unicamente de la violencia; podría serlo de la sensualidad? Aun quando pudieramos ser Santos sin penitencia, ¿podriamos serlo siguiendo los placeres? Esto fué nuestro nuevo Samuél en el recinto del Santuario; fué amado de su Dios y Señor. *Dilectus à Domino Deo suo*: Demos ahora á su zelo los mas dilatados terminos, y le veremos renovar el semblante del estado, y derramar una suavidad de gracia sobre los Principes y pueblos. *Renouavit imperium, & unxit Principes in gente sua*; y despues que la fé le habia hecho un religioso consumado, la caridad vá á hacerle un hombre Apostólico, que es el segundo punto.

## SEGUNDA PARTE.

**H**AY diferentes dones en la Iglesia, como dice San Pablo, y estos dones están distribuidos entre los diversos miembros que la componen, segun la secreta disposición del espíritu que inspira en donde quiere. No todos son á un mismo tiempo Apóstoles, Profetas, y Doctores; á cada uno se le ha dado una gracia particular segun la medida del don de Jesu-Christo; algunos conservan en el sosiego del retiro una alma pura y sin mancha, que si se halláran en el siglo verian espirar su inocencia, y apagarse del todo su fé; otros en el ministerio de la predicacion, y en las funciones del Apostolado, resplandecen como Astros en medio de una nacion corrompida y perversa, formando á Jesu-Christo en los corazones, los que en el desierto suspirarian por Egipto, y caerian en la tibieza y abatimiento; otros son destinados á evangelizar á los sencillos é ignorantes, que temerian llevar el nombre del Señor delante de los Principes y Reyes de la tierra; unos se ponen como muros de bronce en defensa de la casa de Israel, y resisten á las Potencias del siglo, los que no se atreverian á tocar á los unguentos del Señor, ni á contradecir á los Pontífices de la ley; otros

otros finalmente, que poseen el don de interpretar las Escrituras no tienen el de los milagros, de que pudieran valerse como de señal contra los infieles; pero este orden que vos, ¡ó Dios mio! habeis establecido, no es para vos una ley tan general, pues hay ciertas almas sobre las que derramais á manos llenas, quando es vuestra voluntad, la variedad de vuestros dones, y á quienes comunicais vuestro espíritu sin medida.

El siglo de San Bernardo necesitaba de una alma de estas circunstancias. Las guerras civiles y extranjeras, y la ignorancia que siempre sigue á estas, habian esparcido por todo el estado no sé que ayre de libertad y barbarie, funesto siempre á la santa politica, y al candor de las christianas costumbres. La ambicion, el fausto, y aún otros vicios mucho mas enormes, se habian introducido hasta el Santuario, y habian convertido la casa del Señor en un lugar de ambicion, de ociosidad, y de escandalo; los claustros ya no podian servir de asilo contra el contagio del siglo; el pueblo de Dios que habitaba en aquella santa tierra, sin atender á la alianza de sus Padres, habia contrahido comercio con las naciones, y abrazado sus usos y costumbres; las sabias leyes de sus fundadores solamente estaban escritas sobre tablas de piedra, se habian mezclado con ellas las tradiciones humanas, que arruinaban el espíritu; aquellos aridos y sombríos desiertos, que se vieron convertidos en tierras por donde corria leche y miel, no eran ya lugares apartados, en donde los que se cansaban del mundo pudiesen ir de quando en quando á respirar el ayre libre de la virtud; y aunque en otro tiempo habian sido ilustres por los Santos que los habitaron, no se veía ya en aquellas soledades mas que la magnificencia de los edificios, unos templos soberbios, inmensos dones y riquezas; de modo que las piadosas liberalidades de los fieles, y su santa disminucion, por hablar con el Apostol, se habia convertido en excesos para un pueblo que antes era sencillo y desamparado.

¿Qué

¿Qué diluvio de iniquidades ocasionaron estos males en aquel tiempo, Catholicos? Es preciso confesarlo aqui; las lamparas de Israel no pueden apagarse sin que despidan un espeso humo, que esparciéndose por todas partes, tizne el resplandor y el oro del Tabernaculo. Nunca se doblan las columnas del Templo sin que se lleven tras sí todo lo restante del edificio; y para decirlo con claridad; los vicios del Clero, y de las personas consagradas á Dios son siempre como funestos estandartes del desorden que se levantan en los pueblos. *Signum in nationibus.* (a)

Para socorrer tan extremas y diversas necesidades sacasteis, Señor, un nuevo Moysés del desierto de Madián. Bernardo puesto en vuestras manos atemoriza á los Reyes y á los Reynos, reforma el tabernaculo, sirviéndole de modelo el que vos le mostrasteis en el monte; confunde á los Ministros murmuradores, asegura la suprema potestad del Pontífice que habiais establecido, destruye el Idolo que los hijos de Israel se habian ellos mismos fabricado, deshace á los enemigos de vuestro nombre, y hubiera llevado vuestras Tribus á la conquista de Jerusalén, si su ingratitude y sus excesos no hubieran sido causa de que Vos retiraseis de en medio de ellos vuestra fuerza y vuestro brazo.

¿Qué fervor, qué constancia, qué zelo el de nuestro Santo! Habia recibido de la naturaleza aquellos dotes de espíritu y de cuerpo, que parece destinan anticipadamente á los que están adornados de ellos para el ministerio de la divina palabra, pero que sin la gracia y vocacion del cielo no son mas que un metal que suena, ó una campana que hace ruido. Habia recibido un entendimiento vasto, el que sustentó con la leccion de los libros santos; un corazon compasivo, y con el que parece que habian nacido la afabilidad, y la misericordia; un exterior afable y mor-

(a) *Isai. 5. v. 26.*

mortificado, que disponia los corazones á la gracia, y cuya vista solamente infundia en el alma no sé qué gusto del don celestial, y de los bienes del siglo futuro.

Figuraos pues, Catholicos, á este nuevo Precursor que sale del desierto vestido pobremente, con la penitencia pintada sobre su rostro, procurando con sus conversaciones no agradar al pecador, sino que el pecador se desagradase de sí mismo; trabajando en disponer los caminos al Señor, y no en buscar su propia gloria; allanando, no la aspereza de la senda Evangelica, sino la de los corazones rebeldes, y predicando, no las abluciones faciles, y las ceremonias exteriores que solamente purifican por de fuera, sino introduciendo la segur hasta la raíz de las pasiones, y anunciando un bautismo de penitencia. Todos le miran como á Elías, ó como alguno de los Profetas; toda la Francia corre á oír aquella nueva doctrina: los pueblos movidos de las palabras de gracia y de virtud que salian de su boca, acuden á él para saber si el Señor es inmutable en su indignacion como en sus dones, y si podrán hallar medio de aplacarle. ¿Pero qué se podía esperar de un Ministro de Jesu-Christo, que lexos del mundo habia estado meditando tanto tiempo la ley de Dios en el silencio y en la oracion, y cuyo corazon, vacío de las criaturas, solamente estaba lleno de aquel espíritu que hablaba en él, y que con una confianza Apostolica podia decir á los fieles: imitadme á mí, como yo imito á Jesu-Christo? ¿Qué otra cosa podian esperar, vuelvo á decir, sino la renovacion de su siglo, y el que renaciese la fé y la virtud? Si nuestro ministerio no produce hoy el mismo efecto, no es porque el mundo esté mas corrompido, sino porque no es el mismo el fin de nuestros trabajos. ¿Es acaso el espíritu de Dios el que abre nuestras bocas, ó se mezcla algun respeto humano con nuestro zelo?

Entonces, Catholicos, empezaron á disiparse las tinieblas derramadas sobre el abismo: la Francia, como otro caos, se fue desenvolviendo poco á poco: los claustros vie-

vieron revivir aquel primitivo espíritu, aquel precioso patrimonio que habían heredado de sus padres. De Claravál salieron nuevos exercitos de solitarios, que esparcidos por Europa volvieron á poblar los desiertos; los mayores hombres de aquel siglo se retiraban á ellos á porfia: los mismos Principes prefirieron el oprobio de Jesu-Christo á las pompas de Egypto, y los que habitaban los Palacios de los Reyes despreciaron la pompa de los vestidos preciosos; de Claravál, como de un nuevo Cenaculo, salió una multitud de Pastores ilustres á gobernar nuestras Iglesias; y los hijos de Bernardo llegaron á ser Padres de los fieles: ¡Pero qué hombres fueron, Catholicos, estos Obispos! ¡Qué zelo! ¡Qué sencillez! ¡Qué inocencia! ¡Qué austeridad de costumbres! El Obispado no era para ellos mas que una honrosa servidumbre: brillaban, como Moysés, con un resplandor baxado del cielo, y estaban persuadidos á que no se necesitaba de una vana ostentacion de fausto y de sosiego para hacer respetable al pueblo un ministerio de solicitud y humildad. No nos contentemos nosotros, Señores, con envidiar aquel feliz siglo; acordemonos de que solamente á las oraciones de los pueblos se conceden los Pastores fieles, y que la falta de Ministros santos, de que algunas veces nos quejamos, en vez de servirnos de excusa, será algun día nuestro mayor delito.

San Bernardo juntó la fortaleza al fervor de su caridad; no os parezca que era como aquellos Ministros timidos, que con pretexto de honrar á los Grandes se persuaden á que es preciso respetar sus vicios; que desvanecidos con el esplendor que los rodea, y no atreviéndose á exâminar sus acciones, se ponen voluntariamente un velo sobre sus ojos para no verlas, dando á su cobardía los especiosos nombres de moderacion y prudencia. Hay muy pocos Samueles que se atrevan á decir á los que reynan: Principe, ¿no fue el Señor quien te constituyó Rey en Israel? ¿pues por qué no has atendido á su voz? El Señor no hace caso de tus víctimas, ni de la vanidad de tus ofrendas; el sacri-

fi-

ficio mas agradable á su vista es la sumision, y la obediencia. Buen exemplo de esta fortaleza dexó S. Bernardo á la posteridad. Luis el Gordo habia usurpado los derechos de la Iglesia: muchos generosos Prelados clamaron contra esta novedad, pero padecieron la pena de destierro; recurren á nuestro Santo, y éste les dice: Principe, la Iglesia está clamando contra vos en presencia de su Esposo, y se queja de que aquel á quien habia recibido como á defensor suyo, es el que la persigue. ¿Reynais acaso en la tierra mas que para hacer que reyne en ella la justicia y la virtud?

¿Qué públicas señales de penitencia no alcanzó de Luis el Joven su hijo, por las crueldades que habia executado en Vitri? Como un nuevo Ambrosio le declara con valor, que la voz de la sangre que habia derramado clamaba al Señor, y pedía venganza contra él; y con estas generosas reconvençiones proporciona otra vez á la Iglesia el feliz espectáculo de un Rey humillado, cubierto de ceniza, postrado á las puertas de sus templos, y renueva aquellos raros exemplares de los Davides y Theodosios.

¿Pero cómo podré yo referir aqui los diversos pasages en que manifestó su valor? El Abad Sugerio, aquel Ministro tan prudente y tan famoso en las historias de la Francia, fue corregido por nuestro Santo acerca de cierta pompa secular, á que poco á poco le habia inducido el ayre de la Corte. La misma Reyna Eleonora, Princesa altiva y mundana, hallando oposicion á sus designios en un punto muy delicado, se reduce por ultimo á ceder al dictamen de S. Bernardo; circunstancia muy rara en una Princesa joven, embriagada todavia con los placeres y grandezas, y que gustaba de dominar en los entendimientos como en los corazones; que se ofendia de qualquiera resistencia, que no hacía tanto caso de la virtud que quisiese sufrir contradicciones. Es cierto que Elías supo hacer alguna vez que el impío Acab respetase la verdad, pero no se lee que Jezabél le perdonase jamás la

libertad de una sola palabra, ni la resistencia que opuso á la injusticia que queria haer á Naboth.

Todos los siglos admirarán las instrucciones vivas y amorosas, y aquella noble libertad que reyna en sus libros de la consideracion dirigidos al Papa Eugenio; es verdad que las grandes virtudes que elevaron á este Pontífice á su suprema dignidad, se habian formado baxo la direccion y disciplina de nuestro Santo, ¿Pero quién ignora que la religiosa sumision que se debe á todo lo que dimana de aquel Augusto trono, y los continuos respetos de que se ve rodeado el Pontífice, le familiarizan muy poco con la libertad christiana, y con unos discursos que no están hechos para lisonjear? Pero la caridad á todo se atreve; y Bernardo, semejante en todo á Samuel, aunque honra al ungido del Señor en presencia del pueblo, no por eso dexa de declararle despues los decretos del cielo.

Los Principes y los Soberanos Pontífices respetaron la libertad del espíritu de Dios en su siervo; y hoy, Católicos, si se halla en el siglo una persona de un nacimiento algo distinguido, quiere que los Ministros de Jesu-Christo usen con ella de unos respetos y unas atenciones indignas de su carácter; se ofenden de su zelo, juzgan que es faltarles al debido respeto el decirlos la verdad desnudamente como al pueblo; como si la santa severidad del Evangelio se dirigiera solamente á las almas vulgares, y como si los vicios de los grandes fueran nobles como ellos, y se les debiera el mismo respeto que á sus personas.

¡Ah! en ninguna parte estuvo libre la culpa del zelo de nuestro Santo; la persiguió hasta el mismo trono. Los vínculos de la carne y de la sangre, que tan peligrosos suelen ser para nuestro ministerio, no pudieron engañar su constancia; su hermana, movida de la fama de sus prodigios, ó acaso de una vana curiosidad de verle, fue á Claravál, pero en vano; luego que vió el Santo la soberbia de sus equipages, y la pompa mundana de que iba rodeada, conoció que estaba muy distante del reyno de Dios; gime con

el

el ruido de aquella pomposa visita, se encierra en lo mas retirado de su Monasterio, y no obstante el tierno amor que tenia á aquella hermana, y el compasivo espectáculo de su desconsuelo y de sus lágrimas, se niega á verla sino se cubre primero de pudor y de modestia, en lugar de los adornos del siglo con que se presentaba; como otro Moisés, atento solamente á los intereses de la gloria de su Señor, separa á su hermana del campo sin detenerse, y la prohíbe la entrada del Tabernáculo, hasta que esté libre de aquella lepra que cubre su cuerpo, y de aquellas vergonzosas señales de su soberbia é infidelidad.

¡Oh mugeres del siglo! si hoy hallais Ministros mas contemplativos, no os parezca que esto podrá servir de excusa á vuestros errores, porque la flaqueza del Sacerdote no debilita la ley de Dios. Este es castigo de vuestros pecados, y justos juicios de la indignacion del Señor, que castiga las falsas razones que alegais para justificaros en una vida sensual y mundana, contra los avisos de vuestra propia conciencia, permitiendo que haya Ministros que la autoricen.

Finalmente, Católicos, su voz rompió los Cedros del Líbano, hizo temblar los desiertos, y tronó en medio de las aguas, quiero decir, entre los pueblos. Jamás se vió antes de él otro Profeta que tanta autoridad tuviese para reprehender los vicios: Parece que el cielo le havia constituido por Censor de las costumbres de su siglo. ¡Qué discordias no apaciguó entre los Principes con su prudencia! ¡Qué cartas no escribió para restablecer la disciplina y la piedad! en las que hoy se conservan, vemos los inmensos cuidados, y las extraordinarias medidas que le obliga á tomar su caridad; ¡qué estilo! ¡qué expresiones! ¡qué eloquencia tan artificiosa y tan divina! La Francia, la Italia, la Alemania, vieron derramarse por todas partes aquel divino fuego, que Jesu-Christo habia venido á traer á la tierra, y con el que habia abrasado su corazon. El solo fue remedio suficiente para las diversas é infinitas necesida-

V 2

des

des de la Iglesia; y como aquella serpiente de metal levantada en el desierto, no hubo herida que pudiese resistir á su presencia.

Para colmo de sus trabajos no le faltaba mas que la recompensa de los Santos, esto es, las persecuciones y calumnias, pero tambien tuvo el consuelo de experimentarlas: oye las quejas que publicaban los insensatos, atribuyendole el mal éxito de la empresa de los Franceses en la tierra santa; trataban de flaqueza de espíritu y de credulidad los prodigios con que Dios habia acompañado su predicacion, quando excitaba á los Christianos á aquella sagrada guerra: la eficacia de sus discursos, que estuvo á pique de dexar desierta la Francia y la Alemania, inspirando á los pueblos el deseo de alistarse en las Cruzadas, fue tenuta por indiscrecion y falso zelo: Pero nuestro Santo, adorando en lo íntimo de su corazon los impenetrables designios de la providencia, se acordaba de los Israelitas, que aunque llamados de Dios á la conquista de una tierra santa, perecieron en el desierto por sus infidelidades; se acordaba de la historia de aquellas Tribus; que empeñados por expresa orden del cielo en destruir á los Bethsamitas, padecieron la afrenta de ser vencidos repetidas veces, y llorando por las culpas de los Christianos, que habian atrahido sobre sí la indignacion del cielo, se afligia mas al ver que los infieles, soberbios con sus victorias, preguntaban con insolencia, ¿dónde está el Dios de los Christianos? y blasfemaban su nombre, que de los ultrages con que procuraban infamar el suyo sus hermanos.

El mundo siempre está dispuesto á censurar la conducta de los Santos, mira todas sus acciones con ojos de rigor y de malicia, les atribuye los malos sucesos de aquellas empresas, en que han tenido alguna parte; y tiene por indiscreto su zelo, luego que este dexa de ser feliz. Fíralmente, casi basta el ser justo para no hallar perdon en la tierra. Yo no sé si esto es aborrecimiento á la virtud, ó amor á nosotros mismos. Pero nosotros nunca dexamos de

de advertir flaquezas en los Santos, ya sea porque temiendolos por justos queremos que casi dexen de ser hombres, ó porque no pudiendo parecernos á ellos, procuramos á lo menos persuadirnos que ellos se parecen á nosotros. Ya habeis visto, Señores, lo que hizo nuestro Santo para restablecer las costumbres y la piedad, ahora os manifestaré brevemente lo que hizo para restablecer la fé y la doctrina, y vereis en este hombre Apostolico el Doctor mas ilustrado y mas humilde de su tiempo: *In lege Domini congregationem iuicavit, & in fide sua probatus est Propheta.* Seré muy breve.

### TERCERA PARTE.

ES verdad que la Iglesia, esta nueva Jerusalém, está fundada sobre unos Santos Montes, y que siempre se han levantado en vano los vientos y borrascas contra sus sagrados muros, porque su esposo la ha prometido que nunca prevalecerán contra ella las puertas del Infierno: con todo eso, aunque es invencible, no siempre está pacífica; sus perseguidores no la pueden destruir, pero pueden afligirla; no teme el que los Conquistadores la obliguen como á una esclava, á que abrace sus Dioses y sus sacrificios, pero puede haber algunos enemigos que alteren su paz, ó que desfiguren la pureza de su culto; y pocos siglos ha habido en que no se hayan levantado algunos de estos; como nació entre los combates y persecuciones, parece que es destino suyo no estar jamás libre de ellas, pero tambien saca utilidad de las heregias, y cismas; debemos la gloria de nuestros Martyres al furor de los Tyranos, y aun tambien somos en algun modo deudores de los preciosos trabajos de los antiguos defensores de la verdad, á los Doctores de la mentira que hubo en sus siglos.

Dios, que destinaba á San Bernardo para que fuese el restaurador de su ley, le habia manifestado en el desierto unos inefables secretos: sin haber tenido  
mas

mas escuela, dice un Historiador de su vida, que las encinas y los montes, y sin mas Maestro que la Divina gracia, se le vió pasar repentinamente de la soledad al mundo, y de la sombra de los bosques á la luz del Sol; su ciencia no fue un conjunto de aquellas vanas noticias, que se adquieren á fuerza de un continuo trabajo, y que despues se comunican sin fruto y sin utilidad; no intentó deslumbrar los espiritus con nuevos descubrimientos, ni adquirir estimacion con aquellos discursos que agradan por singulares, solamente procuró reformar los corazones, y restablecer la fé de sus padres sobre las ruinas de las novedades profanas; finalmente, no fue como aquellos que miran las ciencias como una infame negociacion, y que convierten en ocasion de ganancia, y pretexto de avaricia los dones que están destinados á mantener el culto del Señor, y á honrar sus sacrificios.

Su mas estimado estudio fue el de las Divinas Escrituras: no habia cosa que le pareciese mas digna del espiritu humano que la historia de las maravillas de Dios, que se hallaba en los libros de Moysés; la hermosura de su ley, los divinos extasis de sus Profetas, y la eficacia de los demás Escritores iluminados, se habia comido con tanta ansia aquel sagrado libro y le habia convertido de tal modo en su propia substancia, que en todos sus escritos no sabe hablar sino en aquel divino estilo; en ellos se hallan con tanta abundancia las expresiones de la Escritura Santa, que parecen su estilo natural. ¡Oh santos y piadosos monumentos de su amor á las Divinas Escrituras, preciosos frutos de su talento y virtud aun os conservais entre nosotros, y esto basta para su elogio!

Pero la leccion de las Divinas Escrituras, que era en otro tiempo la mayor delicia de los primeros fieles, cede hoy entre los Christianos á la leccion de unas obras de mentira y de pecado, perniciosas al espiritu, porque le llenan de mil imagenes profanas, y funestas al corazon, en el

el que arrojan la semilla de la culpa, que siempre produce á su tiempo frutos de muerte. ¡Ah! ¿No tenemos dentro de nosotros mismos bastantes disposiciones para el mal, sin añadir otras estrañas? Aquel fermento de corrupcion que crece con nosotros, ¿no basta para exercitar nuestra inocencia, sin que procuremos ayudar su malicia? Unas pasiones para las que por nuestra desgracia nacemos con suficiente instruccion, ¿necesitan acaso de los socorros del arte?

Esta ciencia de las divinas Escrituras hizo que nuestro Santo fuese tan temido de los enemigos de la Iglesia. La Cátedra de San Pedro se hallaba hecha presa de un usurpador; Dagón ocupaba el lugar del Arca; un intruso, lleno de hiel y de artificio, se hallaba en el Santuario, y recibia allí los respetos del pueblo de Dios; la fé de las Iglesias suspensa con aquel nuevo espectáculo de dos Pontifices, que pretendia cada uno ser el ungido del Señor, esperaba como en otro tiempo que el mismo Dios la diese á conocer qual era el que habia escogido; se ignoraba si se habia de adorar en Jerusalém, ó en el monte de Garithzim; el uno gozaba en Roma el fruto de su iniquidad, y rodeado de sus aduladores se hallaba sentado aquel hombre de pecado en el Templo de Dios, quando al mismo tiempo el verdadero Pontifice Inocencio II. arrojado de su Silla, y errante como el Arca de Israel, de provincia en provincia, con un acompañamiento poco decente á su dignidad, llegó por ultimo á Francia, donde halló un honroso asilo baxo la proteccion y piedad de sus Reyes; siempre ha sido muy propio de la Francia el abrir su seno á los Pontifices y Soberanos destronados, y armarse sus Monarcas contra los usurpadores y rebeldes.

¿Qué triste es, Católicos, el estado de la Iglesia quando se halla despedazada interiormente de este modo, y quando se levanta el estandarte de la rebelion y la discordia hasta en el mismo Santuario de la paz y la unidad?

dad? Unos siguen á Cephás, otros á Pablo, y ninguno á Jesu-Christo. Sus dignidades sirven de premio ó de vínculo á la rebellion; en vez de distribuirse sus gracias con magestad, se ofrecen por ruines medios; sus rayos no sirven de castigo al vicio, sino de instrumentos á la pasion; y por ambas partes se procura ganar amigos, no con riquezas de iniquidad, sino con los mismos tesoros del Santuario.

¿Qué escándalo pudo haber mas digno que este del zelo y espíritu de San Bernardo? Se dexó ver en medio de los Prelados del Reyno, juntos en Estampes, para poner fin á la discordia: allí, como otro Daniél, preside á la Asamblea de los Ancianos; los Principes, por valermé de las palabras de Job, callan en su presencia, y escuchan atentamente sus juicios; todos los Padres del Concilio, respetando en Bernardo no sé qué autoridad, efecto de la fama de su virtud, se conforman unánimes con su decision, de modo que todos los ojos de aquella ilustre asamblea están mirando atentamente á aquel hombre maravilloso; él solo es el interprete del Espíritu Santo; él solo forma un Concilio entero, y toda la Francia recibe de su mano á Inocencio II. por legítimo Pontífice; en todas partes es el Samuél de su siglo, que en medio de las Tribus congregadas hace que cayga la suerte sobre aquel á quien el Señor habia ungido, y destinado para gobernar su pueblo.

¿Qué penosos viages no hizo á Sicilia, á Italia, y á Alemania, para apagar las reliquias del Cisma, y para juntar las Aguilas al rededor del cuerpo? Aterró á un Principe, cuya autoridad fomentaba la discordia, presentóse delante de él en un Templo, armado con el cuerpo de Jesu-Christo, y le mandó de parte del Dios terrible que tenia en sus manos, que no turbase la paz de la Iglesia; turbóse el Duque de Guiena á vista de un espectáculo tan nuevo; todo su furor se convirtió en espanto, cayó en tierra como Pablo, á vista de aquel Dios cuya

Ma-

Magestad es tan terrible, y del mismo modo que aquel Apostol, de instrumento que era de un falso Pontífice, se convirtió en vaso de eleccion.

Pero no bastaba haber restituido la paz interior á la Iglesia, era tambien preciso que como Moysés, despues de haber asegurado contra los murmuradores el Soberano Sacerdocio de Aarón, defendiese al pueblo de los engaños de Balaam. En los Concilios de Sens, y de Reims, se admiró la fecundidad de su ciencia, y la fuerza de su ingenio, y se le vió defender allí gloriosamente la antigüedad y sencillez de la fé contra las peligrosas cavilaciones de un Obispo de Poitiers, y contra las profanas novedades de Abailardo.

Este hombre lleno de una ciencia vana, y adornado de aquellos talentos naturales, propios para engañar, y para dar á la mentira todos los coloridos de la verdad, eloquente, agraciado, y artificioso en sus discursos, lleno de vanidad, por hallarse instruido en muchas y diversas materias, habia intentado hacer palpables los mysterios de la fé á la razon humana, y en vez de aquella lámpara que alumbra en un lugar obscuro y tenebroso, introducir una luz que no se nos manifestará hasta que seamos transformados de claridad en claridad; ya los fieles, atraídos de los encantos de su eloquencia, y de la fuerza de la novedad, que es tan propia del espíritu del pueblo, particularmente en materias de religion, empezaban á traspasar los santos limites que nuestros mayores habian tan sabiamente establecido; este mysterio de iniquidad ya no se trataba en secreto, y Abailardo, soberbio con sus felices sucesos, desafiaba publicamente al pueblo de Dios, como aquel Gigante de los Philisteos, diciendo que le presentase un enemigo que fuese capaz de pelear con él; pero la insolencia de aquel Heresiarca disponia nueva gloria á nuestro Santo; concurren ambos al Concilio de Sens, y allí en presencia de los Pontífices del Señor, la ciencia que desvanece, cede á la caridad que

Tomo VII.

X

edi-

edifica, las palabras artificiosas de la sabiduría humana á la virtud de la Cruz y del espíritu, y el mas soberbio Philosopho de su tiempo á un Escriba instruido en el Reyno de los cielos.

Al acabar de conseguir esta victoria vá volando á Tolosa, en donde un tal Henrique, Monge Apostata, predicaba una nueva doctrina, y oponiendose á la santa institución de los Sacramentos, y á las tradiciones de la Iglesia, disponia ya el camino para el nacimiento de aquellos monstruos que produjo el error en el pasado siglo; los que sofocó inmediatamente un Monarca siempre feliz, en un reyno que casi fué el primero que los vió nacer; ¡pero á donde me lleva la fuerza del discurso! Un panegirico no es lo mismo que una historia, y aqui es imposible referirlo todo.

Además de que, catholicos, estos pasages no son los mas instructivos de la vida de nuestro Santo; es verdad que estas prodigiosas circunstancias adornan la vida del Santo á quien se alaba, pero no son modelos para ser imitados de los pecadores á quienes se predica; son unos rasgos prodigiosos, pero no ofrecen exemplos; la humildad de San Bernardo en medio de tanta gloria es un pasage de su vida mucho mas propio para movernos. ¡Ah! Una fragil reputacion, en que tiene mas parte el error de los hombres que nuestras buenas prendas, aumenta tanto á nuestra vida la idea que formamos de nosotros mismos; y Bernardo, habiendo llegado al mas alto punto de gloria en que jamás vió la Francia á un hombre particular, está siempre contemplando sus miserias, sin apartar de ellas la vista para mirar las prendas exteriores que le adornan, y la cuidadosa atencion con que todos los hombres le admiran.

Unas veces se niega á aquellas ilustres Iglesias que le escogieron por su Pastor, y mira el trono Episcopal como una Sagrada Zarza, á la que no es lícito acercarse: otras, revestido por los Sumos Pontífices con el caracter de Le-

gado Universal en todo el mundo Christiano, y no hallandose inferior por razon de este nuevo titulo mas que al Soberano Pontífice, presenta, no obstante, respetuosamente su dignidad á los Obispos, obra siempre atendiendo á sus ordenes, no quiere eximirse de la jurisdiccion de esta potestad establecida por Dios, ni permite que los suyos salgan de la ley comun, ni acepten prerrogativas ni esenciones, que aunque es verdad que son utiles en sus principios, y santas en sus fines, con todo eso no dexan de parecerse á aquellos remedios que son casi tan funestos como los males, y cuya necesidad siempre es efecto de la relajacion y tibieza de la Iglesia, porque denota, ó abuso del poder en el Pastor, ó amor á la independencia en los Ministros subalternos.

Otras veces, honrado en Claravál con la visita de un Soberano Pontífice, acompañado de una magnifica y numerosa Corte, sale á recibirle á la frente de sus Religiosos, todos con los ojos bajos, guardando un profundo silencio, y manifestando en sus rostros, en medio de una solemnidad tan extraordinaria, la imagen de la penitencia, y del recogimiento, con cuyo espectaculo se enterneció el Soberano Pastor; y el Santo Abad, conservando un semblante tranquilo y sosegado, manifestandose casi insensible á un honor tan extraordinario, me representa la memoria de aquel Profeta de Israel, que visitado por Naamán en su soledad, yendo este rodeado de magnificencia y grandeza, ni aún se dignó de mirarle; y ocupado solamente en las desgracias de Israel, y en el cuidado de aplacar la indignacion de Dios, que tan irritado estaba con su pueblo, casi no reparó en la dignidad de aquel Principe, y en la pompa de que estaba rodeado.

Otras veces, finalmente, aunque no conversaba con los hombres, sino para fijar su conversacion en el cielo, se quejaba continuamente á sí mismo, y á sus amigos, de las distracciones de su vida, y miraba los servicios que hacia al público como prevaricaciones de sus obligaciones

particulares. Yo no vivo, decia, ni como Eclesiástico ni como Lego, porque há mucho tiempo que aunque visto el habito de religioso, no hago vida de tal; ¿pues qué es lo que soy? No soy mas que un prodigio, y un monstruo de mi siglo, y asi; ¡quantas veces, pesaroso de que los Reyes de la tierra iban á consultarle á su desierto, y á turbar el sagrado sosiego de su sepulcro, los respondió como Samuél á Saúl! ¿Por qué habeis de querer resucitar para el siglo á un hombre que está sepultado en la region de los muertos? *Quare inquietasti me ut suscitarem?* (a)

Estos son, Catholicos, los pensamientos de temor y humildad que siempre acompañaron á las mas heroycas acciones de los Santos. La caridad tiene, como el amor propio, sus errores y sus engaños, aunque piadosos é inocentes; el amor propio y la gracia casi nos desfiguran igualmente á nosotros mismos; y asi como la seguridad de la mayor parte de nuestros vicios consiste en la falsa idea que de ella nos formamos, del mismo modo, las virtudes de los Santos muchas veces no están seguras sino bajo las engañosas imagenes con que ellos se las representan.

Y asi vosotros, Catholicos, mirais la vida del siglo, los peligros de las conversaciones y tratos familiares, las pecaminosas diversiones de los teatros, el ocio é inutilidad de vuestras obras, y la continua variedad de placeres, como unas diversiones inocentes, y unos inevitables alivios para la flaqueza humana: los trabajos de la caridad, y las obras exteriores de misericordia, les parecen á los Santos que son llamados á ellas, unas inquietudes peligrosas para el recogimiento de su alma, y obstaculos que se oponen á los secretos consuelos de la gracia; y asi el engaño de San Bernardo llegaba hasta persuadirse que su vida era monstruosa, porque las necesidades de la Iglesia,

(a) 1. Reg. 28. v. 15.

y la vocacion del cielo le ponian en unos empleos de inquietud, poco conformes con el silencio y retiro de un Solitario; y vuestros Ministros, ¡ó Dios mio! se engañan de tal modo, que llegan á persuadirse que son compatibles su vida secularizada, y sus profanas costumbres con las tremendas obligaciones del Sacerdocio! ¡Ah Señor! casi tratamos de flaqueza en vuestros Santos los errores de su humildad, y al mismo tiempo miramos como acciones prudentes y meritorias los errores de nuestras pasiones; deshaced, Señor, este funesto encanto, y abridnos los ojos de nuestros corazones, para que no saliendo de vuestros caminos, sigamos las huellas que nos han dejado vuestros Santos, y lleguemos como ellos á la feliz inmortalidad. Amen.



SERMON  
PARA EL DIA DE SAN LUIS  
REY DE FRANCIA.

¿ *An nescitis quoniam Sancti de hoc mundo judicabunt?*

¿ No sabeis que algun dia los Santos han de juzgar al mundo ? 1. Cor. 6. v. 2.

**S**I solamente la ley de Dios hubiera de juzgar al mundo, Catholicos, pudiera éste oponer á su condenacion los obstaculos casi insuperables, que cada uno de nosotros halla en su estado para la práctica de las obligaciones que se nos señalan; pudiera acusar de injusticia á la ley, porque nos manda muchas cosas que parecen incompatibles con las diversas circunstancias en que solemos hallarnos, por razon del nacimiento, de la fortuna, y los puestos eminentes; y la ley de Dios, que tan justa es en sus juicios y preceptos, no podrá justificarse en presencia de la falsa prudencia de los hombres; por eso nos advierte el Apostol, que los justos de todos los estados han de parecer al lado de Jesu-Christo, que serán defensores de su ley contra todas las vanas excusas de los pecadores, y que su exemplo juzgará al mundo, por no haberle querido imitar.

Pero este derecho de juzgar al mundo no convendrá á todos igualmente; parece que no basta haberle despreciado y pisado para tener derecho á condenar á los que le aman, es preciso tambien haber vencido todo su esplendor, su pompa, su magnificencia, sus placeres, y haber resis-

ti-

tido á todos sus peligros para poder confundir todas sus excusas.

De este modo juzgó ya anticipadamente al mundo el Santo Rey, á quien amó en otro tiempo la Francia como á su padre, y á quien hoy venera como á su Protector; no puede oponer el mundo excusa alguna á las obligaciones de la ley, que no se halle confundida con este grande exemplo; qualquier pretexto contra la virtud halla aqui su condenacion; se desvanecen las vanas razones de la clase, del nacimiento, y de los empleos, sin que ya puedan alegarse por excusas; y el mundo, obligado á respetar la santidad ya no tiene que decirnos para dorar sus desordenes, ó para justificar sus costumbres.

Dos errores reynan en el mundo contra la verdadera virtud. Primeramente se mira esta como incompatible con aquellas prendas brillantes y heroycas, que dán estimacion entre los hombres, y que nos hacen dignos de ocupar con honor los primeros puestos. En segundo lugar; miramos la distincion del nacimiento, y los puestos eminentes, como privilegio que nos dispensa de los penosos ejercicios de la virtud: esto es, nos figuramos la virtud casi como una flaqueza que ó deshonorá á los Grandes, ó nos inhabilita para los grandes empleos: *primer error*: nos persuadimos á que la elevacion permite un genero de virtud mas acomodada, y en la qual es permitido gozar de todos los placeres, y seguir todas las costumbres que aprueba el mundo, y que condena la ley de Dios: *segundo error*.

Hoy pues, intento, no tanto alabar las virtudes de nuestro Santo Rey, como proponeros su exemplar vida con la que condena estos dos errores del mundo. Primeramente, en la virtud halló la raíz de todas aquellos heroycas prendas que le hicieron el mayor Rey de su siglo; en segundo lugar, en su dignidad real halló nuevos motivos para ejercitarse en las mas austeras obligaciones de la virtud: esto es, fue un gran Rey en presencia de los hom-

SERMON  
PARA EL DIA DE SAN LUIS  
REY DE FRANCIA.

¿ *An nescitis quoniam Sancti de hoc mundo judicabunt?*

¿ No sabeis que algun dia los Santos han de juzgar al mundo ? 1. Cor. 6. v. 2.

**S**I solamente la ley de Dios hubiera de juzgar al mundo, Catholicos, pudiera éste oponer á su condenacion los obstaculos casi insuperables, que cada uno de nosotros halla en su estado para la práctica de las obligaciones que se nos señalan; pudiera acusar de injusticia á la ley, porque nos manda muchas cosas que parecen incompatibles con las diversas circunstancias en que solemos hallarnos, por razon del nacimiento, de la fortuna, y los puestos eminentes; y la ley de Dios, que tan justa es en sus juicios y preceptos, no podrá justificarse en presencia de la falsa prudencia de los hombres; por eso nos advierte el Apostol, que los justos de todos los estados han de parecer al lado de Jesu-Christo, que serán defensores de su ley contra todas las vanas excusas de los pecadores, y que su exemplo juzgará al mundo, por no haberle querido imitar.

Pero este derecho de juzgar al mundo no convendrá á todos igualmente; parece que no basta haberle despreciado y pisado para tener derecho á condenar á los que le aman, es preciso tambien haber vencido todo su esplendor, su pompa, su magnificencia, sus placeres, y haber resis-

ti-

tido á todos sus peligros para poder confundir todas sus excusas.

De este modo juzgó ya anticipadamente al mundo el Santo Rey, á quien amó en otro tiempo la Francia como á su padre, y á quien hoy venera como á su Protector; no puede oponer el mundo excusa alguna á las obligaciones de la ley, que no se halle confundida con este grande exemplo; qualquier pretexto contra la virtud halla aqui su condenacion; se desvanecen las vanas razones de la clase, del nacimiento, y de los empleos, sin que ya puedan alegarse por excusas; y el mundo, obligado á respetar la santidad ya no tiene que decirnos para dorar sus desordenes, ó para justificar sus costumbres.

Dos errores reynan en el mundo contra la verdadera virtud. Primeramente se mira esta como incompatible con aquellas prendas brillantes y heroycas, que dán estimacion entre los hombres, y que nos hacen dignos de ocupar con honor los primeros puestos. En segundo lugar; miramos la distincion del nacimiento, y los puestos eminentes, como privilegio que nos dispensa de los penosos ejercicios de la virtud: esto es, nos figuramos la virtud casi como una flaqueza que ó deshonorá á los Grandes, ó nos inhabilita para los grandes empleos: *primer error*: nos persuadimos á que la elevacion permite un genero de virtud mas acomodada, y en la qual es permitido gozar de todos los placeres, y seguir todas las costumbres que aprueba el mundo, y que condena la ley de Dios: *segundo error*.

Hoy pues, intento, no tanto alabar las virtudes de nuestro Santo Rey, como proponeros su exemplar vida con la que condena estos dos errores del mundo. Primeramente, en la virtud halló la raíz de todas aquellos heroycas prendas que le hicieron el mayor Rey de su siglo; en segundo lugar, en su dignidad real halló nuevos motivos para ejercitarse en las mas austeras obligaciones de la virtud: esto es, fue un gran Rey en presencia de los

hom-

hombres, porque fue un Rey santo á la vista de Dios; creyó que debía ser tanto mas santo en la presencia de Dios, quanto mayor era á la vista de los hombres. Por la santidad fue un gran Rey, y por la dignidad Real un gran Santo: De este modo, ¡ó Dios mio! este Principe segun vuestro corazon es un fiscal que nos confunde; pero haced Señor, que sea un modelo que nos consuele y anime, y no permitais que este grande exemplar, que oy nos propone la religion con tanta solemnidad en nuestra propia patria para instruirnos, casi no sea de otra utilidad para nosotros, que de hacernos mas inescusables. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

### PRIMERA PARTE.

ES una verdad indefectible, Catholicos, que el mundo, injusto apreciador de la virtud, la mira siempre como suerte de las almas flacas y timidas: atribuye á los devotos pensamientos de la fé un no sé qué, que anuncia ó pusilanimidad en el corazon, ó cortedad de entendimiento; la inocencia de las costumbres solamente es estimada de aquellas personas, que por razon de sus cortos alcances son inhabiles para las empresas arduas: parece que el heroismo y la santidad son incompatibles, y que los hombres no pueden ser grandes si no se dexan llevar de las mismas pasiones que los envilecen: con todo eso, catholicos, no hay cosa de mas estimacion para el hombre que el vivir segun Dios. La virtud es el mas heroyco esfuerzo del corazon, y el uso mas noble, y acertado que se puede hacer de el entendimiento; una alma exercitada en la vida de la fé no halla empresa que la sea dificil; y el justo tiene en la realidad todas aquellas grandes virtudes que en los hereos mundanos no se hallan sino en idea.

Para convencer al mundo acerca de una verdad de tanto honor por la fé, dió el Señor á la Francia el Santo Rey, cuya memoria, que tan apreciable es para todos los Fran-

ce-

ceses, nos junta hoy en este religioso lugar: las instrucciones y el buen exemplo de una madre santa ordenaron desde luego sus inclinaciones á la virtud. La Reyna Blanca, en medio de los cuidados de una regencia dificil, no conoció otro mas importante que la educacion del Rey joven, persuadida á que formando las costumbres del Soberano, formaba, por decirlo asi, las costumbres públicas, y que la felicidad de la Monarquía dependia de las prendas de aquel, á quien Dios habia destinado para gobernarla; no omitió diligencia alguna de quantas podian conducir á sembrar en su alma aquellas primeras semillas de magnanimidad y de virtud, que despues produxeron unos frutos tan santos y prodigiosos. No contenta con haber juntado para su enseñanza los sugetos mas virtuosos y doctos de la Francia, quiso ella misma tener la principal parte en esta grande obra, mezclando siempre las lecciones de la fé con las de la ciencia de reynar. Al mismo tiempo que le formaba Christiano, le enseñaba á ser Principe, á que nunca separase estas dos obligaciones, y á que mirase como contrario á los verdaderos intereses de su fama y corona todo lo que fuese contrario á la ley de Dios.

No faltó quien censurase en el mundo unos cuidados tan religiosos, (porque siempre debemos esperar del mundo estas censuras, quando no nos conformamos con su exemplo) decian algunos que los Reyes en su infancia deben tener otras diversiones mas nobles que los continuos exercicios de virtud; que con pretexto de preservar su inocencia, debilitaban su valor; que era preciso aflojar la rienda á unas inclinaciones, que despues, no teniendo freno en la autoridad soberana, serian mas impetuosas por haberlas querido contener demasiado; y finalmente, que una virtud tan exacta y rigurosa era mas á proposito para formar buenos solitarios que grandes Principes.

El estilo del mundo, Católicos, no se muda; bien estoy viendo que aun hoy justifica del mismo modo los

Tomo VII.

Y

abu-

abusos de las educaciones profanas: es verdad que siempre se encarga á los Directores de los jóvenes, que impriman desde luego en ellos las máximas de la virtud y de la sabiduría, pero al mismo tiempo no hay cosa que mas se tema que el que adelanten demasiado en estas máximas; el amor de la gloria mundana, el deseo de conseguirla, y el arte de agradar son las lecciones mas serias é importantes con que se cultiva la juventud de aquellos á quienes su nacimiento destina á los grandes puestos; gustáramos de ver apuntar en esta primera edad los primeros vislumbres de las mas peligrosas pasiones; llamamos grandes esperanzas á las muestras de los mas enormes vicios; miramos las felices y tranquilas disposiciones de un natural inclinado á la virtud, como presagios poco favorables; tememos en la infancia la poca inclinacion á las lecciones de la vanidad; procuramos despertar en ella con mil artificios las pasiones, que parece habia adormecido la misma naturaleza; y muchas veces permite Dios que prevalezcan estas impresiones estrañas, y que aquellos en quienes habíamos temido el exceso de prudencia y de virtud, sean demasiado libres aun para el mundo.

La piadosa madre de nuestro Santo no hizo caso de las murmuraciones del mundo acerca de la educacion del Rey joven, sino para darse la enhorabuena de haberlas merecido; el que elige el camino que condena el mundo, puede vivir seguro de su eleccion: y así S. Luis, instruido desde su niñez en la fé y en la piedad, llevó al trono, además de la inocencia de la primera edad, la gracia de aquella sagrada unción que acababa de señalarle con el augusto carácter de la soberanía, y de declararle sucesor del gran Clodoveo; un reynado que empezaba con aquella gracia que consagra á los Reyes, y que les hace reynar santamente, no podia menos de ser santo y glorioso. El modo de entrar á poseer las dignidades es el que regularmente santifica, ó vicia el uso de ellas. Dios preside siempre al reynado de aquellos Soberanos, á quienes su misma gracia ha colocado en el trono. Entonces el mismo Señor es pro-

tec-

tector del Rey y del pueblo, y si permite algunos funestos sucesos, saca de ellos utilidad para el Soberano y para los vasallos: y así, no os persuadaís á que la piedad de un Rey Santo pueda minorar en la nada la gloria de su reyno. Dios establece á los Reyes sobre los pueblos para defenderlos y protegerlos en tiempo de guerra, ó para hacerlos felices en el de paz. Por este medio merecieron los Reyes que se hallan alabados en las historias, que la posteridad los distinga entre sus predecesores. No hubo Rey en quien el amor de la gloria mundana hiciese llegar á tan alto punto las virtudes pacíficas y militares, como lo hizo la fé en el Santo Rey, cuya memoria veneramos en este día. Persuadido á que el trono no era asiento de la ociosidad de la soberbia ni de los deleytes, sino un tribunal de justicia, de religion, y de vigilancia, miró á todo su reyno como á su propia familia, y se hizo cargo de que era lo mismo ser soberano de sus vasallos, que deber servirlos á todos de padre.

Figuraos aqui, Católicos, el inmenso peso de los cuidados del reyno, y á un Principe que atiende á todos los negocios, sin que estos puedan ser bastantes para cansar su actividad, desterrando los abusos, restableciendo la decencia y autoridad de las leyes, sacando las dignidades públicas del abatimiento en que las habian puesto unas injustas elecciones, no permitiendo jamás que los talentos y el merito quedasen inútiles, ó fuesen desgraciados; zeloso de los derechos de su corona, y mucho mas zeloso de los intereses de Dios, manteniendo la magestad y las prerogativas del trono, sin dexar por eso de amar á sus pueblos, pronto siempre para oír á los quejosos, ó para consolar á los afligidos, queriendo instruirse de todo, para remediarlo todo, no buscando el secreto de ignorar los males públicos, haciendose inaccesible á sus vasallos, por no hallarse precisado á socorrerlos; convencido de que la afliccion es un titulo que dá derecho para presentarse delante de un buen Principe, y que no hay infeliz cuyas quejas no merezcan á lo me-

Y 2

nos

nos ser oídas; en una palabra, amado de su pueblo por su bondad, temido del vicio por su rectitud, estimado de la Iglesia por su religion, y persuadido á que la soberbia no es mas que un dominio tiranico, quando no es util sino para el que reyna, y quando los pueblos no viven sino para el Principe, y el Principe para sí solo. ¡Oh santas máximas! permaneced siempre gravadas al rededor de la diadema, y en el corazon de sus Augustos descendientes.

La bondad, Católicos, es la principal virtud de los Reyes. De ella dice un gran Rey, *que es la fuerza, y la firmeza del trono.* (a) Los Reyes solamente son poderosos para ser beneficos, y solamente reynan en quanto son amados; el nacimiento los dá el reyno, pero el amor es el que los dá vasallos. Criado nuestro Santo con estas máximas; y por otra parte, habiendo aprendido en el Evangelio que los Reyes de las naciones no buscan mas que el dominar á sus pueblos, pero que los Reyes Christianos solamente deben dedicarse á hacerlos felices, miró esta ocupacion como la principal de su vida. En los Reynados antecedentes, y durante las turbaciones inseparables de la menor edad de los Reyes, la Francia, casi arruinada, habia experimentado aquellos tiempos calamitosos, en que es necesaria la continuacion de las cargas públicas para la seguridad de los pueblos, y en que para defenderlos, casi es preciso aniquilarlos. El Santo Rey los restituye con la tranquilidad, la alegría y la abundancia: las familias vieron renacer aquellos felices siglos, que tanto habian deseado; las ciudades recobraron su antiguo lustre: las artes, fomentadas con las liberalidades del Principe, traxeron á nuestras casas riquezas de los extrangeros; el reyno abundante ya con su propia cosecha, se vió tambien enriquecido con la abundancia de sus vecinos: los Franceses vivian felices, y baxo el

(a) Prov. 20. v. 28.

el dominio de tan gran Rey, lo mas que podian desear para sus hijos era un sucesor que se le pareciese.

Pero no contento S. Luis con atender á las necesidades particulares, aumentó su cuidado en remediar las miserias públicas, y aun en precaverlas: es privilegio, y al mismo tiempo obligacion en los Grandes el disponer, no solamente para su siglo, sino tambien para los venideros, unos socorros públicos, que sirvan para remediar las públicas miserias. Conoció nuestro Santo Rey esta obligacion, y jamás hubo Principe que tan buen uso hiciese de este feliz privilegio. ¡Quántas casas santas dotó! ¡Quántos lugares de misericordia edificó con sus liberalidades! ¡Quántos establecimientos utiles se emprehendieron baxo su cuidado! No hay género de miseria para la que no dexase este piadoso Rey algun socorro público, que durase en todas las edades. ¡O tú ciudad feliz que en otro tiempo le viste reynar dentro de tus muros, se ven levantados, y permanecerán eternamente los sagrados edificios, y los inmortales frutos de su caridad y de su amor á su pueblo! Pero no se ciñeron solamente al recinto de esta Capital los beneficos cuidados de su piedad y magnificencia; obligado muchas veces á visitar sus provincias, y á dexarse ver de sus mas remotos vasallos, dexó en todas partes eternos monumentos de su bondad y misericordia: y aun el día de hoy las señas que se dán de los viages que hizo por las diversas provincias del reyno, son como las que en otro tiempo daban los Hebreos de los Patriarcas en Palestina, esto es, los monumentos de religion que levantó para gloria del Dios de sus padres. Apenas alcanzaban sus tesoros á sus piadosas liberalidades, y quando le hacian cargo, dice un antiguo Historiador de su vida, de que estos excesivos dones agotaban el tesoro, y que podian perjudicar á otras necesidades mas urgentes; mejor es agotarle, respondiá, para aliviar á los pobres, cuyo Padre soy, y á los que Dios me manda que socorra, que para mantener las profusiones y vanas magnificencias, que

que parecen lícitas á la Dignidad Real, pero que me están prohibidas por la ley de Dios; y así á costa de padecer necesidades en sí mismo, ahorraba los caudales que destinó para socorro de los infelices; y no obstante ser Rey, juzgaba que le estaban prohibidos por superfluos los menores gastos, mientras le faltaban todavía algunas miserias que socorrer.

¡Qué exemplo este, ó Dios mio, para confundir algun día las bárbaras excusas, que la clase y el nacimiento oponen á la obligacion de la misericordia! Es posible, Católicos, que al mismo tiempo que la magnificencia y diversiones públicas de esta soberbia ciudad atraen á ella de todas partes á los estrangeros, que al mismo tiempo que la pompa lasciva de los teatros y espectáculos casi excede á la de los siglos Paganos, que al mismo tiempo que la soberbia de los edificios, y la loca vanidad de los muebles preciosos no tiene límites, que quando ha sido necesario que la autoridad soberana contenga el furor del juego, que quando el luxo, que todos los dias se aumenta, ha llegado á ser un uso molesto é insufrible aun para el mismo mundo que le ha inventado: que siendo esta la ciudad desde donde se derrama por toda Europa, y adonde vienen nuestros vecinos á buscar el modelo de la vanidad; en una palabra, que quando no hay profusion de que esta sumptuosa ciudad no esté dando exemplo á los demás pueblos, ¿es posible, vuelvo á decir, que no se ha de atender en ella á las comunes miserias que las casas públicas de misericordia, las que las mismas ciudades Paganas mantenian con tanto cuidado y magnificencia, se hayan de arruinar en nuestra ciudad por falta de socorro, que hayan de faltar á los pobres los alivios públicos y particulares, que no haya de ser atendido el zelo de los justos, que se hayan de abandonar las obras mas utiles, y que las lágrimas de tantos infelices, que en otro tiempo hallaban aquí asilo, le hayan de buscar ahora en vano, sin haber una mano caritativa que las enjugo? Dios os juz-

juzgará, Católicos, y en su terrible tribunal vuestras riquezas se levantarán contra vosotros, y se quejarán de que las habeis hecho servir para la vanidad y los deleytes, quando estaban destinadas á glorificar al Soberano dispensador que os las habia dado para que las empleais en usos piadosos.

De este modo, la virtud y la afabilidad de nuestro Santo Rey hacian felices á sus pueblos; á todos se les permitia ponerse en su presencia, sin que negase ni aun al mas infimo de sus vasallos el consuelo de ver á su Principe, manifestandoles siempre un rostro risueño, templando con el agrado la magestad del trono, cubriendo como Moysés con un velo de afabilidad y dulzura el resplandor de su persona y dignidad, para que los que se acercaban á él le pudiesen mirar sin temor, y despojandose tanto de aquel fausto de que está rodeada la grandeza, que los que llegaban á él, solamente conocian que era el Principe, porque le veían distribuir las gracias. La afabilidad y el agrado serían las virtudes naturales en los Grandes, si se acordáran que son los Padres de sus pueblos; la esquivéz y la aspereza, en vez de ser prerogativas de su clase, son abuso y oprobio de ella; y no merecen ser dueños de sus vasallos, desde que se olvidan que son sus Padres. Esta leccion se dirige á todos aquellos que por razon de su dignidad se hallan constituidos superiores de los pueblos. ¡Ah! la autoridad se manifiesta algunas veces con una frente tan severa é inaccesible, que los pobres afligidos tienen por la mayor desgracia la necesidad de haber de parecer en presencia de aquel de quien esperan su libertad. Con todo eso, los puestos que nos hacen superiores á los pueblos, solamente están establecidos en favor de estos: las necesidades públicas son las que formaron las públicas dignidades; y si alguna vez puede ser molesta la autoridad, debe ser precisamente para aquellos que la exercen, y que están revestidos de ella, y no para los que la imploran, y la van á buscar como asilo.

Es verdad, que la afabilidad por sí sola sería peligrosa en los cargos públicos, si no estuviera templada con una justa severidad; y que los Principes, así como tienen cetros para significar que son Pastores de sus pueblos, y que están obligados á remediar sus necesidades, tienen tambien espada, para que se acuerden de que están establecidos para corregir ó castigar los abusos. Nada de esto ignoró nuestro Santo Rey; las guerras civiles, el poco poder de los reynados anteriores, y la misma ignorancia y corrupcion de aquellos desgraciados tiempos habian confundido en el reyno la magestad de los Reyes con la libertad de las costumbres: aun en la misma capital del reyno, y á vista del mismo Principe habia algunos hombres corrompidos, revestidos de la pública autoridad, que abusaban de las leyes, y para los que el unico pecado irremisible era la miseria; bien se dexa conocer cuál sería en aquel desgraciado siglo la disciplina de las costumbres, siendo tales los Censores de los públicos desordenes. Por todas las ciudades de la Francia se habia derramado una tropa de Histriones que desde los impuros teatros corrompian á los pueblos, y que mezclando hasta los santos Misterios de la religion en sus torpes é indecentes espectáculos, exponian al público, con descaro, unas obscenidades que aun eran mas sacrilegas por esta mezcla ridicula é impia, y cuya infamia é impiedad no permitia la barbaridad de aquellos tiempos que se conociese bien; de estas públicas escuelas de luxuria nacia, como siempre sucede, una multitud de vicios, y parece que la Francia, aunque mas civilizada despues que habia abrazado la fé de Jesu-Christo, se habia vuelto con esta desordenada libertad á la barbarie de sus mayores. Persuadióse el Santo Rey á que era preciso aplicar grandes remedios á tan grandes males: empezó formando aquellos utiles reglamentos, que aun hoy hacen tanto honor á la Jurisprudencia del reyno: eligió sujetos íntegros y doctos, que en su compañía presidiesen á la justicia y á los juicios: ya no se sentaban entre los Ancianos de Israel unos hom-

hombres desconocidos, levantados sobre las ruinas de los pueblos, y poco á proposito para compadecerse de las públicas miserias de que ellos mismos habian sido los autores; las riquezas y el favor no ensalzaban ya á ninguno á aquellos cargos, en donde lo que mas se necesita es la ciencia, el desinterés, y la equidad; buscó por todo el reyno hombres de estas prendas; y muchas veces el mérito llamado de los lugares mas distantes, y sacado del estado mas obscuro, subia á ocupar el primer Tribunal de la Corte; el mas precioso don con que los Reyes pueden enriquecer á sus Pueblos es no confiar su autoridad sino á unos hombres, que solamente la empleen á favor de los mismos pueblos.

De este modo cada día se iba restableciendo la magestad de las leyes, y el buen orden de las públicas costumbres. Muy presto se vió suspendida la corriente de los públicos desordenes, prohibidos los lugares de infamia y de ignominia, arruinados los impuros teatros, privados por las leyes del estado como delitos esos espectáculos, cuyos peligros, atendidas las reglas de la fé, tanto trabajo nos cuesta hoy el persuadir; y los Comicos, á los que hoy no se avergüenzan las personas de mas alta esfera de honrar con su familiaridad, y á los que muchos padres christianos tienen la osadía de confiar la educacion de sus hijos para que los instruyan en todos los artes propios para agradar, declarados infames, y desterrados del reyno, como peste de las públicas costumbres y de la virtud.

Limpio pues el Santo Rey al estado con la severidad de sus leyes; pero qué atención no puso tambien en restablecer la magestad del culto, y la santidad de los altares! Los Franceses, pueblos feroces y belicosos, al mismo tiempo que conquistaron las Gaulas, traxeron á ellas una especie de barbarie, inseparable de una nacion que hasta entonces no habia tenido mas exercicio que la guerra, y á la que todavia no habia podido domesticar la fé que recibió despues; aun los primeros Re-

yes Franceses conservaron por mucho tiempo aquellas reliquias de ferocidad, y sus reynados casi todos estuvieron cubiertos de sangre y atrocidades: la religion, que despues subió al trono con el grande Clodovéo, colocó tambien en él la humanidad y la clemencia, pero no se mudó tan presto el espíritu ardiente de la nación, y aunque no faltaron entonces Pastores Santos en la Iglesia de Francia, célebres siempre por su doctrina y virtud, con todo eso, la mayor parte de aquellos sugetos á quienes los Reyes ensalzaban á estas santas dignidades, aunque dexaban el hábito del siglo, no por eso se despojaban de sus costumbres y abusos; y siendo por derecho de sus Iglesias, Señores de feudos considerables, y de un gran numero de vasallos, mas solian pensar en pelear con sus vecinos, que en instruir y edificar á sus pueblos; de esto provino que la ignorancia, la relajacion, el olvido de las leyes, y el abandono de la disciplina pasasen de los primeros pastores á los demás Eclesiasticos; y aunque en los anteriores reynados se juntaron muchas veces los Obispos, y no omitieron diligencia alguna para remediar este escandalo con utilisimas leyes, que aun se conservan el dia de hoy, como uno de los mas preciosos monumentos de la Iglesia de Francia; con todo eso, quando nuestro Santo Rey subió al Trono, aun no estaba bien cerrada la herida.

Y así persuadido á que su poder, que dimanaba de Dios, se le habia dado solamente para hacer que reynase el Señor en su pueblo, que los Reyes solamente están establecidos para proteger y dilatar el reyno de Jesu-Christo en la tierra, y que los Césares, como en otro tiempo decia Tertuliano, solamente nacia para los fieles, miró los intereses de la religion como uno de los cuidados que mas le instaban; desde luego se hizo cargo de que la principal raíz de los males de la Iglesia es siempre la incapacidad ó desorden de los que ocupan los primeros puestos, que baxo la direccion de unos pastores ignorantes ó mundanos se debilita la doctrina, que el culto vá de-

degenerando poco á poco, y que el Arca Santa no puede tardar mucho en ser despreciada, y aun servir de burla á los Filisteos, luego que los hijos de Helí son puestos por sus principales depositarios; empezó pues el Santo Rey á restablecer la santidad y magestad en el Santuario, colocando ministros fieles en las primeras dignidades; el nacimiento, los ardides, y el favor no volvieron á dar directores á los pueblos, ni pastores á las Iglesias; no se miraba la distribucion de los sagrados honores como efecto de los artificios de la Corte, sino como un negocio de religion; no se pagaban los servicios hechos al estado con las rentas y honores del Santuario, ni se miraba un ministerio, que lo es de paz y mansedumbre, como precio de la sangre, y recompensa de las victorias: no se atendia á las súplicas, sino para excluir á aquellos que tenían la temeridad de pretender estos cargos, ó de llamarse para ellos á sí mismos; se sacó de la obscuridad de los claustros, tan fertiles entonces en varones ilustres, lo mas docto, y lo mas santo que en sí encerraban aquellos piadosos asilos; se procuraba ensalzar á aquellos que habian sabido ocultarse; y para hacerse digno un hombre de los primeros puestos, era menester que hubiese tenido valor para saberlos renunciar. ¡O Dios mio! renovad aquel primitivo espíritu en la relajacion de nuestro siglo: favoreced las santas intenciones de un Monarca religioso, y en medio de aquellos humanos deseos de que siempre está rodeado el trono, y que suelen disfrazarse con las apariencias de virtud, iluminad, Señor, sus ojos, que tan favorables se muestran á la piedad; manifestadle vos mismo á los que habeis escogido, y continuad protegiendo vuestra Iglesia, conservando á un Principe, que siguiendo las huellas de su Santo predecesor, mira como el mas principal cuidado de su Corona, el dar á los pueblos pastores Santos, y Ministros fieles á la Iglesia.

Pero no se contentó San Luis con elevar á los sagrados honores á los hombres doctos y virtuosos, sino que tam-

tambien los honró con su confianza. Los hombres mas eminentes en doctrina y virtud que hubo en aquel siglo, iban casi todos los dias á entretenerle con santas conversaciones, que le servian de descanso en los cuidados del reyno, ó á ayudarle en estos con sus utiles correjos. Santo Thomás, San Buenaventura, Roberto Sorbon, aquellos hombres tan célebres y tan Santos, se sentaron muchos dias á su mesa, y honrando de este modo la virtud y la ciencia, no solo manifestaba que la familiaridad de los buenos Principes debia servir de recompensa al mérito y á la virtud, sino tambien que entre todas las grandezas del reyno, no hay deleytes mas agradables y puros que los que se experimentan en el trato de las almas santas y fieles; entonces se empezó á ver lo que el dia de hoy estamos viendo en un Reynado mucho mas feliz, esto es, servir de asilo el Palacio del Principe á las ciencias y á las letras, los sábios juntos al rededor del trono, hacer nuevos progresos todos los dias en el conocimiento de la naturaleza, cultivar las costumbres y el idioma, renovar la eloquencia de los siglos felices, descubrir lo mas obscuro y curioso de la antigüedad, y hecha la Francia por este medio la escuela pública de toda Europa, multiplicándose en ella los sábios, tanto por el feliz talento de la nacion, como por las liberalidades del Soberano, que nunca dexa sin recompensa los talentos y el mérito.

Un reyno acompañado de tanta prudencia y justicia, inmediatamente fué propuesto como modelo de todos los Reynos, é hizo que el Santo Rey fuese la admiracion de todas las Cortes de Europa. Nuestros vecinos, zelosos siempre de la grandeza, y gloria de la Monarchia, la veían prosperarse, sin envidia, baxo la direccion de un Monarca, cuya prudencia y virtud se veían precisados á admirar; mas cuidaban de estudiar é imitar la prudencia de su gobierno, y la felicidad de su Reynado, que de turbarle; y aun venian á poner al pie de su trono sus disensiones y quejas, fiando á su decision todos sus in-

intereses, y no obstante las razones de estado, que parecian hacernos útiles sus disensiones, siempre hallaban en él un juez equitativo y desinteresado, que arreglaba sus diferencias, que aplacaba sus furors, y que al mismo tiempo que los reconciliaba entre sí, no hacia mas que grangearse su admiracion y sus respetos. Catholicos, el atreverse á decir que las máximas del Evangelio son incompatibles con las del gobierno, es deshonar la fé de los christianos, y blasfemar contra ella; la religion que estableció los Reyes, es la que unicamente conserva y mantiene los reynos; la prudencia de la cruz hace reynar con mas seguridad que la falsa prudencia de la carne; la ambicion y la mala fé han trastornado muchos tronos, pero la justicia, y la virtud siempre los han asegurado.

La causa de esta ilusion es, que miramos la virtud como suerte de las almas fiacas y tímidas, y nos parece que las virtudes militares, que suponen valor, aliento, y elevacion son incompatibles en el corazon con lo tierno de la caridad, y con la paz y mansedumbre de la inocencia; como si para ser valientes fuera necesario ser viciosos, siendo asi que el verdadero valor es el que nace de la virtud; en nuestro piadoso Monarca no se distinguia el Heroe del Santo; á la frente de sus exercitos no parecia aquel Rey tan pacifico y accesible para sus vasallos, que sentado debajo de las encinas de Vincennes con una afabilidad, á la que hacia mas respetable la sencillez del lugar, arreglaba los intereses de las familias, reconciliaba á los padres con sus hijos, separaba las pasiones de la equidad, y aseguraba los derechos de la viuda y del huérfano, dexándose ver, mas como padre en medio de su familia, que como Rey en presencia de sus vasallos, mezclándose en unas menudencias, que sus subalternos tendrian por cosa de menos valer el averiguarlas, y persuadiéndose á que solo puede ser indecente á la magestad de los Reyes el ignorar las necesidades de sus pueblos.

Dixe, y con razon, que á la frente de sus exércitos, no parecia aquel Rey pacífico y clemente, sino que era un héroe que siempre se manifestaba mas intrépido, á proporcion que se aumentaba el peligro; mas magnanimo en las pérdidas que en las victorias, terrible para sus mismos enemigos, aun quando era su prisionero. ¡Con qué valor restableció la gloria y magestad de su trono, que se hallaba debilitado con las disensiones que habian nacido en su menor edad! los Grandes, con pretexto de estar disgustados de la Regente, habian tomado las armas contra su Rey; un Principe de su sangre, hecho caudillo de los rebeldes, lo arrastraba todo á su partido, y yá la mayor parte de las Provincias, gobernadas entonces por otros tantos pequeños Soberanos, no querian reconocer al Señor universal; el jóven Luis, entre estas turbaciones tan peligrosas para una autoridad que se hallaba tan en sus principios, junta tropas, persigue á los rebeldes, gana las ciudades, y reduce las provincias á su obligacion; el Principe, Gefe de la rebelion, pide la paz; los Grandes siguen su exemplo, y obligados á ir á implorar la clemencia del vencedor, se admiran al ver que en él hallan un padre; y viéndole superior siempre, ó al peligro, ó á la victoria, se dán el parabien de una desgracia que los ha proporcionado un dueño tan amable, y que los ha dado á conocer un tan gran Rey.

Sujetando de este modo los enemigos domesticos, se ensayaba nuestro piadoso héroe para combatir algun dia con los enemigos de la fé; miraba con dolor empleadas las armas de los Principes Christianos en destruirse unos á otros, y que sus funestas discordias aumentaban cada dia la insolencia y las conquistas de las naciones infieles: impelido de un zelo santo sale, como otro Abraham, de su tierra, y de la casa de sus padres, abandona todas las delicias del trono, y poniéndose á la frente de sus mas valerosos vasallos, vá volando á vengar la gloria de Jesu-Christo, ultrajada por unos bárbaros, que todavia pi-

sa-

saban una parte de los Santos Lugares de la Palestina, y que amenazaban de invadir el país que poco antes habia conquistado el valor de los Franceses: ¡ó tierra desgraciada! que regada con la sangre de Jesu-Christo, y consagrada con los mysterios que obraron la salud de todos los hombres, no obstante esto todavia gimes, á pesar de los esfuerzos de nuestros padres, bajo una dura servidumbre, para servir sin duda de monumento hasta el fin á la verdad de las Profecías del Salvador, y á la triste reprobacion de los Judios; ¡ó tierra desgraciada! quando viste armado á este piadoso héroe para libertar á la santa Ciudad de Jerusalém, te acordaste de tus antiguos dias de gloria y de alegria, te manifestaste animada de una nueva esperanza, te pareció que volvias á ver á los Josués, á los Gedeones, y á los Davides á la cabeza de sus Tribus, que venian á romper tu yugo, y á libertarte de la servidumbre y opresion de un pueblo incircunciso. Pero todavia no habia llegado el tiempo de tu libertad; todavia no estaba expiado el delito de tus padres, y el Señor solamente queria glorificar á su siervo, probandole, pero no queria poner fin á tus desgracias é ignominia.

Con todo eso, todo parece que anunciaba un feliz suceso: la santidad de la empresa, el zelo ardiente de una nacion acostumbrada á vencer, la felicidad de la primera expedicion, gobernada por el valeroso Godofre, las oraciones de toda la Iglesia, que añaden siempre nueva fuerza á las armas que pelean por la gloria del Señor, y finalmente el valor y la piedad del Principe á quien solamente el zelo de la religion habia inspirado aquel grande y devoto proyecto. Digo su valor, porque, Catholicos, ¿quién es capaz de referir las heroycas acciones que hizo en una guerra tan famosa por sus desgracias, y por su fé? Unas veces hallandose á las puertas de Damietta, impaciente de vengar la gloria del Señor, se arroja al agua con la espada en la mano, y con el escudo colgado del cuello, y adelantandose á sus tropas á vista del enemigo, exclama co-

mo

mo otro Theodosio, ¿dónde está el Dios de Luis? Anima á los suyos, que estaban atemorizados con lo grande del peligro; infunde terror en sus enemigos con lo terrible de su aspecto, y Damietta se rinde á su valor y á su fé. Otras veces, corriendo adonde era mayor el peligro, exponiendo cada instante, con su persona, la salud de su exercito, sordo á las súplicas de los suyos, se arroja al combate como un simple soldado, sin acordarse de que es Rey, sino para pensar en que está obligado á dar su vida por la salud de su pueblo: otras veces, invencible aún en las cadenas, está representando la Magestad del trono en su valor, y en su grandeza de animo, y no obstante estar cautivo, hace que le respeten los barbaros vencedores.

No, Catholicos; (y este es el fruto de la primera parte de este discurso) aquellas grandes prendas que tanto admira el mundo son heroycas en los Santos; y en los demás, ó son pasiones, ó flaquezas. La virtud es la unica raíz del verdadero merito. Las mas illustres acciones de los pecadores, como siempre se arriman á la corrupcion del corazon de donde nacen, se avergüenzan de la bajeza de su origen. Hay algunas que son como aquellas nubes resplandecientes, que nada tienen de hermoso mas que la vista, y que tienen su origen en el mas vil cieno de las lagunas. Es verdad que se aplauden las victorias de un Conquistador, pero si está corrompido su corazon, si no teme al Señor, aunque se alaben sus felices sucesos, el heroe merece pocas alabanzas, y lo que se tiene por grandeza de animo, ó es una ferocidad natural que le hace intrepido, ó una temeridad, que no le dexa ver el peligro, ó una bajeza de alma, que todo lo expone y arriesga por grangearse unos vanos elogios. Alabamos la constancia de un hombre á quien no puede abatir la adversidad, pero si el principio de su constancia no está en su fé, en el consuelo de su propia conciencia, y en la sumision á las ordenes de Dios que le castiga, es un impostor que se hace traycion á sí mismo y nos engaña, ó un barbaro que no tiene capacidad para sentir.

Sed,

Sed pues Santos, Católicos, si quereis ser verdaderamente grandes; la virtud, aunque la teneis por flaqueza, es la que unicamente enoblece el corazon, la que le hace superior á las pasiones vulgares, y forma las grandes prendas, porque ella sola es la que nos hace que obremos gobernandonos por grandes principios. De este modo S. Luis fue un gran Rey á la vista del mundo, porque fue un Rey santo en la presencia de Dios, pero aún no he dicho bastante; se persuadió á que debia ser tanto mas santo á la vista de Dios, quanto mas grande era á la del mundo; y esto es lo que me falta probar.

## SEGUNDA PARTE.

NO hay error mas recibido en el mundo, que el que nos hace mirar la clase y el nacimiento como titulos que dispensan en las obligaciones del Evangelio. Nos parece que la extrema desproporcion que se halla entre las obligaciones de una vida christiana, y las costumbres inseparables de la grandeza, debe moderar, respecto de los Grandes, la austeridad de las santas reglas; como si los obstáculos para la eterna salud, que son castigo y maldicion de su prosperidad, pudieran servir de privilegio que los facilitase los caminos; y como si lo que es peligro, y desgracia para los Grandes, pudiera servirles al mismo tiempo de seguridad y provecho. Se persuaden á que quanto mas elevada es su clase, mas crece en la presencia de Dios el merito de sus obras, aun de las mas leves; y que por poco que hagan por el cielo, sus débiles esfuerzos, hinchados con sus titulos y dignidades, tienen el mismo peso en la balanza del Soberano Juez, que las mas abundantes justicias, y que las obras mas santas y penosas de las almas vulgares.

A una ilusion tan comun opuso S. Luis los fines de la fé: en vez de mirar el trono como un puesto que justifica las costumbres sensuales, conoció, con San Ambrosio, que

Tomo VII.

Aa

quan-

quanto mas habia recibido , mas se le habia de pedir ; y que siendo infinitos los peligros del trono , casi irreparables sus faltas , y sumamente esencial el buen exemplo del Soberano , tenia necesidad de mas vigilancia para conservar en él pura su alma ; de mas mortificacion , para expiar en él , además de sus propias flaquezas , tantas culpas ajenas inevitables en los grandes puestos ; y finalmente mas fidelidad en sus obligaciones domesticas , para servir de modelo á sus pueblos.

Dixe en primer lugar , mas vigilancia para conservar en él pura su alma. A la verdad , Católicos , que todo es un continuo peligro en la dignidad Soberana ; en ella se mantiene la vanidad con las injustas adulaciones , se vén aplaudidas las pasiones por unas indignas alabanzas , la autoridad suprema facilita los placeres , la multitud de negocios , ó la ociosidad producen el olvido de Dios ; finalmente , se hallan unas costumbres aprobadas por todos los siglos , pero reprobadas por la ley de Dios , que es mucho mas antigua ; el mas peligroso de todos estos escollos es el no conocerlos , porque como los Grandes siempre están oyendo alabanzas , y nunca oyen instrucciones , perecen regularmente , aún sin haber sabido que tenían motivo para temer.

Convencido nuestro piadoso Principe de estas sublimes verdades , ordenó su vigilancia para atender á esta multitud de peligros. Regularmente luego que los Grandes se olvidan de Dios , no conocen límites en su libertad ; cansados de los desordenes comunes , necesitan de unos excesos extraordinarios para avivar sus sentidos satisfechos de deleytes , y aún en la misma culpa solamente los puede agradar una funesta y enorme singularidad. Por eso aquel Principe de Babylonia no hubiera hallado gusto en las impuras disoluciones de sus festines , si no los hubiera sazonado con la sacrilega profanacion de los vasos del Santuario. Nuestro Santo Rey se figuraba como monstruos los mas leves defectos ; no hubo cosa que tanto aborrecie-

se,

se. como al pecado que mata al alma , y la hace rea de la eterna desgracia de su Dios. No podia comprehender cómo habia hombres que conociesen en la tierra otras desgracias mayores que la de caer en pecado ; este era el asunto ordinario de sus conversaciones , y como decia muchas veces , le hubiera parecido una gran ganancia el perder su reyno , si con esto pudiera evitar un solo pecado ; resucitado ¡oh Dios mio! entre los Grandes y Principes de vuestro pueblo una fé tan viva , y tan digna de la religion ; hacedlos que conozcan que en la mas alta fortuna , y aún en el mismo trono nada son , y todo lo han perdido si tienen la desgracia de perderos.

A este modo de pensar añadió San Luis las precauciones y los remedios , porque ¿quién ignora Católicos , que la adulacion es el escollo de los mejores Principes , que no teniendo al rededor de sí sino ojos favorables , y lenguas lisonjeras , nunca vén sus vicios sino baxo las agradables apariencias de virtud , y que todo les engaña , porque el arte de agradarles consiste en saberlos engañar ? Nuestro Santo Rey no tuvo aduladores , porque no amaba los excesos ; rodeado de un gran numero de amigos santos y fieles , los miraba como á censores de sus acciones , y los mas sincéros eran á los que mas estimaba : persuadido á que los Principes nunca saben sino las verdades agradables ; que son dignos de lastima , porque su poder solamente se estiende á no tener amigo alguno , y á hacer falsos y tímidos á los hombres , con los mismos favores con que procuran ganarlos , buscó en los justos aquella rectitud de corazon , aquella sinceridad en las palabras , y aquella desinteresada libertad que solamente en ellos puede hallarse. Quería ser instruido , y no quería ser lisonjeado ; la verdad solamente es odiosa para aquellos que temen el conocerla.

Pero no contento S. Luis con evitar los peligros de su dignidad , se persuadió á que estaba obligado á expiar continuamente aquellas faltas , ó inevitables , ó desconocidas.

Aa 2

For-

Porque, Católicos; qué abismo no es una grande dignidad que nos coloca sobre los pueblos, y que en la presencia de Dios nos hace responsables de la suerte de las ciudades y provincias, de la tranquilidad de las familias, de la observancia de las leyes, de las resultas de la paz ó de la guerra, de la abundancia ó de las calamidades públicas, de la libertad ó de la disciplina de las costumbres, de los artificios y de las pasiones humanas, de los abusos que quedan sin castigo, ó que se autorizan con el mal exemplo, de las virtudes que se desprecian, ó que acaso se persiguen, de los favores que se conceden al vicio, ó que se niegan al merito? ¡Gran Dios! Vos no abandonais á los Grandes y Poderosos. Pues Vos mismo sois quien los ha establecido, y de Vos solo tienen su poder; pero es indubitable que los grandes puestos son grandes escollos para la salvacion.

Lleno de estas ideas de la fé, gemia continuamente nuestro Santo Rey con el peso de la corona, y con la multitud de sus cuidados y obligaciones; no le deslumbraba el resplandor que rodea al trono, pero le atemorizaban los inmensos cuidados y obligaciones que se ocultan baxo su engañoso resplandor. Castigaba en su propia carne los públicos desordenes; miraba los pecados de sus pueblos como pecados propios suyos; se creía obligado á expiar todo lo que no podía remediar, y baxo el resplandor de la purpura real ocultaba la mortificacion de Jesu-Christo. La austeridad de un cilicio casi continuo afligia la inocencia de su cuerpo, y solamente suspendia esta dolorosa mortificacion por obedecer las ordenes de su Director de conciencia; aquellos miembros que nunca habian servido á la sensualidad, servian á la justicia y á la penitencia; y con todo eso, hoy no nos atreveriamos á ordenar á los Grandes estas penitencias, aún despues de sus mayores delitos; las obras de Religion que hacen, aún las mas leves, están siempre acompañadas de unos elogios tan pomposos, que apenas podrian tributarse á la virtud mas consumada; lue-

luego que dexan de ser modelos del vicio y del libertinage, empiezan á ser mirados como modelos de virtud. Por eso, como S. Ambrosio decia al gran Teodosio, en los pasados siglos se vieron muchos Principes pecadores sentados en el trono, pero no se vió mas que un David penitente. ¡Quántas veces en las públicas calamidades que afligian al reyno, vió esta ciudad capital á nuestro Santo Rey atravesar sus calles, cubierto de ceniza y de cilicio, para ir á implorar públicamente en nuestros Templos las piedades del cielo, ofrecerse á sí mismo, á exemplo de David, como víctima de propiciacion por todo su pueblo, mirarse como causa de las públicas desgracias, y decir al Señor, como aquel Principe: Dirigid ¡oh Dios mio! contra mí solo la espada de vuestro furor, y de vuestra indignacion; perdonad á este pueblo que habeis escogido, que os conoce y adora, y cuyo pecado á vuestra vista, acaso no es otro mas que tener un Principe á quien habeis llenado de favores, sin que por eso os sea mas fiel! *Vertatur obsecro manus tua contra me; ego sum qui peccavi, ego iniquè egi, isti, qui oves sunt, quid fecerunt?* (a)

Y verdaderamente, Católicos, que estas expresiones tan humildes en boca de San Luis no serian mas que una confesion sincera en los Grandes. Las desgracias de los pueblos casi siempre son efecto de los pecados de los poderosos: Sí, Católicos, el pueblo sencillo adora todavia al Dios de sus padres con una fé humilde, y con una conciencia sincera; la religion parece que solamente está guardada para él, quando ésta entre los Grandes y poderosos no es mas que un problema; entre éstos la fé pasa por credulidad, la impiedad regularmente no tiene mas freno que el respeto al Soberano, ó su religiosa severidad; la sensualidad no conoce, ni aún los sagrados límites de la naturaleza, y de la humildad; la molestia y saciedad que

(a) 2. Reg. 21. v. 27.

sigue á los placeres es la suerte de los mas prudentes y virtuosos. Con todo eso, Católicos, siendo vosotros los que unicamente atraeis sobre los pueblos los públicos castigos, solo el pueblo es el que lo experimenta; todos los dias estais alegando las públicas calamidades para minorar vuestras limosnas, y escusaros de socorrerlas; vuestro juego, vuestras mesas, vuestras profusiones, ni vuestros deleytes, nada padecen en esto; solamente cercenais las obligaciones de la misericordia; vosotros sois los únicos culpados, y solamente los pobres experimentan el castigo; vuestro mismo pecado os sirve de excusa; las públicas calamidades, que siempre son castigo de vuestras disoluciones, y que debieran ser el justo motivo de vuestras lagrimas y liberalidades, lo son de vuestra dureza y barbaridad; vosotros habeis atraído la indignacion de Dios sobre su pueblo con el mal uso que habeis hecho de los bienes con que os ha enriquecido, y al mismo tiempo avivais su furor negandolos á los infelices, á los que solamente hiere para daros ocasion de que le aplaqueis aliviandolos. ¡Ay de vosotros! que despues de haber abusado de las gracias del cielo, abusais tambien de sus castigos; é igualmente insensibles á las demostraciones de un Dios benéfico, ó severo, en todas las cosas hallais motivo de pecado, ó pretexto para vuestra impenitencia.

A lo menos, Católicos, vosotros debeis dar buen exemplo á los pueblos, aún quando tuvierais algunos pretextos para escusaros de la reparacion de los públicos males que los afligen: ultimo motivo de virtud que halló nuestro Santo Rey en la dignidad soberana. El exemplo de los Grandes decide casi siempre de las costumbres públicas; los hombres gustan de tener grandes modelos, y por una vanidad natural que cada uno halla dentro de sí mismo, nos parece que imitando sus costumbres participamos de su grandeza y nacimiento; el pueblo, con especialidad, que es incapáz de formarse reglas, busca exemplos; y así como los Grandes le parecen mas dignos de en-

envidia, tambien le parecen los mas dignos de ser imitados. Añadid á estos motivos que inspira la naturaleza, otros motivos de condescendencia, de temor, ó de fortuna, que dañan á los Grandes tantos imitadores, y que hacen tan peligrosos ó tan utiles los exemplos de aquellos á quienes se tiene interés en agradar.

Y así quanto mas expuestos estamos á la vista del público, mas deudores somos á nuestra clase del espectáculo de una vida pura é irreprehensible: por eso, todavía estamos admirando en San Luis las qualidades de un gran Rey, juntas con todas las virtudes de un simple fiel; en aquellas ocasiones en que lo pedia la dignidad del Trono, se manifestaba mas magnifico que todos los Principes de su siglo, volviendo despues á revestirse de aquella sencillez christiana de que no están dispensados los Grandes, y aún excediendo á sus vasallos, como lo advierte la historia de su vida, en la simplicidad de sus vestidos, y en la frugalidad de su mesa, enseñandonos en esto, que la costumbre solamente puede servir de ley para los que la aman, y que las pasiones de los hombres, y no la clase, ni las dignidades, son las que han hecho necesario el luxo y las profusiones. Por otra parte, estaba lleno de un noble valor quando se trataba de mantener los derechos del Imperio, de sujetar los vasallos rebeldes, ó de hacer respetar á unos vencedores barbaros la magestad de su clase; pero al acabar con estas funciones, se le veía ya presentar al pie de los Altares la compuncion y humildad de un penitente, ya postrar á los pies de los pobres, á quienes servia todos los dias con sus propias manos, la Magestad Real; ya sepultar él mismo en medio del contagio, y derrota de su exercito, á los Soldados muertos por la gloria de Jesu-Christo, animando á los suyos con su exemplo; y no obstante el olor de muerte que esparcia el ayre inficionado con la corrupcion de los cuerpos, y el horror del espectáculo, mas queria exponer su per-

persona á esta infeccion mortal, que dexar expuestos á que fuesen insultados de los infieles unos cuerpos consagrados con la gracia del Bautismo, y con la gloria de haberse entregado á la muerte en honra de la religion. Este es un exemplo rarissimo, pues los Grandes creen que solamente han nacido para sí mismos, que no deben hacer caso del interés y felicidad de los pueblos, si les ha de costar el privarse del menor placer; miran á los demás hombres como criaturas de otra especie, destinadas solamente para servir á sus pasiones y locuras; y en vez de ser víctimas del bien público, regularmente sirve el público de víctima á sus injustos antojos.

Despues de haberos manifestado á San Luis como exemplar de sus pueblos, y modelo de Reyes, si lo permitiera la brevedad de un Panegyrico entraria á registrar sus obligaciones domesticas, y os le representaria como modelo de padres de familias. A la verdad, Católicos, parece mas facil el cumplir fielmente con las obligaciones públicas, porque en ellas, como que nos sostiene el mismo resplandor de las acciones; pero en la práctica de las obligaciones domesticas y ordinarias, como que no cuidamos tanto de nosotros mismos, y por eso se manifiesta mas en ellas la sólida virtud; no hay cosa mas rara en la virtud, particularmente de los Grandes, los quales se dexan llevar mas de las inconstancias del genio, que los demás hombres, que el cumplir dignamente con esta parte de su vida, que está mas oculta á la vista del público, y reducida á las obligaciones de su casa.

Con todo eso, nunca sirvieron de estorvo los cuidados de un tan vasto reyno á nuestro Santo Rey, para que ofreciese todos los dias al Señor, á la cabeza de su Real familia, comunes súplicas y fervorosas oraciones. Su Palacio era un Oratorio, y aquella soberbia mansion de los Reyes en donde se forman todas las pasiones, y desde donde se reparten despues por toda la tierra, era la mansión

sion de la inocencia, en donde se invocaba al Señor, y desde donde manaban para todo el reyno fuentes de vida y de virtud.

De este modo, tanto con su exemplo, como con sus consejos, inspiraba desde luego el temor de Dios á Philipo su Primogenito, y á los demás Principes hijos suyos. Con que piadoso respeto de la memoria de este Santo Rey se leen todavia, Católicos, los cuidados de que se encargaba para su educacion! todas las noches hacia que se presentasen delante de su persona, y estudiaba en la sencillez de sus conversaciones las inclinaciones que cada uno manifestaba, ó para enderezarlas quando parecian peligrosas, ó para cultivarlas quando eran laudables; los proponia en las historias de los Reyes sus antepasados los exemplos de vicio y de virtud, y los hacia que reparasen en la diferente suerte de los buenos y malos Principes, en la felicidad ó desgracia de sus reynados, y en los oprobrios ó alabanzas que la posteridad, siempre equitativa, tributará hasta el fin del mundo á su memoria, animandolos con estas razones á que imitasen las buenas y benéficas prendas de los unos, y á que se abstuviesen de los vicios y defectos de los otros; bien sé, Católicos, que todo el mundo gusta de dar lecciones de virtud y probidad á sus hijos, que todos se precian de proponerlos las mas severas y heroycas máximas de la prudencia, pero el exemplo doméstico no es conforme á estas instrucciones; al mismo tiempo que se les proponen las virtudes de sus mayores, se debilita, desmintiendolas con unas costumbres muy contrarias, la impresion que pudiera hacer la memoria de aquellos modelos; y así en vez de inspirarlos pensamientos de virtud en estas instrucciones, desmintiendolas con el mal exemplo, se les acostumbra á que desde luego empiezen á hacer juicio de que la virtud no es mas que un puro nombre, que las máximas que se les proponen no son mas que un lenguaje, y un modo de hablar, que ha pasado de padres á hijos,

jos, pero que siempre ha tenido contra sí la costumbre; y finalmente, que aquellos sugetos que en todo tiempo han parecido mas celosos defensores de la virtud, en la realidad siempre han sido semejantes á los demás hombres.

Este fue aquel Santo Rey cuya vida he referido con tanta brevedad, pues desde luego hice juicio que la relacion de su vida era su mayor elogio, y una excelente instruccion para los fieles; una tierra infiel recibió sus últimos suspiros; las desgracias de su primera expedicion en Palestina no pudieron apagar su zelo; quebrantado ya, no tanto con los achaques de una edad abanzada, y con las fatigas de sus viages y guerras, como con las austeridades de una vida áspera y penitente, marcha de nuevo contra los infieles, seguido de sus Principes y tropas, desembarca en Africa, persuadido á que si puede arrojar de aquellos parages á los enemigos de Jesu-Christo, esta conquista le facilitaria la de los Santos Lugares, y de aquella tierra, cuya libertad habia sido siempre el piadoso objeto de todos sus deseos; pero muere como Moysés antes de haber podido pasar el Jordán; saluda desde lejos, como él, aquella tierra feliz prometida á su posteridad, y consolándose como Moysés, con la esperanza de que sus sucesores restituirian algun dia al pueblo de Dios en su heredad, y arrojarian de ella á los enemigos del Señor; Muero en esta tierra estraña, dixo á sus hijos, y á los principales Gefes de su Ejército, como habia dicho Moysés al tiempo de morir. *Ecce morior in hac humo.* (a) El Señor niega sin duda á mis infidelidades el consuelo que tanto habia deseado de libertar su heredad. *Non transibo Jordanem.* Pero vosotros, ó vuestros sucesores la libertareis; y esta tierra prometida al pueblo de Dios, será por ultimo conquista de los herederos de mi sangre, y de mi trono. *Vos transibitis, & possidebitis terram egregiam.*

(a) Deuter. 4. v. 22.

¡Oh

¡Oh Dios mio! Conservad á la Francia una tan santa y augusta posteridad: haced que hasta la ultima generacion pasen á los descendientes de San Luis, con su sangre y su corona, todas las virtudes que tan respetable hicieron su nombre á sus vecinos, y su reynado tan feliz para sus pueblos: dad siempre vuestra justicia y vuestros juicios á los hijos de este Santo Rey; hacedlos Santos, y asi los hareis grandes; no los hagais vencedores de Provincias y Reynos, sino Padres de sus vasallos; las mas famosas conquistas muchas veces hacen temblar al trono en que está sentado el Conquistador, pero el amor de los vasallos siempre le asegura mas; atended á los votos que ofrecemos todos los dias por el mas célebre de todos sus sucesores, en el que nada tenemos que desear sino un reynado tan Santo y dilatado, como ha sido glorioso hasta ahora; favoreced sus piadosos intentos, iluminad la rectitud y santidad de sus intenciones; manifestadle vos mismo vuestros caminos, pues él los busca con sinceridad, y su mas fervoroso y manifiesto deseo es el conocerlos. Bendito seais, Señor, pues habeis querido santificar la prosperidad y su reynado, haciendo que su fama sirva para su eterna salud, enriqueciendo su historia, llena ya de tantos prodigios, con acciones de fé mas durables y permanentes que las victorias y conquistas, y poniendo el sello á todas las gracias con que hasta ahora le habeis favorecido, con la mayor de todas, quiero decir, con una piedad amorosa y sincera.

Y vosotros, Católicos, al ver estos grandes exemplos no os avergonzeis de la virtud como de una flaqueza: acordaos de que este es el mas alto punto de gloria á que puede llegar un hombre; que solamente la virtud dá estimacion y verdadera grandeza á nuestras acciones; que sin ella los mayores hombres son viles y pequeños, y que con ella los mas pequeños y desconocidos son grandes Heroes; y finalmente, que no hay cosa alguna real y verdadera en la tierra, sino lo que hacemos por el cielo, que es el que deseo para todos vosotros. Amen.

Bb 2

SER-



# S E R M O N

PARA EL DIA DE S. ESTEBAN.

*Et non poterant resistere sapientie, & spiritui, qui loquebatur.*

No podian resistir á la sabiduría, y al espíritu que hablaba en él. *Act. 6. v. 10.*

**T**odos los Christianos están constituidos por el Bautismo testigos y defensores de la verdad. Esta es un sagrado depósito que puso la Iglesia en nuestras manos quando nos reengendró, el que estamos obligados á conservar en este lugar de errores y tinieblas, y á defenderle contra las falsas máximas que no cesa de oponerle el mundo; este es uno de los principales cargos del justo; debe éste brillar en el mundo, segun la expresion del Apostol, como un Astro, siempre resplandeciente, disipando con la claridad de sus luces las tinieblas que las pasiones esparcen entre los hombres, enderezando con la magestad de su curso tantos caminos torcidos de que está lleno el mundo, y confundiendo con su pureza é inocencia los excesos y desordenes de que está rodeado; pero como los justos son raros en la tierra, hay muy pocos fieles que hayan conservado el derecho de defender la verdad; para esto es necesario conocerla, y casi todos los hombres la ignoran; es necesario amarla, y todos buscan mas sus propios intereses que los de la verdad; finalmente, es necesario amar á nuestros proximos, y la caridad que nos une á ellos casi es mas rara, que la verdad

dad que nos manifiesta en ellos las razones, que nos los hacen amables.

Estas tres instrucciones nos ofrece hoy, Católicos, la solemnidad del Santo Martyr cuyos exemplos, mas que sus virtudes, intento hoy proponeros. Jamás tuvo la verdad defensor mas zeloso, porque nunca se juntaron en un solo sugeto tanta ciencia, tanto valor, y tanta caridad; el amor que nuestro Santo tuvo á la verdad fue un amor ilustrado, un amor intrepido, y un amor tierno, y compasivo; pero nosotros, ó no amamos la verdad, porque nuestras pasiones nos impiden el que la conozcamos, ó si la conocemos, no nos atrevemos á declararnos por sus defensores, porque tenemos mas temor al mundo, que amor á la verdad; ó finalmente, si la defendemos, nuestro zelo no tanto es amor á la verdad, como aborrecimiento á los que se oponen á ella. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

**L**A inocencia de la vida, el deseo de saber, y la pureza de intencion son las tres fuentes de la luz; la inocencia de la vida; porque un corazon corrompido nos oculta las verdades que nos condenan, y esta es una ignorancia de corrupcion; el deseo de saber; porque la verdad nunca se manifiesta á aquellos que no la buscan, y esta es una ignorancia de pereza; finalmente, la pureza de intencion, porque como dice S. Agustin, el buscar la verdad por qualquiera otro motivo que no sea por ella misma, es no querer hallarla; y esta es una ignorancia de malicia: En estas tres disposiciones para hallar la verdad nos servirá hoy de modelo nuestro Santo Martyr.

La inocencia de sus costumbres fue el primer principio de su sabiduria. Llegó al conocimiento de Jesu-Christo con un corazon puro, una juventud santa, un espíritu preservado de la corrupcion, y una feliz ignorancia de

todos los desordenes que manchan regularmente las primeras costumbres, y los primeros pasos que damos en la vida.

Aumentandose pues el número de los fieles, y buscando los Apostoles, que no podian atender á todos los negocios de que estaban encargados, unos hombres llenos de fé, y del espíritu de Dios, á quienes pudiesen confiar parte de su ministerio, y asociarlos, como en otro tiempo Moysés, á la construccion del Tabernaculo santo, y á la formacion de la Iglesia, dieron desde luego este honor á San Esteban, y fue declarado el primero de aquellos nuevos Ministros. ¡Qué gloria esta, Católicos! entre tantos discipulos, testigos todos de la Resurreccion de Jesu-Christo, llenos todos de los dones del Espíritu Santo que poco antes se habian derramado sobre ellos, la mayor parte compañeros de los trabajos y viages de su Divino Maestro, depositarios de su poder, que seguian sus pisadas, y lanzaban de los cuerpos los espiritus inmundos; entre estos hombres, fundadores de la fé, conquistadores de los pueblos, las primeras columnas de las Iglesias, que eran tenidos por Dioses, y que ya servian de espectáculo al cielo y á la tierra, entre todos estos es preferido San Esteban, y entre tantas luces brilla este nuevo astro, y se hace admirar él solo, como si estuviera en medio de una profunda noche.

Y asi San Esteban se dispuso para ser Ministro de la verdad, desembarazando desde luego su corazon de todas aquellas pasiones que nos la ocultan. Porque, Católicos, ¿de qué provienen tantas falsas máximas como nos estamos formando todos los dias acerca de nuestras mas esenciales, é indubitables obligaciones? ¿De qué provienen tantas tinieblas como esparcimos sobre la mayor parte de las leyes de la vida christiana, ó para suavizarlas, ó para impugnarlas? ¿De qué proviene que casi nunca queramos creer las verdades que nos condenan, y que entre tantos pecadores de que está lleno el mundo, casi no haya uno que

que no se justifique á sí mismo sus propios fines, ó que á lo menos no los mire por aquel lado, que minora á su propia vista su infamia y su injusticia? ¿De qué proviene que el impudico casi no conozca su infamia y su flaqueza, que el vengativo halle su gloria en su misma confusion, que el injusto solo vea en la iniquidad de sus ganancias y utilidades su felicidad y sus ardidés; que el avaro, en medio de tantas miserias como afligen á sus proximos, se valga de las mismas desgracias de los tiempos, como de pretextos para justificar su obstinacion y barbaridad; que el alma mundana mire su embriaguez y sus distracciones como privilegio de su edad ó de su estado, y como condicion necesaria á la vida humana? ¿De qué proviene que en vez de anunciar el Evangelio desde estos christianos pulpitos, casi no nos ocupamos mas que en justificarle; que en vez de condenar y juzgar al mundo con la verdad, es necesario que defendamos la verdad contra el mundo; y que nuestro ministerio, que solamente fue establecido para inspirar la virtud, casi no sirva mas que de impedir que no se confunda con el vicio? Consiste, Señores, en que cada pecador halla en su passion el mismo velo que se la oculta, en que nuestras luces no están puras sino quando lo está nuestro corazon, en que es necesario empezar domando nuestros afectos, para llegar al conocimiento de nuestras obligaciones, y en que la verdad es fruto de la pureza y de la inocencia; de esto proviene que casi todos los pecadores se hallan tranquilos en su estado, que vén el peligro de las pasiones ajenas, y están ciegos acerca del precipicio que se disponen á sí mismos: de esto proviene que el ambicioso desprecie la sensualidad como una vida obscura y perezosa; que el sensual no vea en la ambicion mas que un loco furor, que nos hace martyres de nuestras propias quimeras; en una palabra, que cada uno vea desde lejos los peligros en que no se halla, sin que tenga ojos para ver aquellos en que continuamente se está precipitando.

Pero no basta llegar al conocimiento de la verdad con un corazón puro, es necesario añadir á esta primera disposición un sincero deseo de conocerla; la inocencia de San Esteban le dispuso los primeros caminos para llegar al conocimiento de Jesu-Christo, pero no se quedó aquí; á pesar de las preocupaciones de su pueblo contra la doctrina y persona del Salvador; á pesar de las injuriosas noticias que esparcían los Phariseos contra la santidad de sus obras, y contra la verdad de su ministerio; á pesar de la infamia que estaba anexa á la pública profesión de ser del número de sus discipulos; y aun á pesar del desprecio que amenazaba á los que seguían sus máximas, y daban crédito á la esperanza de sus promesas, Esteban busca aquella luz que ya se le empezaba á manifestar, suspira, como los Patriarcas sus antepasados, por el libertador cuya llegada conoce ya próxima, estudia en Jesu-Christo las señas y qualidades anunciadas en los Profetas, las descubre en sus obras y doctrina, y el conocimiento de la verdad es el premio del sincero deseo que siempre habia tenido de conocerla.

Pero nosotros, Católicos, vivimos en una profunda ignorancia de nuestras obligaciones, porque no queremos saberlas, y huimos de todo lo que puede aclarar nuestros errores, y disipar nuestras tinieblas. Nos alegramos de poder nos formar una conciencia tranquila en nuestros desordenes; amamos esta falsa paz que es fruto de nuestra ceguedad, y de nuestro engaño; evitamos todo lo que pudiera turbar esta falsa tranquilidad; somos hábiles para escondernos de la luz, que á pesar nuestro nos persigue, y alumbrá; ideamos falsas razones para debilitar la verdad, y la miramos, segun la expresion de Job, como mentira, y como sombra de la muerte: *Etsi subito apparuerit aurora, arbitrantur umbram mortis.* (a) Tenemos por exceso todo aquello que nos condena; tratamos de escrupu-

(a) Job 14. v. 17.

lo, y nimiedad todo lo que no favorece la preocupacion de nuestras pasiones; todo lo que se opone á lo que nosotros amamos, lo tenemos mas por opinion de hombres, que por decisiones de la verdad; lo que nos manifiesta á nosotros mismos, lo miramos como censura, y no como instruccion; no nos contentamos con vivir en el error; queremos, como dice S. Agustin, que lo que amamos sea la verdad: por eso, en vez de servir los christianos púlpitos para desengañarnos, no hacen mas que indisponernos; miramos el ministerio de la divina palabra como un arte de exageraciones é hiperboles, oponemos nuestras propias luces á la luz de Dios, disputamos contra las decisiones del Evangelio, como si nos fuera licito apelar de Jesu-Christo á nosotros mismos, y como si el mundo pudiera justificar lo que el Señor condena. De este modo todo nos asegura en nuestros errores; la misma luz destinada á ilustrarnos, nos deslumbra y ciega; los remedios que debieran curarnos, hacen en nosotros nuevas heridas; los Ministros establecidos en la Iglesia para nuestra santificacion, cooperan en algun modo á nuestro daño; y por justos juicios de Dios, que permite siempre que la verdad sea ocasion de error para los que no la quieren conocer, hallamos la muerte y las tinieblas en donde debieramos hallar la luz y la vida.

Finalmente, la ultima disposicion que preparó á San Esteban para el conocimiento de Jesu-Christo fue la pureza de intencion. No se propuso mas fin en buscar la verdad, que la dicha de conocerla: los intereses humanos no le pudieron apartar de Jesu-Christo: sabia que las persecuciones y oprobrios eran la unica recompensa que habia prometido en la tierra á sus discipulos; no buscaba una vana distincion, pues su elevacion al ministerio fue premio de su modestia é inocencia, ni los primeros puestos en el reyno de su Señor, pues habia oído de su divina boca, que el ultimo de sus discipulos seria el primero; ni las frívolas alabanzas de los hombres, pues por este medio

se exponía á sus burlas y censuras; ni una vida mas acomodada y tranquila, pues no se le había prometido mas que hambre, sed, pobreza, trabajos y penas; ni tampoco la gloria de obrar prodigios, como el sacrilego Simón, porque había oído que no todos los que obrasen milagros serían por eso puestos en el número de los discipulos de su divino Maestro. Buscó á Jesu-Christo por el mismo Jesu-Christo; conoció que en él se hallaban todos los tesoros de la ciencia y de la prudencia, que hallando á Jesu-Christo todo lo había hallado, y que si buscaba en él otra cosa mas que á él mismo, era perderle.

¿Qué instruccion, Católicos, para la mayor parte de los que me están oyendo! Nosotros, quando buscamos la verdad, casi siempre mezclamos unos intereses humanos, y unos fines viles é indignos. La salvacion, por sí sola, no nos parece premio suficiente de nuestros cuidados y diligencias; el mismo Dios no nos parece bastante para nosotros; es necesario que el mundo, los hombres y la tierra llenen el lugar que nos parece no hallar en él; casi todos buscan sus propios intereses mas que los de Jesu-Christo; llamo intereses propios á una vana reputacion, á los primeros puestos en un reyno terreno, y á la gloria vana de agradar á los hombres, la que casi siempre es incompatible con la gloria de ser siervo de Jesu-Christo; buscan el honor que resulta de la virtud, y no la misma virtud. ¿Qué mas diré? Buscan muchas veces el secreto deseo de debilitar ó impugnar la verdad, dando á entender que desean conocerla. Estas son, Católicos, las siniestras intenciones con que la mayor parte de los hombres buscan la verdad y la virtud.

Unos no se declaran á favor de Jesu-Christo hasta que los abandona el mundo; miran la virtud como recurso de las pasiones y decencia de la edad abanzada; esperan á no ser á proposito para el mundo y los placeres, para serlo para el reyno de Dios, y para su justicia; cubren con apariencias de religion los pretextos de una vida peca-

mi-

minosa y mundana, y no pudiendo ya divertirse con los vicios, se valen artificiosamente de la virtud para sus fines.

Otros miran la piedad como ganancia; hacen que el don del cielo sirva á las esperanzas de la tierra, buscan al mundo, fingiendo que huyen de él, quieren agradar á los hombres, dedicandose á servir á Dios; y despues de haber agotado todos los pecaminosos arbitrios de sus pasiones para conseguir sus fines, se valen hasta de la misma virtud.

Otros solamente se proponen en la virtud el alivio de las inquietudes de la culpa; se hallan cansados de sus pasiones, pero no deseosos de la virtud; sienten el peso del desorden, pero no el horror de sus pecados; quieren poner fin á sus desasosiegos, pero no dar principio á su penitencia; mas intentan ponerse en paz consigo mismo, que con Dios; desean sosegar su corazon, pero no purificarle; y no habiendo podido hallar descanso en la culpa, le buscan en la virtud.

Finalmente, tambien hay algunos que no huscan la verdad mas que para hallar en ella armas con que impugnarla; unos hombres corrompidos en el espiritu, y en el corazon, como dice el Apostol, que no buscan en la doctrina de la religion mas que aquellos pasages que se la pueden hacer sospechosa; que no leen las divinas Escrituras sino para hallar en ellas motivo para debilitar su autoridad y evidencia; que estudian con vana curiosidad la santidad de nuestros Mystérios, para convertirlos en motivo de sus dudas y blasfemias; que solamente quieren instruirse para resistir á la luz, y hacen que la verdad sirva de ocasion á su ceguedad y á sus tinieblas. Este, Católicos, es el motivo de que ya casi no se halle fé en la tierra, y de que la verdad se manifieste á muy pocos fieles, porque hay pocos que se dediquen á buscarla como S. Esteban, con un corazon puro, con un sincero deseo de conocerla, y con una intencion tan recta, que

Cc 2

no

no se proponga mas fin que la misma verdad. Pero no solamente halla la verdad en nuestro Santo Martyr un defensor ilustrado, sino tambien un defensor intrépido.

## SEGUNDA PARTE.

**T**RES son los defectos que se oponen á la chistiana fortaleza, con que todo fiel está obligado á ser intrépido defensor de la verdad. El primero el temor de los hombres, que á pesar de nuestras propias luces, hace que nos declaremos contra ella; el segundo la prudencia de la carne, que hace que aunque la conozcamos, guardemos un culpable silencio, y no nos atrevamos á defenderla publicamente; por ultimo, una falsa condescendencia, que queriendo conciliar la verdad y la mentira, la altera ó la mitiga, y procura agradar á los hombres á costa de la verdad y de la conciencia: la vida, pues, del Santo Martyr, cuya memoria veneramos en este dia, nos ofrece instrucciones y virtudes muy opuestas á estos tres defectos.

Primeramente, aunque despues que fue herido el Pastor, se hubiesen desparramado las ovejas; aunque el furor de Herodes, la malicia de los Sacerdotes, y la supersticion del pueblo diesen gran motivo para temer á los nuevos discipulos, aunque la mayor parte de los que habian sido testigos, y aun participes de los prodigios de Jesu-Christo, temiendo ser comprehendidos en su condenacion, se hubiesen declarado á favor de sus enemigos, y juntandose á ellos esparciesen calumnias y oprobrios contra su memoria, y por mas premios que ofreciesen los Judios á la cobardía de aquellos que se declaraban contra el Salvador; S. Esteban siempre persevera en la fidelidad que le habia prometido, no se dexa vencer, como Pedro, ni corromper como Judas: igualmente insensible á las promesas, y á las amenazas de los hombres, que se acaban con ellos, solamente teme á aquel que siempre permanece, y que es el único que puede perder ó salvar

eter-

eternamente á las almas; mira con un santo dolor la ceguedad de su pueblo contra Jesu-Christo; el exemplo comun, en vez de hacerle dudar, le asegura y confirma; en el público error halla nuevos motivos de fidelidad y de cautela; se acuerda de que segun la doctrina de su Divino Maestro el partido de la multitud casi nunca es el de la verdad; que el mundo no puede amar á Jesu-Christo; que las persecuciones y oprobrios son las señales mas propias de su Evangelio; y que el camino que nos manifestó es demasiado estrecho y dificil para ser el del mayor número de los hombres.

Y esto, Católicos, es lo que confunde nuestra poca fé, y condena nuestra cobardía en todas las acciones de nuestra vida. Nosotros respetamos las decisiones del mundo, aprobamos lo que aprueba la multitud, aplaudimos, y nos conformamos con lo que autoriza el comun exemplo, hacemos mas aprecio de los errores públicos que de la verdad, no nos atrevemos á contradecir el estilo comun del mundo y de las pasiones, tememos la singularidad como vicio, siendo esta la señal mas característica de los discipulos de Jesu-Christo; de nada sirve que la gracia nos ilumine interiormente, y nos descubra las ilusiones del mundo y de sus máximas, que una educacion christiana, y un natural feliz hayan puesto en nosotros alguna semilla de verdad, que nos hace conocer la falsedad y el peligro de los caminos que sigue la mayor parte de los hombres, y que nuestra conciencia de comun acuerdo con la ley de Dios, nos dicte en secreto las máximas de la vida eterna; nosotros siempre hablamos como el mundo, aunque no pensemos como él; nos burlamos como él de la verdad, aunque realmente conozcamos su valor y excelencia; tributamos vanas alabanzas á las pasiones, cuya vanidad y locura estamos interiormente conociendo; disfrazamos aquellos abusos, de cuya injusticia no podemos dudar; aprobamos los deleytes que condena nuestra conciencia; todos los dias estamos defendiendo las máximas del mundo

do

do, al mismo tiempo que interiormente nuestro corazon se opone á nuestras decisiones; solamente nos valemos de la verdad que se nos manifiesta, para retenerla con injusticia; casi siempre estamos haciendo traycion á nuestra conciencia, y á nuestro interior conocimiento; nos dexamos llevar de la multitud, no nos atrevemos á defenderla solos, tememos la singularidad de la virtud y de la verdad, como una cosa ridicula que nos cubriera de verguenza; toda nuestra vida es un continuo ultrage á la verdad, unas veces por condescender con nuestros superiores, otras por conformarnos con nuestros amigos, otras por temor de las burlas y censuras, otras por una vana indiferencia que hace no hagamos mas caso de la verdad que de la mentira, otras por una embriaguez y mala fé que procura deslumbrarse en sus desordenes, publicando unas máximas que interiormente estamos condenando; otras por una falsa virtud de sociedad, que mas quiere aplaudir la mentira que defender la verdad que incomoda; otras porque hallamos un genero de gusto en hablar como aquellos á quienes aplaude el mundo: finalmente, casi siempre nos declaramos á favor del mundo contra Jesu-Christo; en vez de ser testigos fieles entre los hombres, nos juntamos con ellos contra su Magestad, alabamos como virtudes en nuestros amigos los defectos que condena la ley de Dios, adherimos, á sus errores, y los ayudamos á que se hagan mas inexcusables, damos á sus pasiones los nombres de justicia y equidad, llamamos á sus venganzas sentimientos justos, á sus pecaminosas conexiones señales y efectos de un corazon tierno y fiel, á sus infames desordenes flaquezas dignas de perdon, á sus insensatas profusiones inclinaciones de una alma noble y generosa, á su desmesurada ambicion grandeza de corazon y de ánimo, á su vil avaricia prudente economía, á su cruel murmuracion agrable viveza, y al furor del juego de que están poseídos descanso necesario: en una palabra: rara vez

vez sucede que defendamos los intereses de la verdad; somos furiosos, altivos é intratables quando se habla contra nuestras pasiones; pero cobardes, tímidos y viles quando solamente se trata de la verdad; no conocemos aquel santo valor, aquella rectitud de corazon, aquella alta magnanimidad, aquella noble sencillez, tan respetada aun en el mundo, de que tan grandes exemplos nos han dexado los primeros discipulos de la fé, y que ha sido siempre el distintivo de las almas fieles; vivimos para los hombres, y no vivimos para Dios, ni para nosotros mismos; consagramos á los hombres nuestra conciencia, nuestra religion, nuestro genio, nuestras prendas, nuestro entendimiento y nuestro corazon; los hombres son el fin de todas nuestras ideas, y el motivo de todas nuestras acciones, como si pudieran servirnos de premio y recompensa; lo que no hacemos por ellos lo contamos por perdido, como si solamente fuera real y verdadero lo que ha de perecer con nosotros; y despues de haber pasado muchos años en este metodo de vida, nos hallamos á la hora de nuestra muerte sin poder contar para Dios, que es para quien unicamente debieramos vivir, ni un instante de toda nuestra vida.

El segundo defecto, opuesto á aquel christiano valor de que hoy nos dá exemplo nuestro Santo Martyr, es la prudencia de la carne, que hace que aunque conozcamos la verdad, guardemos un culpable silencio, y no nos atrevamos á defenderla publicamente: no basta, pues, el no declararse por el mundo contra Jesu-Christo, y guardar entre los dos una especie de neutralidad, por decirlo así; es necesario tambien confesar publicamente á Jesu-Christo sin rodeos ni verguenza; el que no está con él es contra él, y no atreverse á declarar por discipulo suyo es ser su perseguidor y contrario; y en esto tambien nos instruye y condena el valor de San Esteban. ¡Qué vanos pretextos no hubiera podido idear para condescender con los Judios con un prudente silencio, sin

arguirles publicamente de su ceguera y pecado! El pretexto de esperar una ocasion mas favorable, en la que la verdad pudiera hallar mejor entrada en su espiritu, la incertidumbre en que se hallaba de si sería oído, ó no, el no arrojar la preciosa margarita del Evangelio á los animales inmundos, el temor de excitar una persecucion contra la Iglesia, irritando el furor de los Judios; una falsa modestia, persuadiendose á que habiendose reservado los Apostoles el ministerio de la divina palabra, era preciso dexarse, y cuidar solamente de las viudas que le habian confiado, y de la distribucion de las limosnas; el exemplo de los demás Diaconos nuevamente electos, que no salian de sus funciones, ni corrían á anunciar en el pueblo á Jesu-Christo; pero nuestro generoso Martyr no atiende á las vanas razones de la carne y de la sangre; entregado al impulso del espiritu de Dios, de que estaba lleno, y que le animaba, explica á los Judios el espiritu y las figuras de la ley, y los manifiesta á Jesu-Christo; en toda la historia de sus mayores los hace ver pronosticada su ceguera en los Profetas; los reprehende su ingratitud, y el olvido de los beneficios con que siempre los habia estado favoreciendo el Señor, los declara que ya está llena la medida de sus delitos, y de los de sus padres; con la sangre inocente que habian derramado, los hace presente la sangre de tantos Profetas con que está manchada su ciudad, y se vale de sus propias armas para impugnarlos y combatirlos.

Aqui, Catolicos, hablo principalmente con las personas movidas de Dios: nos parece que estamos seguros en conciencia, quando siendo testigos todos los dias de tantas falsas máximas como publican los mundanos, y de tantas ilusiones acerca de las reglas y obligaciones como se forman á sí mismos, de tantos escándalos de los que ni aun forman escrupulo, nos parece, vuelvo á decir, que cumplimos con lo que Dios nos pide, con no aprobarlas publicamente, conteniendonos dentro de la moderacion de

de un cobarde silencio, sin oponerles mas que una censura secreta y tímida; nos valemos de mil pretextos para justificarnos á nosotros mismos nuestra cobardia, como son, el miedo de hacer odiosa la verdad, haciendola demasiado incómoda; la falsa persuasion de que no estamos encargados de las conciencias ajenas, y que no es de nuestra obligacion el instruir á nuestros próximos; el temor de indisponernos con nuestros amigos por nuestras importunas censuras, ó de que se burlen de nosotros si queremos oponernos á sus máximas; finalmente, todo nos justifica á nosotros mismos en la indiferencia con que miramos la verdad; nos olvidamos de que cada uno de nosotros en particular está encargado de ella, que somos deudores de la verdad á nuestros próximos, que no vivimos en el mundo sino para impedir que el error prevalezca contra ella, y para conservar á la posteridad el idioma de la fé y de la doctrina; que debemos resplandecer como Astros en medio de una nacion corrompida, y que el ocultar la luz es ser ingratos para con aquel Señor que la derrama sobre nosotros, y nos ilumina; que la amistad solamente se funda en la verdad; que no es amar á nuestros amigos el verlos perecer, sin atrevernos á manifestarles el precipicio á que se van á arrojar; y que muchas veces es necesario tener valor para desagradarlos por serlos mas util. ¡ Ah Catolicos! el mundo no teme publicar sus errores y máximas de muerte y de pecado, ¿y hemos de temer nosotros glorificar á las verdades de la vida eterna? El mundo se precia locamente de su doctrina, ¿y nosotros nos hemos de avergonzar de la de Jesu-Christo? El mundo se atreve todos los dias á impugnar el idioma de la fé, oponiendole sus ilusiones, ¿y hemos de temer nosotros el contradecir las ilusiones del mundo con el idioma de la fé y de la salvacion? El mundo se levanta insolentemente contra el Evangelio, ¿y no nos hemos de atrever nosotros á defender el honor del Evangelio contra el mundo? El mundo

trata públicamente á la Doctrina de Jesu-Christo de locura y flaqueza ; y hemos de guardar nosotros á sus locuras y errores un respeto que él niega á la verdad ? El mundo no perdona á la virtud de los siervos de Dios , la desprecia , y la hace asunto de todas sus burlas y censuras , ¡y la virtud de los siervos de Dios ha de perdonar á la corrupcion del mundo , y no se ha de atrever á cubrirla de la confusion que merece ? Nosotros nos gloriamos , y nos parece que estamos obligados á defender los intereses de nuestros amigos contra los que se oponen á ellos ; tendríamos por delito el callar , quando en nuestra presencia se habla mal de su reputacion y conducta ; el silencio nos parece entonces cobardía , y aún perfidia ; nos parece que no debemos respetar á los que ofenden en nuestra presencia á aquellas personas á quienes amamos , y hemos de ser insensibles á los intereses de Jesu-Christo , de quien nos tenemos por amigos y discipulos ? ¿Es posible que su gloria ultrajada todos los dias en nuestra presencia , no ha de mover nuestra indignacion y nuestro zelo ? ¿Hemos de juzgar que el silencio es una prudencia necesaria , quando se ofenden á su doctrina , y al honor de su santa ley ? ¿Hemos de temer desagradar á aquellos que no temen desagradarle ? ¡O Dios mio ! ¿Es compatible el que hayamos de ser vuestros , y el que nos hayamos de avergonzar al mismo tiempo de conocerlos ? ¡Se puede componer el amaros , con querer ser amados de aquellos que os aborrecen ! ¡No es juntarse con el mundo contra vos , el no atreverse á condenarle como vos le condenais !

Finalmente , Católicos , el tercer modo con que nos hacemos culpados contra la verdad es mitigandola , y acomodandola á las preocupaciones y pasiones de aquellos á quienes tememos desagradar ; y en esto es principalmente en lo que San Esteban nos confunde al mismo tiempo que nos sirve de modelo. Parece que hubiera podido usar de alguna mayor condescendencia con las preo-

preocupaciones y delicadeza de los Pontífices y Sacerdotes : parece que se hubiera podido contentar , como Gamaliel , con representarlos que si la obra del Evangelio era obra de Dios , sería inútil el destruirla , y que si no lo era , ella se desvanecería por sí misma ; pudiera excusar en algun modo su delito para con Jesu-Christo , suponiendo que ellos no habian conocido ni la divinidad de su Mision , ni la verdad de su ministerio ; podia suavizar las reprehensiones que merecian por haber despreciado al Mesías prometido á sus padres ; podia ponderarlos la santidad de la ley de Moysés , y alabar el zelo y el respeto que hacian ostentacion de tener á sus preceptos y ceremonias ; en una palabra , parece que al mismo tiempo que insinuaba la verdad , podia conceder alguna cosa á la flaqueza y preocupaciones de su pueblo ; pero el Santo Martyr no conocia estas tímidas condescendencias ; los llama sin detenerse , *corazones rebeldes , é incircuncisos* , (a) en vez de excusar su ignorancia los acusa de que siempre están resistiendo al Espíritu Santo ; en vez de lisonjearlos con el respeto que tenian á la ley de Moysés , se vale de este mismo motivo para confundirlos y condenarlos ; en vez de ponderar los beneficios con que el Señor habia favorecido á sus padres , los reprehende de que siguen sus pasos , y de que añaden á la sangre de los Profetas , en que habian manchado sus manos , la sangre del Justo que acababan de condenar á muerte ; algunas veces llega á tal extremo el odio que tienen los hombres á la verdad , que no merecen el que con ellos se use de atenciones ni respetos ; no porque la verdad pueda separarse de la caridad , como diré mas adelante ; no porque no se deban disponer los caminos á la luz con sabias precauciones , y facilitar la entrada en el corazon en donde se quiere introducir ; no porque la verdad sea áspera , imperiosa , y apetezca mas la vana obten-

(a) Act. 7. v. 51.

tentacion de la victoria, que el fruto sólido de la salvacion, y la gloria de la utilidad; no porque no debamos ser flacos con los flacos para salvarlos á todos, hacer amable la verdad para que sea mas util, ganar á los pecadores para sacarlos del pecado, condescender con su flaqueza para triunfar mas seguramente de sus pasiones, y no aplicar el hierro para curar las heridas hasta despues de haber adormecido, por decirlo así, con las palabras de paz y de consuelo, la carne del enfermo.

Pero no quisiera yo que se honrase con el nombre de prudencia aquella condescendencia culpable, que hace que en las conversaciones que tenemos con nuestros próximos, hallemos siempre arbitrios para conciliar al mundo con Jesu-Christo. Seguimos las falsas ideas que el mundo se forma de la virtud; con pretexto de reprehender los excesos, alabamos la utilidad y la pereza; concedemos al mundo y á sus costumbres mucho mas de lo que les concede el Evangelio; alabamos á los que viven retirados de la culpa, como si fueran perfectamente virtuosos; tributamos á las dolores de la naturaleza los elogios que solamente son debidos á los dones de la gracia; hallamos siempre, aún en aquellos vicios que condenamos en nuestros amigos, algunas circunstancias que los hacen dignos de excusa; nunca manifestamos la verdad con toda aquella extension que ella se nos manifiesta á nosotros; nos gobernamos por una falsa regla de caridad y prudencia, que es acomodarnos hasta cierto punto con las preocupaciones de aquellos con quienes tenemos precision de vivir; vivimos entre los hombres con un caudal de amor propio, que nos hace ingeniosos para conciliar los intereses de la verdad que aborrecen, con los de las pasiones que aman; nunca los hablamos con bastante claridad acerca de sus verdaderos intereses, y mezclamos la verdad, á la que no quisieramos hacer traycion, con mil artificios que la ocultan á la vista. De este modo somos ocasion de error para los hombres,

éstos dexan la verdad que nosotros abrazamos, y se detienen en el velo que se la oculta; y de esto proviene muchas veces; Católicos, que los mundanos viven con seguridad en sus distracciones, por hallarse favorecidos con los votos de los justos; por eso estamos oyendo todos los dias á los pecadores, que justifican la vida del mundo, oponiendonos muchos justos que no la condenan; por eso las falsas condescendencias de que algunos justos usan con el mundo, le sirven á éste de justificacion y defensa; triunfa de nuestra cobardia, insulta nuestro disimulo, sabe aprovecharse de las mas leves condescendencias que alcanza de nosotros; y así para escusarse condena á los justos, y se vale para reprehendernos de aquellos mismos medios que nosotros habiamos buscado para agradarle. ¡Gran Dios! ¿Es posible que se haya de poder comparar en nuestro corazon este mundo miserable con vuestra eterna verdad? ¿Es posible que todavia hayamos de procurar agradar á lo que miramos como tan digno de desprecio? y que al mismo tiempo que estamos desacreditando al mundo, ponderando su nada y su locura, conociendo tan claramente sus abusos y miseria, hablando tantas veces de sus ilusiones y quimeras, hayamos de usar con él de respetos, venerar sus máximas, desear su aprobacion, y guardar con él atenciones; y que despues de haberle abandonado, no hayamos de tener valor para condenarle y desagradarle?

## TERCERA PARTE.

**B**ien sé, Católicos, que la fortaleza para defender la verdad debe estar llena de suavidad y agrado, porque la verdad gusta solamente de unos defensores caritativos y afables: Y esta debiera ser la ultima parte de este Sermon; pero quiero concluir. ¡Con qué amor tan sincero á los Judios acompaña San Esteban la fuerza de la verdad que los predica! Mas compadecido de su ceguedad, que de sus propios trabajos, levanta las manos al cielo

pidiendo por ellos; insensible, al parecer, á los golpes que descargaban sobre él, solamente siente las desgracias que se disponen á sí mismos; ofrece la misma sangre que derrama para alcanzar el perdón de su delito; la barbaridad de éstos desgarran su cuerpo, dando salida á los gemidos y súplicas de su corazón, con los que hubiera alcanzado que el Señor los mirase con misericordia, si su obstinación no hubiera llegado al último punto. No temía á la muerte, si esta pudiera servirlos de medio para alcanzar su salvación. Está viendo al hijo del hombre sentado á la diestra de su Padre, y solamente puede turbarse la santa alegría que le anima, y la esperanza de que inmediatamente ha de ir á gozar de él, con la reprobación de su pueblo, cuyo decreto parece está leyendo en aquella visión, gravado con caracteres inmortales en las columnas del Templo celestial. No pide venganza contra aquellos asesinos; no exclama, como Job: *Tierra no ocultes mi sangre*: y dexa que suba su voz hasta el trono del todo Poderoso, solicitando su venganza contra los Barbaros que la derraman: *Terra ne operias sanguinem meum.* (a) Y no pudiendo alcanzar la salvación del pueblo, que quiere perecer, alcanza á lo menos la conversión de Saulo, que era cómplice en el delito de su muerte. Su sangre derramada es como una santa semilla, de donde algún día ha de salir este nuevo Apostol: sus oraciones le disponen ya los auxilios, que de perseguidor le han de convertir después en vaso de elección, y en espectáculo digno de los Angeles y de los hombres; y si su zelo no pudo conseguir que la infiel Jerusalem conociese á Jesu-Christo, á lo menos su muerte forma un Ministro poderoso en obras y palabras, que algún día le ha de dar á conocer á toda la tierra.

Tales son, Católicos, los defensores que se forma la verdad; la caridad es la que los proporciona las victorias;

(a) Job. 16. v. 10.

es necesario desear la salvación de aquellos cuyos errores impugnamos. La verdad casi siempre halla corazones rebeldes, porque apenas halla defensores que no sean desagradables, y poco caritativos. Muchas veces en los consejos que damos á nuestros próximos, tenemos más deseo de mortificarlos que de instruirlos; muchas veces solamente nos desagradan sus defectos, porque ya nos son odiosas sus personas; muchas veces al mismo tiempo que defendemos la verdad, mas intentamos vencer nosotros, que el que ella vengza; muchas veces no buscamos realmente á la verdad, sino que seguimos nuestro genio; muchas veces, con pretexto de vengar sus intereses, no nos pesa de vengar los nuestros propios; muchas veces, quando reprehendemos á nuestros próximos, mas queremos triunfar con sus faltas, que levantarlos caritativamente de sus caídas; muchas veces nos da más contento el ver sus extravíos, que el que recibiríamos de verlos dóciles á la verdad, cuyos intereses parece que defendemos; muchas veces nos alegramos interiormente de su ceguera, al mismo tiempo que estamos dando muestras de no omitir diligencia alguna para atraerlos al conocimiento de la luz; muchas veces el ver en ellos vicios, es porque tenemos envidia á sus virtudes; finalmente, no hay cosa más rara que el juntar á la verdad con la caridad; Y de esto proviene, Católicos, que los que estan sujetos á nosotros, regularmente miran nuestras instrucciones como censuras; que los hijos, los inferiores, los criados miran nuestras correcciones como genio que altera, y no como caridad que edifica; nos miran más como implacables censores de sus flaquezas, que como caritativos Médicos de sus llagas; y perdemos para con ellos las utilidades de la verdad por los defectos que mezclamos en su defensa. De esto proviene que los justos hallen en el mundo más censores que los condenen, que imitadores que los sigan: porque muchas veces se ciñen á desacreditar los vicios de sus próximos, y manifes-

tan-

tando mucho zelo contra sus defectos, no manifiestan bastante compasion de sus flaquezas; con el pretexto de no perdonar al vicio, no perdonan tampoco al pecador; en sus reprehensiones muchas veces parece que mas intentan alabar sus virtudes propias, que compadecerse de los desordenes que reprehenden; y haciendo odiosa la virtud á los pecadores, hacen que la verdad parezca estar vestida de todos los defectos que solamente son propios de ellos mismos.

De esto proviene, finalmente, que nuestras reconciliaciones con nuestros enemigos casi nunca son sinceras, porque no es la caridad quien las forma. Nos tratamos, pero no nos amamos; se restablece la correspondencia, pero los sentimientos siempre son los mismos; se juntan las personas, pero los corazones siempre permanecen separados; son distintas las exterioridades, pero el interior siempre es el mismo; el aborrecimiento se viste de las apariencias de la caridad; se contiene, pero no se apaga; nos tributamos mutuos respetos, pero no el amor, sin el que todo lo demas nada vale; añadimos al delito del rencor el del disfraz y la impostura; y muchas veces, aunque tenemos de nuestra parte la razon y la verdad, no por eso somos menos culpados en la presencia de Dios, porque no tenemos la caridad que todo lo sufre, y de la que siempre somos deudores á nuestros próximos.

Estas son las instrucciones que hoy nos dá el generoso Martyr cuya solemnidad nos junta en este santo lugar: la verdad halló en él un defensor ilustrado, un defensor intrépido, y un defensor caritativo y afable. ¡Que consuelo para vosotros, Católicos, es hallar todas estas prendas en el Pastor fiel que el Señor os ha suscitado en su misericordia! esto es, hallar un Doctor sabio que os instruya, un ministro recto que os corrija, y un padre amoroso que os socorra y consuele en vuestro trabajos, y os facilite á todos los caminos de la vida eterna. *Amén.*

## S E R M O N

### PARA EL DIA DE SANTO TOMÁS

### D E A Q U I N O.

*Paravit cor suum ut investigaret legem Domini, & faceret, & doceret in Israel præceptum, & iuicium.*

Dispuso su corazon para indagar la ley del Señor; practicó, y enseñó en Israel sus preceptos, y sus ordenes.

*Este es el elogio que de Esdras hace el Espiritu Santo en el capitulo septimo del libro primero de su historia.*

**N**O hay cosa de mas consuelo, Católicos, que el registrar con los ojos de la fé los caminos de la providencia en el gobierno de la Iglesia. ¿A cuántos arbitrios no ha recurrido su bondad, para impedir el que las puertas del infierno no prevalezcan contra esta santa Ciudad, situada desde el nacimiento de los siglos sobre el monte, y tan bien fortificada, que nunca podrá arruinarse, no obstante todos los esfuerzos de los hijos de Babilonia?

La fé tuvo necesidad en sus principios de unas señales sensibles y poderosas para triunfar de la incredulidad; ¡Qué hombres aquellos hombres Apostolicos! Parece que exceden en prodigios á su Divino Maestro; hasta su sombra es poderosa. Perseguida la fé por los Emperadores, á quienes animaba contra ella un falso zelo del Paganismo, necesitó de valor y constancia para resistir al furor de las persecuciones; ¡pero qué heroes no se formó la gracia en aquellos siglos de sangre y fuego! ¡Qué valor y constancia no se vió en la edad mas tierna, y en el sexó

tando mucho zelo contra sus defectos, no manifiestan bastante compasion de sus flaquezas; con el pretexto de no perdonar al vicio, no perdonan tampoco al pecador; en sus reprehensiones muchas veces parece que mas intentan alabar sus virtudes propias, que compadecerse de los desordenes que reprehenden; y haciendo odiosa la virtud á los pecadores, hacen que la verdad parezca estar vestida de todos los defectos que solamente son propios de ellos mismos.

De esto proviene, finalmente, que nuestras reconciliaciones con nuestros enemigos casi nunca son sinceras, porque no es la caridad quien las forma. Nos tratamos, pero no nos amamos; se restablece la correspondencia, pero los sentimientos siempre son los mismos; se juntan las personas, pero los corazones siempre permanecen separados; son distintas las exterioridades, pero el interior siempre es el mismo; el aborrecimiento se viste de las apariencias de la caridad; se contiene, pero no se apaga; nos tributamos mutuos respetos, pero no el amor, sin el que todo lo demas nada vale; añadimos al delito del rencor el del disfraz y la impostura; y muchas veces, aunque tenemos de nuestra parte la razon y la verdad, no por eso somos menos culpados en la presencia de Dios, porque no tenemos la caridad que todo lo sufre, y de la que siempre somos deudores á nuestros próximos.

Estas son las instrucciones que hoy nos dá el generoso Martyr cuya solemnidad nos junta en este santo lugar: la verdad halló en él un defensor ilustrado, un defensor intrépido, y un defensor caritativo y afable. ¡Que consuelo para vosotros, Católicos, es hallar todas estas prendas en el Pastor fiel que el Señor os ha suscitado en su misericordia! esto es, hallar un Doctor sabio que os instruya, un ministro recto que os corrija, y un padre amoroso que os socorra y consuele en vuestro trabajos, y os facilite á todos los caminos de la vida eterna. *Amén.*

SER-

## S E R M O N

### PARA EL DIA DE SANTO TOMÁS

### D E A Q U I N O.

*Paravit cor suum ut investigaret legem Domini, & faceret, & doceret in Israel præceptum, & iuicium.*

Dispuso su corazon para indagar la ley del Señor; practicó, y enseñó en Israel sus preceptos, y sus ordenes.

*Este es el elogio que de Esdras hace el Espiritu Santo en el capitulo septimo del libro primero de su historia.*

**N**O hay cosa de mas consuelo, Católicos, que el registrar con los ojos de la fé los caminos de la providencia en el gobierno de la Iglesia. ¿A cuántos arbitrios no ha recurrido su bondad, para impedir el que las puertas del infierno no prevalezcan contra esta santa Ciudad, situada desde el nacimiento de los siglos sobre el monte, y tan bien fortificada, que nunca podrá arruinarse, no obstante todos los esfuerzos de los hijos de Babilonia?

La fé tuvo necesidad en sus principios de unas señales sensibles y poderosas para triunfar de la incredulidad; ¡Qué hombres aquellos hombres Apostolicos! Parece que exceden en prodigios á su Divino Maestro; hasta su sombra es poderosa. Perseguida la fé por los Emperadores, á quienes animaba contra ella un falso zelo del Paganismo, necesitó de valor y constancia para resistir al furor de las persecuciones; ¡pero qué heroes no se formó la gracia en aquellos siglos de sangre y fuego! ¡Qué valor y constancia no se vió en la edad mas tierna, y en el sexó

Tom. VII.

Ee

mas

mas fragil para desafiar á los Tiranos, y á los mas terribles tormentos! Se veía á los Christianos correr á los suplicios con mas ansia que los hombres mas sensuales á los placeres.

Finalmente, en tiempos mas tranquilos y remotos, entregada á la disputa de los hombres, asustada con los asaltos de la heregía, desfigurada con los estraños colores con que aún sus mismos hijos han querido manchar su hermosura, ha necesitado de unos hombres cuyos labios fuesen depositarios de la ciencia, de unos Doctores ilustrados, de unos nuevos Esdras que se dedicasen á buscar la ley con sencillez de corazon, y que despues de haber puesto en práctica sus preceptos y ordenanzas, pudiesen defenderse contra los enemigos de la fé, y enseñarla á los fieles segun toda su pureza. Tales fueron en todos los siglos los Basilio, los Hilarios, los Gerónimos, los Agustinos; y tal fue en los tiempos posteriores el Santo Doctor cuyo exemplo de vida intento hoy proponeros, dedicandome mas á esto que á ensalzar sus virtudes. Dispuso su corazon para buscar la ley del Señor; práctico y enseñó en Israel sus ordenes y preceptos. *Paravit cor suum, &c.* No hubo error que Tomás no impugnase, no hubo verdad que no probase, ni dudas que no aclarase; y mientras vivio halló la Iglesia en su persona un defensor invencible, que aún despues de muerto vive en sus escritos.

Pero para ceñirme á un determinado asunto, considerando á Santo Tomás como un grande Doctor, reduciré toda mi oracion á dos sencillas ideas, para las que hallo fundamento en el texto que me he propuesto, y que al mismo tiempo pueden servir de grande instruccion á los Ministros de la Iglesia. El estudio de la religion, que manifestandonos la verdad parece debiera inspirarnos el amor á ella, no dexa con todo eso de exponer la virtud á grandes peligros. ¿Qué escollos no se hallan en el estudio de esta ciencia, y qué pasos tan peligrosos en su prác-

práctica! Pero Santo Tomás se santificó estudiando la ciencia de la religion, y al mismo tiempo santificó el uso de este estudio: la virtud le sirvió de guia en el estudio de la ciencia de la religion; este será el primer punto; y el uso de esta ciencia le confirmó en la virtud; este será el segundo; es decir, que buscó la ley del Señor con la sencillez de su corazon, y que práctico y enseñó en Israel sus ordenes y preceptos: Imploramos, &c. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

**EN** qué extremo de corrupcion se halla el hombre, Católicos! De las ruinas de su inocencia le quedaron, dice San Agustin, ciertas inclinaciones á la fama, á los placeres, y á la verdad, que son como las esperanzas de su restablecimiento; ¡pero ay! de estas felices reliquias de su antigua rectitud, forma los primeros desordenes de sus pasiones; y estos dichosos remedios, entre sus manos se convierten en tristes escollos.

¿Qué cosa mas digna del espíritu del hombre, que aquella ansia de saberlo todo, que le es tan natural? ¿Y qué cosa mas indigna de él, que el modo con que la satisface? Parece que son muy débiles los atractivos de la verdad; por sí sola nos mueve muy poco, y si no nos animan los fines de la fortuna y del interés, nos cansamos muy presto de buscarla. Este es el primer escollo, muy frecuente á todos aquellos que se aplican á las ciencias, tanto sagradas, como profanas. Por otra parte, cansado el entendimiento de hallar siempre los mismos objetos en el recinto de la fé, se halla en él como oprimido; salta las sagradas barreras, y con una curiosidad poco respetuosa, quiere entrar en un Santuario que debiera adorar desde lejos; este es otro escollo, todavia mas delicado que el primero; finalmente, agotando el estudio toda la aplicacion del alma, distrae el espíritu, seca el corazon, y apaga la devoción; tercer escollo,

por el que gemimos todos los días los que por razón de la santidad de nuestro estado debemos á la Iglesia el olor del buen exemplo, y la luz de la doctrina.

Santo Tomás en el estudio de las ciencias se propuso otros caminos mas seguros y christianos. Porque, primeramente, renunció todas las pretensiones con que le lisonjaba su distinguido nacimiento, y el favor que gozaba su familia con el Emperador, y se valió del desprecio de la grandeza como de un grado para llegar á conseguir las ciencias: En segundo lugar, con un entendimiento el mas capaz que se ha visto, no se gobierna sino por ajenas instrucciones, besa las sagradas huellas de sus mayores, se contenta con valerse de las preciosas ruinas que halla esparcidas en sus obras; y pudiendo, como Moysés, hallar él mismo materiales para construir el Tabernáculo, se contenta, como Beselel, con juntarlos, y dárselos aquella hermosa disposicion que será en todos los siglos el encanto y las delicias de los Sabios; finalmente, atento siempre á resucitar la gracia de su vocacion, descansa de las fatigas de los estudios con la oracion con el retiro y con mil mortificaciones. ¡O Dios mio! la gracia de vuestro espíritu le desata mas dificultades que todos los esfuerzos del entendimiento humano.

El primer escollo que se debe evitar son los fines de fortuna é intereses; aunque nacido de una de las mas ilustres familias de su país, se entrega el cuidado de la educacion de nuestro Santo á los Monges del célebre Monasterio de Monte Casino, costumbre muy antigua y muy apreciada de nuestros Padres. Me parece que estoy viendo á la hija de Faraon, que entrega á la madre de Moysés aquel hijo milagroso: *Accipe puerum*, le decia, *& nutri mihi.* (a) Criadle como corresponde á la grandeza á que le destino, y á la pompa y magnificencia de Egipto; pues los mismos eran los fines de la madre de nuestro Santo: porque como

(a) *Exod. 3: 9.*

muchas veces he dicho, casi siempre se decide de la suerte de los hijos, y se los dedica al mundo ó á Jesu-Christo, aún antes que se hallen en estado de conocer á uno ni á otro. Pero ¡ah Señor! ¡qué distintos eran vuestros fines! Vos le libertasteis de las aguas, como á Moysés, solamente para llevarle al desierto, para confiarle los intereses de vuestra ley, y para hacerle Doctor de vuestro pueblo.

Habia poco tiempo que el Orden de Santo Domingo habia empezado á aumentar el campo de Israel con una nueva Tribu. Los demas institutos que le habian precedido no eran, si es lícito decirlo así, mas que ensayos de la gracia; *initium aliquod creaturae ejus.* El plan de los antiguos fundadores que habian hecho florecer en Occidente la disciplina Monástica, era la oracion y las santas austeridades; pero en este nuevo Orden se juntaron la ciencia con la oracion, las funciones Apostolicas con el retiro, y el trabajo del espíritu con las mortificaciones del cuerpo. Salió Tomás del monte Casino, en donde las instrucciones y el exemplo de aquellos piadosos solitarios que habitaban en aquel santo monte, habian sustentado y hecho crecer las semillas de la virtud, que la gracia habia muy anticipadamente puesto en su alma. Habiendo llegado á Nápoles, oye hablar de los hijos de Santo Domingo; las maravillas que le cuentan mueven su curiosidad; los vé, é inmediatamente siente una secreta inclinacion á aquel nuevo Orden, y se determina á abrazarle: consulta, examina, se encomienda al Padre de las luces, y convencido de que Dios le llama á aquel estado, cerrando los ojos á todo quanto pudiera detenerle, pone en execucion su designio; es inutil que el Principe de este mundo le manifieste desde lejos sus reynos y toda su gloria, que el Infierno invente todos los días nuevos artificios para recobrar la presa, á la que parece le daban algun derecho los empeños de un nacimiento distinguido: Vos, Señor, fuisteis testigo de que, ni las lágrimas, ni las amenazas, ni los ardides de una madre, siempre ingeniosa en su dolor, ni el

poder de un Emperador, ni los asaltos que dieron á su inocencia, ni una triste y larga prision pudieron detenerle; nada quedó por hacer, para que nada faltase al mérito de su fé. Pero fueron vanos é inútiles todos los esfuerzos; los obstáculos que le opusieron solo sirvieron de inflamar mas sus ansias, y por último la consecucion de sus deseos fué corona de su perseverancia. Este fué el primer paso que dió Santo Tomás antes de empeñarse en la penosa carrera de las ciencias; no solamente no se edificó ideas de grandeza y fortuna, fundado en los progresos que en ellas habia de hacer; renuncia desde luego á la fortuna y á las grandezas presentes, para que ningun motivo extraño pueda distraerle en el estudio de la verdad.

¿Me he de atrever yo ¡ó Dios mio! á proponer al siglo un exemplo tan extraño? ¿Es cosa regular hoy el sepultar en los claustros las esperanzas de una lisonjera fortuna? ¡Ah! en el mundo toda la gloria de saber se reduce á proporcionarse por caminos de iniquidad los medios para la elevacion, y la mas sólida virtud se contenta con esperarla. Aún nosotros los Ministros del Señor, cuyos labios son depositarios de la ciencia, nos dedicamos al estudio, siguiendo los caminos de las pretensiones del siglo. ¿Qué es lo que nos dá ánimo en las penosas vigiliass? Un puesto que nos haga respetables en una Comunidad: una reputacion que nos haga estimados del mundo; una fortuna, que conseguida, será motivo de que se acabe el amor al trabajo y al estudio; ó finalmente una vana curiosidad, que al mismo tiempo que anima nuestras fatigas, amortigua nuestra fé.

El segundo escollo que deben temer los Sabios es el no poderse contener dentro de los estrechos límites de la fé; y aquí se me representa uno de los mas bellos pasages de la vida de nuestro Santo. La fé es una virtud cómoda para los talentos medianos; como su vista no alcanza mucho, le cuesta poco trabajo el creer; en este punto su mérito es un mérito puramente del corazon: no tienen ne-

ce-

cesidad de sacrificar aquellas luces particulares, que jamás han ilustrado su alma; y si la fé es para ellos sacrificio, es un sacrificio semejante al de Abrahám; en él se halla leña, fuego, amor y sencillez, pero no víctima: *Ecce ignis, & ligna, ubi est victima holocausti?* (a)

No sucede lo mismo á los talentos vastos y perspicaces; acostumbrados á ver con claridad aquellas verdades á que puede llegar el humano entendimiento, sufren con impaciencia la santa obscuridad de las que deben adorar. Habiendo gozado muchas veces el privilegio de entrar en el Santuario de la verdad, les cuesta repugnancia el no poder traspasar los sagrados límites que sirven como de barrera al Santuario de la fé; miran ciertos artículos con un religioso repeto, pero á otros los examinan y sondean; dicen que el pasar por impenetrables debe atribuirse á la ignorancia de nuestros padres; á esto se sigue un amor á la novedad que lisonjea, engaña, y vence; nos extraviarnos desgraciadamente, y nuestro error, como dice San Agustin, es nuestro Dios; nos olvidamos de que el impugnar un punto de la ley, es arruinar todo el edificio; en una palabra, queremos sufrir el yugo de la fe, pero nos le queremos imponer nosotros mismos, aligerarle, y moderarle á nuestro arbitrio; este ha sido regularmente el escollo de los grandes ingenios; los Annales de la religion nos han conservado la memoria de sus caídas, y casi no ha habido siglo que no haya sido famoso por alguno de estos tristes naufragios.

¿Qué gloria esta, Católicos, para Santo Tomás! dotado de todos aquellos grandes talentos que constituyen los hombres extraordinarios; de un entendimiento vasto, elevado, profundo y universal; de un juicio recto, puro y sólido; de una imaginativa hermosa, feliz y arreglada; y de una memoria inmensa; con qué respeto no presentó todas estas preciosas riquezas á los pies de los

(a) *Genes. 22. v. 7.*

los Doctores de la Iglesia, que le habian precedido? Sabía, ¡oh Dios mio! que vos habeis puesto límites á la extensión del humano entendimiento, del mismo modo que al ímpetu de las olas del mar, y que así como este furioso elemento no puede romper sus invisibles diques, sin causar desordenes en el universo, tampoco el entendimiento del hombre puede pasar los términos que le habeis señalado, sin caer en unos desordenes tan funestos como deplorables.

Luego que salió de la escuela de Alberto Magno, se dexó ver en la Capital de Francia, y en la primera Universidad del mundo, ¡pero con qué aplausos! Su mérito pasma desde luego á aquellos Sabios, que atraídos de las liberalidades de nuestros Reyes, venían aquí desde todas las Provincias de Europa á pagar el tributo de su erudición. Entre los Sabios se distinguió por lo sublime de su entendimiento, y por la abundancia de su doctrina, y se manifestó muy superior á ellos por el prudente y respetuoso modo con que trató los inefables Misterios de nuestra Santa Religion, sin permitir libertad á su entendimiento en aquellas materias, que solamente son objeto de la fé, y no de las disputas. Y así, Católicos, en su siglo hubo muy pocos Doctores en quienes no se hallasen algunas opiniones singulares, arrogantes, y que apenas se pueden excusar de censura; pero la doctrina de Santo Tomás siempre ha estado libre de toda sospecha, y nunca ha merecido sino elogios.

Con todo eso, Católicos, no se contentó con dedicarse al estudio de la religion, aunque la religion era el fin á que ordenaba todos los demás estudios; el de las ciencias profanas á que se aplicó despues, inspira muchas veces, por efecto de nuestra flaqueza, una especie de libertinaje en el entendimiento, desgracia que es muy comun en este infeliz siglo. Como la razon se acostumbra á exâminar, vá perdiendo la costumbre de creer; para creer necesita violentarse; el sujetarse mucho á la obscuri-

ridad de los Misterios, es lo mismo que descender del trono para entregarse al cautiverio; es despojarse como David de las señales de la dignidad Real, y caminar delante del Arca, pasando plaza de loco por Jesu-Christo; de esto provino el que los primeros Apologistas de la religion diesen unos nombres tan odiosos á la Filosofia de los antiguos. Tertuliano, extremado en todo, dice que es incompatible con el Evangelio, y que como otro Sanson, es temible aún despues que los Apostoles la encadenaron, y que todavia hace temblar, y aún casi que se arruine todo el edificio de la fé: *Concussio veritatis Philosophia*. De esto provenia aquel santo horror que tenían los primeros discípulos, los que en este punto conservaban preciosamente la memoria de los consejos de San Pablo, teniendo las sabias precauciones de aquel Apostol por prohibiciones expresas é irrevocables; aunque quiera decirse, que en este zelo hay alguna cosa que no es del todo conforme con la prudencia, lo cierto es que estos excesos son de grande edificación, y se fundan en la flaqueza del espíritu humano. ¡Ah! ¡Quanto debieramos desear que esta piadosa delicadeza volviera á introducirse en nuestro siglo! acaso la fé ganaria por una parte lo que por otra perdiesen las ciencias profanas; puede ser que la Francia tuviera menos sabios, pero en recompensa de esto la Iglesia tendria mas fieles.

Nuestro Santo, lejos de inficionarse en el estudio de las ciencias profanas, con aquel ayre malicioso que en ellas se respira, purifica sus raizes sospechosas, mezcla sus aguas corrompidas con las aguas vivas de la doctrina Evangélica, aumenta aquel sagrado rio, que corriendo de siglo en siglo desde el nacimiento de la Iglesia, vá á parar al seno del mismo Dios de donde habia salido; y con un nuevo artificio hace que la mentira sirva á la verdad, la Filosofia á la fé, la supersticion al verdadero culto, los despojos de Egipto á la construcción del Tabernáculo: en una palabra, consagra las armas de los Gi-

gantes al Templo del Señor, despues de haberse servido de ellas contra los mismos Filistéos.

¡Quántos espíritus perversos hay, que hasta en los mismos libros santos buscan materias para sus dudas, y fomento para su incredulidad! Pero la fé de Tomás aún en las mismas ciencias profanas adquiere nuevas fuerzas; y Aristóteles en sus manos se convierte en un Apologista de la religion.

¿Pero de qué proviene que nada padeciese la integridad de su fé en el comercio que tuvo con las ciencias profanas? Consiste en que la fé de este grande hombre no estaba fundada sobre arena movediza, sino sobre una piedra sólida; en que desconfiando siempre de las sentencias de los Autores profanos, las verdades de la fé eran la regla por donde juzgaba, y siempre estaba pronto á abandonar todo lo que no se ajustaba con esta regla infalible; en que cuidaba de fortalecer continuamente su fé con el estudio de los libros santos, y el de los Doctores de la Iglesia; la ley de Dios era para él, como para David, sus mas suaves delicias; se traga aquel Sagrado Volumen, le convierte en su propia sustancia, no deseando menos el edificarse, que instruirse; pero á los Autores profanos los lee con cautela y desconfianza, pues sabe que son hombres, y hombres expuestos á errar; las Divinas Escrituras las lee con una absoluta sumision, para acomodar á ellas su estilo y sus pensamientos, porque sabe que éstas son la palabra de un Dios y de un Dios verdadero, igualmente incapaz de engañar, que de ser engañado; si se dedica á manifestar sus mysterios, y á explicar sus dificultades, no tengais miedo de que intente proponer ideas propias suyas; no, Católicos, el entendimiento mas sublime de su siglo, y el mas autorizado para proponer sus conjeturas, siempre sigue el parecer ageno en la explicacion de los libros santos; recoge religiosamente en las obras de los antiguos Doctores, y en aquellas sagradas fuentes de la verdadera doctrina, los preciosos monumen-

tos de su espíritu; sin hacer caso de la gloria de inventor, gloria tan apetecible para los que se precian de sabios, dedica los mas excelentes talentos que jamás hubo, á juntar, á coordinar, á explicar, y á dar nueva fuerza con sus razones á lo que otros habian dicho antes que él. ¡Quién podrá alabar dignamente sus sabios y piadosos comentarios, monumentos eternos de su amor á las Divinas Escrituras! No obstante, los grandes progresos que despues de su siglo se han hecho en las lenguas, y en la Critica, todavia hallan en ellos que admirar, y que aprender aún los mas Doctos.

Pero no solamente quando se trata de aclarar las santas obscuridades de la Escritura manifiesta este religioso respeto á los antiguos Padres, sino que en todas sus obras la sentencia de éstos es la regla de la suya. Habiendose dedicado mas especialmente á los escritos del grande Agustino, exprimió todo su jugo, por decirlo así; dispuso con un orden muy arreglado aquel prodigioso cúmulo de riquezas esparcidas por todas las obras de aquel grande hombre; quitó á su doctrina todo aquel aparato de eloqüencia que la cubre, y que algunas veces nos la oculta; y como otro Eliséo, aunque no heredó la capa de su Maestro, no dexó de heredar todo su espíritu. ¡Gran Dios! inspirad estos mismos pensamientos á todos los que tratan las verdades de la religion; sirva á todos de modelo nuestro Santo Doctor; aprendan todos de él, á usar de precauciones contra el peligroso veneno derramado en tantos libros, cuya leccion los disgusta de la sencillez de la palabra de Dios, y á no buscar la verdad sino en aquellas fuentes en donde Dios nos ha prometido que la hallaremos infaliblemente.

Pero lo que mas merece nuestra atencion en la vida de nuestro Santo Doctor, es el extremo cuidado con que procuró huir del ultimo escollo del estudio, que es la distraccion del espíritu, que seca el corazon, y quita á la piedad aquel fervor, sin el qual es difícil que podamos

permanecer en ella mucho tiempo.

Sí, Católicos, este es el mayor escollo de los Sabios; muchas veces el estudio es en ellos una pasión violenta, que hace que todo lo abandonen, y que la sacrifiquen hasta las mas esenciales obligaciones de la virtud; y particularmente quando el feliz éxito de su estudio anima su aplicacion, se dexan llevar de la curiosidad que tan natural es al hombre, del deseo de señalarse con nuevos inventos, del temor de no perder su reputacion, sino la mantienen con nuevas producciones, y aún tambien de la utilidad que se persuaden sacará el público de sus vigilias y tareas; pero no os parezca, Señores, que abandonan de un golpe todos los ejercicios de devocion, porque esto asustaría en extremo su conciencia; empiezan practicandolos con precipitacion, para volver con mas prontitud á su amado estudio; despues continúan omitiendo algunos; y por ultimo insensiblemente vienen á parar en pasar la vida en averiguar la verdad, y olvidarse de Dios. ¡Qué diferente fue, Católicos, la conducta de nuestro Santo Doctor! Entre todas sus ocupaciones la primera y mas importante fue el cuidado de su alma. Si halla en la carrera de las ciencias aquellas espesas nubes que no puede disipar toda la perspicacia y aplicacion del entendimiento humano, no le sirve esto de pretexto para dedicarse mas tiempo al estudio, abandonando sus devotos exercicios; por el contrario, entonces recurre á la fuente de las luces, y á la oracion; si le sucede no hallar en ella la instruccion que busca, renueva su fervor, y sufre con paciencia sus tinieblas, haciendo igual sacrificio á Dios quando se le oculta, como quando se le manifiesta; en estas ocasiones, teniendose por indigno de los favores del cielo, recurre á San Buenaventura; la virtud y merito de este grande hombre habian producido en el corazon de nuestro Santo aquel afecto amoroso, que como dice San Agustin, solamente puede ser sincero entre los Santos;

tos; el que viera á estos dos Angeles mirandose, y consultandose mutuamente para descubrir los secretos de la Divinidad, hubiera creído ver los dos Querubines del Tabernáculo que se estaban mirando, y en medio de los cuales gustaba Dios de pronunciar sus leyes, y declarar sus oráculos.

No, Católicos, el deseo de adelantar en las ciencias nunca sirvió de estorvo á nuestro Santo Doctor, pues siempre observó la mas escrupulosa regularidad en los exercicios de su estado: tenia destinadas sus horas para el estudio, pero tambien tenia señalado tiempo para cada una de las demás obligaciones: ¿De qué me puede servir, decia, la ciencia que hincha, si no tengo la caridad que edifica? El prodigioso número de sus escritos bastaria para hacer su vida, no solamente laboriosa, sino tambien muy penitente; y no obstante eso, ¿qué ayunos, qué mortificaciones no añadió á sus estudios, mas para conformarse con Jesu-Cristo crucificado, que para reducir su cuerpo á la servidumbre? ¡Orque, Católicos, la gracia le preservó desde su niñez de aquellos peligrosos combates en que la carne se revela contra el espíritu, sin duda para que libre su alma de los negros vapores que se levantan de lo profundo de nuestro barro, pudiese aplicarse con mas libertad, y sin distracciones, á buscar la verdad; y aún quando por su sublime talento no hubiera merecido el nombre de Doctor Angélico, se le hubiera grangeado la pureza de su corazon.

Pero si quereis, Católicos, conocer bien la sólida, y al mismo tiempo tierna y afectuosa piedad de nuestro Santo, y el cuidado con que trabajaba en mantenerla y aumentarla, no teneis que hacer mas que registrar aquel admirable oficio que compuso del adorable Sacramento; en él se manifiesta todo su corazon; solamente el corazon puede hablar aquel idioma de religion y de piedad; y no estando gravados aquellos sentimientos en lo íntimo del

del alma, sería imposible quererlos explicar con palabras: ¡Qué afecto y qué claridad en las expresiones! ¡Qué viveza de pensamientos! ¡Ah! vuelvo á repetir que ésta obra no es produccion del entendimiento, sino puramente del corazon, y de un corazon abrasado de amor, y así, me atrevo á decir que si el cielo adornó su entendimiento con un tesoro de ciencia y de prudencia, también llenó su corazon de un tesoro de gracias y virtudes; y que si fué el mayor Doctor de su siglo, fué tambien el Religioso mas exácto, mas fervoroso, y mas santo de su Orden.

¡Qué exemplo, Católicos! Pero qué poco le imitamos. ¿Es este acaso nuestro modo de proceder? ¡Ah! con pretexto de que todo es lícito y aún laudable en nuestras ocupaciones, nos entregamos absolutamente á ellas, y abandonamos la oracion. No hablo aquí de aquellas personas que no piensan mas que en proyectos de fortuna y ambicion, y que ciñendo toda su felicidad á los estrechos términos de esta vida, se valen sin escrúpulo de los mas iníquos medios para conseguirla, sin reparar en nada: unos hombres que, como dice el Apóstol, no tienen mas pensamientos ni mas deseos que de los bienes de la tierra, no debe causar admiracion que no piensen en los bienes futuros, cuya fé acaso está apagada en sus corazones: pero vosotros, Católicos, vosotros que no habeis renunciado á la esperanza de los bienes futuros; vosotros, que os absteneis del engaño, del fraude, y de la rapiña, y que os preciais de honor y probidad; vosotros cuyas costumbres son arregladas, y están distantes de todos los excesos, vosotros, que repartis al huérfano y al pobre aquella porcion de vuestros bienes, que los ha destinado la providencia; ¿por qué habeis de ocupar el tiempo de tal modo que no hayais de dexar lugar para los ejercicios de la religion? Decís que la verdadera virtud consiste en cumplir cada uno con las obligaciones de su estado; convengo en ello, pero advertir que en este punto es muy de temer

la

la ilusion: el que nuestras obras sean agradables á Dios no consiste tanto en ellas mismas como en el modo de practicarlas. Aunque nuestras obras no sean contrarias á su ley, no por eso las acepta; para que las reciba es necesario ofrecerselas, y que en todo lo que hacemos le tengamos por fin, y deseemos agradarle. ¿Pero cómo podremos cumplir con esta obligacion tan esencial, siendo la oracion tan rara en toda nuestra vida, y viviendo perpetuamente olvidados de Dios? Por otra parte, si la virtud consiste en el exácto cumplimiento con las obligaciones de nuestro estado, os pregunto, ¿no es vuestro estado principal el de Cristiano, y el de miembros de la Iglesia? Luego vuestra primera obligacion debe ser el dar á Dios, y á la religion lo que les debeis. Es increíble á lo que llega la ilusion en este punto; y muchas almas, creyendo llevar al Tribunal de Jesu-Christo un inmenso tesoro de buenas obras, no hallarán allí mas que un funesto vacío, y un tesoro de indignacion, que las consumirá eternamente. Pero volvamos á nuestro asunto: ya habeis visto como la virtud sirvió de guia á nuestro Santo Doctor en el estudio de las ciencias, ahora os manifestaré como el uso de estas mismas ciencias le confirmó en la virtud.

## SEGUNDA PARTE.

EL día, dice el Profeta, instruye al día, y la noche dá funestas lecciones á la noche. Si la codicia os ha servido de motivo para dedicaros á las ciencias, no tendreis mas fin que la codicia en el uso que hagais de ellas. Porque primeramente, si entrasteis en este estudio por aquel secreto camino que os franqueó un vil interés, sereis unos Doctores venales, vuestra fortuna será la que decida de vuestras sentencias; os sucederá con vuestras doctrinas lo que sucede á los Pintores con la luz, que no buscan precisamente la mas clara, sino la que mas se acomoda para hacer agradable su pintura. Este es el primer escollo en el

el uso de las ciencias, el que nace del primer escollo de que acabamos de hablar en su estudio. En segundo lugar, si no habeis tenido mas fin que contentar una vana curiosidad, hareis vanidad de vuestra ciencia, ospreciareis de la obra de vuestras manos, sereis unos Doctores singulares, y solo porque las opiniones sean comunes ya os parecerán dudosas; este es el segundo escollo en el uso de las ciencias, efecto del que queda notado en su estudio. Finalmente, si se ha entibiado vuestro fervor con la aplicacion al estudio, si habeis dexado de reparar con la oracion aquella distraccion del espiritu, inseparable de un estudio profundo y continuado, sereis unos Doctores vanos, muy llenos de vosotros mismos, y muy vacios de Dios. No dareis al Señor la gloria que le es debida, y semejantes á aquellos impios de quienes habla el Profeta, direis que vuestra lengua se ha señalado por sí misma, y que es vuestra la gracia de vuestros labios: *Dixerunt; linguam nostram magnificavimus, labia nostra á nobis sunt.* (a) Tercer escollo que se halla en el uso de las ciencias, inseparable siempre del escollo que se halla en su estudio.

Santo Tomás, que entró en el estudio de las ciencias por un camino muy diferente, aunque poco usado en todos tiempos, no se aparta de él con el uso que de ellas hace. Entró en este estudio con un generoso desprecio de todas las pretensiones del siglo, y así lejos de ser un Doctor venal, es un Doctor exácto, uniforme, y desinteresado. Nunca habia caminado sino siguiendo la luz de los astros de la Iglesia que le habian precedido, y así lejos de ser un Doctor singular, es, por decirlo así, un Doctor Ecuménico, y universal. Finalmente, siempre juntó la oracion con el estudio, y por eso no obstante haber merecido la mayor reputacion que hombre alguno habia gozado hasta entonces, fué el Doctor mas humilde de su tiempo; y semejante á Moysés, solamente él no reparaba en la fama

(a) *Psalm. 19. v. 6.*

ma con que resplandecia: *Ignorabat quod cornuta esset facies sua ex consortio Sermonis Domini.* (a)

Fue nuestro Santo un Doctor exácto y desinteresado, que no tuvo mas fin en el uso que hizo de sus estudios que dár á conocer la verdad. A muchos les parecerá corta esta alabanza, pero esperad, Señores, á que os la declare con toda la extension que admiro en ella.

Figuraos el hombre mas consultado de su siglo; el nuevo Esdras, á quien recurren todos para oír la interpretacion de la ley; y el árbitro, y el oráculo de los Grandes de la tierra en sus dificultades y dudas. ¿Qué estado este tan delicado! en todo quieren ser soberanos los poderosos de la tierra; parece que la verdad está tambien sujeta á ellos; es necesario que ésta se halle en donde ellos quieran colocarla; no pueden sufrir contradicciones; y el oponerles la razon, casi es lo mismo que hacernos culpados del delito de traydores; el ayre mismo que se respira junto á ellos tiene no sé que malicia, que desordena toda la constitucion del espiritu; el que lexos de la grandeza, y en la obscuridad de una Provincia se gloria interiormente de su desinterés, ¿experimenta acaso esta misma fuerza y este mismo valor quando se vé expuesto al público? No por cierto; hace que ceda la ley; la acomoda al tiempo, al genio, y á la necesidad; no se atreve á proponer su propia sentencia, y las mas veces sigue la de aquellos á quienes tiene utilidad en agradar: bien lo sabeis, Señor, y en todos los siglos ha habido bien tristes exemplos de esta verdad.

Ahora bien, Católicos, ¿qué orden y exáctitud, qué uniformidad y qué constancia no se hallan en la doctrina de nuestro Santo! En ella se vé claramente, que solo busca la verdad; ¿qué rectitud, quando propone las reglas de las costumbres! No se inclina á la diestra ni á la si-

nies-

(a) *Exod. 34. v. 29.*  
*Tom. VII.*

niestra, segun la expresion del Profeta; tan distante vá de aquel áspero é intratable zelo, que quiere hacer baxar fuego del cielo sobre las ciudades pecadoras, y que sin misericordia acaba de romper la caña ya quebrantada, y de apagar la lámpara que todavia humea, que destierra del Evargelio aquella benignidad consagrada con tantas perlas como en él se hallan, como de aquella indigna condescendencia que apaga el sagrado fuego que Jesu-Christo vino á encender á la tierra, y que en vez de renovar un vestido gastado y podrido, se contenta con aplicarle un remiendo nuevo; que destierra de la moral de Jesu-Christo aquella santa austeridad, que es su espíritu dominante, y sigue siempre aquel prudente medio de que todos se precian, pero pocos saben observar; y aún hoy estamos viendo en las sabias decisiones que nos ha dexado en orden á las reglas de las costumbres, como en el Arca de Israel, la suavidad del Manná, y el saludable rigor de la vara.

Ministros de la nueva alianza, vosotros que estais trabajando todos los dias en construir al Señor Tabernáculos vivos, observad, y gobernaos por este modelo. ¡Ay de aquellos Pastores, dice el Espiritu Santo, que tratan á sus ovejas con un severo rigor, y con imperio; pero desgraciados tambien los que preparan almohadas para que descanse el pecador!

No se les debe ocultar á los hombres la inmensidad de las misericordias del Señor, pero tampoco se les debe dexar que ignoren el santo rigor de su justicia, y lo terrible que es el caer en manos del Dios vivo, antes de haberle aplacado con dignos frutos de penitencia; en una palabra, es necesario instruir á los hombres acerca de la verdad, sin añadir, sin quitar, y sin disfrazarsela. ¡Qué talento es este tan raro! y qué cosa tan peligrosa es el mezclarse en instruir á otros, quando falta este talento!

Tomás poseía este talento singular, y supo conservar-le en medio del favor de los Grandes: Urbano IV. quiso ele-

elevarle á las primeras dignidades de la Iglesia, y le ofreció el Arzobispado de Nápoles; pero semejante á Moysés, se contenta con ser Legislador del Pueblo de Dios, y dexa para otros el honor del Sacerdocio; y no contento con haber rehusado esta dignidad, desconfiando en algun modo de sí mismo, pide al Sumo Pontifice que no le vuelva á dar otras, y que le dexé acabar su carrera en la pobreza y humildad de su profesion. Raro exemplo, ó Dios mio, y que parece inimitable en el siglo presente! ¡Ah! ya no se os pide que renunciéis las dignidades de la Iglesia que se os presentan; esta seria una virtud de los primeros siglos, un heroismo, que si es lícito explicarse así, oy parece propio de los tiempos fabulosos; pero no os atrevaís á llegar á ellas por los caminos de la injusticia y de la iniquidad; no os atrevaís á comprar el don de Dios; tened valor para resistir á la tentacion de un beneficio, quando para conseguirle es preciso formar tratos y capitulaciones, como si fuera una hacienda profana.

Los Príncipes de la tierra, no contentos con respetar la virtud de nuestro Santo, y concederle su estimacion, le honraron tambien con su familiaridad. San Luis le sentaba muchas veces á su mesa; pero quáles os parece que eran entonces los pensamientos de nuestro Santo Doctor? Oídlo, ó hombres embriagados con la grandeza, y aprended de la insensibilidad de los Santos, el aprecio que hacen de aquel favor de los grandes, que miráis vosotros como á vuestro ídolo: estaba en presencia de un Rey de la tierra, como soleis estar vosotros muchas veces en la presencia del Rey de los Reyes; apenas se acuerda de que está presente el Príncipe; aún en medio de la Corte halla el sosiego de su retiro, y se ocupa en la memoria de sus amados estudios; está profundamente embesado en ellos; y con un santo desprecio, que debe mirarse como una de las mayores pruebas de su virtud, y del poco amor é inclinacion que tenia á las cosas de la tierra, pronuncia en alta voz, como pudiera hacerlo

en su celda, una nueva conclusion que acababa de inferir contra los hereges: *conclusum est contra Manicheos*: inferid de aquí la impresion que hacia en su alma el favor del Príncipe; y si es creible que él le solicitase.

Bien conozco que los hijos del siglo, preocupados con una falsa delicadeza, mirarán con ceño este pasage de la vida de nuestro Santo; pero aprendan en la misma admiracion de San Luis, que la aparente locura de los Santos es mas sabia que toda la prudencia del mundo.

Pero si el desprecio del mundo hizo á Santo Tomás un Doctor exácto y desinteresado, el desprecio que hizo de sus talentos, le formó un Doctor Ecuménico y universal; y el desprecio de sí mismo un Doctor humilde: de este modo evitó los demás escollos que suelen hallarse en el uso de las ciencias.

El amor á la novedad, peligrosa y delicada pasion de los Sabios, fue siempre el mas constante objeto del aborrecimiento de nuestro Santo. Bien habeis visto, Catolicos, con qué cuidado evitó siempre la singularidad en la doctrina, con qué respeto seguia las sentencias de los antiguos Doctores de la Iglesia, en las que se ha derivado hasta nosotros la fé que habian recibido de los Apostoles, y ved aquí lo que en algun modo le ha hecho en la Iglesia un Doctor Ecuménico, y universal, quiero decir, universalmente seguido y aprobado.

Roma, París, Nápoles, Bolonia, Ciudades todas tan célebres, le admiraron sucesivamente, y oyeron las palabras de verdad que salian de su boca, y en todas estas partes recibió su doctrina unos mismos aplausos y elogios; en todas partes le admiran, no porque diga cosas nuevas, sino porque cada uno reconoce en sus discursos la fé de sus Padres, y se convence mas y mas con las pruebas solidas y evidentes que oye á nuestro Santo Doctor.

Pero despues de su muerte ha sido quando Dios con mas especialidad ha glorificado á su Santo, y le ha hecho

Doc-

Doctor universal. En este particular no tengo necesidad de instruiros, Catolicos: desde luego se ofrecen á vuestra vista todas las Universidades del mundo, fieles depositarias de su doctrina, y con especialidad la que le formó en su seno, la ilustre facultad de París, mas gloriosa solamente por esto, que por todos los adelantamientos que há tantos siglos que la hacen tan superior á las mas altas Universidades del mundo Christiano. Entre las piadosas y santas Comunidades Religiosas, sagrados escudos que como á otra torre de David rodean la Iglesia, ¿hay alguna en qué sean mas respetadas las decisiones de su fundador, de lo que lo son las de nuestro Santo en materias de fé y doctrina? Pero entre todas las órdenes Regulares, la suya, que ha dado y dá todos los dias tan grandes hombres, tan Santos Pontifices, y tan célebres Doctores á la Iglesia, la Orden de Santo Domingo, que ha ocupado siempre un puesto tan distinguido en el campo del Señor, ¿quál es la principal gloria que hoy tiene, sino la inviolable adhesion á la doctrina de nuestro Santo Doctor? El oráculo del mundo Christiano, la misma Roma, centro de la fé y de la unidad, ha visto muchas veces á sus Soberanos Pontifices descender del Sagrado Trono, y hacer subir á él los escritos de nuestro Santo para terminar las diferencias que turbaban la Iglesia; los mismos Concilios, jueces infalibles y venerables de la doctrina, han formado sus Decretos, gobernandose por sus decisiones; los Sectarios del error jamás han tenido enemigo mas temible, y como los Filistéos, han llegado á desconfiar de poder exterminar el ejército del Dios vivo, mientras permanezca en él esta Arca Santa. *Tolle Thoman, & dissipabo Ecclesiam Dei.* ¿Con qué elogios no han honrado su doctrina los Romanos Pontifices? Sería cosa de nunca acabar, el querer recopilar y referiros las alabanzas que ha merecido en todo el orbe Christiano.

Quisiera á lo menos poderosle representar elevado  
al

al mas alto grado de estimacion á que puede aspirar la vanidad mas extremada; conocido y admirado, consultado de todo el universo, mirado como una resplandeciente luz puesta sobre el candelero para iluminar á toda la Iglesia, y al mismo tiempo mas hábil para ocultarse á sí propio su mérito, que nosotros para ensalzar y aumentar el nuestro á nuestra propia vista. Paso en silencio mil pasages prodigiosos de su vida, de que está llena su historia; era tan poco lo que cuidaba de manifestar los tesoros de prudencia y sabiduría de que estaba lleno, que su silencio dió algunas veces motivo para que fuese despreciado, y para que le tuviesen por un ingenio común y vulgar; no afectaba superioridad alguna sobre sus compañeros, ó por mejor decir, aunque todos confesaban en él una gracia y un ingenio superior, él cuidaba de anticiparse á todos dandolos muestras de honor, y de respeto. ¿Qué cuidado tenia de ordenar todos sus talentos á aquel Señor de quien dimana todo don perfecto, y toda su ciencia al Padre de las luces, diciendo continuamente que lo poco que sabia mas lo debía á la oracion que al estudio? Pero en donde con mas especialidad se conoce el gran caudal de humildad que habia en nuestro Santo, y que al mismo tiempo que cultivaba su espíritu, cuidaba mucho mas de arreglar su corazon, es en la modestia que se observa en todos sus escritos: nunca habla en aquel tono decisivo é imperioso, que queriendo ser seguido de todos, no dá mas prueba de sus razones que su propia autoridad; las altercaciones de la escuela, el calor de las disputas, la variedad de opiniones y doctrinas, nunca le hicieron perder su modestia y compostura; propone con sencillez, y decide con modestia: condena pocas sentencias, y siempre sin ofender; en la inmensidad de sus obras, y en unas materias casi todas disputables, no se advierte ni una palabra que denote la aspereza que suele ser regular en el calor de la disputa, y si edificó con sus

escritos un templo á la verdad, fue, si es licito decirlo asi, como Salomón, sin valerse del hierro, y sin usar de los golpes del martillo. ¡Ah! ¿Por qué en los siglos siguientes no se habrán contenido los hombres dentro de estos terminos? ¿Porqué en vez de defender á Jerusalén acometida por todas partes de enemigos, han vuelto las armas unos contra otros? ¿Por qué llamarán tantas veces á la pasion en socorro de la verdad? ¿Qué locura, exclamaba en otro tiempo San Agustin, llorando este desorden, el dar unos golpes mortales á la caridad, por defender una ley, cuyo fin y cumplimiento es unicamente la caridad. *Vide quam stultum sit perniciosis contentionibus ipsam offendere charitatem, propter quam dicta sunt omnia cujus dicta conamur exponere.* Sobre este punto pudiera formar un nuevo Panegyrico á nuestro Santo; pero no acabaria jamás si quisiera manifestar todos los prodigios de su vida, y ya he dicho bastante para nuestra edificacion: Admiramos sobre todo, Catholicos, la profunda humildad de este Gran Doctor. ¡Ah! Nosotros muchas veces sin fundamento alguno nos ensalzamos sobre los demás; ciegos con nuestro amor propio, que nos oculta unos torpes defectos, vemos en nosotros unas virtudes que en la realidad no tenemos; si el cielo nos ha concedido alguno de aquellos talentos que son raros entre los hombres, inmediatamente queremos que todos nos rindan vasallage, y nuestra vanidad se dá por ofendida de todos aquellos que no nos tributan respetos; ved, pues, Señores, un Santo que reúne en su persona quanto puede excitar el aprecio y la admiracion, los dones de la naturaleza, los de la gracia, y los mas extraordinarios talentos, y con todo eso, en vez de solicitar los respetos y atenciones, si era capaz de manifestarse agraviado por alguna cosa, era por no vivir olvidado y confundido entre el comun de sus hermanos: la humildad es el verdadero carácter de los Santos, esta virtud

es la que tanto nos recomendó Jesu-Christo, porque solamente por medio de la humildad nos podemos hacer semejantes á él; esta virtud basta por sí sola, y sin ella nada son todas las demás. Pero ay! entre todas las virtudes esta es la mas rara, aunque parece que debiera sernos tan natural: Porque finalmente, Católicos, si nos conociéramos como en la realidad somos, si no nos atribuyéramos sino lo que verdaderamente hay en nosotros, en una palabra, si nos hicieramos la justicia que merecemos, ¿qué fundamento hallaria nuestra vanidad en nosotros?

¡Gran Dios! Yo no veo en mí cosa alguna que no me haga vil y despreciable á vuestra vista, y á la de los hombres, y si éstos me conocieran como en la realidad soy, no podria quejarme de sus burlas y desprecios: No obstante esto, vos me prometeis un inmenso caudal de gloria, si defendiendo mi corazon contra la vanidad: Pues yo me humillaré, Señor, mas y mas, seré pequeño á mi vista, para merecer de este modo la gloria inmortal que teneis preparada para los humildes de corazon, que es lo que os deseo. Amen.

SERMON  
PARA LA FESTIVIDAD  
DE UN SANTO MARTIR,  
PATRON DE ALGUNA IGLESIA.

*Vos eritis mihi testis.*

Vosotros seréis mis testigos. *Actor. I. v. 8*

EL dar testimonio de Jesu-Christo es una obligación indispensable en todos los fieles; y el martirio es el mayor testimonio que Dios puede pedir al hombre, pues no hay cosa mayor que el amor, y el martirio es su consumacion y plenitud. Bien sé que este testimonio no es para todos los tiempos, y que ha sido preciso que la Iglesia haya tenido sus tiranos y perseguidores, para que tuviese Mártires y Apostoles; pero así como hay martirio de sangre, le hay tambien de fé; aunque hayan cesado las persecuciones, y aunque los Césares se hayan convertido en Protectores de la religion que antes quisieron destruir, no por eso están menos obligados los fieles á dar testimonio á Jesu-Christo, como el Santo Martir cuya memoria celebramos en este dia; la paz de la Iglesia que nada quita al mérito de la fé, tampoco dispensa en las obligaciones de ésta; la vida christiana siempre es una vida de combates, de tentaciones, y de trabajos; el Christiano siempre es un Martir, que en algun

es la que tanto nos recomendó Jesu-Christo, porque solamente por medio de la humildad nos podemos hacer semejantes á él; esta virtud basta por sí sola, y sin ella nada son todas las demás. Pero ay! entre todas las virtudes esta es la mas rara, aunque parece que debiera sernos tan natural: Porque finalmente, Católicos, si nos conociéramos como en la realidad somos, si no nos atribuyéramos sino lo que verdaderamente hay en nosotros, en una palabra, si nos hicieramos la justicia que merecemos, ¿qué fundamento hallaria nuestra vanidad en nosotros?

¡Gran Dios! Yo no veo en mí cosa alguna que no me haga vil y despreciable á vuestra vista, y á la de los hombres, y si éstos me conocieran como en la realidad soy, no podria quejarme de sus burlas y desprecios: No obstante esto, vos me prometeis un inmenso caudal de gloria, si defiendo mi corazon contra la vanidad: Pues yo me humillaré, Señor, mas y mas, seré pequeño á mi vista, para merecer de este modo la gloria inmortal que teneis preparada para los humildes de corazon, que es lo que os deseo. Amen.

SERMON  
PARA LA FESTIVIDAD  
DE UN SANTO MARTIR,  
PATRON DE ALGUNA IGLESIA.

*Vos eritis mihi testis.*

Vosotros seréis mis testigos. *Actor. I. v. 8*

EL dar testimonio de Jesu-Christo es una obligación indispensable en todos los fieles; y el martirio es el mayor testimonio que Dios puede pedir al hombre, pues no hay cosa mayor que el amor, y el martirio es su consumacion y plenitud. Bien sé que este testimonio no es para todos los tiempos, y que ha sido preciso que la Iglesia haya tenido sus tiranos y perseguidores, para que tuviese Mártires y Apostoles; pero así como hay martirio de sangre, le hay tambien de fé; aunque hayan cesado las persecuciones, y aunque los Césares se hayan convertido en Protectores de la religion que antes quisieron destruir, no por eso están menos obligados los fieles á dar testimonio á Jesu-Christo, como el Santo Martir cuya memoria celebramos en este dia; la paz de la Iglesia que nada quita al mérito de la fé, tampoco dispensa en las obligaciones de ésta; la vida christiana siempre es una vida de combates, de tentaciones, y de trabajos; el Christiano siempre es un Martir, que en algun

modo cada dia debe morir por Jesu-Christo; es necesario que en todos tiempos pierda su alma para salvarla; y si su vida no es un continuo y penoso testimonio de su fé, no puede menos de ser una indigna desercion, y una apostasia; pero para manifestar una verdad tan importante y necesaria para los fieles, la dividiré en tres reflexiones; en las que os enseñaré en qué consiste este testimonio que todos los fieles estamos obligados á dar á Jesu-Christo. Para esto necesito de las luces del Divino Espiritu: invoquemosle, poniendo por intercesora á Maria. *Ave Maria.*

## PRIMERA PARTE.

Quando hablo del testimonio que todos los Christianos estamos obligados á dar á Jesu-Christo, no hablo solamente de la profesion exterior que todos hacemos de su Doctrina: no todos los que dicen, Señor, Señor, esto es, no todos los que le invocan con la Iglesia, entrarán en el número de sus discípulos. Hablo de un testimonio penoso, que no desmienta con su conducta la fé que exteriormente profesa; que no niegue á Jesu-Christo con sus obras, al mismo tiempo que le está confesando con la boca; de un testimonio que dá honor á la religion, que glorifica al Señor, que santifica al alma fiel, para que con el continuo sacrificio que hace de las cosas presentes dé un público testimonio de las futuras; esto es; el testimonio que la fé pide á todos los fieles es un testimonio de trabajos, de humildad, y deseo.

Un testimonio de trabajos: Sí Católicos, solamente padeciendo podemos dar testimonio de que somos Christianos. Los Martires dando su vida por Jesu-Christo no hicieron mas que abreviar su sacrificio, y acabar con una sola accion heroyca y dolorosa la larga carrera de trabajos que deben andar todos los fieles; no hablo aqui precisamente de los males exteriores con que nos aflige muchas veces su Providencia, y que son inevitables á causa

de la presente condicion de nuestra vida; estas son unas pruebas que no nos pide Dios á todos igualmente, y unos medios de santificacion de que se vale su Sabiduria para el cumplimiento de sus misericordiosos ó justicieros fines para con algunas almas fieles; hablo de aquellos trabajos de que propiamente se compone la vida christiana, de aquel espiritu de cruz y de mortificacion que dá testimonio de que somos discipulos de Jesu-Christo, que seguimos su doctrina, y esperamos sus promesas; hablo de aquella abnegacion interior, de aquel martirio invisible y continuado con que siempre debemos estar resistiendo á nuestras pasiones, y reprimiendo nuestros injustos deseos, con el que combatimos nuestras inclinaciones viciosas, con el que valiendonos de los medios de la fé, debilitamos las impresiones de los sentidos, y con el que levantamos dentro de nosotros la vida del espiritu y de la gracia sobre las ruinas del amor propio y de la naturaleza; hablo de aquella penitencia de corazon, sin la qual no puede haber salud eterna, que nos hace perdonar las injurias, amar á los que nos aborrecen, hablar bien de los que nos hacen mal, reprimir los impulsos de la ira, los impetus del genio, y los movimientos de la vanidad; hablo de aquella mortificacion que hace que nos abstengamos de los excesos del amor propio, de las complacencias de la soberbia, de las inutilidades de los placeres, de los peligros de las concurrencias y ocasiones, de los encantos de la pereza, de los escollos de la ambicion, y que nos pongamos siempre de parte de la fé y del Evangelio contra nosotros mismos; hablo de aquella violencia tan recomendada en el Evangelio, que hace que en casi todas nuestras acciones desconfiemos de nuestro corazon, que temamos que le engañe la amistad, que le manche el rencor, que le arrastre la complacencia, que le ciegue el interés, que le desfigure la envidia, que le venza el deleite, que le adormezca la ociosidad, que el mal exemplo le asegure, y que miremos á nuestras pasiones

como leyes, y á los abusos que justificamos, como reglas que debemos seguir; hablo de aquella vida de la fé, que continuamente está peleando dentro de nosotros contra la vida de los sentidos, que en todos los sucesos y en todas las acciones halla sacrificios que hacer, porque en todas partes halla, ó peligros que temer, ó propias inclinaciones, á las que tiene que reprimir; y que hallandonos siempre opuestos á la ley de Dios, siempre halla dentro de nosotros mismos la raiz de todas nuestras tentaciones, y la ocasion de todos nuestros meritos; hablo finalmente de aquella continua guerra que es causa de que el Christiano no pueda salvarse sin que le cueste trabajo, sin vencerse á sí mismo, sin arreglar sus inclinaciones á la ley de Dios, las que continuamente se están apartando de ella, sin sacrificar á las impresiones de la fé las impresiones de los sentidos que las contradicen, sin vivir para Dios en medio de todos los objetos que nos inclinan á vivir solamente para nosotros, sin vivir como extrangeros en una tierra, en la que todo nos convida á que tengamos apego á ella; en una palabra, sin convertir la raiz de nuestros delitos y placeres, en raiz de nuestras virtudes, y motivo de nuestros trabajos.

Este es el martyrio que pide la fé á todos los fieles: baxo de estas condiciones se nos ha prometido el reyno de Dios; los suplicios de los Martires, y las austeridades de los Anacoretas son gracias, pero no son obligaciones; no todos tienen este dón, como se explica el Apostol, y no todos son llamados á un mismo honor; pero la vida crucificada, la mortificacion de las pasiones, la violencia de los sentidos, la penitencia del corazon, esta es vocacion de todos los fieles, la primera obligacion de la fé, y el fundamento y el alma de toda la vida christiana; y así qualquiera Christiano es testigo de Jesu-Christo, porque por medio de las continuas violencias que le manda el Evangelio hacer á su corazon, y á sus pasiones, dá testimonio de que Jesu-Christo es el Dueño de los

corazonés, Remunerador de los fieles, y Juez eterno de nuestras obras; de que su doctrina es el camino de la salvacion, y la doctrina de la verdad, y de que sus promesas deben preferirse á todos los placeres que ellas nos mandan sacrificar. Ahora podemos preguntarnos nosotros, si somos Christianos, esto es Martires de la fé, y testigos de Jesu-Christo; podemos preguntarnos, qué trabajos padecemos en obsequio de la religion, qué sacrificios hacemos á sus promesas, si Jesu-Christo es para nosotros un esposo de sangre, y qué mortificaciones le podremos presentar algun día en testimonio de nuestra fé, y como precio de su reyno: pero yo os pregunto, ¿en qué se distingue nuestra vida de la de aquellos que no creen en Jesu-Christo, y á quienes no se les ha predicado la doctrina de la Cruz? Somos acaso nosotros mas sufridos que ellos, mas castos, mas caritativos, mas austéros en nuestras costumbres, mas moderados en nuestras pasiones, mas equitativos con nuestros próximos, mas circunspectos en nuestras conversaciones, ni mas desprendidos de las cosas presentes? En lo único que les excedemos es, que teniendo una ley mas santa, somos mas culpados que ellos. Este es el primer testimonio; un testimonio de trabajos.

## SEGUNDA PARTE.

EL segundo testimonio que debemos á la fé es un testimonio de sumision; esta sumision se debe á la profundidad de sus misterios y á la autoridad de sus palabras, sacrificando nuestras luces, cautivando nuestra razon, adorando lo que no podemos comprehender, y no queriendo ser sabios contra el mismo Dios; no queriendo averiguar con temeridad lo que nunca vió la vista del hombre, ni oyeron sus oídos; no mezclando con la sencillez de la fé la vanidad de nuestros discursos, y la flaqueza de nuestras conjeturas; no mirando como gracia y valentia del entendimiento, lo que es siempre ceguedad,

y locura; despreciando á los hombres temerarios que se persuaden á que son superiores á los demás hombres quando se levantan contra la fé, y se precian de la impiedad, como de un título distinguido y glorioso, y no hallando cosa mas grande, ni mas noble que la sumision del alma fiel; respetando los ejercicios del culto exterior de la fé, las piadosas tradiciones de nuestros Padres, y las leyes de la Iglesia, reverenciado la grandeza de la religion con nuestra fidelidad en el cumplimiento de sus obligaciones mas comunes y sencillas, y no teniendo por indigno de nosotros mas que el querer ser superiores á sus leyes y reglas.

Esta sumision, propiamente hablando, no mira mas que al entendimiento: Pero la fé pide tambien la sumision del corazon: quiero decir, el que aceptemos las órdenes que Dios nos embia; que nos conformemos con su voluntad santa en todas las circunstancias en que nos coloca; que suframos con paciencia la cruz que nos dispone su bondad, las enfermedades con que nos aflige, las injurias de nuestros enemigos, las perfidias de nuestros amigos, la pérdida de nuestros parientes, las desgracias de la fortuna, y todos aquellos sucesos que ó mortifican nuestra soberbia, ó engañan nuestra esperanza, sirviendonos de los trabajos anexos á nuestro estado como de medios para nuestra salvacion. Vosotros con especialidad, Católicos, á quienes la providencia hizo nacer en una condicion pobre y trabajosa, en vez de envidiar la suerte de los que viven en la abundancia, en vez de murmurar contra el orden de Dios, que parece os ha condenado al trabajo, á la pobreza, y á la miseria, en vez de llevar con impaciencia el peso del día y del calor, que parece ha destinado la misma providencia solamente para vosotros, en vez de miraros como desgraciados por ser pobres, debéis bendecir las misericordias que Dios ha usado con vosotros, disponiendo que nacieseis en un estado en que es mas facil la salvacion, porque en él no son tantos los peligros

en

en un estado en que no teneis que temer tantas tentaciones, que precaver tantos lazos, ni que vencer tantas dificultades, y en el que todo os facilita los caminos de la salvacion, y de la vida eterna; en un estado, en el que Jesu-Christo llama Bienaventurados á los que nacieron en él, pues los ricos por motivo de fé deben privarse de unos placeres, que á vosotros os niega el nacimiento; deben tener en su corazon la pobreza que se advierte en vuestro exterior; deben alcanzar con una penitencia voluntaria los trabajos que á vosotros os impone la naturaleza, y porque no pudierais tener las conveniencias de su estado, sin participar de sus tentaciones y vicios. Pensad algunas veces, Católicos, que la vida es corta, que el Christiano está condenado á padecer, y que así el estado en que menos apego tenemos á la vida, que nos aparta mas de los deleites que corrompen el corazon, que nos proporciona mas ocasiones de sufrir y padecer, que dexa á nuestras pasiones menos arbitrios para poder satisfacerse, que pone entre nosotros y las mas peligrosas tentaciones del mundo un espacio casi inmenso, este es un estado feliz para la salvacion, pues nos proporciona todos los medios para ella, y aparta de nosotros todos los obstáculos. Acordaos de que es preciso padecer, ó en el mundo, ó en la eternidad; que es casi imposible ser felices en la tierra, y en el cielo; que la religion prohíbe á los ricos todo aquello de que ya os ha privado á vosotros la naturaleza; que si tienen mas bienes de fortuna que vosotros, tambien tendrán mas cuenta que dar; que en el Tribunal de Jesu-Christo todos hemos de ser iguales, y que lo que entonces distinguirá á los fieles, no serán los títulos y los honores, sino las obras y los méritos.

Y así Católicos, seais quien fueseis, y en qualquiera estado que os haya hecho nacer la providencia, es inevitable hallar en él cruces y trabajos; el testimonio, pues, que debemos dar á la fé, es glorificar á Dios en nuestras penas; el someternos á su sabiduria que no las im-

pe-

pone; el renovar la voluntad de aquel Soberano Señor que distribuye los sucesos prósperos ó adversos para el cumplimiento de sus misericordiosos fines para con los hombres; el conocer que los trabajos de nuestro estado son caminos para nuestra santificación, que estamos perdidos si nos quejamos de la mano que nos castiga; que Dios tiene sus razones infalibles en quanto hace con nosotros; que su único fin en los diferentes medios de que se vale, es el guiarnos con mas seguridad á la salvacion; que no hay cosa mas de temer que el no tener que sufrir; y que solamente es seguro nuestro estado quando en él hallamos dificultades y penas. Este es el glorioso testimonio que debemos dar á la fé, porque de nada hace tanto aprecio la religion, como de la paciencia y sumision de los fieles: nada hace conocer tanto la grandeza y poder de la fé, como el hallar en la esperanza de las futuras promesas un remedio seguro contra los trabajos presentes; y si Dios es grande en sus Santos, lo es principalmente en aquellos que saben padecer y conformarse.

Con todo eso, parece que no hay providencia para ra nosotros: no contamos con ella en todos los sucesos de que se compone nuestra vida: no vemos mas que la malicia de nuestros enemigos, las injusticias de nuestros Superiores, la mala fé de nuestros amigos, y el odio de los que nos tienen envidia; parece que son los hombres los que gobiernan el Universo, y los que distribuyen á su arbitrio los diversos sucesos que se ordenan á nosotros; parece que sus pasiones son el primer movíl de la variedad de las fortunas; nada referimos á aquel Soberano Señor, que es el que todo lo dispone, y se vale de ellos para sus eternos fines en orden á nuestro destino; no contemplamos á un Dios supremo, y secreto distribuidor de todas las cosas, sin cuya voluntad no puede caerse ni un cabello de nuestra cabeza, que todo lo hace, que todo lo gobierna, que todo lo dispone, que desde la eternidad tiene dispuestos los mas repentinos y extra-

or-

ordinarios sucesos, para hacerlos que sirvan á nuestra santificación, que se burla de la vana prudencia de los hombres, llevandolos á sus fines por sus mismos caminos de que ellos se habian valido para evitarlos. ¿Qué consuelo para una alma fiel lo sublime de estas ideas: ¿en qué elevacion no constituye la fé al hombre, pues le hace superior á todos los sucesos! Aun quando no tuviera mas utilidad que esta la religion en medio de las inquietudes é inconstancias de la vida, ¿no sería digno de lástima el pecador por estar privado de ella? ¿Puede haber cosa mas infeliz ni desgraciada, que un hombre entregado á sí mismo, que vive sin Dios, sin religion, y sin conciencia?

## TERCERA PARTE.

**F**inalmente, el último testimonio que debemos dar á la fé es un testimonio de deseo. Como somos extranjeros en la tierra, como aqui no tenemos ciudad permanente, como los dias de nuestra peregrinacion son cortos y penosos, y como el cielo es la patria del fiel, la primera obligacion de la fé es suspirar por la patria que se nos manifiesta desde lexos; ordenar á este feliz término de nuestros trabajos, nuestros cuidados, nuestras obras, nuestros deseos, y nuestros pensamientos; no perder jamás de vista aquel lugar de descanso, prometido al pueblo de Dios, házia donde continuamente estamos caminando, y adonde nos deben guiar todos nuestros pasos y movimientos; mirar todo lo que nos rodea, como que no nos pertenece, pues quanto podemos poseer, nunca lo gozaremos sino como prestado; usar del mundo y de todas sus cosas, como si no usasemos de ellas, esto es, como de un depósito, del que solamente tenemos el uso sin poder adquirir jamás el dominio; unirnos á lo que siempre ha de durar; no desear mas que los bienes permanentes, que nadie nos podrá quitar, y que hacen felices á los que los poseen; conocer que no hemos si-

do hechos para las criaturas, pues todas juntas no son capaces de dar á nuestro corazon el sosiego que buscamos, porque los bienes que nos unen á ellas, mas son causa de nuestros pesares, que alivio de nuestras penas. Debemos vivir con repugnancia en un lugar, en donde todo irrita nuestras pasiones, y nada puede satisfacerlas; en donde todos los pasos que damos son otras tantas caídas, ó tropiezos; en donde los mismos objetos que mas hemos deseado, forman despues nuestras mas vivas amarguras: en donde todo nos aparta de Dios; y en donde quanto mas distantes estamos de su Magestad, mas insufribles somos á nosotros mismos: en un lugar al que amamos sin ser felices en él, al que despreciamos sin desprendernos de él, cuya nada conocemos sin acabarnos de desengañar, en donde todo nos molesta, sin que con todo eso acabemos de abandonarle: en un lugar en donde todo es tentacion, en donde nuestros buenos deseos hallan tantos obstáculos, nuestras flaquezas tantas excusas, nuestra fé tantas ilusiones, y nuestro corazon tantos engaños; en donde la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, la salud nos hace olvidar de Dios, y la enfermedad, que solamente pensemos en nosotros mismos; en donde los negocios nos distraen, el descanso nos entorpece, el trato de las gentes nos engaña, los cuidados nos molestan, el mal exemplo nos arrastra, y la singularidad nos extravía; en donde la virtud nunca está segura: porque está siempre en nuestras manos, y siempre guardamos este tesoro en un vaso quebradizo; esto es lo que tanto hacia suspirar á los Santos por su libertad; esto lo que nos debe hacer desear aquella redencion perfecta, en donde se enjugarán todas nuestras lágrimas, se acabarán todas las tentaciones, cesarán todas las pasiones, quedarán satisfechos todos los deseos, aseguradas todas las virtudes, y arrancada para siempre la raíz de todos los vicios; esto es lo que nos debe hacer sufrir nuestra vida con una santa tristeza, llevar temblando el peso de nuestro

tro cuerpo, y mirar la tierra como lugar de combates, de tentaciones y naufragios, vivir entre las criaturas como entre enemigos que han jurado perdernos, y desear que el reyno de Dios llegue por ultimo á establecerse para siempre en nuestros corazones. No os parezca, Católicos, que este deseo es pura perfeccion, pues es la primera obligacion de la fé, la mas esencial disposicion de una alma fiel, y la verdadera y sincera piedad; es la que distingue los hijos del siglo de los de Dios, y el estado del Cristiano en la tierra; el que no mira al mundo como destierro, no es ciudadano del cielo; el que fixa su afecto en la tierra, no tiene derecho á los bienes prometidos á los fieles; el que no se cuenta como extrangero en el mundo, no es para el siglo venidero, renuncia la fé, no tiene derecho á las promesas futuras, y es peor que un infiel; por eso, Católicos, nos asegura Jesu-Christo, que el reyno de los cielos es para los pobres y afligidos, porque es mas facil que se tengan por peregrinos en la tierra los que nada poseen en ella, que miren al mundo como destierro, quando para ellos es un lugar de aflicciones y trabajos, y que esperen su consuelo en el cielo, pues no le pueden hallar en la tierra. Pero, Católicos, el corazon, y no el estado, es el que forma los verdaderos pobres. Si miráis la pobreza como desgracia, si deseais las riquezas que os ha negado la providencia, si las teneis por verdaderos bienes, si deseais adquirirlas por caminos injustos, es rico vuestro corazon al mismo tiempo que es pobre vuestro estado; sois infelices y culpados á un mismo tiempo; participais de la maldicion de las riquezas, sin gozar de sus utilidades y conveniencias; por el contrario los ricos, si viven desprendidos de su opulencia, si miran los bienes que la providencia les ha confiado, como medios para exercitar la misericordia, y como precio del reyno de los cielos, si sirven de consuelo á los afligidos, y de alivio á los necesitados, si en vez de ensalzarse por su estado, prefieren el temor de Dios, y el

tésoro de la justicia á todas las riquezas de la tierra; son pobres de corazón á la vista de Dios, y participan de todas las bendiciones de la pobreza, sin experimentar sus incomodidades y trabajos.

Estos son los testimonios que la religion nos pide; éste es el modo con que qualquiera Christiano debe ser Martir de la fé; no precisamente derramando su sangre, yendo á anunciar á Jesu-Christo á las naciones infieles, abandonando su patria y sus parientes, como el Santo Martir, cuya solemnidad nos junta hoy en este Templo; sino mortificando sus pasiones con arreglo á los principios de la fé; y éste es el testimonio de paciencia en los trabajos; abrazando sus penas y aficciones en reverencia de la fé, y éste es el testimonio de sumision; despreciando todas las cosas perecederas, y mirando solamente como bienes sólidos los bienes eternos, y las promesas de la fé, y éste es el testimonio de deseo. De este modo podreis participar con nuestro Santo Patron de la gloria y corona de su martirio. Algunas veces, Católicos, envidiais la felicidad de aquellos que derramaron su sangre por Jesu-Christo; os parece una gran felicidad el comprar á este precio, y por un instante de trabajo un reyno eterno, pero ya os he dicho que en vosotros consiste el pareceros á ellos. Dios no os pide el sacrificio de vuestro cuerpo, el que pide es el de vuestras pasiones; no os pide que os ofrezcais á los trabajos y tormentos por su gloria, lo que quiere es que acepteis con sumision los que os envia; no os pide que lo renunciéis todo, lo que quiere es que de todo vivais desprendidos? ¿Pues en qué consiste, Católicos, que no sigamos los pasos del Santo Martir á quien veneramos? Si acaso os parece que lo que nos pide es demasiado penoso, sabed que la gracia todo lo suaviza; ¿lo teneis acaso por imposible? Pues advertid que los Santos lo practicaron. ¿Os parece inutil? Pues sabed que es el precio de nuestra eterna salud. ¿Dios mio! Si fuéramos mas felices en la tierra abandonandonos á nuestras pasiones, revelandonos contra nuestros trabajos, y aficio-

nandonos á las criaturas, pudiera tener alguna excusa nuestra ceguedad; pero con favorecer nuestras pasiones, no hacemos mas que aumentar nuestras inquietudes; murmurando en nuestras desgracias, empeoramos nuestras penas; aficionandonos á las criaturas, multiplicamos nuestros lazos, y agravamos nuestra esclavitud: Vos, Señor, no nos pedís mas que lo que nos es util y conveniente: nos atraeis á vuestro servicio, prometiendonos que solamente en él hallaremos verdadero descanso; y teneis vinculadas á la observancia de vuestra ley las utilidades de la vida presente, y las promesas de la futura. Amen.



## ORDENES , Ó DECRETOS

DEL IL.<sup>MO</sup> SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON.

## DECRETO

*Mandando cantar el Te Deum en accion de gracias por la toma de la Ciudad de Fuente-Rabia : 17. de Julio de 1719.*

JUAN Bautista , &c. Siempre ha mirado la Iglesia las guerras que se suscitan entre los Principes Christianos como castigos de Dios para con los pueblos y reynos ; y si manda cantar cánticos de alegría y de accion de gracias por las victorias que consiguen unos contra otros , es por la esperanza que tiene de que estos sucesos servirán para adelantar la paz , y hacerla mas durable: Por eso el Rey en su carta de 28. de Junio , nos dice que no sin dolor vuelve sus primeras armas contra un Principe , cuya persona é intereses estima tanto ; que aunque parece que Dios aprueba su justicia , y la rectitud de sus intenciones con los felices sucesos que le concede , no hallaria gusto alguno en estas ventajas , si no conociera que son disposiciones para la tranquilidad general que con todos sus aliados intenta conseguir del Rey de España. La toma de Fuente-Rabia no le lisonjea por la gloria de la conquista , sino solamente por la esperanza que le dá de poder seguir una paz igualmente útil á ambas Naciones : Y así , para dar gracias á Dios de la proteccion con que favorece sus empresas , y alcanzar la paz que su Magestad desea,

nos

nos manda que le tributemos solemnes acciones de gracias.

Conformemonos pues , Católicos , con unos deseos tan justos , y tan dignos de un Rey Christianismo. Demos gracias á Dios por las felicidades que concede á las armas de nuestro Joven Monarca ; pero juntemos , á nuestra accion de gracias , fervorosas y sinceras súplicas por la paz , para que libres de los horrores de la guerra , podamos vivir una vida pacífica y tranquila en todo género de piedad , y de honestidad. (a)

Por tanto , &amp;c.

## DECRETO

*Mandando cantar el Te Deum , en accion de gracias por la toma de la Ciudad , y Castillo de San Sebastian: Septiembre 10. de 1719.*

LA paz entre los Príncipes Christianos es siempre el objeto de las súplicas y oraciones de la Iglesia , y solamente debemos alegrarnos de los felices sucesos con que el cielo continúa favoreciendo las armas del Rey , con la toma de la ciudad y Castillo de San Sebastian , porque nos dan nuevas esperanzas de conseguir la paz tan necesaria á la Europa : nuestro Augusto Monarca , compadecido de los males que consigo trae la guerra , mira bajo de este aspecto esta nueva conquista ; solamente le lisonjea , en quanto le parece un nuevo testimonio de la justicia de su causa , y de la rectitud de sus intenciones , y en quanto le proporciona nuevos medios para pacificar las Naciones que contra su voluntad han tomado las armas ; con este fin nos manda su Magestad en su carta de 30. de Agosto , que demos á Dios solemnes gracias ; estas ideas son tan conformes al espíritu , y á las intenciones

(a) I. *Thimoth.* 22.

de la Iglesia, que debemos conformarnos gustosos con ellas, y nuestra solemne accion de gracias servirá de pública y solemne oracion para conseguir la paz.

## DECRETO

Mandando que se hagan rogativas públicas con motivo de las enfermedades contagiosas: 31. de Octubre de 1720.

ESTANDO distante de vosotros, amados hermanos míos, puedo decir con el Apostol, que siempre os tengo presentes: solo Dios sabe la tristeza que ocasiona á mi corazón una ausencia tan dilatada; el único consuelo que sirve de alivio á mis penas es que estoy detenido aquí por especial orden de la Providencia; que la misma mano que me puso entre vosotros, es la que me ha separado; y que ya por último parece que se acerca el tiempo de que me pueda restituir á mi amado rebaño.

Pero mientras llega el tiempo de que todos juntos nos podamos consolar, según la expresion del Apostol; con mutuos testimonios de fé y de caridad, siempre estoy pensando en vuestros verdaderos intereses. La mano de Dios, que se ha estendido sobre una de las mayores Provincias de la Monarquía, despierta mis temores, y el afecto que tengo á los pueblos que me ha confiado su bondad.

Y á la verdad, si las públicas calamidades son regularmente castigo de las prevaricaciones públicas; ¿podré yo dexar de temer por vosotros, amados hermanos míos? Si ya se han agotado los tesoros de la paciencia y benignidad del Señor, y ha llegado el tiempo de su indignacion; ¿qué podrá hallar entre vosotros que le desarme, y que solicite su clemencia á favor vuestro? ¿Os parece que las infelices ciudades que entrega actualmente al contagio y á la muerte son las mas culpadas? A lo me-  
nos

nos presentan á la venganza del cielo la voz de sus Pastores, que como Moyses, entre los muertos y entre los que agonizan levantan sus manos al cielo, sin tener miedo á los venenosos hálitos que arrebatan su rebaño, y cuyas oraciones debieran ser suficientes para detener los progresos, y calmar la indignacion del Señor: pueden gloriarse de una multitud de Ministros zelosos, que acaban de consumir su sacrificio en el exercicio de sus funciones, y que con un fervor digno de los primeros tiempos, han entregado sus almas por sus hermanos; con todo eso, todavia no ha suspendido la Divina venganza la espada con que los hiere; antes parece que tantas víctimas como ya se han sacrificado avivan su furor, y que pide otras nuevas.

¿Pues qué tendrá reservado para nosotros si mide sus castigos por nuestras infidelidades? Vosotros recurris á las precauciones humanas para impedir que éntre en vuestras ciudades el veneno y la muerte; ¿pero qué poder tienen los consejos y medidas de los hombres contra los consejos de Dios? ¿Os podrán defender vuestras murallas contra el brazo del todo Poderoso? Añadamos, amados hermanos míos, añadamos á las precauciones humanas, la única precaucion que las puede hacer útiles; apartemos de nosotros los males que nos amenazan, haciendo que cesen las culpas que nos los van á traer sobre nosotros; no basta el velar contra las causas exteriores; acudid á la raiz, dice el Señor, y quitad el mal que hay entre vosotros. *Aufferes malum de medio tui.* (a)

La libertad de las públicas costumbres, y aún acaso tambien la distraccion é infidelidad de los Ministros del Altar, han armado la divina venganza; y así se necesita para desarmarla de un sincero arrepentimiento, y que se renueve la religion y la piedad en todos los estados: De  
este

(a) Deuter. 13. v. 15.  
Tom. VII.

este modo, Ninive cubierta de ceniza y de cilicio borró con la abundancia de sus lágrimas el decreto de condenación, que ya se había publicado contra ella; nunca está el Señor mas dispuesto á aplacarse, que quando se manifiesta mas irritado; y las plagas que nos envía son á un mismo tiempo castigo, y remedio de nuestras culpas. *Ira-tus est, & misertus est nobis.* (a)

Arrojemonos pues, amados hermanos míos, al seno de su misericordia: el manifestarnos desde lexos la vara de su indignación es para sacarnos de nuestros errados caminos, y si nos amenaza es para no verse obligado á herir.

Pero aún quando no tuvieramos que temer por nuestra parte, ¿podremos mostrarnos insensibles á la desolación y á la muerte que arrebatá á nuestros hermanos? ¿Podremos negar á la funesta imagen de sus desgracias los sentimientos de una compasión, y una tristeza christiana? Y ya que la distancia de los lugares no nos permite ofrecerlos unos socorros que no pueden recibir de nosotros, ¿podremos negarles el socorro de nuestras oraciones? Acompañemosles, amados hermanos míos, con los sentimientos de fé y compunción que suben hasta el trono del Señor, y le quitan de las manos el azote con que castiga á su pueblo; ofrezcamosle el sacrificio de nuestras pasiones, antes que nos pida el de nuestra vida.

### DECRETO

*Para la Visita General de su Obispado: Abril 6.  
de 1721.*

**D**Esde que la Divina Providencia dispuso que se me confiase el gobierno de esta dilatada Diócesis, no me ha sido posible, amados hermanos míos, el cumplir  
con

(a) *Psalm. 59. v. 1.*

con todas las obligaciones que pide mi Ministerio, y que vosotros debeis esperar de mí. Hasta ahora ha habido razones superiores, las que he tenido por conformes á la divina disposición, para que el Pastor viva lexos de su rebaño. Es verdad que en esta triste ausencia siempre os he tenido en mi corazón, pero no podía ni consolaros en vuestros trabajos, ni instruiros en vuestras dudas, ni remediar los abusos que se pueden haber introducido entre vosotros; como este es uno de los principales cargos de mi Dignidad, me ha parecido que no le debo dilatar mas tiempo; es muy justo que las ovejas conozcan á su Pastor, y oygan su voz; tambien es muy debido que el Pastor conozca á sus ovejas, y á los Ministros á quienes tiene confiada su dirección; disponeos pues, amados hermanos míos, á recibirme como á quien ocupa entre vosotros el lugar de Jesu-Christo, y que debe darle cuenta de vuestras almas. Espero que esta visita os llenará de gracias, y bendiciones espirituales, y que para mí será de gran consuelo el ser testigo de vuestra fé, y de vuestra piedad.

### DECRETO

*Mandando que continúen las rogativas públicas con motivo de las enfermedades contagiosas: Septiembre 16.  
de 1721.*

**H**Asta ahora, amados hermanos míos, hemos visto desde lexos al brazo del Señor levantado sobre una de las mayores Provincias de este Reyno; su justicia disponia estos públicos castigos para que volviésemos sobre nosotros, porque nunca hiere sino para salvar; pero la distancia del peligro ha hecho que nos mantengamos en nuestra falsa paz; hemos llorado por nuestros hermanos, y no hemos llorado por nosotros mismos; aunque reos de las mismas culpas, no hemos tenido el mismo castigo; hoy nos amenaza la ira de Dios, y ya parece que se acerca

á nosotros; el Señor nos manifiesta de cerca sus venganzas, ya estamos acobardados, ¿pero somos por eso mas fieles? Tememos los terribles efectos de su justicia; ¿pero procuramos aplacarla? Nos tiene asustados el peligro, pero aunque es tan grande nuestro miedo, vivimos tanquillos acerca de lo que debiera servir de justo motivo á nuestros temores; conformémonos, amados hermanos míos, con los designios de Dios; cesen nuestras infidelidades, é inmediatamente veremos cesar sus venganzas; nuestras culpas han hecho que el Señor se arme con la espada de su indignacion; pues solamente nuestra penitencia puede desarmarle, y quitarsela de las manos; ni la fuga, ni qualquiera otra precaucion podrá libraros de sus golpes. Por mas que digais á los montes que os oculten, en todas partes halla á los que quiere castigar; los remedios de la religion son mas seguros que los de la prudencia humana; arrojad de vosotros todo lo que puede irritar su venganza, y despues de esto podeis vivir confiados de que no perecereis, y de que salvareis á vuestros hermanos; si se hubieran hallado diez justos en Sodoma, no hubiera baxado fuego del cielo sobre aquella infame ciudad; juntemos pues nuestros llantos, amados hermanos míos, á nuestras oraciones; hagamoslas subir hasta el trono de su misericordia; lloremos, tanto por las iniquidades con que estamos manchados, como por las desgracias que nos amenazan; presentemonos á los pies de los Altares con mas temor de nuestra conciencia, que del mismo peligro de nuestra vida: en una palabra, reconciliemonos con Dios, y nada tendremos que temer para nosotros mismos.

## D E C R E T O

Para la publicacion de un Jubileo: Febrero 21.  
de 1722.

Nunca hemos tenido tanta necesidad de las gracias de la Iglesia, amados hermanos míos, como en este tiempo

po de aflicciones y calamidades.

Los azotes con que todavía está castigando la Divina venganza á algunas de nuestras provincias, (a) y los que nos han amenazado á nosotros en particular, no han sido suficientes hasta ahora para movernos; lo cercano del peligro ha avivado nuestro temor, sin excitar nuestra compuncion; no hemos omitido diligencia alguna para libraros del castigo, pero nada hemos hecho para aplacar al que nos castiga.

Hoy nos abre la Iglesia otro camino para nuestra conversion: si hasta ahora no nos han corregido los castigos, muevannos á lo menos las gracias; el Soberano Pontífice, que es el principal distribuidor de ellas, temblando con el peso del gobierno universal de la Iglesia, que tan felizmente se le acaba de encargar, abre sus tesoros á todos los fieles; esta es una señal de paz y de reconciliacion, que parece nos anuncia el fin de la ira del cielo, y que nos promete dias mas felices y tranquilos: mucho há que el Señor se está manifestando como un Dios terrible y vengador, pero hoy se manifiesta como un Dios compasivo y misericordioso; ya no nos atemoriza con sus amenazas, sino que quiere ganarnos con sus favores; ¿Qué desgracia seria para nosotros, amados hermanos míos, el que nos fuesen inútiles tantos medios de salvacion!

Con todo eso, no puedo decirlo sin dolor, unos mirarán este tiempo de gracia y de propiciacion como una obligacion molesta, y no hallarán en la grandeza de este beneficio mas que la pena de haberse de disponer para recibirle dignamente; otros creerán que luego que hayan recibido las gracias de la Iglesia, ya han cumplido absolutamente con Dios, y las buscarán mas para autorizar su penitencia, que para renovar su agradecimiento y fervor.

Pen-

(a) La peste reynaba en la Canourgue, que confina con el Pais de Auberne.

Pensad, pues amados hermanos, míos, en que la santidad de vuestras disposiciones es la que ha de decidir de la medida de gracias que habéis de recibir en estos días de salud. Quanto mas améis, mas se os perdonará; quanto mas vivo sea el dolor de vuestras culpas, mas ligeras serán las penas con que debéis expiarlas; antiguamente, el mayor fervor, y la mayor abundancia de lágrimas era lo que alcanzaba para los penitentes públicos la relaxacion de las penas canónicas; la Iglesia, movida de su extraordinaria compunción, abreviaba los días de sus trabajos, y de su penitencia; pues como el espíritu que la gobierna siempre es el mismo, todavía no están destinados sus favores sino para los verdaderos penitentes, y solamente abre sus entrañas y tesoros á su dolor.

Ofrezcamos pues á las misericordias del Señor amados hermanos míos, unos corazones verdaderamente contritos y humillados: detestemos los desórdenes que hasta ahora nos han cerrado el cielo, ó que solamente le han abierto para que derrame sobre nuestras ciudades y campos las públicas calamidades.

Convirtamonos á Dios, que ya parece nos promete cesar en sus venganzas, pues nos está convidando con sus beneficios; y si hasta ahora no nos hemos aprovechado como debíamos de sus castigos, á lo menos no abusemos de sus favores.

### DECRETO

*Mandando cantar el Te Deum en accion de gracias por la consagracion, y coronacion del Rey. Noviembre 30. de 1722.*

**L**A piedad de los pueblos, amados hermanos míos, es la que alcanza del cielo los buenos Reyes. Los Principes que Dios dá á la tierra, regularmente son recompensa, ó castigo de las virtudes, ó pecados de sus vasallos;

ellos; unid pues vuestras oraciones á las de la Iglesia, para pedir á Dios que nuestro Joven Monarca sea un Rey segun su corazon; que la augusta ceremonia que le acaba de señalar con el sagrado carácter de la dignidad Real, derrame sobre él, con la unción santa, todas las bendiciones de la gracia; que sea Padre de su pueblo; que no use del poder que Dios le comunica, sino segun su voluntad; que le estén tan sujetas sus pasiones como sus pueblos; que para reynar con mas felicidad sobre nosotros, empiece reynando sobre sí mismo, y que su reynado sea tan dilatado como el de su Bisabuelo, tan piadoso como el de San Luis, y tan glorioso como el de todos sus augustos Predecesores juntos.

Ya se dexan ver sobre su rostro sus bellas esperanzas. Lo sagrado y augusto de su persona se anticipa á nuestros deseos, y asegura nuestra confianza. No cesemos pues amados hermanos míos, de suplicar al Dueño de los Reyes, y al soberano distribuidor de los reynos, que aumente cada día sus dones en este Augusto Príncipe; que conserve al hijo de tantos Reyes, y única esperanza de tantos pueblos; que el principio de su reynado sea el de nuestra felicidad; y que ampare á una Monarquía, en la que la fé ha subido siempre al trono con sus reyes, y se ha conservado con ellos tan pura y brillante como su corona.

### DECRETO

*Mandando cantar el Te Deum, en accion de gracias por haber cesado la epidemia, que se habia introducido en algunas Provincias del Reyno. 1. de Marzo de 1723.*

**Y**A por fin se ha aplacado la ira del Señor, amados hermanos míos. Su venganza, como dice el Profeta, no ha querido privarnos para siempre de sus misericordias; ha retirado su terrible brazo, el que tenia levantado sobre

bre nuestras Provincias, y finalmente ha cesado el contagio que las asolaba; parece que reservaba su bondad este extraordinario favor para estos dias en que nuestro Joven Monarca entra en posesion de su autoridad Real; y estos principios nos prometen que su reynado será señalado con la continuacion de los beneficios del cielo: Por eso su primer cuidado ha sido mandar que se den solemnes acciones de gracias en todos sus dominios, y ponerse á sí mismo, y á todos sus pueblos, baxo la proteccion de aquel Señor que hiere y sana, que destruye y conserva los Imperios.

Unos motivos tan singulares de agradecimiento, amados hermanos míos, deben aumentar ahora el fervor de vuestras oraciones: quanto mas cerca ha estado de vosotros el peligro, mas vivas y fervorosas deben ser las gracias que deis á aquel Señor que se ha dignado libraros de él. Habeis visto la desolacion y la muerte en los confines de las provincias, y á las puertas, por decirlo así, de nuestras ciudades: habeis estado mucho tiempo baxo la espada exterminadora, esperando á cada momento el golpe fatal. Acordaos de vuestros temores é inquietudes, y medid lo vivo de vuestro agradecimiento, por lo grande de vuestros sustos: acordaos de que el desprecio de los beneficios de Dios anuncia siempre su indignacion y su venganza. El Señor es celoso de sus dones, y nunca está mas dispuesto á castigar, que quando su continua y singular proteccion no ha hallado sino corazones insensibles: no le hagamos, pues, que se arrepienta de su clemencia; todo nos convida á que nos volvamos á él; nos convidan sus beneficios, los que no pueden pagarse sino con el amor y fidelidad; estos dias de penitencia que hemos empezado; los santos Misterios que se acercan, y en los que la mayor abundancia de gracias pide unos corazones mas dispuestos; y finalmente, nuestros pasados desordenes, á los que acaso ha señalado el Señor este momento de misericordia, como último termino de su paciencia.

DE-

## DECRETO

*Para la publicacion del Jubileo. Noviembre 15.  
de 1724.*

**D**ios, cuyas misericordias parece son mas abundantes á proporcion que se aumenta nuestra ingratitud y malicia, despues de haber concedido á los ruegos de toda la Iglesia una cabeza, y un pastor fiel y conforme á su corazon, todavia quiere que esta caritativa Madre nos franquee los tesoros de sus gracias, ya sea para excitar nuestro agradecimiento á vista de un don tan precioso, ya para que los cuidados, y el exemplo de un Pontifice tan santo, no sean inutiles á su pueblo.

Correspondamos pues, amados hermanos míos, á los fines que Dios tiene para con nosotros: el Señor no omite diligencia alguna para llamarnos á sí, y al mismo paso que nosotros somos cada dia mas hábiles para perdernos, se vale el Señor de nuevos medios para salvarnos. No limitemos, pues, el fruto de estos dias de propiciacion (como acaso nos habrá sucedido hasta ahora) á algunas tibias acciones de penitencia; sino hemos detestado nuestras culpas, no nos lisonjemos de que ya están expiadas; no creamos que las gracias de la Iglesia nos han purificado, si no nos han mudado; no contemos con su indulgencia, sino en quanto podemos contar con un sincero arrepentimiento. Sus liberalidades son medios para la conversion; y no pretextos para la impenitencia; nos allanan los santos caminos, pero no nos escusan de caminar por ellos; son socorros de nuestra flaqueza, y no excusas de nuestra floxedad: la sangre de Jesu-Christo, de donde dimanar, siempre trae consigo el sello y el carácter de la Cruz; y el precio que nos rescata y liberta, no puede borrar la obligacion de padecer, que él mismo nos impone.

Tom. VII.

LI

Dis-

Disponed pues vuestros corazones, amados hermanos míos, particularmente en este tiempo, en que no solamente franquea la Iglesia sus gracias y sus dones, sino que tambien se abren los cielos, para dar á los hombres al Autor de todos los dones, y de todas las gracias. Los deseos de los justos alcanzaron en otro tiempo su primera venida á la tierra, y es necesario que los suspiros de la penitencia le hagan baxar de nuestros corazones.

Solicitemos con una vida mas christiana las bendiciones del cielo para el piadoso Pontifice, que el Señor por su misericordia acaba de dar á su pueblo; solicitemoslas para toda la Iglesia, confiada á su cuidado; para este dilatado reyno en particular, cuyos Soberanos han sido siempre sus mas poderosos Protectores; y finalmente para nuestro Joven Monarca, descendiente de tantos Reyes Santos, para que así como es heredero de su corona, lo sea tambien de su prudencia y zelo por la religion.

### DECRETO

*Mandando cantar el Te Deum, en accion de gracias por el casamiento del Rey.*

**L**O que asegura la sucesion de los Imperios, asegura tambien su tranquilidad; y toda la seguridad de la religion y de las leyes estriva en la tranquilidad de los Imperios. Muchas veces ha experimentado la Monarquía las desgracias que amenazan al trono, quando acaba con el Príncipe que le ocupa la esperanza de su posteridad. Este era el motivo de que la Nacion desease con tanta ansia, que nuestro Joven Monarca asegurase presto, por medio de un santo y augusto matrimonio, herederos á su corona. Ya por último han sido oídos nuestros votos, y su eleccion ha excedido nuestras esperanzas. En los casamientos de los Soberanos regularmente presiden los consejos de la carne y de la sangre, y los intereses terrenos; pero este le

ha propuesto la religion, y ella sola es la que la ha concluido. El Rey, al mismo tiempo que dividió su trono con la Princesa Maria, hizo sentar con ella á su lado la prudencia, la piedad, la humanidad, la clemencia, y todas las virtudes, que son apoyos mas firmes y durables que las alianzas de los Reynos mas poderosos; éstas las forma el interés, y el mismo interés es el que inmediatamente las destruye. No hay necesidad de registrar nuestras historias, para saber que no todos los estados que nos han dado Reynas, nos han dado siempre amigos y aliados: La Francia no necesita de socorros extrangeros; no necesita mas que de virtud; y en las desgracias del ultimo Reynado hemos aprendido que mas debe cuidar de no despertar la envidia de sus vecinos con un excesivo poder, que de defenderse de sus empresas con alianzas, que muchas veces adormecen nuestra vigilancia, sin aumentar jamás nuestras fuerzas.

Demos infinitas gracias, hermanos míos, á aquel Señor que dispone de los cetros y coronas, y que há tantos siglos que perpetúa el imperio de los Franceses en la Casa Real. El mayor de todos sus dones ha sido el habernos dado una Reyna prudente, piadosa, discreta, que ya es dueña del corazon del Principe, y del de sus vasallos, y que vá á hacer revivir entre nosotros los dias de las Clotildes, y de las Blancas de Castilla. Pidamosle que de esta santa alianza nazcan Heroes que mezclen á la sangre de San Luis, con las virtudes que la son hereditarias, aquellas que todavia vá á ennoblecerla y santificarla. Pidamosle que por su medio recibamos Príncipes, que mas sean Padres, que Soberanos: que nuestro Joven Monarca, precioso objeto del amor y esperanzas de la Nacion, crezca en edad y fuerza, como tambien en gracia y sabiduría: que ame á un pueblo, cuyos votos, lágrimas, y oraciones le han conservado á la Francia; que empiece ya á participar de nuestros trabajos y pérdidas, del mismo modo que nosotros participaremos algun dia de sus prosperi-

ridades y gloria. Todo es comun entre un Principe y sus Vasallos; nuestras desgracias son desgracias tuyas, así como su felicidad es la felicidad de su pueblo; él solo no puede ser grande ni feliz; es destino de los Soberanos que nunca sean grandes Reyes, si no han sido buenos Principes.

### DECRETO

*Mandando rogativas públicas, para alcanzar la bendición de Dios, en la resolución que ha tomado el Rey de gobernar el estado por sí mismo: Julio 5. de 1726.*

**D**IOS, que siempre ha protegido y amparado á esta Monarquía, y que aún quando parecia que se olvidaba de ella, amados hermanos míos, en el tiempo de nuestras calamidades y aflicciones, ha sido para colmarlos de nuevos beneficios, confirma hoy nuestras esperanzas, y ofrece un nuevo alivio á la triste y penosa situación en que, á pesar del cuidado y vigilancia de los anteriores Ministerios, nos hallabamos, á causa de las guerras del último Reynado, y de las mutaciones que despues han acaecido.

El Rey acaba de declararnos que habiendo sido elegido de Dios para el gobierno de este dilatado Reyno, quiere gobernarle por sí mismo: A la verdad, los cuidados del Padre de familias siempre son mas atentos y amorosos que los de sus siervos, aún los mas fieles: es herencia y patrimonio suyo lo que administra, es su casa la que gobierna, son hijos y Vasallos suyos á los que dirige, por eso nos asegura el Rey que en esta determinacion, inspirada del cielo, no tiene mas fin que la felicidad de sus pueblos, que movido del amor y fidelidad que le profesan, quiere pagarles este afecto con el suyo, y darse todo á sus Vasallos, los que viven unidos á él, mas por amor,  
que

que por la misma obligacion, y en cuyos corazones reyna con mas poder que en sus bienes y personas. La Francia, amados hermanos míos, no puede menos de ser feliz, pues el amor á sus Soberanos es la medida de sus felicidades, ni hay para nosotros pronostico mas seguro de nuestra dicha, que el que está vinculado á nuestra fidelidad.

¡Qué gracias no debemos dar á aquel Señor que tiene en sus manos el corazon de los Reyes, del mismo modo que sus cetros é imperios, por haber inspirado á nuestro Joven Monarca una tan grande resolución, en una edad en que los demás Principes apenas se hallan en estado de gobernarse á sí mismos, en la que las diversiones suelen ser sus mas importantes cuidados, y en la que no teniendo sobre sí el peso de la soberanía, no hay otra cosa sería en su vida y personas mas que el augusto y sagrado título que nos los ha dado por Principes.

El Rey, para alcanzar del cielo los auxilios y bendiciones de que necesita para su gobierno, dispone que os encargue súplicas y oraciones. ¿Y en qué ocasion se os pueden pedir éstas con mas justicia? Quando rogamos por nuestros Principes, rogamos por nosotros. Quando pedimos para ellos las virtudes que constituyen á los buenos Reyes, pedimos gracias para nosotros. Un Reynado justo y santo es el dón mas precioso que Dios puede conceder á la tierra. Pidamosle pues, amados hermanos míos, que envíe desde lo alto del cielo á nuestro Joven Monarca aquella sabiduría que preside en los consejos eternos; que le dé un corazon amoroso para sus pueblos, aquella afabilidad que asegura la autoridad, aquella moderacion, que al mismo tiempo que respeta las leyes, hace mas respetable el trono, que conteniendose dentro de la dilatada extension de sus estados, se ocupa mas en corregir los abusos, y socorrer las miserias, que en dilatar sus confines; que dexa para sus Vecinos la funesta dicha de empezar las guerras, y que solamente desea vencer para

tener la gloria de acabarlas. Pidamos á Dios que refina en su real alma todas las grandes prendas de los Santos Reyes que en otro tiempo han gobernado la Francia; que su Reynado nos acuerde la gloria de su bisabuelo Augusto, el que intenta proponerse por modelo; que vea como él, al rededor de su trono, á los hijos de sus hijos; y finalmente, que un Reynado que empieza con tan felices progresos, sea el Reynado de la paz, de la virtud, de la gloria, y de la abundancia.

## D E C R E T O

*Mandando cantar el Te Deum en accion de gracias por el restablecimiento de la salud del Rey : Agosto 20. de 1727.*

Pocos dias há, amados hermanos míos, que os encargamos públicas rogativas para alcanzar del cielo auxilios y gracias para las favorables primicias del gobierno de nuestro Joven Monarca. ¡Pero ay! Al mismo tiempo que en nuestros Templos resonaban las súplicas y las acciones de gracias, le hirió la mano de Dios, y nuestros cánticos de alegría se convirtieron en luto, y en mortales temores; acababa de darse todo á nosotros, y de cargar sobre sí, en una edad todavía tierna, todo el peso del Reyno; y apenas empezabamos á poseerle, y á gozar los primeros frutos de su amor, quando nos vimos amenazados de perderle.

Esta preciosa rama de tantos Principes, esta feliz centellita, que es la única que se ha libertado de la extincion y de todas las ruinas de toda la Casa Real, esta única y augusta prenda de la seguridad del trono, y de la tranquilidad domestica, este dón que Dios ha conservado á la nacion para consolarla en sus desgracias, esta sagrada señal que ha manifestado el cielo á la Europa despues de un diluvio de sangre y de horrores, acaso como prenda

de

de que han de cesar los públicos castigos, y de que ha de restituir la paz á los pueblos y naciones, esta prenda, vuelvo á decir, que nos dió el Señor por su misericordia, ha estado muchas veces por quitarnosla, indignado contra nosotros.

¿Querrá acaso el Señor que apreciemos mas su beneficio, amenanzandonos tantas veces de privarnos de él? Pero si el amor que tenemos al Rey pudiera servir de seguridad á su vida, si para conservarle perpetuamente á su pueblo no fuera necesario mas que conocer lo grande del beneficio que nos hace el Señor en concedernosle, si la duracion de nuestro agradecimiento pudiera responder de la de su vida; en una palabra: si nuestros corazones decidieran de su suerte: ¡Ah! ¿Qué tendria él que desear, ni qué tendríamos nosotros que temer? La Francia sería la nacion mas feliz del universo, y el Señor nos llenaria todos los dias de nuevos favores, si midiera la abundancia de éstos por el amor que nosotros tenemos á nuestros Soberanos.

Quando Dios los hiere, es por castigar la poca fidelidad que tenemos á su Magestad: regularmente todas nuestras desgracias provienen de nuestras culpas; estas fueron las que en aquellos dias de luto, cuya memoria aún está reciente, nos quitaron de un golpe tantos Principes que eran firmeza del trono, y esperanza de la Monarquia; nunca ha faltado la sucesion de las ramas que han reynado entre nosotros, sino en aquellos tiempos en que la corrupcion de las Cortes, y el desorden de las públicas costumbres, ha trahido sobre nosotros la ira del cielo; entonces cesaba la comunicacion de la sangre Real de Padres á hijos; Dios entregaba los Grandes y los pueblos al espíritu de rebellion y de discordia, y la pública confesion servía de expiar los públicos delitos; los tristes exemplos de los siglos pasados debían servirnos de instruccion para el presente; Dios siempre castiga las iniquidades de las naciones, ó quitandolas

los

los buenos Reyes, ó dandoselos segun su indignacion; el conservarnos á nosotros nuestro Rey es señal de que quiere salvar á su pueblo. *Egressus est in salutem populi tui, in salutem cum Christo tuo.* (a) Correspondan, pues, nuestras acciones de gracias á los temores que hemos padecido.

Pero acordemonos al mismo tiempo de que el unico agradecimiento que Dios nos pide es la fidelidad á su Magestad: todos los días nos estamos quejando de que há mucho tiempo que nos castiga; ha derramado sobre nosotros sucesivamente todas las plagas de su ira; acaba de amenazarnos con la única y mas formidable que quedaba á su justicia, por decirlo así, hiriendo al Rey; no esperemos el fin de nuestras desgracias, sino con el de nuestras culpas; los singulares caminos por donde ha ensalzado al trono á nuestro Joven Monarca, nos anuncian unos particulares fines de misericordia para con nosotros; este es un nuevo Moysés, el unico de su augusta familia que se ha libertado por una proteccion milagrosa, sin duda para librar algun dia á su pueblo del yugo de la opresion, y de la miseria; ya como otro Santo Rey de Judá, buscan sus ojos hombres fieles para hacerlos sentar cerca de sí. *Oculi mei ad fideles terræ ut sedeant mecum.* (b) Quiere que el Sabio Director de su infancia lo sea tambien de su reynado; que los mismos principios de humanidad, de justicia, y de religion que han formado sus primeras costumbres, formen la regla de su gobierno, y que las mismas manos que le han manifestado los peligros y obligaciones de la corona, se la ayuden á mantener; no hagamos pues inútiles, amados hermanos míos, unos pronosticos tan dichosos, y no hagamos que se vuelvan contra nosotros, continuando en irritar al cielo, las grandes utilidades que nos prometen.

(a) *Orat. Habac. 3. v. 13.* (b) *Psalm. 100. v. 6.*

## DECRETO

Para la publicacion del Jubileo del Año Santo:  
Febrero 3. de 1727.

**S**iempre os anunciamos con nueva alegría, amados hermanos míos, las gracias y remedios que continuamente está ofreciendo la Iglesia á nuestra flaqueza. ¿Qué puede faltar á nuestro consuelo, si corresponde á nuestros deseos y necesidades el fruto que debemos sacar?

Esperabais con impaciencia este tiempo de misericordia y de propiciacion, y mirabais con una santa envidia á los reynos y provincias á quienes se habia ya concedido esta gracia: pues ya llegó, amados hermanos míos, la salud que esperabais. *La gracia de Dios nuestro Salvador se ha manifestado entre vosotros; pero es para que renunciando á todos vuestros injustos y pecaminosos deseos, vivais en medio del siglo con aquella piedad, con aquella justicia, y con aquella prudente sobriedad, que corresponde á la santidad de vuestra vocacion.* (a)

En tiempo de la ley de Moysés, en este año del Jubileo que la Iglesia llama Año Santo, descansaban las tierras, recobraban su libertad los esclavos, las familias volvian á la posesion de sus bienes enagenados, se cancelaban todas las deudas, y cada uno se restituía á su antigua condicion: esto, amados hermanos míos, no era mas que una sombra de lo futuro; el descanso de las tierras nos figuraba aquel eterno descanso, en que estaremos libres de todos los cuidados de la tierra, y por el que siempre debemos suspirar; los esclavos que recobraban su libertad somos nosotros mismos, que habiendo vivido has-

ta

(a) *Tit. 2. v. 12. 12.*

Tomo VII.

Mm

ta ahora baxo la servidumbre del demonio y del pecado, vamos á recobrar la libertad de hijos de Dios: los bienes enagenados que se restituian á sus dueños son los bienes de la gracia que habiamos enagenado, por decirlo así, la inocencia y la justicia que habiamos perdido, nuestro patrimonio en Jesu-Christo que habiamos disipado, y el que nos vá á restituir la divina bondad; finalmente, las deudas canceladas son nuestras culpas, por las que somos deudores á la Divina Justicia, las que vá á borrar la Sangre de Jesu-Christo; vamos á restituirnos á nuestra primera condicion, y á aquel feliz estado en que nos puso al principio la gracia del Bautismo.

Estos son, amados hermanos, los inestimables dones que os ofrece la Iglesia. Quanto mayores son, mas santas deben ser vuestras disposiciones para recibirlos; los dones de Dios no son para las almas que no quieren convertirse sinceramente á su Magestad; si nuestra penitencia no estriva mas que en nuestra lengua, y en la simple confesion de nuestras culpas, como acaso habrá sucedido hasta ahora, si no tiene parte en ella el corazon, tampoco la tendrá en las gracias de la Iglesia; el tiempo de las misericordias será para nosotros tiempo de rigores y justicias, y añadiremos á nuestros delitos el de haber abusado del remedio que los debia expiar.

Pero yo, amados hermanos míos, tengo mejores esperanzas de vosotros. *Acerquemonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para hallar en él la misericordia y salud que esperamos.* (a) Presentemos á Dios los gemidos de un corazon arrepenido; no ciñamos nuestras oraciones y súplicas á nuestras propias necesidades; muevannos á todos los males de la Iglesia; aviven nuestro zelo, y confirmen nuestra sumision los peligros de la fé, y las tristes divisiones que la debilitan; despierten tam-

(a) Hebr. 9. v. 16.

bien nuestros votos, y suspiros las calamidades de la guerra de que estamos amenazados, y que por nuestra desgracia hemos experimentado tanto tiempo: desarmemós el brazo de la Divina venganza, que está para caer sobre nosotros: pidamos á Dios aquella paz que el mundo no quiere, ni puede dar: pidamos para los Príncipes y Reyes aquel espíritu de concordia, que junta los corazones, une los intereses, sosiega los rencores, y precave las disensiones y discordias.

Pidamos principalmente para el Rey aquella prudencia que se anticipa á la edad; un corazon docil á los buenos consejos; aquella compasion de las públicas miserias, que tan en tiempo le inspiraron, y le están inspirando todos los dias con las mas sabias instrucciones; pidamos la fecundidad de su Augusto Matrimonio, y un Reynado que mas sea el Reynado de la paz, de la abundancia, y de la justicia, que de las guerras y victorias.

Sigamos las piadosas intenciones, y los fervorosos deseos del Santo Pontifice, que el Señor por su misericordia ha dado á su Iglesia, y que no cesa de levantar las manos al cielo para apartar los castigos que parece nos dispone la divina Justicia; nosotros alcanzaremos lo que pedimos, si lo pedimos con fé; las oraciones comunes de la Congregacion de los fieles tienen un especial privilegio para llegar al trono de la Magestad divina, y el Espíritu Santo que las inspira y forma en los corazones siempre es oído.

## DECRETO

*Mandando cantar el Te Deum, en accion de gracias por el feliz parto de la Reyna. Septiembre 2. de 1727.*

**A** Mados hermanos míos, Dios derrama la fecundidad sobre la Casa Real. Nos manifiesta unas esperanzas, que

que asegurando algun día la sucesion del Trono, asegurarán tambien la tranquilidad de la Monarquía. La virtud de nuestra Augusta Reyna, ha sido ya recompensada con el nacimiento de dos Princesas; el cielo acaba de oír sus ruegos, y los nuestros; y de ella nacerá el sucesor de tan grandes Reyes; y el heredero de tan dilatado y floreciente Reyno. Los favores de que nos acaba de llenar la Divina Bondad, apartando de nosotros el azote de la guerra, nos pronostican los que nos dispone: demostros priesa á merecerlos, amados hermanos míos, con nuestras súplicas y acciones de gracias; pidamosle que nos conserve un Rey que nos ha dado, segun su misericordia; que continúe derramando sus bendiciones sobre la Reyna; y que dilate los días del respetable Ministro que preside en sus Consejos, pues no usa de la autoridad que le está confiada sino para felicidad de la Francia, y consuelo de los pueblos.

### DECRETO

*Mandando hacer una Procesion General, y cantar el Te Deum, en accion de gracias por el nacimiento del Delphin: Septiembre 24. de 1729.*

**Y**A por ultimo, amados hermanos míos, han sido oídos los ruegos de la Francia; Dios que para darnos á conocer la inestabilidad de las cosas humanas, parece gusta que los Cetros é Imperios pasen continuamente de unas familias á otras, continúa por una especial misericordia perpetuando despues de un prodigioso número de siglos el Imperio Francés en la Casa Real, y ahora ultimamente acaba de conceder un sucesor al trono, un nuevo apoyo á la Monarquía, una prenda de la paz y de la tranquilidad á toda la Europa. La sangre de San Luis no cesará de circular, no se acabará la generacion de los justos, y sus nietos poseerán hasta el fin el Patrimonio, que

que desde el principio concedió el cielo á la virtud, y valor de sus Augustos Progenitores. Todas las naciones conocidas, despues de cierta revolucion de tiempos y de años, han mudado muchas veces de Principe: unos nombres nuevos han subido al trono á ocupar en él el lugar de los antiguos, cuya posteridad ha sido extinguida, ó arrojada de la herencia de sus Padres por los usurpadores: las guerras, las disensiones domesticas, la ruina de la fé, en una palabra, la desolacion de los pueblos é Imperios, casi siempre han sido efecto de estas tristes mutaciones. Sola la Francia conserva todavia sus antiguos Principes, y con ellos conserva la fé de sus padres, las Leyes primitivas de la Monarquía, las respetables y antiguas máximas de la Iglesia y del Estado. Si la Nación por sus vicios se hace indigna de tan señalado favor, Dios le concede, sin duda, á la fidelidad y amor que ha tenido siempre á sus Reyes. Sí, amados hermanos míos, el nuevo Principe que nos acaba de conceder el cielo, asegura nuestra fortuna, la tranquilidad de nuestras ciudades, y el estado de cada ciudadano, y facilita al sabio Ministro que parece tiene en sus manos el destino de toda la Europa, medios seguros para purificar á los Reyes y Naciones, para aliviar á los pueblos, á los que las desgracias de los tiempos, y las sospechas y preparativos de una guerra incierta, no han dado todavia lugar para que respiren de las pasadas calamidades, y para que gocen de los consuelos y utilidades de la paz.

Sería inutil, amados hermanos míos, el exhortaros á que junteis vuestras acciones de gracias con las de la Iglesia, por el inestimable dón con que acaba de favorecernos la bondad de Dios. Ha sido tan grande el ansia con que le habeis deseado y pedido al cielo, que no podeis menos de manifestar el mas vivo agradecimiento. Hagamos, no solamente con nuestras oraciones, sino tambien con la santidad de nuestras obras, que baxen sobre este precioso ni-

ño todas las bendiciones que en adelante puedan formarle un Principe segun el corazon de Dios. Los buenos Reyes son siempre recompensa de la piedad de los pueblos; hagamonos dignos de los favores del cielo, y no cesará de ampararnos mientras no cesemos de serle fieles.

## DECRETO

Para la segunda Visita General de su Obispado:  
Febrero 1. de 1730.

**A** Cabo de hacer, amados hermanos míos, la primera Visita General de este dilatado Obispado: Aunque en ella me ha servido de gran consuelo el celo de muchos Ministros, que dividen conmigo el cuidado Pastoral, no ha querido Dios que sea llena y perfecta mi alegría. Las infinitas necesidades del inmenso pueblo que me ha confiado la Divina Providencia, la multitud de obreros que tengo establecidos para su gobierno, entre los cuales es difícil que no se hallen algunos menos fieles al espíritu de su vocacion, los públicos desordenes, que son siempre tristes efectos de su infidelidad, la miseria y las calamidades de los territorios que he visitado, todo esto ha llenado de amargura mi corazon. He temblado con el formidable peso de mi ministerio, y con la inmensidad de mis obligaciones; y vosotros mismos sabeis que he estado en medio de vosotros, por hablar con el Apostol, penetrado de temor y espanto, al contemplar mis obligaciones y las vuestras. *In timore, & tremore multo, fui apud vos.* (a) Pero el peso que asusta á mi flaqueza, no abate mi confianza; sin duda que esta sería vana, si solamente esperáramos el socorro de nosotros mis-

(a) 1. Corinth. 2. v. 3.

mismos; pero, además de que tengo puesta toda mi confianza en el que me envia, y que nos ha prometido permanecer con nosotros hasta el fin, los Santos Obispos que fueron los primeros Pastores de esta Iglesia, y que la santificaron con sus trabajos y su sangre, pedirán para mí, y para los pueblos que ellos ganaron para Jesu-Christo, una parte de la fortaleza, y del espíritu Episcopal de que ellos estuvieron animados. No permitirán que una tan antigua é ilustre porcion del Patrimonio de Jesu-Christo, fruto de sus trabajos y de su predicacion Apostólica, pierda su lustre entre las manos de un sucesor suyo, aunque indigno.

Por eso, amados hermanos míos, deben crecer y aumentarse mis cuidados; á proporcion del mayor conocimiento que tengo de las necesidades de mi Iglesia, conozco que se aumentan mis obligaciones: Y así desde ahora os anuncio otra Visita General, para que valiendome de las palabras del Apostol, *quando estémos otra vez presentes entre vosotros, hallemos en vosotros motivo para gloriarnos mas y mas en Jesu-Christo.* (a) Porque, amados hermanos míos, solamente en vosotros puede hallar mi dignidad gloria y consuelo, porque sois mis Coadjutores. *Cuidad solamente*, por continuar con las expresiones del Apostol, *cuidad de gobernaros de un modo digno del Evangelio de Jesu-Christo, para que yo mismo vea quando esté presente entre vosotros, ó para que oya decir estando ausente, que estais firmes en un mismo espíritu, peleando todos con un mismo corazon por la Fé del Evangelio.*

Renovemos pues en nosotros, amados hermanos, aquel espíritu de zelo y de caridad, que es todo el consuelo, y toda la felicidad de nuestras funciones; tengamos siempre presente, segun el consejo del Apostol, la me-

(a) Philip. 15. v. 26.

memoria de los Santos Pastores, que fueron los primeros que anunciaron la palabra del Evangelio á nuestros pueblos, y considerando lo abundantes que fueron las bendiciones de su ministerio, y el fin con que coronaron sus trabajos, procuremos imitar su fé: *Mementote Praepositorum vestrorum, quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem.* (a) Confundamonos al vernos tan poco parecidos á aquellos antiguos modelos. Esto no es reprehenderos con ánimo de contristaros, sino un nuevo motivo que os propongo para confortaros, y para que nos alentemos en el penoso ejercicio de nuestras funciones.

*Porque en lo demás, amados hermanos míos, por concluir con el Apostol, Dios es testigo de lo mucho que os amo en Jesu-Christo, y lo que le pido es, que vuestra caridad crezca mas y mas en luz, y en toda inteligencia, para que sepais distinguir lo mejor y mas util; para que seais puros y sinceros; y para que camineis hasta el dia de Jesu-Christo.* (b) Aquel terrible dia, en que hará su visita el Principe de los Pastores, de la que la nuestra no es mas que la preparacion y esperanza, sin que se interrumpa vuestra carrera con alguna caída, para que á honra y gloria de Dios, seais llenos de frutos de Justicia por Jesu-Christo.

## D E C R E T O

*Mandando cantar el Te Deum en accion de gracias por el nacimiento del serenísimo Duque de Anjou:  
Septiembre 22. de 1730.*

**P**Ediamos, amados hermanos míos, y apenas podiamos prometernos que Dios se dignase de volver á fa-

(a) *Hebr. 13. v. 7.* (b) *Philip. 1. v. 8. & seq.*

favorecer á la Monarquía, y á la Casa Real, con el nacimiento de un nuevo Principe. Este es uno de aquellos singulares dones que reserva el cielo en su misericordia, para recompensar la piedad de los Reyes y de los pueblos, y asegurar la tranquilidad de los Imperios. ¿Qué nos queda yá que desear, amados hermanos míos, sino el hacernos mas y mas dignos de los beneficios de Dios, pidiendole que nos conserve estas preciosas prendas de nuestra seguridad con la misma misericordiosa protección que nos las ha concedido, y que infunda en los corazones de estos Jovenes Principes el temor de su nombre, el amor á los pueblos, y la compasion de las públicas miserias, virtudes que han sido siempre la mas segura y permanente gloria de los buenos Reyes?

Que vivan largos años á la vista de su Augusto y religioso Padre, que solamente emplea su poder, tan respetable siempre en la Europa, en pacificarla, y hacer felices á sus pueblos:

Y que gocen por mucho tiempo del buen exemplo y amor de una Reyna piadosa, cuyas virtudes y feliz fecundidad llenan todos nuestros deseos:

De este modo, criados en un reynado feliz y pacífico, le derivarán á la posteridad; y la Francia, viendo perpetuarse en el Trono la sangre de San Luis, verá tambien que se perpetúa con ella su gloria, y su felicidad.

## D E C R E T O

*Mandando cantar el Te Deum en accion de gracias por la prosperidad de las Armas del Rey:  
Enero 7. de 1734.*

**D**IOS, amados hermanos míos, acaba de bendecir las pacíficas intenciones del Rey, y la Justicia de sus Armas. No podemos dar las gracias que debemos al Soberano Distribuidor, que dispone la suerte de las batallas.

tallas é Imperios; pero como las guerras son regularmente azotes destinados á castigar nuestras culpas, y como hasta las mas famosas victorias siempre son funestas, aún para los mismos pueblos vencedores, debemos pedir á Dios que una los corazones é intereses de los Príncipes Christianos: Pidamos que se restituya la paz, la que es mas apreciable que todas las conquistas; y alcancemos de sus antiguas misericordias para con esta Monarquía, que la pavesa de la discordia que acaba de encenderse, y que amenaza abrasar toda la Europa, se apague en su nacimiento, y no nos vuelva á sepultar en unas turbaciones que fueron causa de tantas lágrimas para nuestros pueblos, las que todavía no están bien enjugadas.

## D E C R E T O

*Mandando cantar el Te Deum en accion de gracias por la toma del Castillo de Milán: Enero 28. de 1734.*

**L**AS nuevas prosperidades con que el Señor continúa favoreciendo las Armas del Rey nos piden, amados hermanos míos, nuevas acciones de gracias. Es muy justo que las públicas señales de nuestro agradecimiento acompañen á lo continuado de sus beneficios; pero lexos de ensalzarnos con tan felices sucesos, compadezcámonos de las calamidades que siempre trae consigo la guerra: Mezclémos con nuestra accion de gracias los christianos deseos de la paz y concordia. Conformémonos con el modo de pensar de la Iglesia; esta común Madre siempre se affige al ver armadas unas contra otras las naciones á quienes una misma fé, y una misma esperanza unen en su seno: Siempre es aquella amorosa Raquel que llora la pérdida de sus hijos: (a) Unámos nuestras oraciones á las

(a) Matth. 2. v. 18.

las suyas, y pidamos con ella á aquel Señor que tiene en sus manos el corazon de los Reyes, y que inspira los buenos consejos á sus Ministros, que abrevie estos dias de confusion y de ira, funestos siempre á todos los pueblos armados, pues unos lloran sus pérdidas y derrotas, y otros las cargas y esfuerzos que necesitan hacer para comprar la victoria: Conformandonos de este modo con las intenciones de la Iglesia, nuestra accion de gracias, y nuestros ruegos, animados con su espíritu, subirán con mas confianza al Trono del Dios de la paz y del amor; mirará el Señor con ojos de proteccion y misericordia las puras y pacíficas intenciones del Rey; y si no concede á nuestros deseos la paz que siempre ha amado, y que parece nació con él, y que empezó á Reynar con él en Europa, continuará á lo menos concediendole victorias, que inspirarán su deseo á las potencias enemigas que la han turbado.

## D E C R E T O

*Mandando cantar el Te Deum en accion de gracias por la victoria conseguida en Italia contra los Imperiales, por el Exercito del Rey, y el del Rey de Cerdeña: Julio 18. de 1734.*

**D**Exemos á aquellos que solamente juzgan de los sucesos por las falsas y cortas luces de la humana sabiduría, dexemoslos que se desvanezcan y canten cánticos de alegría por nuestras victorias. Nosotros, amados hermanos míos, instruidos con las luces de la fé, pensemos con un santo temor, que la Divina Justicia debe estar muy irritada contra los hombres, pues no obstante el universal deseo de la paz, que las largas calamidades de las últimas guerras habian inspirado á todos los pueblos de Europa, y á los Soberanos que los gobiernan, el terrible azote de la discordia los ha vuelto á po-

ner las armas en las manos con nuevo furor, inundando todavía la tierra con la sangre de sus habitantes: Es verdad, que Dios está visiblemente favoreciendo la justicia de las armas del Rey; aunque se halla victorioso, no por eso dexa de ser un Rey pacífico; desea la paz para sus pueblos, y son recompensados sus deseos con victorias; pero las victorias siempre son beneficios de un Dios irriado contra los hombres.

¿Qué espectáculo nos presenta, amados hermanos míos, la que ahora acabamos de conseguir! una carnicería tan funesta y extraordinaria, tanto de parte de los enemigos como de la nuestra, que apenas se halla exemplar de ella sino entre los pueblos bárbaros; solamente ellos pudieran celebrar el triunfo de una batalla tan cruel y sangrienta; la misma gloria de nuestra victoria nos cubre á nosotros de luto; nuestros públicos testimonios de agradecimiento al Dios de los Ejércitos están acompañados de una tristeza de humanidad y de Religión, y mezclamos nuestras acciones de gracias con las lágrimas que no podemos menos de derramar por la muerte de nuestros parientes, de nuestros amigos, y de tantos valerosos Vasallos que acaban de sacrificar generosamente sus vidas por la gloria del Principe, y por los intereses del estado.

¿Qué trofeos, pues, podremos levantar sobre un campo de batalla cubierto todo de cadáveres, y de miembros despedazados de tantos millares de Christianos? Pasemos á él con la consideracion, amados hermanos míos, y desde aquel lugar bañado con tantos arroyos de sangre, y tan funesto para nosotros, no obstante nuestra victoria, desde aquel lugar, del que solamente hemos quedado dueños para leer y meditar en él despacio la inestabilidad de las cosas humanas, y las inevitables desgracias de las guerras, presentemos al Dios de la paz este espectáculo tan propio para mover á compasion sus paternas entrañas, hagamos que suba hasta el cielo la voz de tan-

ta sangre derramada, y que esta voz en vez de solicitar, como en otro tiempo, su venganza, la aplaque y desarme: Arranquemos de sus manos con nuestras oraciones la espada que está haciendo relucir su justicia sobre nuestras cabezas; prometámosle nuevas costumbres mas santas, y él nos concederá dias mas tranquilos; cesen las culpas que le irritan, y él suspenderá los azotes con que nos castiga; las oraciones que se hacen al Señor por la paz, despues de conseguida la victoria, siempre hay mas seguridad de que sean oídas, porque entonces la religion es quien las inspira, la misma Iglesia la que ora por nuestra boca, el espíritu de Dios quien pide por medio de nosotros, excitando en nosotros estos interiores gemidos, y el Señor nunca desprecia las súplicas que él mismo ha formado en nuestros corazones.

Vamos pues, amados hermanos míos, á juntarnos al pie de los Altares, movidos mas de los horrores que trae consigo la guerra, que de la gloria de nuestras felicidades. No pidamos á un Dios, que solamente baxó á la tierra para apagar en ella con su sangre todas las enemistades, y reconciliar al Universo, no le pidamos que acabe de exterminar con su espada á las naciones que están armadas contra nosotros, porque estas oraciones sangrientas volverian á caer sobre nuestras cabezas; pidámosle aquella paz que no pueden dar los Reyes, las victorias, ni el mundo, y que solamente puede ser obra de sus infinitas misericordias; pidámosle, que reunidos, y reconciliado los Pueblos y Reyes no piensen mas que en servirle, y que mas celosos de dilatar el reyno de la fé que los límites de sus Imperios, no tomen las armas sino para llevar todos juntos el estandarte de la religion, y la gloria del nombre Christiano á aquellas Naciones infieles, que algun dia han de ser llamadas al conocimiento del Evangelio. *In conveniendo populos in unum, & Reges ut serviant Domino.* (a)

## DECRETO

*Mandado cantar el Te Deum en accion de gracias por la toma de Philisburgo.*

**L**as continuas felicidades que en todas partes acompañan á las armas del Rey, amados hermanos míos, están justificando claramente la guerra, que jamas hubiera emprendido nuestro Joven Monarca por motivos puramente de gloria mundana, que suelen ser los mas regulares; pues su prudencia y moderacion, conocidas aún de nuestros enemigos, solamente le instaban á hacer felices á sus Vasallos con un reynado tranquilo y pacifico; el haberse armado ha sido solamente por defender la causa del inocente y oprimido, y para proteger la libertad de una Nacion aliada, que siempre ha estado en posesion de elegir sus Soberanos.

Por eso Dios, Protector de aquellos inviolables derechos en que consiste toda la seguridad de los pueblos é Imperios, anima nuestras Tropas con un valor, que aún excede al que es tan natural á la sangre Francesa. Las mismas dificultades de las empresas sirven de facilidad para vencerlas; las aguas conjuradas, solamente parece que hacen imposibles sus conquistas, para que sean mas gloriosas, y cada dia se señala con nuevas victorias; España nuestra aliada, ha vuelto á tomar posesion del antiguo valor que parece habia perdido, y vá recobrando rápidamente las coronas que le habia quitado la desgracia de los tiempos; y el Príncipe que se las habia usurpado, las pierde, por haber querido poner una corona extranjera sobre la cabeza de un usurpador; nuestros enemigos, derrotados en Italia, apenas hallan en ella un asilo en donde juntar las reliquias de su Exercito, y ponerse en seguridad, y el mas famoso de sus Generales solamente fue á presentarse delante del nuestro en Alemania, para ser testigo del valor de nuestros Soldados, y tranquilo expectador

de la conquista que acaban de hacer á vista suya, de la plaza mas importante del Imperio.

Unas prosperidades tan continuadas nos están pidiendo, amados hermanos míos, mayores demostraciones de agradecimiento al Soberano Distribuidor de los sucesos, porque por ultimo podrán abrir los ojos á nuestros enemigos, para que vean la injusticia de sus proyectos, y restituyan á la Europa una paz, que siempre debe anteponerse á las mas ventajosas victorias. No cesemos pues, amados hermanos míos, de pedirselas á aquel Señor que es el unico que la puede dar. Y esta súplica tan digna de la religion acompañe y santifique siempre la pública alegría, y la celebridad de nuestros agradecimientos.

## DECRETO

*Mandado cantar el Te Deum en accion de gracias por la victoria conseguida en Italia contra los Imperiales por las tropas del Rey, y las del Rey de Cerdeña:*

*Octubre 12. de 1734.*

**L**A paz, que no cesa de pedir la Iglesia para sus hijos, y nosotros, amados hermanos míos, debemos pedir con ella continuamente, parece que cada dia se aparta mas de nosotros: Dios irritado contra las culpas de los hombres se vale de los mismos hombres para executar en ellos sus venganzas, y armandolos á unos contra otros, los castiga, haciendolos á ellos mismos instrumentos de su furor é indignacion; todavia no se aplaca su justicia con tanta sangre como se ha derramado: Un nuevo combate que se ha dado en Italia, aún mas sangriento que el primero, acaba de servir de funesto espectáculo á toda la Europa.

Pero en medio de tantos horrores, el Dios de Carlos Magno, y de San Luis, hace que brillen sobre la Francia, y sobre el sucesor de su corona y de su fé, las resplandecientes señales de su proteccion y favor, á todas partes

nos vá siguiendo la victoria: La audacia, los ardidés, y los esfuerzos de nuestros enemigos, vienea todos los días á parar en una vergonzosa derrota; alguna vez pueden sorprehender la vigilancia de nuestras tropas, pero nunca pueden resistir á su valor, y siempre que nosotros nos disponemos á pelear, quedan vencidos. Nuestras fronteras, y lo interior del Reyno está libre del pillage, y de otras calamidades de la guerra; y al mismo tiempo que nuestros enemigos están viendo sus tierras assoladas, y todo su País entregado á la libertad de los Soldados, entre nosotros el labrador cultiva en paz nuestros campos, y el ciudadano tranquilo en su hogar, recoge los frutos, y se tiene por dichoso de poderlos repartir entre las necesidades de su familia y las del estado.

Pero no nos gloriemos, amados hermanos míos, de nuestras ventajas; no pongamos nuestra *confianza* y seguridad, como dice el Profeta, *en nuestro arco, ni en nuestra espada*. Solamente son victoriosas nuestras armas, y nuestras tropas invencibles, porque Dios pelea por nosotros; la misma mano que nos protege puede tambien abandonarnos, y mas quando, no obstante nuestras victorias, siempre debemos mirar la guerra como castigo de nuestras culpas; hagamonos dignos de que el cielo nos continúe sus favores, llorando la triste necesidad que nos arma contra nuestros hermanos; sirvannos nuestras mismas victorias de nuevos motivos para desear la paz; santifiquemos siempre con este deseo nuestras acciones de gracias; de este modo serán mucho mas agradables á aquel Señor, que es Dios y Padre de nuestros enemigos, como nuestro; conseguiremos que se compadezca de ellos, y de nosotros; conciliará los intereses que nos dividen, y que tan irreconciliables parecen á la prudencia humana; alumbrará este cahos de pretensiones opuestas, en donde se pierde el entendimiento del hombre, y que parece nos anuncia una guerra eterna: Los estados é Imperios, despues de los tristes movimientos con que se hallan agitados, to-

marán por último una consistencia fixa y segura; aquel Señor que supo sacar del primer cahos la harmonía y el orden del Universo, sabrá tambien sacar de la misma inquietud y confusion en que se halla la mayor parte de los pueblos y estados de Europa, la disposicion que debo restablecer en ella el orden y la tranquilidad; la paz que baxó del cielo, reunirá en la tierra los corazones, y los intereses: y nosotros, juntamente con nuestros enemigos, alabaremos las infinitas misericordias del Señor, que se dignó de darla á la tierra.

## DECRETO

*Para suprimir algunas fiestas: Agosto 29. de 1739.*

**L**A Iglesia, siempre cuidadosa de proporcionar á sus hijos nuevos medios para su eterna salud, los propuso desde el principio los exemplos de aquellos Santos, cuyas virtudes habian resplandecido mas en la tierra; y para que estos grandes modelos hiciesen en nosotros mayor impresion, consagró con un santo sosiego, y con un culto público los días destinados á honrar su triunfo. Pero segun se ha ido resfriando la fé de los pueblos, y multiplicandose las santas solemnidades, una ley que era tan prudente y util, solo ha servido de multiplicar las transgresiones, ha llegado á ser gravosa, y como impracticable para las gentes del campo, porque los priva de su trabajo, que es el único remedio de su miseria; y el descanso que se manda en estos santos días, solo ha servido para otros muchos, de ocasion para profanarles con juegos, con la frecuencia de las tabernas, y con otros excesos, que son efecto muy comun de la ociosidad y rusticidad de los pueblos que habitan en las aldeas: Estos son unos inconvenientes tan públicos y tan vergonzosos para la religion, que hemos determinado remediarlos, siguiendo el exemplo de la mayor parte de los Obispos de la Iglesia de Francia.

## DECRETO

Para la tercera Visita General de su Obispado:  
Marzo 1. de 1749.

**A**L avisaros hoy, amados hermanos míos, de mi tercera Visita General, diciendoo con el Apostol á los fieles de Corinto. *Ecce tertio venio ad vos (a)*, puedo tambien añadir con el mismo Apostol, quando pasando á Jerusalem visitó á los fieles del Asia, que esta será la ultima vez que tenga el consuelo de pasar por vuestras Iglesias; la divina paciencia ha dilatado demasiado el tiempo de mi Obispado, y el daros en mi lugar un Pastor segun su corazon, que repare mis faltas, que coopere con mas fidelidad que yo á sus designios de misericordia para con vosotros, y que perfeccione en vosotros la obra del Evangelio, la que yo hasta ahora no he empezado sino muy tibiamente; mientras espero el fin de mi carrera, cuyo termino no puede estar muy distante, no dexaré de teneros dentro de mis paternas entrañas; las enfermedades de la edad no podrán entibiar el tierno amor que siempre he tenido á mis pueblos, y me tendria por muy feliz si mi amor os hubiera sido tan util, como ha sido real y verdadero; dispoñeos pues, amados hermanos míos, á recibir en mi persona al mismo Jesu-Christo Soberano Pastor, y Obispo de nuestras almas (b). Este mismo, de quien yo solamente soy un debil instrumento vá á visitaros, consolaros, é instruiros por mi boca; aún quando mi presencia, como decia en otro tiempo el Apostol á los fieles de Corinto, pareciera flaca y comun á los ojos de los sentidos, y mi conversacion vulgar y despreciable (c) á la vana prudencia, Jesu-Christo es quien habla siempre por mi

(a) 1. Corinth. 23. v. 1.

(b) Petr. 2. v. 25,

(c) Corin. 20. v. 10.

mi boca; él será el que se os manifieste en mi propia persona, y el que estará oculto baxo las humildes exterioridades de mi flaqueza, y de mi mortalidad; dispoñed, pues los caminos á este Pontifice de los bienes eternos, que vá á levantar en medio de vuestras Iglesias el trono de su gracia (a), para derramarla con abundancia sobre todos aquellos que lleguen con aquella confianza que inspira el amor, y el profundo conocimiento de las miserias y necesidades, que nos la hacen tan necesaria.

Vosotros, venerables hermanos, que asociados á mi Sacerdocio y ministerio, dividis conmigo los cuidados del inmenso rebaño que se nos ha confiado, sabed que espero en el Señor, que las gracias de esta visita se han de derramar con mas abundancia sobre vosotros, y sobre vuestros pueblos. Quanto mas sublimes y peligrosas son vuestras obligaciones, mas necesidad teneis de nuevos socorros para fortalecer en vosotros lo que ha empezado á entibiarse, para consolidar lo que ya vacilaba, y para avivar lo que estaba para apagarse.

Yo mismo, encargado de una solicitud mas general, y mas expuesto á ceder al peso con que me ha cargado la Providencia por sus impenetrables designios, tengo necesidad de que el exemplo de los buenos obreros, que Jesu-Christo por su misericordia conserva en esta Diocesi, y los que tengo el consuelo de hallar en mis visitas, me anime, y supla en mí las flaquezas inseparables de la edad, y aún mucho mas, las de mi grande corrupcion.

Espero pues, venerables hermanos, que vosotros tendreis la misma alegría al verme, que yo quando os veo á la frente de vuestros rebaños, manteniendolos con el pan de la santa palabra, edificandolos y animandolos con vuestros exemplos, santificandolos con las gracias de los Sacramentos, y disponiendolos á todos para que lle-

(a) Hebr. 4. v. 25.

ven algun día á los pies del Soberano Pastor el fruto de vuestros trabajos y fatigas, y á que compongan con vosotros una parte de la Iglesia eterna de los Primogenitos.

## DECRETO

*Mandando cantar el Te Deum en accion de gracias por la paz concluida entre el Rey, y el Emperador:*

*Junio 26. de 1739.*

**S**iempre he llorado, amados hermanos míos, por los horrores y cruel carnicería que presentaba á mi vista el furor de la última guerra: ni aun nuestras victorias podían servirme de consuelo, al contemplar la deplorable efusion de tanta sangre Christiana; y las solemnes acciones de gracias que celebrabamos al pie de los Altares, mas eran públicas y piadosas oraciones por la paz, que cánticos de alegría por nuestras victorias; el mismo espíritu de prudencia y moderacion que gobierna la Monarquía, dominaba tambien en nuestros Exercitos; y en una guerra en que estos han dado mas prodigiosas muestras de valor que en otra alguna, han estado tambien mas dispuestos que nunca á preferir la felicidad de no tener enemigos, á la gloria de vencerlos.

Pero aunque entonces era cosa muy justa el desear la paz, no parecia posible ni conforme á la razon el esperarla. Dos casas augustas, rivales en todos tiempos, y siempre con las armas en la mano, ocupadas en disputarse la gloria de la principal autoridad en Europa, habian interesado en sus disensiones á los pueblos, á las Naciones enteras, y casi todo el Universo; los corazones parecian tan irreconciliables como los intereses; la voz terrible de la ira de Dios, irritada con nuestras culpas, parece que habia declarado la guerra, y puesto en movimiento, y hecho temblar á toda la tierra. *Dedit vocem suam, mota est terra; conturbatae sunt gentes, & inclinatae sunt Reg-*

*Regna* (a) Todo el mundo estaba inquieto, commovido, y deseoso de tomar las armas; y en vez de parecer que una guerra tan viva y cruel podia acabarse, estaba para encenderse mas, y abrasar aquellos estados que hasta ahora la habian estado mirando desde lexos.

¡Qué cosa tan prodigiosa es, amados hermanos míos, la tranquilidad que ha hecho suceder el Señor á una guerra que agitada á toda la Europa, y en un tiempo en que el fuego de la discordia, mas encendido que nunca, parecia que jamás se habia de apagar! *Venite, & videte opera Domini, qui posuit prodigia super terram, auferrens bella usque ad finem terrae.* (b)

Lo mucho que habeis deseado de esta milagrosa paz, ha minorado en vosotros la admiracion, y aún acaso el agradecimiento: Pero acordaos de aquel memorable instante, en que quando menos la esperabais, se os anunció como segura; acordaos tambien de las acciones de gracias que cada uno de vosotros dió al Señor con una general aclamacion en medio de la admiracion y alegría pública.

Sin duda, amados hermanos míos, que quando el Señor nos concedió un favor tan no esperado, se movió á ello por las disposiciones á la paz con que se hallaba el Rey, aún en medio de sus victorias; los principios de una sábia educacion le habian acostumbrado á mirar las guerras, aún las mas felices, como azotes de la ira de Dios contra los pueblos: vivia persuadido á que las conquistas debilitan y aniquilan aún á las mismas Monarquías que aumentan; á que las mas gloriosas felicidades de las armas mueven poco quando no sirven de alivio para en-  
 jugar las lágrimas de un pueblo consumido con las miserias; á que los Reyes fueron establecidos por Dios, mas para ser Padres y Protectores de su pueblo, que ven-

(a) *Psalm. 44. v. 7.*

(b) *Ibid. 9. v. 10.*

cedores de los vecinos, y á que quando á fuerza de sangre y de tributos adquieren nuevos vasallos, suelen muchas veces perder el amor de los propios.

Pidamos á Dios, amados hermanos míos, que unas disposiciones tan heroicas y felices nunca se borren del alma de un Príncipe tan amado de su pueblo: Que el Sábio Ministro, que tan de ante mano las gravó en su Real corazón, las cultive en él por tanto tiempo como lo desea el amor, y el interés público de la Nación, y de toda la Europa.

### DECRETO

*Para las Misiones de su Obispado: Enero 30.  
de 1743.*

Como la dureza de nuestros corazones, amados hermanos míos, está oponiendo todos los días nuevos obstáculos á las infinitas misericordias que Dios practica con nosotros, parece que su bondad Paternal no se cansa de experimentar todos los días nuevos caminos para sacarnos de nuestros desordenes; derrama sobre nuestros campos la esterilidad; permite que las necesidades del estado aumenten el peso de las cargas públicas, al mismo tiempo que nos priva de uno de los medios para sostenerlas; ha enviado la enfermedad y la muerte á nuestras ciudades y aldeas; hemos visto á los hijos privados de sus padres, y á los padres perder los hijos que mas tiernamente amaban; todavía no hemos acabado de quejarnos de estas públicas desgracias; pero no pensamos en abstenernos de las infidelidades y culpas que las ocasionan.

Nuestros Pastores se cansan inutilmente en decirnos desde los christianos pulpitos, que los tiempos serán mas felices para nosotros, quando nuestras costumbres sean mas puras y santas: Es inutil que hagan resonar en nues-

tros

tros Templos las públicas rogativas de la Iglesia, para que el cielo se os muestre mas propicio; vosotros concurrís á ellos para pedir la mudanza de las estaciones, y no la de vuestro corazón; en ellos pedís que esta tierra perezca muda su esterilidad en una feliz abundancia, pero no pedís que la tierra de vuestros corazones se convierta en una tierra feliz, que inundada con el rocío del cielo produzca ciento por uno; deseáis aplacar con vuestras súplicas á un Dios irritado, pero no queréis tocar en vuestros corazones á ninguna cosa de las que le irritan; esto es, queréis que un Dios Santo favorezca vuestras pasiones, restituyendolas la abundancia y prosperidad que no ha servido hasta ahora mas que de mantenerlas y aumentarlas; vuestros públicos ruegos mas son clamores carnales de una multitud de culpados, que gimen al ver que pierden los objetos de sus delitos, que una congregación de verdaderos penitentes, que con sus gritos y piadosos gemidos vienen á explicar el verdadero arrepentimiento del mal uso que siempre han hecho de ellos.

¿Pues cómo queréis, amados hermanos míos, que unas oraciones tan impuras aplaquen á un Dios, á quien no pueden menos de irritar, y que alcancen de su bondad los bienes de que abusáis, los que no puede concederos sino quando está irritado con vosotros, y porque son la ocasion de vuestra condenacion eterna? Usad de los bienes que poseis segun las reglas de la fé, si queréis que las oraciones públicas en que la Iglesia pide su conservacion sean oídas.

Hasta ahora ha sido inutil, hermanos míos, que Dios os llame á sí por medio de los públicos castigos con que os aflige, con las oraciones públicas en que se le pide que estos cesen, con los consejos que os dan vuestros Pastores, los que debieran haceros mas útiles vuestras desgracias, y las públicas rogativas de la Iglesia. Pero no por eso se cansa su bondad; á todos estos exteriores auxilios de que abusáis, añade los interiores y continuos de su gracia; no hay pecador, por mas encenagado que esté en el

vi-

vicio, cuya falsa paz no turbe el Señor de tiempo en tiempo con santos é interiores impulsos; permite que la misma sociedad del deleyte le sirva de disgusto; le inspira mil deseos de salir algun dia de aquel funesto abismo en que se ha precipitado; pero estos mismos deseos le sosiegan y adormecen siempre acerca de su estado presente, y todo su fruto se reduce á hacer que estos pecadores se prometan á sí mismos su conversion mas adelante, y que permanezcan siempre en el mismo estado en que se hallan.

Por eso, Católicos, nada os despierta de vuestro letargo; ni las desgracias de los tiempos, ni los públicos socorros de la Iglesia, ni los secretos impulsos de la gracia; y la muerte es siempre, para todos aquellos que se parecen á vosotros, el terrible instante en que desembarazados sus ojos de las sombras del cuerpo, se abren por último, aunque sin remedio, para ver la luz de la verdad.

Para precaver una desgracia tan irreparable, aunque tan comun, vá la inefable bondad del Padre de misericordias á hacer el último esfuerzo para obligaros á que volvais sobre vosotros. En otro tiempo, quando su pueblo se manifestaba sordo á sus avisos, y llegaban á lo sumo sus iniquidades, le enviaba Angeles vengadores, reducía á cenizas las ciudades delinquentes; pero su unigenito hijo no vino á la tierra á encender este fuego de ira y de venganza, sino el de la caridad; los Angeles que os envía, y que se dexarán ver entre vosotros, son los Ministros de la paz y de la reconciliacion, y vá á poner en su boca su divina voz y palabra:

Aquella palabra de virtud y magnificencia, que lexos de arruinar las ciudades, y de exterminar sus habitantes, criará entre vosotros un mundo nuevo, un nuevo cielo, y una nueva tierra. *Vox Domini in virtute, & magnificencia (a):*

Aque-

(a) Psalm. 28. v. 4. & seqq.

Aquella palabra saludable que moverá las cenagosas aguas de los vicios, y limpiará su heredad, que há tanto tiempo que está inundada y corrompida con ellas. *Vox Domini super aquas:*

Aquella palabra omnipotente, que trastornará los Cedros del Líbano, el edificio de la vanidad, y de aquellas fortunas que se han levantado sobre el fraude y la injusticia. *Vox Domini confrigentis Cedros Libani:*

Aquella palabra encendida con el fuego de la caridad, que apagará todas las llamas impuras, y encenderá otras castas y santas en vuestros corazones. *Vox Domini intercidentis flammam ignis:*

Aquella palabra fecunda, que hará que las almas perezosas, tímidas, é irresolutas, á las que tanto tiempo han estado instando los impulsos de la gracia, y los dolores del parto, conciban un hombre nuevo, y que este nazca de su corazon. *Vox Domini preparantis cervos:*

Aquella palabra Apostólica, aquella voz espantosa de los hijos del Cebedéo, que hará temblar los desiertos, esto es, á las almas mas duras y mas firmes en la iniquidad, que se precian impiamente de su obstinacion, y en cuyo seno la labor y la buena semilla nunca ha producido mas que espinas. *Vox Domini concutientis desertum.*

Finalmente, aquella voz penetrante, que se introducirá hasta lo mas profundo de las conciencias delinquentes, que iluminará las mas espesas tinieblas, y disipará con una confesion sincera de sus culpas en el Sagrado Tribunal de la Penitencia, el obscuro cahos en que hasta ahora han estado sepultadas: *Vox Domini revelabit condensa:*

Será una palabra benéfica, que no negará socorro á ningun género de enfermos, que dará remedios para los males mas incurables y desesperados, que á nadie excluirá de sus cuidados y beneficios, para que to los juntos podais cantar en el Templo del Señor la gloria de su gracia, y el prodigio que ha mudado vuestros corazones.

Tom. VII.

Pp

nes.

nes. *Et in templo ejus omnes dicent gloriam.*

Este, hermanos míos, es como el último remedio que saca Dios de los tesoros de sus misericordias para salvaros: ¡Qué desgracia sería para vosotros, si llenarais la medida de vuestra obstinación, no aprovechando de él! ¡Ah hermanos míos! me estremezco al pronosticaros esta maldición; al mismo tiempo os hariais eternamente indignos de la paciencia y misericordia de Dios. Vuelvo á repetir, hermanos míos, que este es el momento que ha de decidir de vuestra eternidad.

¡Gran Dios! haced también que este sea el momento señalado en vuestros consejos eternos para la salvación de este pueblo; que el exceso de sus miserias é infidelidades sea para él feliz presagio del exceso de vuestras misericordias; la misma extremidad de sus males es la que me hace esperar el buen éxito de los remedios que le dispone vuestra bondad; guíad vos mismo la mano de los caritativos Médicos que le enviais para que se los apliquen; gobernad su lengua para que hagan gustar la saludable amargura á vuestro pueblo, el que baxó de esta amargura hallará escondidas las delicias de la paz, y de la alegría; dad á su ministerio lo que vuestros Ministros no se pueden dar á sí mismos; aligerad el peso de sus trabajos apostólicos, haciendo que sean útiles: ¡ó Dios mío! este peso les parece mas ligero y suave, si revestidos de vuestra fortaleza, y con el honroso título de enviados vuestros pueden aliviar á los pecadores del fatal peso de culpas que los oprime.

Encargo á los Curas de las Parroquias vecinas, que exhorten á sus feligreses á que se aprovechen del beneficio que se les proporciona con lo cerca que está la Mision, y que asistan lo mas que puedan á sus ejercicios.

ANA-

## ANALISIS

DE LOS SERMONES CONTENIDOS  
en este Tomo septimo.

### PARA EL DIA DE SANTA INÉS.

Division. **HAY** dos preocupaciones en el mundo.

I. De flaqueza y fragilidad, la que se destruye con el triunfo de la castidad de Santa Inés. II. De impenitencia, la que se confunde con el valor de su martirio.

I. Parte. Preocupacion de flaqueza y fragilidad, la que confunde Santa Inés con el triunfo de su martirio.

Entre tantos generosos defensores de la fé, cuyo triunfo era mas illustre para Roma que las victorias de sus antiguos Conquistadores, se presentó Inés con tanto resplandor, que solamente su nombre fue gloria de la Iglesia, vergüenza del Paganismo, y admiración de todos los siglos. Parece que la gracia y la naturaleza se habian recreado á porfia en derramar sobre ella todos los tesoros; por eso se mereció desde luego las públicas atenciones, y que la buscasse la principal nobleza de Roma. ¡Qué escollo este para una virtud que no fuese tan grande! ¿Es acaso regular en esta edad despreciar una fortuna sobresaliente, que ella misma se viene á ofrecer, y principalmente quando parece que no se opone á ello ni el honor, ni la religión? Pero nuestra Santa sin detenerse á dudar, prefirió el tesoro de la virginidad á todas las pompas del siglo: ¡Qué instruccion esta para los que miramos los desordenes como propios de la edad, y que escusamos los vicios, diciendo que son muy regulares en las primeras cos-

Pp 2

tum-

nes. *Et in templo ejus omnes dicent gloriam.*

Este, hermanos míos, es como el último remedio que saca Dios de los tesoros de sus misericordias para salvaros: ¡Qué desgracia sería para vosotros, si llenarais la medida de vuestra obstinación, no aprovechando de él! ¡Ah hermanos míos! me estremezco al pronosticaros esta maldición; al mismo tiempo os hariais eternamente indignos de la paciencia y misericordia de Dios. Vuelvo á repetir, hermanos míos, que este es el momento que ha de decidir de vuestra eternidad.

¡Gran Dios! haced también que este sea el momento señalado en vuestros consejos eternos para la salvación de este pueblo; que el exceso de sus miserias é infidelidades sea para él feliz presagio del exceso de vuestras misericordias; la misma extremidad de sus males es la que me hace esperar el buen éxito de los remedios que le dispone vuestra bondad; guíad vos mismo la mano de los caritativos Médicos que le enviais para que se los apliquen; gobernad su lengua para que hagan gustar la saludable amargura á vuestro pueblo, el que baxó de esta amargura hallará escondidas las delicias de la paz, y de la alegría; dad á su ministerio lo que vuestros Ministros no se pueden dar á sí mismos; aligerad el peso de sus trabajos apostólicos, haciendo que sean útiles: ¡ó Dios mío! este peso les parece mas ligero y suave, si revestidos de vuestra fortaleza, y con el honroso título de enviados vuestros pueden aliviar á los pecadores del fatal peso de culpas que los oprime.

Encargo á los Curas de las Parroquias vecinas, que exhorten á sus feligreses á que se aprovechen del beneficio que se les proporciona con lo cerca que está la Mision, y que asistan lo mas que puedan á sus ejercicios.

ANA-

## ANALISIS

DE LOS SERMONES CONTENIDOS  
en este Tomo septimo.

### PARA EL DIA DE SANTA INÉS.

Division. **HAY** dos preocupaciones en el mundo.

I. De flaqueza y fragilidad, la que se destruye con el triunfo de la castidad de Santa Inés. II. De impenitencia, la que se confunde con el valor de su martirio.

I. Parte. Preocupacion de flaqueza y fragilidad, la que confunde Santa Inés con el triunfo de su martirio.

Entre tantos generosos defensores de la fé, cuyo triunfo era mas illustre para Roma que las victorias de sus antiguos Conquistadores, se presentó Inés con tanto resplandor, que solamente su nombre fue gloria de la Iglesia, vergüenza del Paganismo, y admiración de todos los siglos. Parece que la gracia y la naturaleza se habian recreado á porfia en derramar sobre ella todos los tesoros; por eso se mereció desde luego las públicas atenciones, y que la buscasse la principal nobleza de Roma. ¡Qué escollo este para una virtud que no fuese tan grande! ¿Es acaso regular en esta edad despreciar una fortuna sobresaliente, que ella misma se viene á ofrecer, y principalmente quando parece que no se opone á ello ni el honor, ni la religión? Pero nuestra Santa sin detenerse á dudar, prefirió el tesoro de la virginidad á todas las pompas del siglo: ¡Qué instruccion esta para los que miramos los desordenes como propios de la edad, y que escusamos los vicios, diciendo que son muy regulares en las primeras cos-

Pp 2

tum-

tumbres! Santa Inés, en la flor de su edad no conoce cosa mas apreciable que el tesoro de su inocencia; y el único privilegio que la parece propio de su juventud es el mayor cuidado de no dar entrada á unas pasiones, que siempre es mas facil precaverlas, que apagarlas.

Dicen algunos que es preciso perdonar alguna cosa á la edad; pero yo digo que no se la debe perdonar cosa alguna; porque regularmente las primeras costumbres son las que deciden de lo restante de la vida, y por otra parte, ¿se acaban acaso nuestras pasiones con la juventud? Pero á lo menos, dicen otros, el temperamento debe servir de excusa á nuestras pasiones: Es decir, que quando Dios nos dió un corazon tierno y dócil, no nos le dió para su Magestad, y que solamente se ha reservado para sí las almas barbaras y feroces. Santa Inés tenia un corazon muy tierno, pero solamente se valia de esta docilidad, que debe siempre guiarnos á Dios, para servir á su Magestad. Perezca mi cuerpo, dixo, pues ha podido agradar á otros ojos mas que á los suyos. Y por otra parte, ¿en donde estaria el merito de la virtud, si no hubiera dentro de nosotros inclinaciones que la hiciesen guerra? Habria necesidad de que se nos prohibiese el vicio, si no nos le hiciera amable nuestro desordenado gusto? Pero no falta quien diga que no son el gusto ni el temperamento los que nos incitan al desorden, sino las ocasiones, á las que no podemos resistir. Pero, 1. Supuesto que no se halla en vosotros gusto ni disposicion para el vicio, tendreis mas cuenta que dar á Dios de un corazon que habreis entregado á Satanás, no obstante las felices disposiciones con que su misericordiosa mano le habia detenido. 2. Qué ocasiones son esas que os han engañado? ¿Son las prendas de gracias y hermosura con que os habia dotado la naturaleza? Pues ved el uso que hizo de esos mismos dotes nuestra Santa. Esas mismas prendas debieran ser motivo para que siguiendo su exemplo, vivieseis con mas cuidado y vigilancia, ¿Pueden acaso servir de excusa los

be-

beneficios del Criador para volverlos contra él? Por otra parte, ¿no habeis procurado asegurar el buen éxito de vuestros infelices atractivos con unos artificios y cuidados, que aún antes de que sirvan de ruina á vuestros próximos, ya son en vosotros culpa grave? Vosotros mismos os formais el lazo y la ocasion en que habeis de perecer, y echais á ella la culpa de vuestra perdicion. 3. Tambien os pregunto, ¿qué es lo que llamais ocasiones? ¿Son acaso aquellos engaños de que os ha costado mucho trabajo el libertaros? Pues mirad como las instancias, las promesas, y las amenazas confirman á nuestra Santa en su virtud. Vosotros os habeis adelantado á la culpa con la libertad de vuestras costumbres, que ha sido como la señal del desorden: pero el exemplo de Santa Inés confundirá este vano estilo de excusas y preocupaciones, que siempre está oponiendo el mundo á los proceptos de la ley de Dios.

*H. Parte. La preocupacion de impenitencia, confundida con el valor del martyrio de Santa Inés.* Algunos alegan por excusa la edad, el sexó, y la debilidad de la complexión, la que no puede soportar todo el rigor y seriedad de una vida exáctamente conforme al Evangelio.

1. *La edad;* porque dicen que para cumplir con las rigurosas obligaciones de Christiano se necesita de fuerza y madurez de espiritu, de una firmeza capaz de resistir á todo, de una perseverancia y una resistencia que pueda auantar los trabajos y violencias, de un imperio sobre las pasiones y sobre sí mismo, que no parezca propio de una juventud tierna y facil de dexarse engañar, y en la que todavia no están moderadas las pasiones con la reflexion. Pero Inés, casi al salir de su infancia, desafia al furor de los Tiranos; y el horror de su suplicio, que asusta aún á la misma barbaridad de sus verdugos, derrama una santa alegria, y un nuevo resplandor sobre su rostro. Y á la verdad, ¿qué puede haber en la vida christiana que no convenga á la juventud? ¿Acaso la seriedad? Pues solamente la inocencia es la que siempre está acompañada de

de serenidad y alegría; y solamente las pasiones están siempre serias, tristes, y melancolicas. ¿Acaso la violencia? Pues en esta primera edad es quando, hallándose las pasiones mas dóciles, se rinden mas facilmente á la obligacion: ¿Acaso las reflexiones de que somos incapaces en la juventud? Pues la gracia siempre gusta de la sencillez y la inocencia: Y nuestras dudas regularmente se aumentan con las reflexiones: ¿Acaso la firmeza y la perseverancia? Pues nuestra inconstancia regularmente no proviene mas que de nuestras pasiones, y así solemos decir muchas veces, y con razon, que al mismo tiempo que hemos ido creciendo en edad, no hemos hecho mas que adelantar en la malicia, en el desorden, y en el injusto amor á las criaturas: El Evangelio es la ley de todas las edades.

2. *El sexó.* ¿Pero qué pretexto puede alegar el sexó en su favor contra la austeridad y dificultad de las obligaciones del Evangelio? ¿Las Ineses, las Lucías, las Cecilianas, y otras muchas Heroínas de la fé no hallaron en su sexó un valor y una grandeza de alma, á que jamás llegaron los Heroes profanos? ¿Quién ignora lo que es capaz de hacer una muger por el infame objeto que la domina? ¿Pues por qué no ha de poder hacer nada por Dios? ¿No podrá hacer por su salvacion lo que puede hacer por el mundo?

3. *Lo delicado del temperamento.* ¿Pero halla acaso Santa Inés en lo delicado de su complexión razones para temer las cadenas con que la atan, y la espada con que ha de ser sacrificada? Por otra parte, se os pide acaso, como á ella, que resistais hasta derramar vuestra propia sangre? Dios no os pide la fuerza del cuerpo; lo que os pide es la inocencia y la pureza del alma, y así las obligaciones de la fé se cumplen dentro de nosotros. El amor y el temor de Dios, el agradecimiento y el sacrificio interior de las pasiones son virtudes tanto de los flacos como de los fuertes: Se necesita de un cuer-

cuerpo de hierro, para resistir á las inquietudes, á los juegos, á los placeres, á las vigilancias, y á las violencias que os impone el mundo y la ambicion, y no obstante todo lo puede resistir la flaqueza de vuestra complexión: Pero para cumplir con las obligaciones de la ley no se necesita mas que un buen corazon; y con todo eso alegais por excusa de vuestra ociosidad é impenitencia la flaqueza de vuestras fuerzas, como si Dios nos pidiera mas de lo que podemos hacer.

Tambien se suele oponer la incompatibilidad de la vida christiana con el modo con que es preciso vivir en el mundo: ¿Pero se detiene acaso Santa Inés á considerar si su método de vida parecerá extraordinario á los Romanos? ¿Exâmina acaso, si estos tendrán por locura su heroyco valor, y por supersticion su martirio? Sabía que el camino de los justos es un camino poco frequentado, y que para seguir á Dios es preciso apartarse del camino que siguen casi todos los hombres.

Por otra parte: ¿En donde está la incompatibilidad del Evangelio con la sociedad? Este no es incompatible, ni con la amistad, ni con las expresiones de agradecimiento, ni con la alegría de las conversaciones y concurrencias, ni con el vínculo del Matrimonio, ni con las obligaciones de la vida civil, ni con los cargos de la Republica. El Evangelio solamente es incompatible con los vicios que deshonoran la sociedad, con las pasiones que la turban, con los excesos que la trastornan, &c. El Evangelio solamente se opone á los desordenes que corrompen la sociedad, y asegura sus fundamentos, su paz, sus obligaciones, y su harmonía: Vivid, pues, segun el Evangelio, y tendreis todas las virtudes con que deben estar unidos los hombres entre sí.

PARA EL DIA DE S. FRANCISCO  
DE PAULA.

Division. I. *No ha habido Santo que pareciese más flaco á los ojos de la carne, que San Francisco de Paula.* II. *No ha habido Santo mas fuerte á los ojos de la Fé.*

I. Parte. *No habido Santo mas flaco á los ojos de la carne que San Francisco de Paula.* Lo que nos parece digno de envidia acá en la tierra, aquellos encantos que nos hacen perder de vista los bienes eternos que engañan á nuestra razon, y usurpan para sí todos los respetos del corazon humano son lo ilustre del nacimiento, la distincion que nos adquieren las ciencias y el talento, el regalo que sigue á los placeres, y á la felicidad de los sentidos, y finalmente el fausto que acompaña á la grandeza y á las dignidades: Pero nada de esto se halló en San Francisco de Paula.

I Lo ilustre del nacimiento: La nobleza de la sangre, y la vanidad de las genealogías es entre todos los errores el más universalmente recibido de los hombres: No nos hacemos cargo de que lo que distingue los vasos de honor de los de ignominia, no es la masa de que están formados, sino la voluntad del Artifice que los escoge; que trayendo los Christianos su origen del cielo, y debiendo ser de él su conversacion, el origen que tienen de la tierra es una miseria, por la que debieran llorar en vez de preciarse de ella: Para que mejor conociesen los hombres estas verdades, tan importantes á su salvacion, dispuso la providencia que fuese obscuro y despreciable á los ojos del mundo el nacimiento de San Francisco de Paula: Nació

en

en el seno de la virtud, aunque no en el de la gloria mundana: ¡Ah! Puede ser que un nacimiento mas ilustre le hubiera hecho inutil para los fines á que Dios le destinaba, y para el aumento del Patrimonio de Jesu-Christo; porque muchas veces el nacimiento distinguido no suele ser mas que preludio de reprobacion, y efecto de los impenetrables juicios de Dios para con las almas.

2. La distincion que proviene de las ciencias y del talento: Tampoco tuvo esta nuestro Santo: Su educacion correspondió á su nacimiento: abandonó el viento de la doctrina que hincha, por dedicarse á la caridad que edifica: fue un Escriba instruido en el reyno de los cielos, que sacó del tesoro de la gracia aquellas doctrinas antiguas y nuevas, que nunca alcanzamos nosotros perfectamente, por mas que estudiemos y velémos. En vez de concurrir á las mas famosas Universidades, para que se admirase en ellas una juventud llena de esperanzas, fue á buscar en la penitencia y en el retiro de un desierto, aquella grande fama de santidad, que es la que unicamente dá autoridad para reprehender con valor los excesos de los pueblos, y aún de los Principes, y á fuerza de tenerse por el menor de todos, é indigno de tocar los pies de los que evangelizan la paz, llegó á ser mas que Profeta, y el mayor entre los hijos de los hombres. A vista de esto, ¿podremos nosotros ensalzarnos por algunas cortas noticias que nos distinguen en algo de la multitud? Un solo instante de gracia descubre mas verdades que muchos años de estudio.

3. El regalo que sigue á los placeres y felicidad de los sentidos: En vez de entregarse á él San Francisco de Paula, se retira á la antigua soledad de Monte Casino. Aquel lugar, consagrado con la austeridad y cánticos de tantos ilustres penitentes, fue el primer Teatro de las penitencias de San Francisco de Paula. La multitud de victimas que en otro tiempo habian consumado su sacrificio en este monte, parece que habian dexado en él el

Tom. VII.

Qq

es-

espíritu de mortificación y rigor, que en un instante pasó al corazón de nuestro Santo, y que le armó de una inocente indignación contra sí mismo: Pero no sucedió á su penitencia lo que á la de otros muchos christianos, que en el principio de su conversión abrazan con fervor todos los trabajos que se les presentan, pero despues se vá entibiando poco á poco su zelo; el amor que nuestro Santo tuvo á la Cruz fue violento, pero permanente: Con todo eso, aquel cuerpo á quien castigaba con tanto rigor, no habia sido cuerpo de pecado, y los miembros que hacia servir á la justicia nunca habian servido á la iniquidad: El Señor le defendió con sus bendiciones desde el seno de su madre, y conservó hasta el fin aquel vestido de justicia y santidad que habia recibido en el Sacramento que nos reengendra.

4. El fausto que acompaña á las grandezas y dignidades: San Francisco de Paula vivió muy distante de este vicio: fue carácter propio suyo la profunda humildad, la que por sí sola vale mas que los Sacrificios: al mismo tiempo que servia de espectáculo á los Angeles y á los hombres, se miraba como el desprecio de todos, y anatéma del mundo: Los Pontífices del Señor, y los Reyes de la tierra, competian entre sí á ofrecerle puestos dignos de su mérito: le presentaron los honores de de Purpura, y del Obispado; pero le parecia que solamente podia tener segura su amada virtud baxo la obscuridad de una vida privada. El nombre del piadoso y penitente instituto con que enriqueció la Iglesia, anunciaba desde luego la humildad de su Santo Patriarca: no hallaba nombres que le pareciesen bastante despreciables para apropiárselos; y nosotros nos apropiamos, sin mas autoridad que la nuestra, unos nombres que nos niega el público, y que jamás poseyeron nuestros antepasados. ¿En qué siglo ha habido tantos desordenes en este particular como en el presente? La humildad de San Francisco de Paula le apartó siempre del ministerio del

Al-

Altar, y del Christiano Sacerdocio; y aquel corazón tan dispuesto con largas penitencias, y consagrado con todos los dones del Espíritu Santo, no se tuvo por bastante puro para ser señalado con el sello del Señor; quando al mismo tiempo unos corazones profanados mil veces, y manchados todavia con las manchas recientes de la culpa, se atreven á hacerse señalar con este santo carácter.

II. Parte. *Nunca hubo Santo mas fuerte á los ojos de la Fé, que San Francisco de Paula.* La virtud de Dios resplandeció en su flaqueza. Esta piedra despreciable fue colocada en la cabeza del ángulo, y en el lugar mas público del edificio: apenas se estableció en su amada soledad, quando á pesar suyo se esparció por todas partes su olor de vida, é inmediatamente se oyó hablar de él en Francia, Italia, España, y en toda Europa; y desde el retiro de su soledad llenó al mundo de la fama de su nombre; fue una grande gloria para la fe el ver á un solitario sencillo, y sin letras, hecho repentinamente conductor de los ciegos.

1. La misma Roma, desde donde el Señor anuncia sus oráculos, y adonde va á consultar el pueblo de Dios, halló nuevos recursos en sus talentos; Sixto IV. se valía de él en sus dudas, y le miraba como á guia y coadjutor de su Pontificado.

2. Tuvo un extraordinario conocimiento de los fines de Dios para con las almas. Los pensamientos de los hombres, que como dice San Pablo solamente pueden ser conocidos del espíritu que en ellos habita, no se ocultaban á la penetración de su entendimiento: descubrió los consejos de los corazones, y veía con claridad el abismo de las conciencias; y como juntaba la afabilidad al conocimiento, se puede decir que siempre tuvo en sus manos el corazón de los Príncipes y de los pueblos. No hubo quien pudiese resistir á la gracia y al espíritu que hablaba por su boca. Fernando, Rey de Nápoles, le oyó

Qq 2

quan-

quando en presencia de su Corte le reprehendia sus excesos con aquella santa libertad que inspira la fé, y movido como David, de sus caritativos ardidés, y de los piadosos artificios de este Nathan, fue el primero que pronunció contra sí mismo la sentencia.

3. El mismo Padre de las luces, que le manifestaba el secreto de los corazones, le dió á conocer las cosas futuras; y los fieles de su tiempo exclamaban con admiracion, diciendo que habia aparecido entre ellos un gran Profeta, y que el Señor habia visitado á su pueblo: fue el Jeremias de su siglo, que vió en espiritu salir de Babilonia un Principe infiel, y disponer las cadenas y llamas con que habia de aprisionar al Ungido del Señor, y abrasar el Templo y la Ciudad Santa.

4. Se vió á San Francisco de Paula, como soberano de las criaturas, disponer á su arbitrio de la vida y de la muerte, mandando á los vientos y á la mar, apagando el ímpetu del fuego, cerrando la boca de los Leones, venciendo los Reynos con la fé, y siendo depositario del poder divino en la tierra.

5. Su humildad fue recompensada con respetos, y con una fama inmortal. Se le vió sentado al lado de un gran Pontífice, como en otro tiempo Moysés cerca del Pontífice Aarón, dividiendo con él los cuidados del Sacerdocio, y el gobierno del pueblo de Dios: los pueblos salian en tropel de las ciudades para recibirle, como en otro tiempo al Hijo de David, al mismo tiempo que él se presentaba con un aparato tan humilde como el de Jesu-Christo, quando entró en Jerusalem. Las mismas Cortes de los Príncipes, tan poco indulgentes con la santa locura de la Cruz, le tributaron unos respetos que no se conceden á la sabiduría del siglo; y la misteriosa locura de este nuevo David, no pudo estorvar que los mismos Reyes de los Filistéos le detuviesen en sus Cortes, con todo el honor y respeto debido á su virtud.

DIA

## DIA DE SAN BENITO.

Division. I. *San Benito condenó al mundo, esto es, los falsos juicios y seguridad del mundo con las luces que le descubrieron su nada y sus peligros* II. *Condenó la cobardía y las irresoluciones del mundo acerca de la salvacion, con la gloria y felicidad que acompañó á la prontitud de su empresa.*

I. Parte. *San Benito condenó los falsos juicios y seguridad del mundo con las luces, que le manifestaron su nada y sus peligros.* Tres son los principales errores de donde nace la multitud de falsas máximas esparcidas en el mundo, que ocultan á casi todos los hombres los caminos de la justicia, y de la verdad: El primero es un error de esperanza, que descubre á la imaginacion, tan á proposito para dexarse engañar en la primera edad, mil remotos vislumbres de fortuna, de gloria, y de deleite: El segundo es un error de sorpresa, que no hallando al corazon suficientemente instruido acerca de la nada é inestabilidad de las cosas humanas, se aprovecha de una circunstancia, en la que lo que ofende al alma jamas se borra para introducir en ella el veneno, y romperla para siempre: El último error es un error de seguridad, que nos representa los abusos del mundo como costumbres y caminos seguros, y nos hace caminar sin miedo por unas sendas, en las que casi cada paso es una caída. Las luces de la fé descubrieron á San Benito tres verdades principales, que desde luego disiparon la ilusion de estos tres errores, las que aún hoy condenan al mundo, porque ó las ignora, ó las desprecia.

1. *Contra el error de esperanza; conoció desde luego que las cosas perecederas, y que no han de durar para siempre, no son dignas de un Christiano que nació pa-*

quando en presencia de su Corte le reprehendia sus excesos con aquella santa libertad que inspira la fé, y movido como David, de sus caritativos ardidés, y de los piadosos artificios de este Nathan, fue el primero que pronunció contra sí mismo la sentencia.

3. El mismo Padre de las luces, que le manifestaba el secreto de los corazones, le dió á conocer las cosas futuras; y los fieles de su tiempo exclamaban con admiracion, diciendo que habia aparecido entre ellos un gran Profeta, y que el Señor habia visitado á su pueblo: fue el Jeremias de su siglo, que vió en espiritu salir de Babilonia un Principe infiel, y disponer las cadenas y llamas con que habia de aprisionar al Ungido del Señor, y abrasar el Templo y la Ciudad Santa.

4. Se vió á San Francisco de Paula, como soberano de las criaturas, disponer á su arbitrio de la vida y de la muerte, mandando á los vientos y á la mar, apagando el ímpetu del fuego, cerrando la boca de los Leones, venciendo los Reynos con la fé, y siendo depositario del poder divino en la tierra.

5. Su humildad fue recompensada con respetos, y con una fama inmortal. Se le vió sentado al lado de un gran Pontífice, como en otro tiempo Moysés cerca del Pontífice Aarón, dividiendo con él los cuidados del Sacerdocio, y el gobierno del pueblo de Dios: los pueblos salian en tropel de las ciudades para recibirle, como en otro tiempo al Hijo de David, al mismo tiempo que él se presentaba con un aparato tan humilde como el de Jesu-Christo, quando entró en Jerusalem. Las mismas Cortes de los Príncipes, tan poco indulgentes con la santa locura de la Cruz, le tributaron unos respetos que no se conceden á la sabiduría del siglo; y la misteriosa locura de este nuevo David, no pudo estorvar que los mismos Reyes de los Filistéos le detuviesen en sus Cortes, con todo el honor y respeto debido á su virtud.

DIA

## DIA DE SAN BENITO.

Division. I. *San Benito condenó al mundo, esto es, los falsos juicios y seguridad del mundo con las luces que le descubrieron su nada y sus peligros* II. *Condenó la cobardía y las irresoluciones del mundo acerca de la salvacion, con la gloria y felicidad que acompañó á la prontitud de su empresa.*

I. Parte. *San Benito condenó los falsos juicios y seguridad del mundo con las luces, que le manifestaron su nada y sus peligros.* Tres son los principales errores de donde nace la multitud de falsas máximas esparcidas en el mundo, que ocultan á casi todos los hombres los caminos de la justicia, y de la verdad: El primero es un error de esperanza, que descubre á la imaginacion, tan á proposito para dexarse engañar en la primera edad, mil remotos vislumbres de fortuna, de gloria, y de deleite: El segundo es un error de sorpresa, que no hallando al corazon suficientemente instruido acerca de la nada é inestabilidad de las cosas humanas, se aprovecha de una circunstancia, en la que lo que ofende al alma jamas se borra para introducir en ella el veneno, y romperla para siempre: El último error es un error de seguridad, que nos representa los abusos del mundo como costumbres y caminos seguros, y nos hace caminar sin miedo por unas sendas, en las que casi cada paso es una caída. Las luces de la fé descubrieron á San Benito tres verdades principales, que desde luego disiparon la ilusion de estos tres errores, las que aún hoy condenan al mundo, porque ó las ignora, ó las desprecia.

1. *Contra el error de esperanza; conoció desde luego que las cosas perecederas, y que no han de durar para siempre, no son dignas de un Christiano que nació pa-*

para la eternidad : Enviado á Roma en una edad muy tierna , para que allí cultivase la esperanza de sus primeros años con todos los socorros con que puede ayudar á la educacion una mansion tan célebre , la fé que madura anticipadamente á la razon , y que dá á la edad tierna toda la prudencia y madurez de la edad avanzada , manifestó desde luego á San Benito lo que solamente la experiencia , aunque muy tarde , enseña á aquellas almas á quienes engañó el mundo , y casi desde el principio de su vida vió San Benito al mundo del mismo modo que el pecador desengañado , aunque tarde , le vé quando está para morir ; y le abandonó en una edad en que lisonjea mas con los alhagos que promete , que despues con los favores verdaderos que concede : Esta es una ilusion universal de que en todos tiempos se ha valido el mundo para engañar á los hombres. Dios continuamente está derramando disgustos , y amarguras sobre nuestras injustas pasiones para atraernos á sí ; pero nosotros inutilizamos estos disgustos , consolandonos en nuestras miserias presentes con la esperanza de un por venir quimérico , al que siempre desmiente el suceso : este es el estado de casi todas aquellas almas á quienes arrastra el mundo y las pasiones : En vez de buscar nosotros en las promesas de la fé la felicidad que nos falta , la buscamos en las promesas del mundo y sacrificamos á estas promesas nuestra eterna felicidad.

2. La fé preservó á San Benito desde su tierna edad de aquel error de sorpresa , que es casi inevitable en esta primera edad por la novedad de los placeres , por la falta de reflexion , y por la fuerza del mal exemplo , y de las costumbres : conoció que todo lo que no es Dios , aunque puede sorprehender al corazon del hombre , no puede satisfacerle : este conocimiento regularmente es efecto de la edad , y de las reflexiones ; y felices los que despues de haber sido engañados , hallan en el mismo error motivo para desengañarse con mas soli-

lidéz , y sin riesgo de volver á caer en sus antiguos errores ! Pero San Benito se manifestó instruido acerca de la nada y amargura de los placeres , sin que para instruirse tuviese que padecer su inocencia : La primera impresion que hizo el mundo en su alma fue el deseo de abandonarle , y asi buscó la soledad como asilo de su inocencia , y no como lugar propio para llorar sus culpas : No quiero decir que un retiro de penitencia no sea muy glorioso para la gracia de Jesu-Christo : pero en estas ocasiones siempre es un corazon tiznado , por decirlo asi , el que se lleva al Santuario ; la ofrenda que se pone sobre el Altar está en algun modo manchada ; y parece que aquellas almas que nunca han sido del mundo ni del demonio , son mas propias para ser consagradas á Jesu-Christo entre las Virgenes santas que le sirven , y para ser su porcion y su herencia.

De esto se sigue que no es máxima muy segura , aunque es muy frecuente entre padres que no dexan de ser piadosos y christianos , el persuadirse que es bueno que sus hijos conozcan al mundo antes de consagrarse á Jesu-Christo en un retiro religioso : porque además de que sucede pocas veces querer conocer al mundo , sin que cueste caro el haberle conocido , aún quando esto no suceda , siempre quedan no sé que funestas impresiones que turban despues el sosiego y tranquilidad del retiro ; y muchas veces mueve mas el mundo con las vanas imagenes que ha dexado impresas en el alma , que lo que movia antes con los placeres que presentaba : Por eso San Benito no espera á que la experiencia de los placeres injustos le desengañe y convenza de que éstos no pueden hacer feliz al hombre : elige á Dios por su consuelo y patrimonio , aún antes de haber experimentado que no lo podia ser el mundo : y nosotros , desengañados despues de tantos años por nuestra propia experiencia , instruidos por nuestros propios disgustos , cansados del mundo aún en aquello mismo que en otro tiem-

tiempo nos le habia hecho amable, no podemos con todo eso desprendernos de él; no nos atrevemos á romper unos lazos que nos oprimen, y que sufrimos como por fuerza: ¿Es acaso Dios un Señor tan cruel y desagradable para los que le sirven, que hayamos de preferir las amarguras de la culpa á los mas suaves consuelos de la gracia?

3. El ultimo error que las luces de la fé manifestaron á San Benito, fue un error de seguridad. Es muy regular en aquellas personas á quienes una feliz disposicion, y los anticipados auxilios de la gracia han preservado de grandes caídas en el mundo, el no hacer caso de los peligros en que vén perecer á otros, y oír lo mal que se habla del contagio del mundo, mas como idioma de devocion, que como consejos necesarios para vivir con cuidado: esta falsa idea pone en ellas una seguridad, que hace que las heridas que reciben en el mundo sean mas incurables, porque no siendo sensibles, no buscan mas remedio para ellas: este es el escollo que nos enseña á evitar San Benito con su retiro: Aunque conservó en el mundo la inocencia, no por eso le tuvo menos miedo. Se retiró de Roma para ocultarse en la soledad; y la novedad de su empresa, en un siglo en que aún eran muy raros estos exemplares en Occidente, no pudo detener ni un instante el impulso del espíritu que le llamaba al desierto; y no sirviendo el retiro que habia conseguido en las cercanías de Roma para ocultarle al mundo, como deseaba, buscó otro mas austero, temiendo volver á hallar en la concurrencia de las personas que de todas partes atraía á su desierto la fama de su virtud, los mismos escollos de que habia querido huir quando se retiró del mundo.

No se sigue de aquí que los claustros y desiertos sean la vocacion general de todos los hombres; pero respecto de aquellos, á quienes casi todos los peligros sirven de caídas, y que no pueden esperar permanecer fieles

les mientras esten expuestos, es evidente que Dios ha gravado en la misma flaqueza de sus inclinaciones el decreto que los separa del mundo: y los exemplos de los que se salvan en el mundo no los pueden servir de regla, á no ser que puedan responder de las mismas precauciones con que ellos aseguraron su salvacion.

II. Parte. *San Benito condenó la cobardía, é irresoluciones del mundo acerca de la salvacion, con la gloria y felicidad que acompañó á la prontitud de su empresa.* Quando Dios convida á los pecadores á que gusten de los santos consuelos que prepara en la tierra á los que le sirven, figurados en la imagen de un festin, en vez de manifestar ansia por gozarlos, oponen regularmente, como nos lo enseña el Evangelio, tres generos de excusas á la voz del cielo; la primera es una excusa de sensualidad: *Uxorem duxi*; la segunda es una excusa de falsa prudencia, la que nunca acaba de tomar bien sus medidas: *Juga boum emi, eo probare illa*: la tercera una excusa de apego á los intereses de la tierra: *Villam emi*. Pero las acciones de la fé de San Benito confunden al mundo acerca de estas tres vanas excusas.

I. La excusa de sensualidad. Oculto desde luego en lo mas escondido de una caberna, olvidado de los hombres, y conocido solamente de Dios, pasando las noches, ó en cantar santos cánticos, ó en meditar los años eternos, todas las delicias de San Benito se reducen á crucificar su carne, y reducirla á servidumbre. Constituido Padre de un pueblo de solitarios, renueva en Occidente aquellos prodigios de austeridad que se habian admirado en los desiertos de Scitia y de Thebaida; y su regla que despues ha sido tan estimada, es, dice San Gregorio, la historia exácta de las costumbres del santo legislador. De este modo confunde San Benito la sensualidad del mundo. Y á la verdad, quando se nos proponen estos grandes modelos, admiramos el poder de la gracia en estos hombres extraordinarios, pero no pasamos mas adelante,

Tom. VII. Rr y

y como nos parece que estos grandes modelos de penitencia no se nos proponen para que los imitemos, tampoco nos parecen á propósito para instruirnos. ¿Pero cuál puede ser el designio de Dios en suscitarnos en todos los siglos estos famosos penitentes que han edificado á la Iglesia? No es para darnos á entender de quanto es capaz nuestra flaqueza ayudada de la gracia? Además; os pregunto, ¿por qué nos parecen estos grandes exemplares de penitencia tan distantes de nuestras obligaciones, y de nuestro estado? ¿Es acaso porque vivieron en siglos muy remotos del nuestro? Pues las obligaciones no se mudan con las edades. Es porque los Santos han sido unos hombres extraordinarios? Pues esto consiste en que la corrupcion ha llegado á ser universal. ¿Es porque las mortificaciones y santas austeridades son carácter particular de algunos Santos solamente? Pues leed las historias, y vereis que todos han hecho penitencia, que todos han crucificado su carne con sus deseos, y en todas las partes que halleis Santos, los hallareis penitentes. Y así no debemos fiarnos en el comun exemplo, porque si los Santos le hubieran seguido no merecerian hoy nuestros respetos; el Evangelio se hizo para nosotros como para ellos, y así como en nada nos parecemos á ellos, tampoco hay en nosotros cosa alguna que nos pueda asegurar.

2. Segunda excusa: la falsa prudencia que siempre halla dificultades invencibles, á la que confunde San Benito del mismo modo. Aunque ya habia habido en las Gaulas algunas Santas Congregaciones de Monges, puede muy bien decirse que San Benito fue suscitado por Dios, y dotado de todos los dones de la naturaleza y de la gracia, no solo para ser en Occidente restaurador, sino padre de la vida cenobitica. ¿Qué empresa hubo jamás que tuviese tantas contradicciones? Se vió precisado á abandonar el primer Monasterio que le habian entregado, porque no halló en él sino hijos perversos y corrompidos; escoge otra nueva soledad, pero no por eso

goza de mas sosiego; llega finalmente al monte Casino, á aquella montaña que despues ha sido tan célebre, á aquel Carmelo del Occidente, y no hallando en ella mas que Idolatras, destierra la idolatría, levanta allí un Altar al Dios vivo, dá su ley celestial á sus discipulos, y hecho Padre de un gran pueblo de santos solitarios, llena á todo Occidente con la fama de su nombre y santidad; pero mas nos importa instruirnos que alabarle; la gran fé de San Benito, que le dá valor contra todas las dificultades que opone el Demonio á su empresa, condena nuestra cobardía en los obstáculos que se oponen á las acciones de conversion que Dios nos pide; los mismos obstáculos y dificultades deben confortar y animar á una alma en la resolucion que toma de mudar de vida y servir á Dios; si todo estuviera tranquilo, esta grande calma debiera servir de temor en una conversion, en que se manifestasen tan favorables el mundo y el infierno; las contradicciones han sido siempre la señal mas indefectible de las obras de Dios.

3. Tercera excusa: el apego á las cosas de la tierra, á la fortuna, ó á la fama, se halla condenado con la gloria y felicidad que acompañó á San Benito en su empresa: San Benito en el monte Casino fue el oráculo de toda la tierra; el célebre instituto cuyos fundamentos puso, semejante á un grano de mostaza, creció muy presto hasta hacerse un grande arbol, que cubrió todo el campo de Jesu-Christo, y le sirvió de su mayor adorno; los hijos de Benito gobernaron mucho tiempo toda la Iglesia, y como Jacob fue el Padre de los Patriarcas; en estos piadosos asilos se salvaron la ciencia y la verdad, de la ignorancia y barbarie de aquellos desgraciados siglos que siguieron al de nuestro Santo; esta fue su gloria, y estas fueron sus felicidades, y esto es lo que nos confunde á nosotros, en quienes la falsa prudencia, y los inconvenientes de la fortuna, y de la fama, que nos parece ver en una vida christiana, vencen casi

siempre á los más vivos impulsos de la gracia que nos excita; aún aquellas mismas personas que están ya declaradas por Jesu-Christo en la práctica de sus obligaciones; sacrifican muchas veces á estos respetos humanos las luces y los movimientos de su propia conciencia; es verdad que no hacen esto en puntos esenciales, pero lo ejecutan en una infinidad de acciones leves que Dios nos pide también, y que nosotros mismos conocemos ser necesarias; con todo eso, el mundo nos detiene, el primer pensamiento que se nos ocurre es, qué juzgará el mundo de nosotros? y despues de haberle abandonado, todavía queremos usar con él de respetos; no nos hacemos cargo de que si miramos al mundo como enemigo de Dios, no nos puede suceder mayor felicidad que desagradarle.

### DIA DE SAN JUAN BAUTISTA.

Division. I. *San Juan Bautista condena al mundo con el testimonio que dá á la luz y á la verdad.* II. *San Juan Bautista es condenado del mundo por haber dado este testimonio.*

I. Parte. *San Juan Bautista condena al mundo con su testimonio.* El mundo siempre ha tachado las austeridades de la vida de los justos de exceso y singularidad; su humildad, de pusilanimidad y flaqueza; y su zelo de extravagancia y ridiculéz; pero S. Juan Bautista condena al mundo en estas tres preocupaciones tan injustas.

1. Acerca de la penitencia, á la que tacha el mundo de exceso y singularidad. Aunque fue santificado desde el vientre de su madre, aunque no fue pecador, mundano, ni ambicioso, sino un justo en quien la gracia se anticipó á la naturaleza, ¿qué exemplos de austeridad no dió á los hombres? Miradle en los desiertos, en las riberas del Jordán, y en la Corte de Herodes: la diferencia de

de lugares nada mudó en la austeridad de sus costumbres; en todas partes es el mismo; pero nada de esto mueve al mundo; no puede éste comprehender cómo es posible que los demás no sean como él, y lo que le condena mas le parece impostura inventada para divertir á los simples, que modelo que se propone para confundir á los pecadores; San Juan Bautista no se contenta con predicar la penitencia con su exemplo, sino que la predica también con sus discursos, como el único medio de librarse de la divina indignacion; pero este idioma de penitencia es muy nuevo para un mundo que no la conoce; por eso aunque el mundo le oye y le admira no le cree, y permanece siempre tranquilo en su ceguedad. Pero en qué podrá fundarse el mundo para escusarse de hacer penitencia? Será acaso en la inocencia de la vida? Ah! No tiene bastantes culpas que expiar? Le detendrá acaso la debilidad de la salud? Pero cómo se usa de ésta para los deleites, para la fama, y para la fortuna? Se fundará en la facilidad con que Dios recibe siempre al pecador penitente? Es verdad, que Dios siempre recibe al pecador que se convierte á su Magestad, ¿pero quién os asegura que llegareis á aquel día, que os señalais á vosotros mismos, y que Dios mudará vuestro corazón quando hayais llenado la medida de vuestros delitos?

2. Los abatimientos del Bautista son también nuevo motivo de condenacion para el mundo, que trata á la humildad de pusilanimidad y flaqueza. Reparemos en que todas las circunstancias de la humildad del Bautista confunden nuestra soberbia. 1. Dá gloria á la verdad y á la justicia, reconociéndose inferior á Jesu-Christo, y nosotros, no obstante tantas cosas como nos humillan en nuestro interior, queremos que los hombres piensen de nosotros lo que no nos atrevemos á pensar nosotros mismos. 2. Quiere disminuirse para que Jesu-Christo crezca, y pone su verdadera grandeza en ocultar lo eminente de sus titulos; y nosotros no solamente queremos atribuirnos

siempre á los más vivos impulsos de la gracia que nos excita; aún aquellas mismas personas que están ya declaradas por Jesu-Christo en la práctica de sus obligaciones; sacrifican muchas veces á estos respetos humanos las luces y los movimientos de su propia conciencia; es verdad que no hacen esto en puntos esenciales, pero lo ejecutan en una infinidad de acciones leves que Dios nos pide también, y que nosotros mismos conocemos ser necesarias; con todo eso, el mundo nos detiene, el primer pensamiento que se nos ocurre es, qué juzgará el mundo de nosotros? y después de haberle abandonado, todavía queremos usar con él de respetos; no nos hacemos cargo de que si miramos al mundo como enemigo de Dios, no nos puede suceder mayor felicidad que desagradarle.

### DIA DE SAN JUAN BAUTISTA.

Division. I. *San Juan Bautista condena al mundo con el testimonio que dá á la luz y á la verdad.* II. *San Juan Bautista es condenado del mundo por haber dado este testimonio.*

I. Parte. *San Juan Bautista condena al mundo con su testimonio.* El mundo siempre ha tachado las austeridades de la vida de los justos de exceso y singularidad; su humildad, de pusilanimidad y flaqueza; y su zelo de extravagancia y ridiculéz; pero S. Juan Bautista condena al mundo en estas tres preocupaciones tan injustas.

1. Acerca de la penitencia, á la que tacha el mundo de exceso y singularidad. Aunque fue santificado desde el vientre de su madre, aunque no fue pecador, mundano, ni ambicioso, sino un justo en quien la gracia se anticipó á la naturaleza, ¿qué ejemplos de austeridad no dió á los hombres? Miradle en los desiertos, en las riberas del Jordán, y en la Corte de Herodes: la diferencia de

de lugares nada mudó en la austeridad de sus costumbres; en todas partes es el mismo; pero nada de esto mueve al mundo; no puede éste comprehender cómo es posible que los demás no sean como él, y lo que le condena mas le parece impostura inventada para divertir á los simples, que modelo que se propone para confundir á los pecadores; San Juan Bautista no se contenta con predicar la penitencia con su exemplo, sino que la predica también con sus discursos, como el único medio de librarse de la divina indignacion; pero este idioma de penitencia es muy nuevo para un mundo que no la conoce; por eso aunque el mundo le oye y le admira no le cree, y permanece siempre tranquilo en su ceguedad. Pero en qué podrá fundarse el mundo para escusarse de hacer penitencia? Será acaso en la inocencia de la vida? Ah! No tiene bastantes culpas que expiar? Le detendrá acaso la debilidad de la salud? Pero cómo se usa de ésta para los deleites, para la fama, y para la fortuna? Se fundará en la facilidad con que Dios recibe siempre al pecador penitente? Es verdad, que Dios siempre recibe al pecador que se convierte á su Magestad, ¿pero quién os asegura que llegareis á aquel día, que os señalais á vosotros mismos, y que Dios mudará vuestro corazón quando hayais llenado la medida de vuestros delitos?

2. Los abatimientos del Bautista son también nuevo motivo de condenacion para el mundo, que trata á la humildad de pusilanimidad y flaqueza. Reparemos en que todas las circunstancias de la humildad del Bautista confunden nuestra soberbia. 1. Dá gloria á la verdad y á la justicia, reconociéndose inferior á Jesu-Christo, y nosotros, no obstante tantas cosas como nos humillan en nuestro interior, queremos que los hombres piensen de nosotros lo que no nos atrevemos á pensar nosotros mismos. 2. Quiere disminuirse para que Jesu-Christo crezca, y pone su verdadera grandeza en ocultar lo eminente de sus titulos; y nosotros no solamente queremos atribuirnos

nos los talentos y virtudes que no tenemos, sino que disputamos también á los otros los que en la realidad tienen, como si su fama nos sirviera de abatimiento, y nos quitase á nosotros las alabanzas que se les dán á ellos. 3. El Bautista no se vale de sus dotes y talentos sino para glorificar á Jesu-Christo, ; y qué uso hacemos nosotros de los dotes y talentos que nos ha concedido el Señor? ; Ah! Los convertimos en nuestra propia utilidad, y muchas veces contra el mismo Señor.

3. El zelo del Bautista condena al mundo que suele tratarle de extravagancia y ridiculez: Su zelo es prudente porque solamente se dirige contra los abusos, y á cada uno propone solamente las obligaciones propias de su estado; pero no por eso dexa de ser intrépido; no respeta ni los puestos, ni las dignidades, ni los errores mas autorizados; en todas partes donde halla al vicio le impugna, le confunde, y no conoce aquellos tímidos respetos que perdonan á la culpa en favor del pecador; pero este zelo intrépido estaba acompañado de prudencia y caridad, de aquella prudencia que condena al vicio sin ofender al pecador, de aquella caridad que sabe condescender con el enfermo, pero que no le sufre ni le oculta su mal; que toma todas las figuras, y que mezcla el agrado con la severidad; ¡ó, y que pocas veces se hallan todas estas circunstancias en el zelo de aquellas personas que hacen profesión de la virtud! Nuestro zelo es vigilante, esto es, vemos clara y distintamente los defectos de nuestros próximos, sin que se nos oculte ninguna de sus flaquezas; nuestro zelo es intrépido, pero es para con aquellos á quienes no amamos, á quienes no tememos, que de nada nos pueden servir, y que son opuestos á nuestras ideas, á nuestros intereses, y á nuestro modo de pensar; por eso aunque nuestro zelo es prudente, esta prudencia es interesada y carnal; finalmente, nuestro zelo en vez de ser caritativo, mas se exaspera é irrita, que se compadece de las caídas y flaquezas de nuestros próximos; les manifi-

fiesta mas rigor, mas indignacion, y mas horror por sus faltas, que afecto, amor, y deseo de su salvacion; hace la virtud mas temible por sus censuras, que amable con su agrado; y faltando á estas reglas de verdadero zelo, damos motivo al mundo para que forme un falso juicio de la misma virtud.

II. Parte. *El mundo condena á San Juan Bautista por los mismos caminos por donde el Bautista le habia condenado.*

Acercá de la penitencia: Su vida tan austera, su retiro tan profundo, su universal desasimiento, que no debian inspirar en los corazones sino pensamientos de admiracion y respeto, no hallan en los Judíos mas que desprecios y censuras; en vez de animarse su flaqueza con su exemplo, en vez de alabar á Dios porque de tiempo en tiempo se digna de dar á la tierra estos grandes exemplos de penitencia, tan propios para confundir á los pecadores y libertinos, miran los santos excesos del Bautista como ilusion del espiritu impostor que le engaña, y como un frenesí: *Venit Joannes non manducans, neque bibens, & dicit: Dæmonium habet.* Siempre ha sido este el destino del mundo: convierte en ruina suya los mismos socorros que la bondad de Dios le habia preparado para su eterna salud. Y á la verdad, quando algunas almas movidas por el Espiritu Santo os presentan el exemplar de un retiro que sucede á las distracciones del mundo, de unas lágrimas que ocupan el lugar de los placeres, de una austeridad con que castigan los albagos de la sensualidad y del regalo, ; os moveis acaso con estos exemplos? ; Os sirven á lo menos de edificacion? No por cierto; antes tratais sus santas austeridades de singularidad y flaqueza, su retiro de extravagancia y efecto de su genio, y sus lágrimas de pusilanimidad y flaqueza: decís que todo esto es pura ficcion, efecto del temperamento, y de no tener la razon en su lugar: no solamente hablan de este modo los libertinos, sino que tambien los mas

mas prudentes entre los mundanos hallan infinitos inconvenientes en las santas austeridades, y en las felices lágrimas de la penitencia de los justos: quisieran una virtud moderada, que no desanimase á los que la ven, en vez de alentarlos; y continuamente se están diciendo, que los que empiezan con tanto fervor nunca adelantan mucho.

Pero por otra parte; tampoco halla mas indulgencia en el mundo una virtud mas suave y mas comun: El mismo mundo que tanto predica la moderacion á los justos, luego que advierte en ellos unas costumbres mas comunes, y que no se halla en su virtud una austeridad que espante, insulta á esta virtud cómoda y facil: entonces pondera las obligaciones del Evangelio, y se hace un Doctor extremadamente rígido: esto es lo que hoy reprehende Jesu-Christo á los Judíos de nuestro Evangelio.

2. El mundo condena los abatimientos del Bautista: El mundo que tan facilmente acusa á los justos de que tienen sus fines particulares, y de que se muestran tan deseosos de los honores y preferencias, lleno siempre de contradicciones, condena tambien la humildad del Precursor: la confesion que hace á los Judíos de su nada y de su baxeza, y de la grandeza de Jesu-Christo, los aparta de él, y no le siguen como antes: de esta misma injusticia usamos nosotros con la virtud: nosotros que llevamos tan á mal que los que la profesan deseen las dignidades y puestos, que los imputamos á delito aun aquellas mismas gracias y honores de que huyen, y que contra su voluntad los proporciona su mérito; nosotros mismos, si un justo, movido por el Espíritu Santo, renuncia el fausto y esplendor de los honores del siglo para meditar en el retiro las maravillas del Señor y los años eternos, ¿cómo miramos lo grande de su humildad, y el heroyco valor de su abnegacion y retiro? En él todo nos parece pusilanimidad y flaqueza; llamamos vida ociosa y obscura á una vida que sirve de espectáculo á los Angeles y á los Santos: tachamos de pereza y flaqueza de ánimo los

los sacrificios mas heroycos, y los mas nobles sentimientos de la fé; y al mismo tiempo que admiramos el desinterés, la falsa prudencia, y el soberbio desprecio que los Filósofos hacian de las riquezas y dignidades, tenemos por gracejo el despreciar la noble humildad de los siervos de Dios: Esta es la ceguedad del mundo; admira todo lo que le envilece, y desprecia lo que pudiera hacerle digno de estimacion.

3. El mundo condena el zelo del Bautista: La impiedad de Herodías, y la flaqueza de Herodes atribuyen á delito en el Precursor la libertad de su ministerio: Es Martir de la verdad; feliz por haberla anunciado hasta en los Palacios de los Reyes, y á los pies del trono; mas feliz aún en morir por ella, y en haber tenido valor para merecer ser condenado por el mundo. Este es el carácter del mundo: no puede perdonar á la verdad, porque ésta no le puede perdonar á él: con todo eso, ¿en qué boca podia ser mas respetable la verdad que en la del Precursor? El prodigio de su nacimiento, los santos excesos de sus penitencias, su fama, el respeto de toda Judéa, y el espíritu de todos los Profetas que parecia habia resucitado en él, le hacian un instrumento propio para dar gloria á la verdad, y para confundir la sensualidad, si ésta fuera capaz de avergonzarse; pero este vicio no es como los demás, que dexan todavia algunas reliquias de gusto, ó á lo menos de respetos á la verdad; porque la sensualidad ha sido en todos tiempos su mas inexorable perseguidora; nada hay que sea sagrado para ella; todo quanto se opone á su pasion la hace furiosa y barbara; nada la cuestan los mas infames delitos luego que los juzga necesarios; y no obstante los amables y alhagüenos nombres que los teatros impuros dán á esta infame pasion, es en la realidad una furia armada de hierro y de veneno, que nada perdona, y que de todo es capaz quando halla quien la contradiga, ó se la oponga. Herodías no atiende ni á la santidad, ni á las demás prendas

das del Bautista, ni al respeto que Herodes no puede menos de tributar á su virtud, ni aún á la circunstancia del festin. El Bautista la reprehende; tiene valor para arguirla de la infamia de que está cubierta para con toda la Palestina, sin avergonzarse de ella; y es preciso que pague con su sangre el delito de esta libertad; á tanto llega esta infame pasión.

Pero sin pasar mas adelante; detengamonos á considerar la flaqueza de Herodes: Ved hasta donde se estienda el imperio de la sensualidad, aún sobre los corazones mas bien dispuestos: No tiene valor para negar la cabeza del Precursor; se estremece interiormente del horror y barbaridad de esta injusticia; se le presenta la santidad de aquel Profeta, y contra su voluntad mancha sus manos con la sangre inocente; pero es la sensualidad la que lo pide, y á esta nada se la puede negar quando ha llegado á hacerse dueña del corazón. Aunque el honor, la razon, la equidad, la fama, y el interés se opongan á lo que ella pide, son unos consejeros muy débiles, porque nada escucha. Esta fue la recompensa que halló en la tierra el celo del Bautista; y este es el destino de la verdad, odiosa siempre al mundo, porque nunca le es favorable.

UNIVERSIDAD

---

DIA DE SANTA MARIA  
MAGDALENA.

Division. *La Magdalena amó al mundo con un amor de gusto y ansia que la suavizaba todas las amarguras que hallaba en sus caminos, y con un amor de preferencia, que la hizo que todo lo sacrificase al mundo: Y ama á Jesu-Christo. I. Con un amor tierno y fer-*

*voroso, que la suaviza aun las cosas mas asperas que emprende por el Señor. II. Con un amor fuerte y generoso, que le sacrifica todo quanto conoce.*

I. Parte. *La Magdalena ama á Jesu-Christo con un amor tierno y fervoroso, que suaviza aun las cosas mas asperas que emprende por su Magestad.* La gracia de la conversion regularmente imita y sigue las disposiciones del corazón que mueve; y la misericordia de Dios halla siempre en nuestras mismas pasiones los medios para nuestra penitencia: Ved, pues, lo que hoy sucede en la conversion de la Magdalena.

1. El mundo habia hallado en ella uno de aquellos corazones tiernos y dóciles, en los que hallan facil entrada las primeras impresiones; uno de aquellos genios que de todo se dexan llevar, y á los que casi todos los objetos sirven de escollos; y esta es la primera disposicion de que hoy se vale la gracia para que sirva á su salvacion. Movida de la curiosidad, vá á oír las palabras de gracia que salen de la boca del Salvador, y que introducen en los corazones unos rayos celestiales, y una inefable suavidad: Aquel corazón que tan facil habia sido para el mundo, no se defendió mucho tiempo contra Jesu-Christo: Nacen en su alma nuevas inquietudes: Las ideas de virtud que este Profeta anuncia á los hombres la sorprenden, y ya se la hacen amable: Los terribles colores con que pinta el vicio la asustan, y ya se propone unas costumbres mas dignas de su fama y nacimiento. Esta es la primera impresion que Jesu-Christo hace en esta alma: La gracia halla las mismas facilidades para la salvacion, que los atractivos de las pasiones habian hallado para el mundo.

2. El mundo habia hallado en la Magdalena un corazón hábil é ingenioso en la eleccion de los medios para conseguir sus fines; esta desgraciada prudencia que la habia guiado por los caminos de la iniquidad, se muda en una piadosa sabiduría en las acciones de su penitencia:

das del Bautista, ni al respeto que Herodes no puede menos de tributar á su virtud, ni aún á la circunstancia del festin. El Bautista la reprehende; tiene valor para arguirla de la infamia de que está cubierta para con toda la Palestina, sin avergonzarse de ella; y es preciso que pague con su sangre el delito de esta libertad; á tanto llega esta infame pasión.

Pero sin pasar mas adelante; detengamonos á considerar la flaqueza de Herodes: Ved hasta donde se estienda el imperio de la sensualidad, aún sobre los corazones mas bien dispuestos: No tiene valor para negar la cabeza del Precursor; se estremece interiormente del horror y barbaridad de esta injusticia; se le presenta la santidad de aquel Profeta, y contra su voluntad mancha sus manos con la sangre inocente; pero es la sensualidad la que lo pide, y á esta nada se la puede negar quando ha llegado á hacerse dueña del corazón. Aunque el honor, la razon, la equidad, la fama, y el interés se opongan á lo que ella pide, son unos consejeros muy débiles, porque nada escucha. Esta fue la recompensa que halló en la tierra el celo del Bautista; y este es el destino de la verdad, odiosa siempre al mundo, porque nunca le es favorable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

---

## DIA DE SANTA MARIA MAGDALENA.

Division. *La Magdalena amó al mundo con un amor de gusto y ansia que la suavizaba todas las amarguras que hallaba en sus caminos, y con un amor de preferencia, que la hizo que todo lo sacrificase al mundo: Y ama á Jesu-Christo. I. Con un amor tierno y fer-*

*voroso, que la suaviza aun las cosas mas asperas que emprende por el Señor. II. Con un amor fuerte y generoso, que le sacrifica todo quanto conoce.*

I. Parte. *La Magdalena ama á Jesu-Christo con un amor tierno y fervoroso, que suaviza aun las cosas mas asperas que emprende por su Magestad.* La gracia de la conversion regularmente imita y sigue las disposiciones del corazón que mueve; y la misericordia de Dios halla siempre en nuestras mismas pasiones los medios para nuestra penitencia: Ved, pues, lo que hoy sucede en la conversion de la Magdalena.

1. El mundo habia hallado en ella uno de aquellos corazones tiernos y dóciles, en los que hallan facil entrada las primeras impresiones; uno de aquellos genios que de todo se dexan llevar, y á los que casi todos los objetos sirven de escollos; y esta es la primera disposicion de que hoy se vale la gracia para que sirva á su salvacion. Movida de la curiosidad, vá á oír las palabras de gracia que salen de la boca del Salvador, y que introducen en los corazones unos rayos celestiales, y una inefable suavidad: Aquel corazón que tan facil habia sido para el mundo, no se defendió mucho tiempo contra Jesu-Christo: Nacen en su alma nuevas inquietudes: Las ideas de virtud que este Profeta anuncia á los hombres la sorprenden, y ya se la hacen amable: Los terribles colores con que pinta el vicio la asustan, y ya se propone unas costumbres mas dignas de su fama y nacimiento. Esta es la primera impresion que Jesu-Christo hace en esta alma: La gracia halla las mismas facilidades para la salvacion, que los atractivos de las pasiones habian hallado para el mundo.

2. El mundo habia hallado en la Magdalena un corazón hábil é ingenioso en la eleccion de los medios para conseguir sus fines; esta desgraciada prudencia que la habia guiado por los caminos de la iniquidad, se muda en una piadosa sabiduría en las acciones de su penitencia:

Se vale de las circunstancias mas favorables para mover á Jesu-Christo, y para alcanzar de él el perdón de sus culpas: Elige 1. La sala del festin, esto es, un lugar que exponiendola á la burla y censura pública, interesaría á Jesu-Christo en su favor. 2. El tiempo de la comida, en que con mas facilidad se conceden las gracias. 3. La presencia de los Fariseos, porque Jesu-Christo para confundir su obstinacion, gustaba de dar delante de ellos señales de bondad y afecto á las ovejas descarreadas. 4. Se vale de una confusion saludable, sin buscar vanas excusas para suavizar á la vista del Salvador el exceso de sus desordenes, y se contenta con estar postrada á sus pies. 5. Para mas obligarle se vale de una humildad profunda; derrama preciosos perfumes, pero es solamente sobre los pies, sin querer que el Señor repare en ello: Solamente quiere que atienda el Señor á las miserias de su alma, y no al mérito de sus obras. Estos son los Santos artificios del amor de la Magdalena: Habia sido prudente en el mal, pero tambien lo es en el bien. Al contrario de las mugeres del mundo; son hábiles para buscar los placeres, y para dirigir sus pasiones, y no saben por donde han de empezar quando se han de declarar por Jesu-Christo.

3. El mundo habia hallado en la Magdalena un corazon vivo, en el que no sabian guardar medida alguna las pasiones; pues ved las mismas disposiciones en su amor á Jesu-Christo. 1. La prontitud: Apenas supo que el Salvador habia entrado en la casa del Fariseo, quando fue corriendo á ella, y se aprovecha de la primera ocasion que se le ofrece para arrojarle á sus pies: Y á la verdad, la prontitud es muy esencial en la conversion: La gracia tiene ciertos instantes felices, que no vuelven ni con el tiempo, ni con los años, ni en las mismas circunstancias. 2. El ansia: El mundo habia hallado en ella una de aquellas disposiciones estremadas, que siempre se entregan enteramente al objeto de sus deseos:

Pues

Pues de este mismo modo ama á Jesu-Christo; siente la mayor viveza, y los mayores extremos que puede dar de sí el amor; manifiesta unas señales del dolor mas profundo; este fervor nunca se entibia en ella, y siempre nos la representa despues el Evangelio como una alma activa y fervorosa: ¡Qué instruccion tan importante! Porque si bien lo reparamos, las mas fervoras conversiones suelen venir á parar en tibieza y relaxacion, y de penitentes celosos venimos á parar en Christianos tibios. 3. La ceguedad de su amor, si es lícito decirlo así, porque aunque la gracia sea una luz celestial, puede muy bien decirse que ciega á la razon carnal acerca de mil dificultades, que suele oponer el amor propio en los primeros pasos de la conversion: Por eso la Magdalena no se para á discurrir acerca de las infinitas dificultades que podrá hallar en su mudanza de vida: Y á la verdad, las precauciones excesivas en los principios de la penitencia, además de que suponen un corazon poco arrependido, nunca tienen felices conseqüencias. La gracia, particularmente en sus primeros movimientos, tiene unas felices imprudencias, que asustan á la prudencia humana, pero que consuman la obra de la salvacion. No quiero decir que para morir al mundo, y servir á Dios, sea necesario trastornar las reglas de la prudencia: Al hombre se le ha dado la razon para que se gobierne por ella; es tentar á Dios y salirse del orden de la providencia, el no consultar á una luz que él mismo ha puesto en nosotros; pero tambien es cierto que las demasiadas precauciones, y la excesiva circunspeccion, detiene muchas veces la obra de la gracia, y que particularmente en los primeros pasos de esta, es preciso dexar algo que hacer al espíritu que nos mueve, no quererlo averiguar todo, entregarse á Jesu-Christo en orden á mil dificultades, en las que no hallamos remedio, y valerse mas de la fé y de la confianza, que de la razon.

II. Parte. *La Magdalena ama á Jesu-Christo con un amor*

amor fuerte y generoso que nada conoce que no le sacrifique. La Magdalena habia amado al mundo con un amor de preferencia; le habia sacrificado su fama, su sosiego, sus bienes, y sus prendas naturales, y de este mismo modo ama á Jesu-Christo; y esto es justamente lo que hoy le sacrifica su amor.

1. Su fama: Esta la habia sacrificado al mundo desde luego: En el principio la detendria sin duda el pudor, que es tan natural á su sexô, y lo distinguido de su nacimiento; despues, asegurada contra sí misma por las necias máximas que inspira el mundo, franqueó su corazon á todo quanto se la presentaba para cautivarle: Era inutil el que interiormente se avergonzasen su fama, y su entendimiento de sus flaquezas, porque ya se habia apoderado de ella la fuerza de la pasion, y cada nuevo objeto era para ella una pasion nueva: Tenia en sí unos motivos muy poderosos para vivir con honor; su nacimiento, la inmortal mancha que sus desordenes iban á poner en su sangre, el exemplo de una hermana dedicada al cumplimiento de su obligacion, las resultas de la infamia en las personas de su edad, &c. Pero ama al mundo, y no hay cosa por apreciale que sea que no se sacrifique al objeto amado: Convierte despues su amor á Jesu-Christo, y ved como sacrifica tambien su fama al amor que le tiene: Vá á buscar al Señor á una casa estraña, donde no es conocida ni llamada, y con esta accion se declara pecadora, sin dar lugar á las reflexiones que se la pudieran ocurrir acerca de su edad, de su sexô, &c. Parece que nada arriesgaba en esperar á que Jesu-Christo se hubiese retirado á casa de alguno de sus discipulos, en donde pudiera haberle manifestado en secreto el triste estado de su alma; pero el amor santo, del mismo modo que la pasion, no discurre: No piensa en que los hombres aprueben una accion en que ella vá á condenarse: Atraviesa las calles de Bethania, vestida muy distintamente de como solia vestir antes; entra en la sala del festin

con

con un santo desahogo; su vista renueva en todos los asistentes la memoria de sus pasados excesos, y ella quiere pasar esta vergüenza: Cada uno se figura, segun su malicia, las razones de su mudanza; pero ella sin reparar en esto no piensa mas que en sus culpas, y en su amor: Las conversaciones públicas nunca habian entibiado sus pasiones, y así tampoco la sirven de estorvo en su penitencia: Y á la verdad, ¿no habiendo temido las pasiones á la censura pública, ha de ser mas tímida la penitencia? Es acaso el mundo juez mas justo y mas temible en los caminos de la gracia que en los del pecado? Muy poco movido está de Dios el que todavía quiere guardar respetos con los hombres.

2. Su sosiego: La Magdalena habia sacrificado al mundo el sosiego de su corazon, aquella paz tan estimada del alma, y la mas segura raíz de nuestros placeres; porque, como exclama San Agustin: Vos ¡oh Dios mio, lo habeis dispuesto así, y no puede menos de suceder, que el alma que vive en el desorden sirva á sí mismo de suplicio: La iniquidad nunca puede estar tranquila, y la culpa siempre es mas penosa que la virtud: Su amor hace tambien el mismo sacrificio á Jesu-Christo; le sacrifica, no la paz verdadera, sino una paz que renuncia verdaderamente el pecador, al mismo tiempo que renuncia sus vicios; porque la gracia siempre hace en lo íntimo del alma sus separaciones dolorosas. 1. Se hizo una grande violencia para apagar unas pasiones, para las que hallaba tantas disposiciones en su corazon. 2. No se propuso una conversion suave y acomodada, como otras muchas almas que no se convierten perfectamente; en su edad es necesario usar de gran violencia para acostumbrar al yugo una carne que se estremece solamente al oír nombrarlo que puede hacerla violencia. La Magdalena, aficionada al Salvador, le sigue en sus viages, y divide con él los trabajos de su vida penitente: Añadid á esto los sustos que acompañaron al tierno amor que tenia á Jesu-Christo, y lo

lo que temia el furor, y la envidia de los Fariseos contra su Divino Maestro: ¿Qué espada de dolor no fue para su corazon el espectáculo del Calvario! De este modo, renunciando la Magdalena al mundo, sacrificó á Jesu-Christo su sosiego; y nosotros muchas veces, quando nos declaramos en favor de la virtud buscamos en ella una vida mas cómoda y tranquila; no salimos de los caminos asperos del siglo, sino para hallar una santa ociosidad en el de la salvacion.

3. Sus bienes: La Magdalena habia sacrificado al mundo sus bienes: Porque ¿qué uso se hace de éstos en una vida mundana? La pasion nunca es avara, y nunca parece caro lo que puede ayudar á satisfacerla: Hoy, pues, sirven sus bienes á su penitencia, derrama preciosos perfumes sobre los pies del Salvador, le franquea su casa al volver de sus viages, le sigue en ellos para socorrer sus necesidades, y este es el modelo de la penitencia de los pecadores: Si sembraron para la iniquidad, es necesario que siembren para la justicia. Con todo eso, muchas veces despues de los excesos y profusiones de los placeres, suelen manifestar, los que se dedican á la virtud, inclinaciones de codicia y de miseria, y parece que quieren ganar con Jesu-Christo lo que han perdido con el mundo.

4. Las prendas naturales. La Magdalena habia sacrificado al mundo todos los dotes que habia recibido de la naturaleza, y en su penitencia los sacrifica á Jesu-Christo. Nada exceptúa su dolor, y su compensacion es universal; su amor vuelve á tomar todas las armas de sus pasiones, y se vale de ellas como de otros tantos instrumentos de justicia. Castiga al pecado con el mismo pecado, y no imita á aquellas personas que en su penitencia quieren conservar todavia algunas reliquias de sus pasiones: Es necesario que haya una compensacion justa entre el pecado y la penitencia, entre el sacrificio de justicia y el de iniquidad; y el que ha sido absolutamente pecador es necesario que sea absolutamente penitente.

DIA

## DIA DE SAN BERNARDO.

Division. I. *San Bernardo perfecto religioso.* II. *Hombre Apostólico.* III. *Doctor siempre invencible.*

I. Parte. *San Bernardo perfecto religioso:* Al nacer recibió aquella bondad de alma, y aquel candor natural, que es como el primer ensayo de la virtud. Los cuidados de la educacion ayudaron á estas primeras esperanzas, y los exemplos domesticos fueron para él lecciones de virtud. Con unas disposiciones tan favorables entró San Bernardo en el mundo, pero no obstante esto no dexó de temer que este feliz natural que habia recibido del cielo, y que se hallaba fortificado con la educacion, pudiese resistir al mal exemplo de la multitud, y á los atractivos que presenta la iniquidad: Apenas estendió la vista por el mundo, quando descubrió en él los infinitos lazos que no suelen verse hasta despues de haber caído en ellos; y persuadido á que quando se trata de la salvacion, nunca pueden ser excesivas las precauciones, fue á buscar en la soledad la paz que no puede dar el mundo, persuadiendose á que el ocultarse del enemigo es el modo mas seguro de vencerle: Pero le parece poco sacudir él solo el yugo del Principe del siglo, si no pone tambien en libertad á sus amigos y parientes; gana á éstos con sus persuasiones; de este modo sale del mundo acompañado de sus hermanos, y de la mayor parte de sus amigos, como con otros tantos ilustres cautivos, que acaba de sacar del poder del demonio: A la frente de un tan florido exercito llega al Cister, á aquella soledad á la que el silencio, las vigiliass, los ayunos, y todos los rigores de la disciplina Monástica hacian que fuese formidable aún para aquellos seculares que querian retirarse del mundo. Habia muy pocas personas que se atreviesen á

Tom. VII.

Tt

ir

lo que temia el furor, y la envidia de los Fariseos contra su Divino Maestro: ¿Qué espada de dolor no fue para su corazon el espectáculo del Calvario! De este modo, renunciando la Magdalena al mundo, sacrificó á Jesu-Christo su sosiego; y nosotros muchas veces, quando nos declaramos en favor de la virtud buscamos en ella una vida mas cómoda y tranquila; no salimos de los caminos asperos del siglo, sino para hallar una santa ociosidad en el de la salvacion.

3. Sus bienes: La Magdalena habia sacrificado al mundo sus bienes: Porque ¿qué uso se hace de éstos en una vida mundana? La pasion nunca es avara, y nunca parece caro lo que puede ayudar á satisfacerla: Hoy, pues, sirven sus bienes á su penitencia, derrama preciosos perfumes sobre los pies del Salvador, le franquea su casa al volver de sus viages, le sigue en ellos para socorrer sus necesidades, y este es el modelo de la penitencia de los pecadores: Si sembraron para la iniquidad, es necesario que siembren para la justicia. Con todo eso, muchas veces despues de los excesos y profusiones de los placeres, suelen manifestar, los que se dedican á la virtud, inclinaciones de codicia y de miseria, y parece que quieren ganar con Jesu-Christo lo que han perdido con el mundo.

4. Las prendas naturales. La Magdalena habia sacrificado al mundo todos los dotes que habia recibido de la naturaleza, y en su penitencia los sacrifica á Jesu-Christo. Nada exceptúa su dolor, y su compensacion es universal; su amor vuelve á tomar todas las armas de sus pasiones, y se vale de ellas como de otros tantos instrumentos de justicia. Castiga al pecado con el mismo pecado, y no imita á aquellas personas que en su penitencia quieren conservar todavia algunas reliquias de sus pasiones: Es necesario que haya una compensacion justa entre el pecado y la penitencia, entre el sacrificio de justicia y el de iniquidad; y el que ha sido absolutamente pecador es necesario que sea absolutamente penitente.

DIA

## DIA DE SAN BERNARDO.

Division. I. *San Bernardo perfecto religioso.* II. *Hombre Apostólico.* III. *Doctor siempre invencible.*

I. Parte. *San Bernardo perfecto religioso:* Al nacer recibió aquella bondad de alma, y aquel candor natural, que es como el primer ensayo de la virtud. Los cuidados de la educacion ayudaron á estas primeras esperanzas, y los exemplos domesticos fueron para él lecciones de virtud. Con unas disposiciones tan favorables entró San Bernardo en el mundo, pero no obstante esto no dexó de temer que este feliz natural que habia recibido del cielo, y que se hallaba fortificado con la educacion, pudiese resistir al mal exemplo de la multitud, y á los atractivos que presenta la iniquidad: Apenas estendió la vista por el mundo, quando descubrió en él los infinitos lazos que no suelen verse hasta despues de haber caído en ellos; y persuadido á que quando se trata de la salvacion, nunca pueden ser excesivas las precauciones, fue á buscar en la soledad la paz que no puede dar el mundo, persuadiendose á que el ocultarse del enemigo es el modo mas seguro de vencerle: Pero le parece poco sacudir él solo el yugo del Principe del siglo, si no pone tambien en libertad á sus amigos y parientes; gana á éstos con sus persuasiones; de este modo sale del mundo acompañado de sus hermanos, y de la mayor parte de sus amigos, como con otros tantos ilustres cautivos, que acaba de sacar del poder del demonio: A la frente de un tan florido exercito llega al Cister, á aquella soledad á la que el silencio, las vigiliass, los ayunos, y todos los rigores de la disciplina Monástica hacian que fuese formidable aún para aquellos seculares que querian retirarse del mundo. Habia muy pocas personas que se atreviesen á

Tom. VII.

Tt

ir

ir á experimentar en aquel desierto un género de vida tanto mas áspera, quanto menos conforme á las costumbres de un siglo, en que la relaxacion era el gusto dominante: Pero parece que San Bernardo despojandose, con la ignominia del hábito secular, de las inclinaciones que pudieran haberle quedado del hombre antiguo, no guarda medida alguna en las ansias de su fé; libre de estos estorvos vuela al cielo, y casi se pierde de vista aun á los mas adelantados en la virtud. Continuamente se estaba diciendo á sí mismo: *Bernardo, ¿qué veniste á buscar á la soledad? ¿Saliste del siglo para traer arrastrando contigo tus cadenas? ¿Quieres, como otros muchos, conservar baxo un hábito austero y religioso, un corazon profano y nada mortificado? Si una virtud cómoda y facil te parecia segura para la salvacion, ¿para qué saliste del siglo, en donde el error comun autoriza esta doctrina?*

Con el socorro de estas piadosas reflexiones mantenía San Bernardo su fé, y avivaba continuamente en sí mismo la gracia de su vocacion: con un cuerpo delicado, y una salud poco segura no habia mortificacion que pudiese satisfacer al amor que tenia á la Cruz y á la penitencia.

Entretanto, el retiro de San Bernardo y de sus compañeros al Cistér, y la austeridad é inocencia de sus costumbres, esparcía ya á mucha distancia un olor de vida, y muchas personas atraídas de tan extraordinario exemplo acudían allí de todas partes: Siendo demasiado estrecho el recinto del Cistér para tantos, fue preciso buscar una nueva tierra, y Bernardo á la frente de una Tribu escogida fue á establecerse en Claravál, soledad entonces desconocida, pero que despues se hizo muy famosa. Elevado á la Dignidad de Abad, ¡qué espectáculos de virtud no dió en este nuevo empleo! No afecta aquellas odiosas distinciones, y aquellas vanas señales de autoridad, que ponen una distancia tan enorme entre los hijos y el padre; al contrario, nunca manifestó mas ansia por los abatimientos: no mira su dignidad como honroso pretext-

to de mitigacion y descanso; al contrario, nunca usó de mas rigores consigo mismo: se veía en él un espíritu de oracion, y de continuo recogimiento; estaba universalmente muerto para sí mismo y para todas las criaturas, y en él estaba casi apagado el uso de los sentidos.

II. Parte. *San Bernardo hombre Apostolico.* En la Iglesia hay diferentes dones, como dice San Pablo, y estos dones están divididos en los diversos miembros que la componen, segun la secreta disposicion del espíritu que inspira en donde quiere: pero hay algunas almas sobre las que Dios derrama á manos llenas la variedad de sus dones, y á las que se las dá el Espíritu Santo sin medida. En el siglo de San Bernardo se necesitaba de una alma de estas qualidades: la ignorancia y la disolucion de las costumbres reynaban en todas partes, tanto en la Iglesia como en el Estado, y aun los mismos claustros no podían ya servir de asilo contra el contagio del siglo. A unas necesidades tan extremas y varias no opuso el Señor mas que un nuevo Moysés salido del desierto de Median, y puesto San Bernardo en sus manos, hiere á los Reyes y á los reynos, reforma el tabernáculo, confunde á los ministros murmuradores, asegura la soberana dignidad al Pontifice que Dios habia establecido, echa por tierra el Idolo que los hijos de Israel se habian fabricado ellos mismos, destruye los enemigos del nombre del Señor, y hubiera guiado al pueblo christiano á la conquista de Jerusalem, si su ingratitude y sus excesos no le hubieran privado de los socorros del cielo.

No habia cosa que pudiese igualar al fervoroso zelo de San Bernardo; por eso le tienen por Elias, ó por alguno de los Profetas: Toda la Francia corre á oírle, y movidos de las palabras de gracia y de virtud que salían de su boca, acuden á él los pueblos para saber si el Señor es inmutable en su indignacion como en sus beneficios, y si podrán hallar algun remedio para aplacarle. Entonces empezaron á disiparse las tinieblas esparcidas sobre el abis-

mó; la Francia, como otros cahos, se fue iluminando poco á poco; y los claustros vieron revivir aquel primitivo espíritu, y aquella preciosa heredad que en otros tiempos habian recibido de sus padres.

San Bernardo añadió la fortaleza á su fervoroso celo: No era como aquellos Ministros tímidos, que con pretexto de honra á los Grandes les parece que deben respetar hasta sus mismos vicios: ¿Con que santa libertad habló á Luis el Gordo? ¿Qué públicas señales de penitencia no alcanzó de Luis el Joven su hijo, por la destruccion de Vitri? La misma Reyna Eleonora, Princesa altiva y mundana, impedida en sus designios en un punto muy delicado, se vió por último precisada á conformarse con el dictamen de San Bernardo; y todos los siglos admirarán las vivas y penetrantes instrucciones, y aquella noble libertad que reyna en los libros de la consideracion, dirigidos al Papa Eugenio.

Finalmente; ¿á qué no se estendió su celo? Parece que el cielo le habia establecido por censor de las costumbres de su siglo. ¿Quántas discordias entre los Principes no compuso con su prudencia? ¿Qué cartas no escribió para el restablecimiento de la disciplina y de la piedad? ¿Qué cuidados y qué medidas no le obligaba á tomar su caridad? Francia, Italia, Alemania le vieron derramar por todas partes el divino fuego, que Jesu-Christo vino á traer á la tierra, y con el que habia abrasado su corazón: El solo bastó para las infinitas y diversas necesidades de la Iglesia: No faltaba á sus trabajos otra cosa mas que la recompensa de los Santos, quiero decir, las persecuciones y calumnias, pero tambien tuvo el consuelo de gustarlas; oyó las quejas de los insensatos contra él por el mal éxito de la expedicion de los Franceses en la tierra santa.

III. Parte. *San Bernardo Doctór siempre invencible.* Es indubitable que las puertas del infierno nunca prevalecerán contra la Iglesia: Con todo eso, aunque es tan in-

vincible, no siempre está pacífica; y aunque sus perseguidores no la pueden destruir, pueden afligirla. Como nació entre los combates y persecuciones, parece que es destino suyo no estar jamas libre de ellas. Pero tambien tienen su utilidad las heregias y scismas; á los Doctores de la mentira somos deudores de los preciosos escritos de los antiguos defensores de la verdad: Por eso Dios, que destinaba á San Bernardo para que fuese restaurador de su ley, le habia manifestado sus admirables secretos en el desierto: su estudio mas amado fue el de los libros santos; y esta ciencia hizo que San Bernardo fuese tan temible á los enemigos de la Iglesia: la Catedra de San Pedro estaba hecha presa de un usurpador, y Inocencio II. arrojado de su silla, y vagando como el Arca de Israel de Provincia en Provincia, con un séquito poco decente á su dignidad, se habia por último refugiado á Francia. ¿Qué triste es el estado de la Iglesia, quando se halla interiormente despedazada de este modo! Unos siguen á Cefas, y otros á Paulo, y casi nadie á Jesu-Christo: Este era un escándalo que merecia la atencion del celo y talento de San Bernardo: Se presenta en medio de los Prelados congregados en Estampes para pronunciar la sentencia entre los dos competidores; todos se sujetan unánimes á su decision; él solo forma un Concilio entero, y toda la Francia recibe de su mano á Inocencio II. como á legitimo Pontífice: ¿Qué viages no hizo á Sicilia, á Italia, y á Alemania para apagar las reliquias del scisma!

Pero no bastaba haber restituido la paz á la Iglesia, era preciso tambien defender al pueblo de Dios del engaño de los falsos Profetas. Los Concilios de Sens y de Reims admiraron la fecundidad de su talento, y la fuerza de su ingenio, y le vieron defender gloriosamente la antigüedad y sencillez de la fé contra las peligrosas cavilaciones de un Obispo de Poitiers, y las profanas novedades de Abailardo: Al acabar de conseguir esta victoria vá volando á Tolosa para oponerse á Enrique, Monge Apóstata, que predicaba allí una nueva doctrina.

Pero lo mas prodigioso y digno de nuestra atencion es la humildad de San Bernardo en medio de tanta gloria. Unas veces se niega á las Ilustres Iglesias que le eligen por Pastor: Otras veces, revestido por el Papa con el carácter de Legado universal en todo el orbe christiano, ofrece respetuosamente su dignidad á los Obispos, y no obra sino con arreglo á sus ordenes. Honrado en Claravál con la visita de un soberano Pontifice, conserva entre sus Religiosos un aspecto tranquilo y sosegado, y casi parece insensible á un honor tan nuevo. Finalmente aunque no trata con los hombres sino para fixar su conversacion en el cielo, se queja continuamente á sí mismo, y á sus amigos de la distraccion de su vida: Yo no vivo, decia, ni como Eclesiástico, ni como Lego, y ya há mucho tiempo que no hago vida religiosa, aunque traigo el hábito de tal. ¿Pues qué soy? Estos son los pensamientos de temor y humildad de que siempre han estado acompañadas las heroicas acciones de los Santos.

### DIA DE S. LUIS REY DE FRANCIA.

*Division. Nos figuramos la virtud como una flaqueza de ánimo que ó deshonra á los Grandes, ó hace á los hombres incapaces de los grandes puestos: Primer error: Nos parece que la elevacion permite un género de virtud mas cómoda: Segundo error. I. San Luis al contrario, halló en la virtud la raíz de todas aquellas heroicas prendas que le hicieron el mayor Rey de su siglo. II. Halló en la dignidad de Rey nuevos empeños para animarse á cumplir con las mas austéras obligaciones de la virtud.*

*I. Parte. La piedad de San Luis, raíz de todas sus grandes prendas.*

El mundo, siempre injusto, mira la virtud como suerte

de almas flacas, y de poco espíritu: pero la virtud es el mas heroico esfuerzo del corazón, y el uso mas noble y prudente que se puede hacer del entendimiento. Una alma exercitada en la vida de la fé, no conoce empresa que la parezca superior á sus fuerzas, y el justo posee en la realidad todas las grandes virtudes, cuya sola reputacion é imagen tienen los Heroes mundanos. Para que el mundo quedase convencido de una verdad de tanto honor para la fé dió la providencia un San Luis á la Francia: Dios establece á los Reyes sobre los pueblos para que los defiendan y amparen en la guerra, ó para que los hagan felices en la paz. Jamas hizo el amor á la fama que resplandeciesen tanto en otros Principes las virtudes pacíficas y militares, como las hizo resplandecer la fé en nuestro Santo Rey.

I. Las virtudes pacíficas: Se hizo amado de su pueblo por su afabilidad, temido del vicio por su equidad, y estimado de la Iglesia por su religion. I. Se hizo amado de su pueblo por su afabilidad: El agrado es la primera virtud de los Reyes, la fortaleza y apoyo del trono: Los Reyes solamente son poderosos para ser benéficos; solo reynan verdaderamente en quanto son amados. San Luis, criado con estas máximas, hizo de ellas su principal ocupacion: en los reynados anteriores, y en las turbaciones inseparables de una menor edad, que dura mucho tiempo, casi aniquilada la Francia habia padecido aquellas calamidades, en que la salud de los pueblos hace irremediable la duracion de las cargas públicas: Nuestro santo Rey la restituyó con la paz, la alegría y la abundancia. Los Franceses vivian felices, y baxo el dominio de un Rey tan bueno nada tenían que desear para sus hijos mas que un sucesor que le fuese semejante. Pero no contento San Luis con atender á las necesidades de los particulares, puso especial cuidado en remediar las miserias públicas, y aún precaverlas: ¿Quántas casas santas dotó? ¿Quántos lugares de misericordia levantó con

Pero lo mas prodigioso y digno de nuestra atencion es la humildad de San Bernardo en medio de tanta gloria. Unas veces se niega á las Ilustres Iglesias que le eligen por Pastor: Otras veces, revestido por el Papa con el carácter de Legado universal en todo el orbe christiano, ofrece respetuosamente su dignidad á los Obispos, y no obra sino con arreglo á sus ordenes. Honrado en Claravál con la visita de un soberano Pontifice, conserva entre sus Religiosos un aspecto tranquilo y sosegado, y casi parece insensible á un honor tan nuevo. Finalmente aunque no trata con los hombres sino para fixar su conversacion en el cielo, se queja continuamente á sí mismo, y á sus amigos de la distraccion de su vida: Yo no vivo, decia, ni como Eclesiástico, ni como Lego, y ya há mucho tiempo que no hago vida religiosa, aunque traigo el hábito de tal. ¿Pues qué soy? Estos son los pensamientos de temor y humildad de que siempre han estado acompañadas las heroicas acciones de los Santos.

### DIA DE S. LUIS REY DE FRANCIA.

*Division. Nos figuramos la virtud como una flaqueza de ánimo que ó deshonra á los Grandes, ó hace á los hombres incapaces de los grandes puestos: Primer error: Nos parece que la elevacion permite un género de virtud mas cómoda: Segundo error. I. San Luis al contrario, halló en la virtud la raíz de todas aquellas heroicas prendas que le hicieron el mayor Rey de su siglo. II. Halló en la dignidad de Rey nuevos empeños para animarse á cumplir con las mas austéras obligaciones de la virtud.*

*I. Parte. La piedad de San Luis, raíz de todas sus grandes prendas.*

El mundo, siempre injusto, mira la virtud como suerte

de almas flacas, y de poco espíritu: pero la virtud es el mas heroico esfuerzo del corazón, y el uso mas noble y prudente que se puede hacer del entendimiento. Una alma exercitada en la vida de la fé, no conoce empresa que la parezca superior á sus fuerzas, y el justo posee en la realidad todas las grandes virtudes, cuya sola reputacion é imagen tienen los Heroes mundanos. Para que el mundo quedase convencido de una verdad de tanto honor para la fé dió la providencia un San Luis á la Francia: Dios establece á los Reyes sobre los pueblos para que los defiendan y amparen en la guerra, ó para que los hagan felices en la paz. Jamas hizo el amor á la fama que resplandeciesen tanto en otros Principes las virtudes pacíficas y militares, como las hizo resplandecer la fé en nuestro Santo Rey.

I. Las virtudes pacíficas: Se hizo amado de su pueblo por su afabilidad, temido del vicio por su equidad, y estimado de la Iglesia por su religion. II. Se hizo amado de su pueblo por su afabilidad: El agrado es la primera virtud de los Reyes, la fortaleza y apoyo del trono: Los Reyes solamente son poderosos para ser benéficos; solo reynan verdaderamente en quanto son amados. San Luis, criado con estas máximas, hizo de ellas su principal ocupacion: en los reynados anteriores, y en las turbaciones inseparables de una menor edad, que dura mucho tiempo, casi aniquilada la Francia habia padecido aquellas calamidades, en que la salud de los pueblos hace irremediable la duracion de las cargas públicas: Nuestro santo Rey la restituyó con la paz, la alegría y la abundancia. Los Franceses vivian felices, y baxo el dominio de un Rey tan bueno nada tenían que desear para sus hijos mas que un sucesor que le fuese semejante. Pero no contento San Luis con atender á las necesidades de los particulares, puso especial cuidado en remediar las miserias públicas, y aún precaverlas: ¿Quántas casas santas dotó? ¿Quántos lugares de misericordia levantó con

sus liberalidades? Quántos establecimientos útiles emprendió con su cuidado? Era inútil que le representasen que estos dones excesivos agotaban sus caudales, y podían ser nocivos á otras necesidades mas urgentes: Mas vale que se consuman, respondia, en socorrer á los pobres, cuyo Padre soy, que en profusiones y vanas magnificencias: sacaba de los caudales destinados á su subsistencia el fondo para socorrer á los infelices; Qué exemplo este para confundir las barbaras excusas que la clase y el nacimiento suelen oponer á las obligaciones de la misericordia! De este modo nuestro santo Rey hacia feliz á su pueblo con su piedad y afabilidad. Era accesible para todos, sin negar ni aún al mas inferior de sus vasallos el gusto de ver á su Soberano; muy distinto en esto de aquellos que revisten la autoridad con un rostro severo é inaccesible, de modo que los oprimidos tienen por su mayor desgracia la necesidad de presentarse delante de aquel de quien esperan la libertad.

Pero la afabilidad sola sería peligrosa en los cargos públicos, si no estuviera acompañada de una justa severidad: pero no ignoró esto nuestro Santo Rey: Las guerras civiles, la debilidad de los Reynados anteriores, y aún la misma ignorancia y corrupcion de aquellos desgraciados tiempos habian confundido en el Reyno la magestad de las leyes con la libertad de las costumbres. La autoridad pública estaba en manos de unos hombres corrompidos, que abusaban de las leyes; todas las ciudades estaban llenas de una tropa de Histriones, que mezclando hasta los santos mysterios de la Religion en sus torpes é incidentes espectáculos, representaban sin vergüenza unas obscenidades, á las que esta confusion impía y ridícula hacia aún mas sacrilegas, y de este modo corrompian los pueblos. De esto nacia un espantoso desorden de vicios: El Santo Rey se persuadió á que para unos males tan grandes era preciso aplicar grandes remedios. Se prohibieron los espectáculos, como pecaminosos, con las mismas leyes del es-

tado, y los Cómicos fueron declarados infames, y desterrados del Reyno, como pública peste de las costumbres y de la virtud; despues de haber establecido estos útiles reglamentos, que tanto honor hacen aún el dia de hoy á la Jurisprudencia del Reyno, eligió personas íntegras y doctas que asistiesen con él á la justicia y á los juicios, y restableció por este medio la magestad de las leyes, y el buen orden de las costumbres públicas.

Limpio, pues, nuestro Santo Rey el estado con la severidad de sus leyes; pero quáles fueron sus cuidados para restablecer el culto y santidad de los Altares. Quando los Franceses conquistaron las Gaulas, llevaron á ellas consigo una especie de barbarie y ferocidad, inseparables de una nacion guerrera; y aunque la religion, que subió al trono con el gran Clodoveo, introduxo en él la clemencia y la humanidad, no por eso suavizó del todo el espíritu ardiente y sangriento de la nacion; por eso, aunque la Iglesia de Francia ha sido siempre célebre por su doctrina y piedad, no dexaban de verse algunos Pastores, que mas pensaban en pelear contra sus vecinos, que en instruir y edificar á sus pueblos; de esto nacia la ignorancia, la relaxacion, el olvido de las leyes, y el desprecio de la disciplina; y no obstante los remedios que se habian procurado aplicar en los Reynados anteriores, no estaba bien cerrada la herida quando subió al trono nuestro Santo Rey; pero hecho cargo de que los Reyes están establecidos por Dios para proteger y dilatar el Reyno de Jesu-Christo en la tierra, miró los intereses de la religion con el mayor amor y cuidado; conoció desde luego que la raíz de los males de la Iglesia se halla siempre en la incapacidad y desorden de los que ocupan en ella los primeros puestos, y asi empezó á restablecer la santidad y magestad del Santuario, colocando en las primeras Dignidades Ministros fieles, sin atender al nacimiento, á las pretensiones, ni al favor; los honró con su familiaridad,

y los hombres mas ilustrés de su siglo en doctrina y santidad iban casi todos los días á aliviarle de los cuidados del reyno con unas conversaciones santas, ó á ayudarle con consejos útiles.

2. Las virtudes Militares: No falta quien diga que las máximas del Evangelio no se acomodan á las del Gobierno. Este engaño consiste en que miramos á la virtud como suerte de las almas flacas y cobardes, y nos parece que las virtudes Militares que suponen valor, intrepidez y elevacion, no se pueden juntar en el corazon con el amor tierno de la caridad, y con la paz y suavidad de la inocencia; como si para ser valientes fuera necesario ser viciosos, siendo así que el mas seguro valor es el que nace de la virtud: por eso en nuestro piadoso Monarca no se distingue el Heroe del Santo; á la frente de sus tropas no parecia aquel Rey pacífico y clemente, sino un Heroe cuyo valor se aumentaba á proporcion del peligro, mas magnánimo quando era derrotado, que quando quedaba victorioso; terrible para sus enemigos aún quando le tenían cautivo. Elevado á un trono debilitado por su menor edad, y por las turbaciones que habian acaecido, ¿con qué valor no restablece su gloria y su magestad? Es imposible referir aquí las heroicas acciones que le hizo emprender su valor en aquella guerra, tan famosa por las desgracias que le sucedieron, y por la fé que en ellas manifestó; y así se infiere que la virtud es la raíz del verdadero mérito, y la que únicamente forma las grandes prendas, porque ella sola nos hace obrar con arreglo á grandes principios.

II. Parte. *San Luis halló en la dignidad real nuevos motivos para animarse á cumplir con las mas austéras obligaciones de la virtud.* Comunmente se cree en el mundo, que la extrema desproporcion que se halla entre las obligaciones de una vida christiana, y las costumbres inseparables de la grandeza, debe moderar á favor

vor nuestro la austeridad de las santas reglas: A una ilustracion tan comun opuso San Luis las ideas de la fé, y conoció, con San Ambrosio, que quanto mas habia recibido, mas se le habia de pedir, y que siendo infinitos los peligros del trono, casi irreparables las faltas, y absolutamente necesario el exemplo del Soberano, necesitaba mas vigilancia para conservar en él pura su alma, y mas mortificacion para expiar en él, además de sus propias flaquezas, tantas culpas ajenas; y finalmente mas fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones domésticas para servir en ellas de modelo á su pueblo.

Se persuadió á que necesitaba mas vigilancia para conservar en él su alma pura, y arregló su vigilancia por la multitud de sus peligros: regularmente, luego que los Grandes se olvidan de Dios no ponen límites á su libertad: nuestro Santo Rey se figuraba como monstruos las faltas mas leves, y como él solia decir muchas veces, la pérdida de su reyno le hubiera parecido ganancia, si con ella hubiera podido evitar un pecado mortal: añadió á este horror á la culpa los remedios y precauciones contra ella: la adulacion es el escollo de los mejores Principes, las lenguas mercenarias de que están rodeados los presentan siempre sus vicios baxo los lisonjeros colores de virtud; el Santo Rey no tuvo aduladores, porque no amaba sus culpas; rodeado de muchos amigos Santos y fieles, los miraba como arcensores de su conducta, y los mas sinceros eran á los que mas estimaba. Se persuadió á que tenia necesidad de mas mortificaciones para estar siempre expiando las faltas, ó inevitables, ó ignoradas: Un gran puesto, que nos constituye superiores á los pueblos, nos hace responsables en la presencia de Dios de la suerte de las ciudades y provincias; de todo el mal que en ellas se hace, y de todo el bien que se dexa de hacer: lleno el Santo Rey de estas ideas de la fé, en vez de desvanecerse con el resplandor que rodea al trono, vivia asustado con los inmensos cui-

dados y obligaciones que se ocultan baxo su engañoso resplandor: castigaba en su propia carne los públicos desórdenes, mirando los pecados de su pueblo como pecados propios suyos, y creyendo que estaba obligado á expiar lo que no podía remediar; y unos miembros que nunca habían servido á la iniquidad, servian á la justicia y á la penitencia, lo que no nos atrevieramos á pretender en los Grandes, aún despues de los mayores excesos: Quántas veces en las públicas calamidades vió esta ciudad capital á nuestro Santo Rey, atravesando las calles, cubierto de ceniza y de cilicio, ir á implorar públicamente en nuestros Templos los socorros del cielo, y mirarse como la única causa de las públicas desgracias? Estas eran unas expresiones de humildad en boca de San Luis, pero debieran ser las mas freqüentes disposiciones de las personas que se hallan elevadas, pues las desgracias de los pueblos casi siempre son efecto de los pecados de los grandes: ; pero que distantes se hallan de esta confesion!

3. Se persuadió á que tenia necesidad de mas fidelidad para servir de modelo á su pueblo. Los exemplos de los Grandes casi siempre deciden de las costumbres públicas: 1. Por vanidad. Nos parece que imitando sus costumbres participamos de su grandeza y nacimiento: 2. Procuramos imitar á los Grandes por condescendencia, por temor, y por interés; y así los que se hallan mas expuestos á la vista del público son mas deudores por su clase del espectáculo de una vida pura é irreprehensible: por eso aún el dia de hoy estamos admirando en San Luis las qualidades de un gran Rey, juntas con todas las virtudes de un simple fiel; fuera de aquellas ocasiones en que no podia evitar la pompa, excedia aun á sus mismos vasallos en la sencillez del vestido, y en la frugalidad de la mesa, enseñandonos que las pasiones de los hombres, y no su clase ni su dignidad, son las que han hecho necesario el luxo y las profusiones: quando era preciso defender los derechos del Imperio, y la magestad del tro-

no, se le veía lleno de un noble valor; pero al acabar con estas funciones se le veía tambien, ya presentar al pie de los Altares la compuncion y humildad de un penitente, ya postrarse á los pies de los pobres, y servirles con sus propias manos, ya dar él mismo sepultura, en medio del contagio, á los Soldados que habian muerto por la gloria de Jesu-Christo: pero no solamente era exemplo de sus pueblos, sino tambien modelo de los Padres de familias; virtud muy rara entre los Grandes, pues sucede pocas veces que cumplan exáctamente con esta obligacion particular, que se oculta á los ojos del público, y se reduce precisamente á los cuidados domésticos: los cuidados de un tan dilatado reyno no sirvieron de estorvo á nuestro Santo Rey para que de su Palacio hiciese una Iglesia domestica, en la que se invocaba al Señor, y de la que manaban para todo el reyno fuentes de vida y de virtud. De este modo, tanto con su exemplo como con su doctrina, inspiraba en tiempo oportuno el temor de Dios á Philipo su primogenito, y á los demás Príncipes sus hijos.

Este fué el Santo Rey cuya vida he compendiado para formar su panegyrico: Una tierra extrangera recibió los últimos súspiros de este Principe, mas fatigado con las austeridades de una vida áspera y penitente, que con las fatigas de la guerra y de sus viages.

## DIA DE SAN ESTEBAN.

*Division: Todos los Christianos están obligados por el Bautismo á ser testigos y defensores de la verdad; pero para saberla defender se necesita de ciencia, fortaleza y caridad. San Esteban profesó á la verdad. I. Un amor sábio. II. Un amor intrépido. III. Un amor tierno y compasivo.*

I. Parte. *Un amor sábio.* Los tres principios de la sabiduría son la inocencia de la vida, el deseo de instruirse, y la pureza de intencion.

1. La inocencia de la vida: porque un corazon corrompido no quiere saber las verdades que nos condenan, y esta es una ignorancia de corrupcion: San Esteban llegó al conocimiento de Jesu-Christo con un corazon puro, con una juventud santa, y con un espíritu preservado de la corrupcion: Por eso, buscando los Apostoles unos hombres llenos de fé y del espíritu de Dios, á quienes poder confiar parte de su ministerio, el primero á quien confiaron este honor fue á San Esteban, y así le pusieron á la frente de aquellos nuevos Ministros: desde luego se dispuso para ser Ministro de la verdad, y deseó de su corazon todas las pasiones que nos la ocultan: á la verdad, las tinieblas con que ocultamos la mayor parte de las obligaciones de la vida christiana, ó para mitigarlas, ó para impugnarlas, provienen de que cada pecador halla en su pasion el velo que se la oculta: nuestras luces solamente están puras quando lo está nuestro corazon; y es necesario empezar desprendiendonos de nuestros afectos para llegar al conocimiento de nuestras obligaciones.

2. El segundo principio de la sabiduría es el deseo de instruirse, porque la verdad no se manifiesta á los que no la

la buscan, y esta es una ignorancia de pereza: San Esteban, no obstante las preocupaciones de su pueblo contra la doctrina y persona del Salvador, no obstante la infamia y el desprecio que estaba anexo á la pública profesion de ser del numero de sus discipulos, busca la luz que ya se le empieza á manifestar, suspira como los Patriarcas sus antepasados por el Libertador, cuya venida conoce estar ya muy cerca: estudia y descubre en Jesu-Christo las señales y distintivos en sus obras y doctrina, y el conocimiento de la verdad es en él premio del sincero deseo que siempre habia tenido de conocerla: pero nosotros vivimos en una profunda ignorancia de nuestras obligaciones, porque no queremos saberlas: contentos con podernos formar una conciencia tranquila en nuestros desordenes, amamos esta falsa paz que es fruto de nuestra ceguedad y de nuestro engaño, y sin querer examinar lo que nos condena, lo miramos como exceso, y tratamos de escrupulo y nimiedad á todo lo que no favorece la preocupacion de nuestras pasiones.

3. El tercer principio de nuestra ciencia es la pureza de intencion: porque el buscar la verdad por otro fin mas que por ella misma no es buscarla, como dice San Agustin: San Esteban no se propuso otro fin en el conocimiento de la verdad mas que la felicidad de conocerla: no le unieron á Jesu-Christo los intereses humanos: aunque sabía que las persecuciones y oprobrios eran la única recompensa que el Señor habia prometido en la tierra á sus discipulos, buscó á Jesu-Christo por el mismo Jesu-Christo; conoció que hallándole lo habia hallado todo, y que el intentar buscarle por otro fin mas que por sí mismo, era perderle.

4. Pero nosotros siempre mezclamos con el estudio de la verdad los intereses humanos, y unos fines indignos y viles: El mismo Dios no basta para nosotros, es necesario que el mundo, los hombres, y la tierra ocupen el lugar

gar: que nos parece no hallamos en su Magestad: unos solamente se declaran por Jesu-Christo porque los abandona el mundo: otros miran la virtud como ganancia; no faltan algunos que solamente se proponen en la virtud el descansar de las culpas: finalmente, no falta tambien quien solamente desee instruirse en la verdad con el fin de hallar en ella armas para impugnarla: Estas son las perversas intenciones con que la mayor parte de los hombres camina al conocimiento de la verdad y de la virtud, y esta es la causa de que haya tan poca fé en la tierra, y de que la verdad se oculte tanto á los fieles.

II. Parte. *Un amor intrépido.* Tres son los defectos que se oponen á la christiana firmeza, que obliga á todos los fieles á ser intrépidos defensores de la verdad. Pero la vida de San Esteban nos ofrece unas instrucciones, y unas virtudes muy opuestas á estos defectos.

1. El primer defecto es el temor de los hombres, el que hace que nos declaremos contra la verdad á pesar de lo mismo que estamos conociendo: aunque herido el pastor se descarreasen las ovejas: aunque el furor de Herodes, la malicia de los Sacerdotes, y la supersticion del pueblo diesen tanto que temer á los nuevos discipulos del Salvador, por grande que fuese el premio que entonces prometia la envidia de los Judíos á la cobardía de los que se declaraban contra el Señor, San Esteban siempre persevera en la fidelidad que le habia jurado; igualmente insensible á las promesas que á las amenazas de los hombres, solamente teme á aquel Señor que es el único que puede salvar ó perder al alma eternamente; y esto es lo que confunde nuestra poca fé, y lo que condena nuestra cobardía en la conducta de nuestra vida; nosotros respetamos las decisiones del mundo, hacemos mas caso de los errores públicos que de la verdad, y tememos la singularidad como vicio, siendo así que esta es el distintivo mas glorioso de los discipulos de Jesu-Christo; por mas que la

la gracia nos ilumine interiormente, y nos descubra las ilusiones del mundo y de sus máximas; por mas que nuestra conciencia, de comun acuerdo con la ley de Dios, nos dicte en secreto las máximas de la vida eterna, siempre hablamos como el mundo, aunque no pensemos como él, unas veces por condescendencia, otras por flaqueza, otras por temor, otras por pereza, y otras por mala fé, y casi siempre nos declaramos á favor del mundo contra Jesu-Christo, en vez de ser sus testigos fieles entre los hombres.

2. El segundo defecto es aquella prudencia de la carne, que aunque conoce la verdad, guarda un culpable silencio, y no se atreve á defenderla públicamente: Porque no basta no declararse á favor del mundo contra Jesu-Christo, es necesario tambien confesarle en público, sin empacho ni vergüenza; en esto tambien nos instruye y condena la fortaleza de San Esteban; podia valerse de una infinidad de pretextos para condescender con los Judíos con un prudente silencio, y no reprehenderlos públicamente su ceguedad y su delito: pero el generoso Martyr no oye las vanas razones de la carne y de la sangre, y se dexa llevar del impulso del Espiritu de Dios que le llena y anima; pero nosotros, siendo todos los días testigos de tantas falsas máximas como publican los mundanos, de tantas ilusiones acerca de las reglas y obligaciones como se forman á sí mismos, nos parece que estamos seguros en conciencia con no aprobarlas en público, y no oponiendolas mas que una reprobacion secreta y tímida, nos valemos de mil pretextos para justificarnos á nosotros mismos nuestra cobardía, y nuestra indiferencia para con la voluntad, olvidandonos de que cada uno de nosotros en particular está encargado de ella, y de que somos deudores de la verdad á nuestros próximos. ¡Ah! ¡El mundo no teme publicar sus máximas de muerte y de pecado, y hemos de temer nosotros dar gloria á las verdades de la vida eterna!

3. El tercer defecto es una falsa condescendencia que queriendo conciliar la verdad con la mentira, la altera, la mitiga, y procura agradar á los hombres á costa de la verdad y de la conciencia. En esto principalmente es en lo que San Esteban nos sirve de condenacion y de modelo: parece que hubiera podido acomodarse mas con las preocupaciones y delicadeza de los doctores y Sacerdotes, y que al mismo tiempo que procuraba persuadir la verdad, podia conceder alguna cosa á la flaqueza y preocupaciones de su pueblo; pero nuestro Santo Martyr no conoció estos tímidos respetos, porque los hombres algunas veces aborrecen la verdad con tanto extremo, que no merecen el que con ellos se use de preocupaciones: pero no debe honrarse con el nombre de prudencia aquella condescendencia culpable, que hace que quando tratamos con nuestros próximos hallamos siempre algun medio entre el mundo y Jesu-Christo, y que nos conformemos con las falsas ideas que forma el mundo de la virtud, porque de este modo somos ocasion de error para los hombres.

III. Parte. *Un amor tierno y compasivo.* Tambien en esto nos dá un grande exemplo nuestro Santo Martyr. ¿De qué amor tan sincero á los Judíos no están acompañadas las santas verdades que los anuncia? Insensible, al parecer, á los golpes con que le maltrataban, no siente sino las desgracias que ellos mismos se disponen: ofrece su misma sangre, la que ellos derraman, para alcanzarlos el perdon de su delito: no siente su muerte si con ella puede conseguir para ellos la salvacion: estos son los defensores que se forma la verdad: la caridad es la que dispone las victorias: es necesario desear la salvacion de aquellos cuyos errores impugnamos: la verdad casi siempre halla corazones rebeldes, porque no halla sino defensores ásperos y poco caritativos.

## DIA DE SANTO TOMÁS

## DE AQUINO.

Division. I. *La virtud guió á Santo Tomás en el estudio de la ciencia de la religion.* II. *El uso que hizo de esta ciencia le confirmó en la virtud.*

I. Parte. *La virtud guió á Santo Tomás en el estudio de la ciencia de la religion.* Regularmente se hallan tres escollos en este estudio. 1. Nos dedicamos á él por fines de fortuna y de interés: 2. No podemos contenernos dentro de los estrechos límites de la fé: 3. Destruyendo el estudio toda la aplicacion del alma, disipa el espíritu, seca el corazon, y entibia la devocion.

1. El primer escollo de que se debe huir en el estudio de la religion son los fines de fortuna y de interés. Santo Tomás, aunque descendiente de una de las mas ilustres familias de su Provincia, y aunque por su nacimiento podia aspirar á todo, después de haber pasado el tiempo de su niñez en el Monte Casinó, se determina á entrar en la Orden de Santo Domingo, y no solamente no se forma ideas de fortuna y grandeza acerca de los progresos que ha de hacer en las ciencias, sino que desde luego renuncia la fortuna y grandeza presente, para que ningun motivo extraño le pueda distraer en el estudio de la verdad. ¿Podré yo atreverme á proponer este exemplo en este siglo?

2. El segundo escollo de que deben huir los Sabios es el no poderse contener dentro de los estrechos límites de la fé: Verdaderamente que la fé es una virtud facil para los entendimientos limitados; como alcanzan poco,

3. El tercer defecto es una falsa condescendencia que queriendo conciliar la verdad con la mentira, la altera, la mitiga, y procura agradar á los hombres á costa de la verdad y de la conciencia. En esto principalmente es en lo que San Esteban nos sirve de condenacion y de modelo: parece que hubiera podido acomodarse mas con las preocupaciones y delicadeza de los doctores y Sacerdotes, y que al mismo tiempo que procuraba persuadir la verdad, podia conceder alguna cosa á la flaqueza y preocupaciones de su pueblo; pero nuestro Santo Martyr no conoció estos tímidos respetos, porque los hombres algunas veces aborrecen la verdad con tanto extremo, que no merecen el que con ellos se use de preocupaciones: pero no debe honrarse con el nombre de prudencia aquella condescendencia culpable, que hace que quando tratamos con nuestros próximos hallamos siempre algun medio entre el mundo y Jesu-Christo, y que nos conformemos con las falsas ideas que forma el mundo de la virtud, porque de este modo somos ocasion de error para los hombres.

III. Parte. *Un amor tierno y compasivo.* Tambien en esto nos dá un grande exemplo nuestro Santo Martyr. ¿De qué amor tan sincero á los Judíos no están acompañadas las santas verdades que los anuncia? Insensible, al parecer, á los golpes con que le maltrataban, no siente sino las desgracias que ellos mismos se disponen: ofrece su misma sangre, la que ellos derraman, para alcanzarlos el perdon de su delito: no siente su muerte si con ella puede conseguir para ellos la salvacion: estos son los defensores que se forma la verdad: la caridad es la que dispone las victorias: es necesario desear la salvacion de aquellos cuyos errores impugnamos: la verdad casi siempre halla corazones rebeldes, porque no halla sino defensores ásperos y poco caritativos.

## DIA DE SANTO TOMÁS

## DE AQUINO.

Division. I. *La virtud guió á Santo Tomás en el estudio de la ciencia de la religion.* II. *El uso que hizo de esta ciencia le confirmó en la virtud.*

I. Parte. *La virtud guió á Santo Tomás en el estudio de la ciencia de la religion.* Regularmente se hallan tres escollos en este estudio. 1. Nos dedicamos á él por fines de fortuna y de interés: 2. No podemos contenernos dentro de los estrechos límites de la fé: 3. Destruyendo el estudio toda la aplicacion del alma, disipa el espíritu, seca el corazon, y entibia la devocion.

1. El primer escollo de que se debe huir en el estudio de la religion son los fines de fortuna y de interés. Santo Tomás, aunque descendiente de una de las mas ilustres familias de su Provincia, y aunque por su nacimiento podia aspirar á todo, después de haber pasado el tiempo de su niñez en el Monte Casinó, se determina á entrar en la Orden de Santo Domingo, y no solamente no se forma ideas de fortuna y grandeza acerca de los progresos que ha de hacer en las ciencias, sino que desde luego renuncia la fortuna y grandeza presente, para que ningun motivo extraño le pueda distraer en el estudio de la verdad. ¿Podré yo atreverme á proponer este exemplo en este siglo?

2. El segundo escollo de que deben huir los Sabios es el no poderse contener dentro de los estrechos límites de la fé: Verdaderamente que la fé es una virtud facil para los entendimientos limitados; como alcanzan poco,

no les cuesta mucho trabajo el creer; pero no sucede lo mismo á los entendimientos vastos y perspicaces: como están acostumbrados á ver con claridad aquellas verdades que están dentro de su esfera, no sufren con paciencia la obscuridad de las que deben adorar. ¡Qué gloria esta para nuestro Santo! Nació con aquellos talentos que constituyen los hombres extraordinarios, con un entendimiento vasto, elevado, profundo, y universal; con un juicio recto, puro, sólido, &c. Pero con que respeto no ofreció todas estas preciosas riquezas á los pies de los Doctores de la Iglesia que le habian precedido? Si se señala entre los Sabios que halla en París, por la perspicacia de su ingenio, y por la abundancia de su doctrina, todavía los es mas superior por el prudente y respetuoso modo con que trata los inefables Misterios de nuestra religion: el comercio de las ciencias profanas á que se aplicó suele inspirar muchas veces, por efecto de nuestra flaqueza, algun género de libertad en el espíritu: como en este estudio se acostumbra la razon á examinar, pierde la costumbre de creer.

Pero nuestro Santo, muy diferente en esto de los espíritus corrompidos que buscan hasta en los libros santos las materias de su dudas, y el fomento de su incredulidad, halló medio de fortificar su fé, aún en la misma leccion de los Autores profanos; y Aristóteles en sus manos se convierte en Apologista de la religion: Pero de que proviene que no padeciese la integridad de su fé en el trato que tuvo con las ciencias profanas? Consiste en que procuró fortificarla continuamente con el estudio de los libros santos, y de los de los Doctores de la Iglesia, á los que acomodaba su estilo y modo de pensar, porque en todas sus obras, no obstante ser el talento mas sobresaliente de su siglo, y el mas autorizado para hacer valer sus congeturas, siempre sigue las huellas de sus ma-

yores, renunciando la gloria de la invencion, gloria que tan delicada es para los Sabios.

3. El tercer escollo de que se debe huir en el estudio, es la distraccion del espíritu, la que seca el corazon, y aniquila poco á poco la devocion; pero en nuestro Santo, el cuidado de su alma fue siempre la primera y mas importante de todas sus ocupaciones: Quando hallaba algunas dificultades, en vez de abandonar los ejercicios de la piedad, con pretexto de entregarse mas tiempo al estudio recurria con mas fervor á la oracion, como á la verdadera fuente de las luces; y así, el ansia de adquirir nuevas noticias nunca sirvió de estorvo á nuestro Santo Doctor para que practicase con la mas escrupulosa regularidad todos los ejercicios de su estado. De qué me servirá, decia, la ciencia que hincha, si no tengo la caridad, que edifica? Para conocer la tierna y afectuosa devocion que reynaba en nuestro Santo, basta leer el admirable oficio que compuso para el adorable Sacramento del Altar: Solamente el corazon puede hablar en aquel estilo de piedad y religion; y así, puede muy bien asegurarse que Santo Tomás, no solamente fué el mayor Doctor de su siglo, sino tambien el mas Santo, el mas exácto, y el mas fervoroso Religioso de su Orden. ¡Qué exemplo este, y qué poco imitado en el mundo! Nosotros, con pretexto de que nuestras ocupaciones nada tienen en sí que no sea lícito y digno de alabanza, nos entregamos á ellas absolutamente, y abandonamos la piedad. Pero dirá alguno, ¿no consiste la verdadera virtud en cumplir cada uno con las obligaciones de su estado? Sí, Católicos, pero ha de ser ofreciendolas á Dios, y deseando agradarle, lo que es imposible quando se abandona absolutamente la piedad, y quando se vive en un entero olvido de Dios: Por otra parte; ¿nuestro principal estado, no es el de Cristiano? Luego nuestra principal obligacion debe ser dar á Dios y á la Iglesia lo que les debemos.

II. Parte. *El uso que hizo Santo Tomás de la ciencia de la religion le confirmó en la virtud.* Los que en el estudio de las ciencias no han tenido mas motivo que la codicia, tampoco tendrán otro fin en el uso que de ellas hagan; y así: 1. Si entrasteis en el camino de las ciencias por aquellas secretas sendas que os proporcionó un vil interés, sereis un Doctor cobarde, y vuestra fortuna decidirá de vuestras sentencias. 2. Si no habeis tenido mas fin que contentar una vana curiosidad, sereis un Doctor singular, y luego que las opiniones sean comunes, ya os parecerán dudosas. 3. Si no habeis cuidado de reparar con la oracion la distraccion del corazon, inseparable de un estudio profundo y continuado, estando muy satisfechos de vosotros mismos, y muy vacíos de Dios, sereis unos Doctores vanos.

Santo Tomás que habia entrado en el estudio de las ciencias por unos caminos muy diferentes, aunque por nuestra desgracia poco frequentados en todos tiempos, le dió bien á conocer en el uso que de ellas hizo.

1. En vez de ser un Doctor venal, que hiciese servir su fortuna á sus decisiones, fué un Doctor exácto y desinteresado, que no tenia mas fin que dar á conocer la verdad: Si propone reglas para las costumbres, ¡qué rectitud! Nunca se inclina á la diestra ni á la siniestra, segun la expresion del Profeta: Sigue siempre aquel prudente medio de que todos nos preciamos, pero que son muy pocos los que saben observar, y enseña á los Ministros de la Iglesia que al mismo tiempo que manifiestan á los hombres la inmensidad de las misericordias del Señor, no deben permitir que ignoren los santos rigores de su justicia.

Esta rectitud le mereció, sin que él lo intentase, el favor de los grandes. Urbano IV. le ofreció el Arzobispado de Nápoles: San Luis le admitía frequentemente á su mesa, pero el Santo siempre se manifestaba insensible á

estos favores: Renuncia la dignidad que se le ofrece, y está en la presencia de un Rey de la tierra, como suelen estar las gentes del mundo en la presencia del Rey de los Reyes; esto es, apenas se acuerda de que está presente el Principe, y aún en medio de la Corte goza del sosiego de su retiro, y de la memoria de sus amados estudios.

2. En vez de ser un Doctor singular, fue Santo Tomás un Doctor ecumenico y universal; quiero decir, aprobado y seguido de todos universalmente. Enseña en Roma, en París, y en Bolonia; y en todas partes recibe su doctrina los mismos aplausos, y los mismos elogios. Pero despues de su muerte ha sido quando Dios ha glorificado mas á nuestro Santo, y le ha hecho un Doctor universal. Todas las Universidades del mundo, y particularmente la de París, que le formó en su seno, son fieles depositarias de su doctrina. En todas las Ordenes Regulares, y particularmente en la de Santo Domingo, no tienen mas autoridad las decisiones de los Fundadores en orden á la regla y disciplina de las costumbres, que las de nuestro Santo en la fé, y en la doctrina: El oráculo del mundo christiano ha visto muchas veces á sus Pontifices baxar del Sagrado Tribunal, y hacer subir á él los escritos de nuestro Santo para que decidiesen en las diferencias que turbaban la Iglesia: Los Concilios Ecuménicos, Jueces venerables é infalibles de nuestra fé, han formado sus decretos con arreglo á sus decisiones; y los sequaces del error no han tenido enemigos mas temibles.

3. En vez de ser un Doctor vano, no hubo jamás Doctor mas humilde que nuestro Santo, no obstante haber llegado al mas alto grado de reputacion á que puede aspirar la vanidad mas excesiva: Conocido, admirado y consultado de todas las Universidades, era mas ingenioso para ocultarse á sí mismo su mérito, que lo que somos nosotros para ensalzar y aumentar el nuestro

á nuestra propia vista : No tenia ansia por manifestar los tesoros de prudencia y sabiduría de que estaba lleno ; y estando infinitamente distante de afectar la menor superioridad sobre sus hermanos ; se anticipaba á todos en darles señales de honor y de respeto : Ordenaba á Dios sus talentos y estudios , diciendo continuamente que lo poco que sabía , mas lo debía á la oracion que al estudio : Pero en donde mas perfectamente se manifiesta la humildad de nuestro Santo Doctor es en la gravedad y modestia que reyna en su modo de escribir , no hablando jamás en aquel tono decisivo é imperioso que quiere que todos sigan su dictámen , sin dar mas prueba de sus razones que su propia autoridad. Esta humildad es la que principalmente debemos imitar en nuestro Santo Doctor ; este es el verdadero carácter de los Santos , porque la humildad sola basta para hacer perfectos , pero sin esta virtud todas las demás de nada sirven.

PARA LA FESTIVIDAD  
DE UN MARTYR,

PATRON DE UNA  
Iglesia.

Division. Cada uno de los fieles está obligado como los Martyres á dar testimonio á Jesu-Christo : Este testimonio que todos los fieles deben dar á Jesu-Christo es de tres maneras. I. Un testimonio de sufrimiento.  
II.

II. Un testimonio de sumision. III. Un testimonio de deseo.

1. *Un testimonio de sufrimiento.* Solamente padeciendo podemos dar testimonio de que somos Christianos : pero los trabajos con que Dios quiere que le demos testimonio no son solamente estos males exteriores , que hace inevitables la condicion humana , sino aquellos que forman propiamente la vida del Christiano , aquel espiritu de cruz y de mortificacion que dá testimonio de que somos discípulos de Jesu-Christo , imitadores de su doctrina , y asociados á sus promesas : aquella abnegacion interior , y aquel martyrio invisible y continuo , que hace que resistamos á nuestras pasiones , y que siempre nos pongamos de parte de la fé y del Evangelio contra nosotros mismos : aquella violencia , tan repetidas veces encargada en el Evangelio , que hace que en casi todas nuestras acciones debamos estar en vela contra nuestro corazon : aquella vida de la fé , que continuamente está peleando dentro de nosotros contra la vida de los sentidos : este es el testimonio que la fé pide á todos los fieles , y en este sentido todos los Christianos son testigos de Jesu-Christo , porque por las continuas violencias que el Evangelio los manda hacer á su corazon , y á las pasiones , dán testimonio de que la doctrina de Jesu-Christo es el camino de la salud , y la doctrina de la verdad , y que sus promesas se deben anteponer á todos los placeres , cuyo sacrificio pide.

2. *Un testimonio de sumision.* No solamente de una sumision á la profundidad de sus Mysterios , y á la autoridad de su palabra , sacrificandola nuestro entendimiento , y cautivando nuestra razon ; porque esta sumision no mira propiamente mas que al discurso , pero la fé pide tambien la sumision del corazon ; esto es , que recibamos las órdenes de Dios ; y nos conformemos con su voluntad  
Tom. VII. Yy san-

á nuestra propia vista : No tenia ansia por manifestar los tesoros de prudencia y sabiduría de que estaba lleno ; y estando infinitamente distante de afectar la menor superioridad sobre sus hermanos ; se anticipaba á todos en darles señales de honor y de respeto : Ordenaba á Dios sus talentos y estudios , diciendo continuamente que lo poco que sabía , mas lo debía á la oracion que al estudio : Pero en donde mas perfectamente se manifiesta la humildad de nuestro Santo Doctor es en la gravedad y modestia que reyna en su modo de escribir , no hablando jamás en aquel tono decisivo é imperioso que quiere que todos sigan su dictámen , sin dar mas prueba de sus razones que su propia autoridad. Esta humildad es la que principalmente debemos imitar en nuestro Santo Doctor ; este es el verdadero carácter de los Santos , porque la humildad sola basta para hacer perfectos , pero sin esta virtud todas las demás de nada sirven.

PARA LA FESTIVIDAD  
DE UN MARTYR,

PATRON DE UNA

Iglesia.

Division. Cada uno de los fieles está obligado como los Martyres á dar testimonio á Jesu-Christo : Este testimonio que todos los fieles deben dar á Jesu-Christo es de tres maneras. I. Un testimonio de sufrimiento.

II.

II. Un testimonio de sumision. III. Un testimonio de deseo.

1. *Un testimonio de sufrimiento.* Solamente padeciendo podemos dar testimonio de que somos Christianos : pero los trabajos con que Dios quiere que le demos testimonio no son solamente estos males exteriores , que hace inevitables la condicion humana , sino aquellos que forman propiamente la vida del Christiano , aquel espiritu de cruz y de mortificacion que dá testimonio de que somos discípulos de Jesu-Christo , imitadores de su doctrina , y asociados á sus promesas : aquella abnegacion interior , y aquel martyrio invisible y continuo , que hace que resistamos á nuestras pasiones , y que siempre nos pongamos de parte de la fé y del Evangelio contra nosotros mismos : aquella violencia , tan repetidas veces encargada en el Evangelio , que hace que en casi todas nuestras acciones debamos estar en vela contra nuestro corazon : aquella vida de la fé , que continuamente está peleando dentro de nosotros contra la vida de los sentidos : este es el testimonio que la fé pide á todos los fieles , y en este sentido todos los Christianos son testigos de Jesu-Christo , porque por las continuas violencias que el Evangelio los manda hacer á su corazon , y á las pasiones , dán testimonio de que la doctrina de Jesu-Christo es el camino de la salud , y la doctrina de la verdad , y que sus promesas se deben anteponer á todos los placeres , cuyo sacrificio pide.

2. *Un testimonio de sumision.* No solamente de una sumision á la profundidad de sus Mysterios , y á la autoridad de su palabra , sacrificandola nuestro entendimiento , y cautivando nuestra razon ; porque esta sumision no mira propiamente mas que al discurso , pero la fé pide tambien la sumision del corazon ; esto es , que recibamos las órdenes de Dios ; y nos conformemos con su voluntad

Tom. VII.

Yy

san-

santa en todas las circunstancias en que nos coloca, y llevando con paciencia y sin murmurar la cruz que nos dispone su bondad. Este es el segundo testimonio que debemos dar á la fé; glorificar á Dios en nuestros trabajos, y sujetarnos á su sabiduría, que es la que nos lo impone, reconociendo el orden del Soberano Señor que distribuye los sucesos prósperos ó adversos, para el cumplimiento de sus misericordiosos designios para con los hombres.

3. *Un testimonio de deseo.* Como somos extranjeros en la tierra, como los dias de nuestra peregrinacion son cortos y penosos, y como el cielo es la patria de los fieles, la primera obligacion de la fé es suspirar por aquella patria que se nos manifiesta desde lexos, mirar todo lo que nos rodea como que no es para nosotros, y usar del mundo y de todas sus cosas como si no usáramos de ellas: sernos molestos á nosotros mismos en un lugar en donde todo irrita á nuestras pasiones, sin que nada pueda satisfacerlas; en donde todos los pasos que damos son caídas, ó escollos; en donde todo nos aparta de Dios; y en donde quanto mas nos apartamos de su Magestad, mas insufribles somos á nosotros mismos; finalmente, desear que el reyno de Dios llegue á establecerse para siempre en nuestros corazones: este deseo no es puramente virtud de perfeccion, sino que es la primera obligacion de la fé, y lo que distingue á los hijos del siglo de los hijos de Dios: por eso Jesu-Christo nos asegura que el reyno de los cielos es para los pobres y afligidos, porque es cosa facil no esperar consuelo sino en el cielo, quando se halla en la tierra.

Estos son los testimonios que nos pide la religion: De este modo, todos los Christianos deben ser Martyres de la fé, no precisamente derramando su sangre por Jesu-Christo, sino mortificando sus pasiones por un prin-

cipio de fé; y este es un testimonio de sufrimiento; aceptando sus trabajos y aflicciones en obsequio de la fé; y este es un testimonio de sumision; despreciando las cosas perecederas, y no mirando como bienes solidos sino los eternos; y este es un testimonio de deseo.

FIN DE LOS ANALISIS,  
y del septimo Tomo.





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

